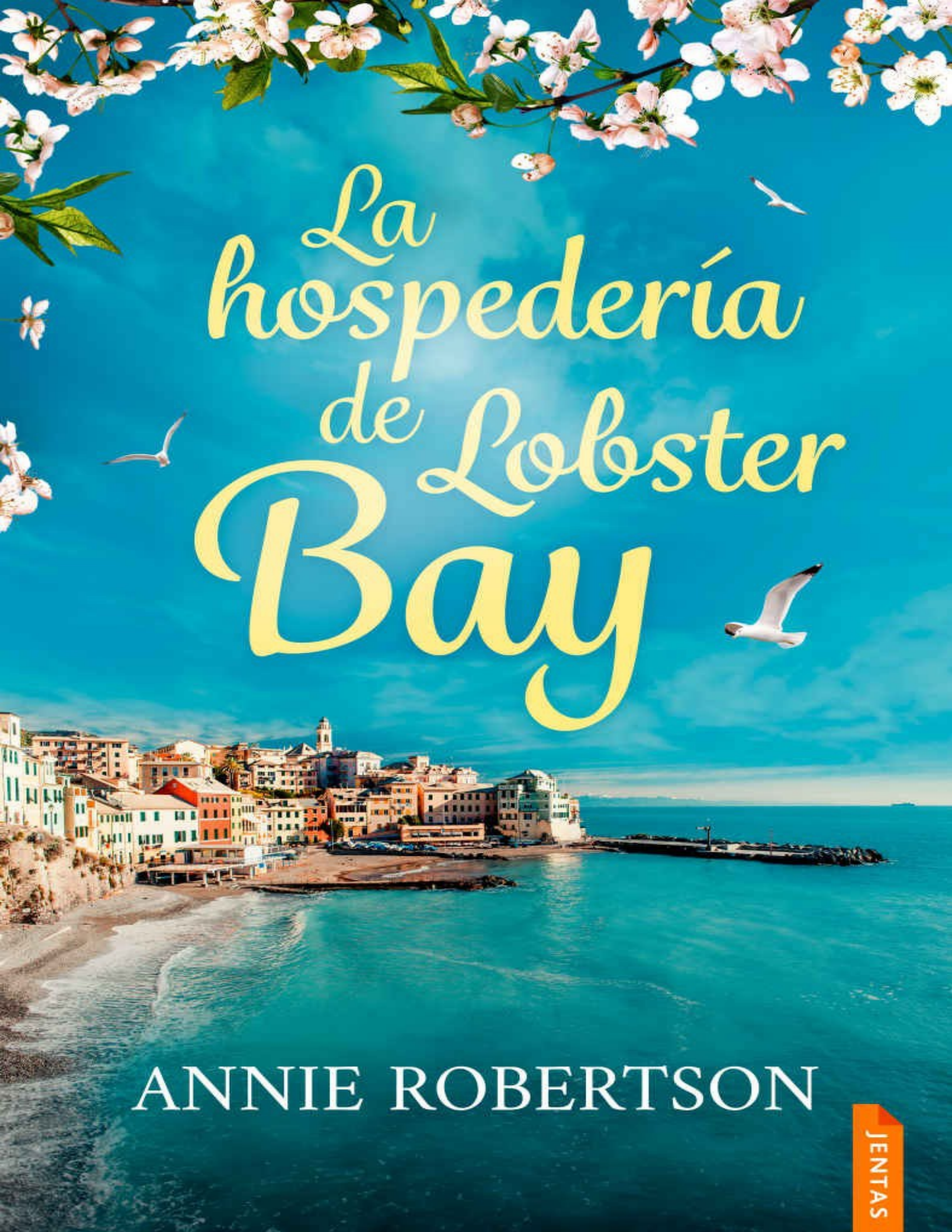




La hospedería de Lobster Bay

ANNIE ROBERTSON

JENTAS

LA HOSPEDERÍA DE LOBSTER BAY

La hospedería de Lobster Bay

Título original: The Guesthouse at Lobster Bay

© 2021 Annie Robertson. Reservados todos los derechos.

© 2024 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

Traducción, L.M. Mateo @ Jentas A/S

ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1350-8

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

This edition published by arrangement with The Foreign Office Agência Literária, S.L. and Blake Friedmann Literary Agency Ltd.

Para mi pequeño, que compartió su casa y sus juguetes.

PRÓLOGO

—Feliz Navidad. —Emma se despidió con la mano de sus compañeros, que seguían en sus escritorios terminando el trabajo antes de empezar las vacaciones.

—Feliz Navidad —murmuraron algunos, pero nadie apartó la vista de la pantalla.

Emma bajó los tres tramos de escaleras que había hasta la planta baja, contenta de salir por fin de la oficina, y abrió la puerta de un tirón. El aire fresco de última hora de la tarde le llenó los pulmones y lo inspiró con fuerza, se ajustó la bufanda para protegerse del frío y se puso los AirPods para llamar a su hermana.

—Espera —respondió Jane.

—De acuerdo —contestó Emma.

Caminó por Carnaby Street, admirando las coloridas luces navideñas colgantes que siempre la hacían sonreír después de una larga jornada. Por los auriculares, oyó a Jane decirles a los niños que dejaran de dibujar en la mesa de la cocina, que recogieran los Lego y que se sentaran a ver la tele para que ella pudiera hablar con la tía Emma y hacer la cena en paz.

—¿Qué pasa? —dijo Jane con brusquedad, todavía en modo “lidiar con los niños”.

—¿Tienes alguna idea de lo que debería comprarle a Chris por Navidad? —le preguntó a su hermana, que nunca fallaba a la hora de encontrar un detalle perfecto, fuera para quien fuera.

—Emma, son las cuatro y es Nochebuena, ¿por qué lo has dejado para última hora?

—He tenido mucho trabajo —respondió ella, lo que era cierto, aunque no del todo: no le había comprado un regalo a Chris porque no se le había ocurrido nada. Y, teniendo en cuenta que llevaban seis años juntos, no era lo ideal.

—Haces demasiado por esa empresa a cambio de poco dinero —dijo Jane, que era lo más parecido a una preocupación de hermana mayor que podía tener.

—Tal vez tengas razón —dijo Emma, que también lo pensaba, pero no sabía cómo cambiar las cosas. Llevaba diez años en la empresa y había ascendido de chica para todo a ayudante de diseño, luego a diseñadora de interiores y, por último, a asesora de diseño, lo que significaba que tenía más responsabilidad y trabajaba más horas a cambio de un ridículo aumento de salario.

—Nada de “tal vez”, Emma. Año nuevo, trabajo nuevo. Tienes que buscarte otra cosa.

—Lo haré —dijo bastante segura de que no lo haría, porque ¿qué opciones tenía?

Desempeñar el mismo trabajo en una consultoría distinta no tenía sentido, aunque podría ser agradable trabajar con gente que disfrutara de la compañía de los demás y con un jefe que no aterrorizara a todo el mundo. Y no estaba en condiciones de establecerse por su cuenta, no mientras viviera en la caja de zapatos de piso que había compartido con Chris durante los últimos cinco años. En su opinión, tenía más sentido quedarse allí, aunque a veces le pareciera que trabajaba en una funeraria—. Pero vamos a lo importante: ¿qué le regalo a Chris?

—¿Presupuesto?

—Unos cien.

—Las opciones son música, películas, libros, objetos de aseo personal, comida, ropa, tecnología o vales de experiencias. —Jane soltó la lista de carrerilla.

—Tiene toda la música que quiere, ha visto todo lo que quiere ver, su rutina de belleza consiste en gel de ducha y espuma de afeitar, no tenemos espacio para más trastos, y no es de los

que saltan de un avión, van armados o conducen todoterrenos —dijo Emma, que habría deseado que Chris tuviera un poco más de empuje. No demasiado, solo el suficiente para que volviera a encenderse la chispa entre ellos y demostrar que le quedaba algo de testosterona, que no la había perdido sentándose frente al ordenador ocho horas al día en la Oficina de Urbanismo del Ayuntamiento.

—Entonces, un libro, algo rico y un jersey de invierno bonito.

—¿No crees que es un poco aburrido?

Emma apartó el pensamiento de que “aburrido” resumía su relación. Hacía años que no se divertían juntos. Solían ir a conciertos, a obras de teatro y a espectáculos de monólogos, pero ahora la “diversión” parecía consistir en cenar comida para llevar delante de la tele y acostarse pronto, y no el tipo de “acostarse” que solían disfrutar. No era solo culpa de Chris, Emma también la tenía; odiaba no haber tenido el valor de romper con él.

—Siempre puedes añadir un vibrador y darle un toque picante. —Jane parecía haberle leído la mente.

—Abriremos nuestros regalos en casa de su madre —contestó Emma, como si eso fuera lo único que le impedía hacer semejante regalo.

Oyó la voz de Lily:

—Mamá, ¿qué es un vibrador?

Emma soltó una risita al escuchar que Jane le explicaba a su hija de cinco años que había dicho “despertador”, porque el del tío Chris era viejo.

—Te juro que no se les escapa nada —susurró Jane después de que Lily volviera a la tele con un bol de patatas fritas para que estuviera entretenida.

Emma se rio, contenta de que la interrupción hubiera desviado la charla sobre su vida sexual y su relación.

—Gracias por las sugerencias. —Había llegado a la entrada de los almacenes Liberty—. Será mejor que me ponga en marcha. Feliz Navidad. Nos vemos en Año Nuevo.

—Feliz Navidad, Em. Espero que vaya bien.

Las calles estaban más tranquilas cuando Emma salió de los grandes almacenes con una bolsa de regalos perfectamente adecuados y nada originales para Chris. Mientras paseaba por Regent Street, se empapó del ajetreo de última hora de los compradores y de la relajada alegría navideña de los oficinistas que se dirigían a casa con cajas de bombones que asomaban de sus bolsas y flores de Navidad bajo el brazo. En lo alto, las luces titilaban con elegancia y la música navideña se filtraba de las tiendas, lo que transmitía a Emma una sensación de bienestar. Deseosa de prolongar esa calidez, decidió de pronto que no esperaría al autobús en su parada habitual y que, en vez de eso, se tomaría algo mientras caminaba parte del trayecto a casa.

Tras comprar un chocolate caliente, Emma siguió bajando por Regent Street y, al ver pasar el autobús a toda velocidad, se alegró de haber decidido tomarse su tiempo. Se detuvo a contemplar el paisaje invernal del escaparate de Hamleys, donde se vio reflejada. El gorro de Papá Noel que había llevado casi todo el día en la oficina estaba colocado con gracia en la parte superior de su melena oscura ondulada, y su bufanda verde brillante sobresalía de su abrigo como la de un

alegre muñeco de nieve. Se rio de sí misma y continuó hacia el sur. Le dio un trago al chocolate con menta caliente y sonrió a una pareja que, abrazados por la espalda, tenían sus narices enrojecidas pegadas al escaparate de diamantes de una joyería.

Intentaba averiguar qué aroma navideño salía de la jabonería —¿canela, jengibre, naranja, arándanos?— cuando un destello blanco y cegador y un estallido ensordecedor y violento hicieron que se sobresaltara, y se le cayeran de las manos el chocolate caliente y la bolsa de regalos.

Segundos después, Emma se resistía a abrir los ojos. Los gritos de alarma que habían sustituido a los villancicos, y el humo que se había tragado el olor de la jabonería y que invadió sus pulmones y le picaba en las fosas nasales, le dijeron todo lo que necesitaba saber. Y, cuando por fin los abrió, descubrió una escena terrible. Aquello era un caos. Había cristales por todas partes. La gente estaba cubierta de sangre y polvo. Todas las luces se habían apagado, en las tiendas y en la calle. Había gente que yacía en el suelo y, no muy lejos de donde ella estaba, junto a un regalo de Navidad destrozado, vio la mitad inferior de una pierna.

—¡Socorro! —oyó gritar a alguien, un grito desgarrador que la obligó a reaccionar.

A poca distancia se encontró con los ojos de una mujer un poco mayor que ella, con los ojos aterrorizados y la piel pálida. Sin pensarlo, se puso en pie y se tambaleó hasta ella, se quitó la bufanda y la ató con tanta fuerza como le fue posible por encima de la rodilla de la mujer para intentar detener la hemorragia de su pierna amputada. Pero, por mucho que Emma se esforzara, la sangre seguía manando en un chorro que recorría la acera hasta la cuneta.

—Buscaré ayuda. —Miraba fijamente los ojos de la mujer, cuya oscuridad contrastaba con la palidez de su piel.

Sin embargo, mientras Emma esperaba a que los servicios de emergencia atendieran su llamada, vio que la respiración de la mujer se volvía cada vez más y más débil, hasta que prácticamente dejó de moverse. Para cuando alguien contestó y le dijo que la ayuda ya estaba en camino, ya no veía ningún movimiento.

—Aguenta, ya viene la ayuda. —Trató de sonar tranquilizadora. Tomó la mano de la mujer entre las suyas y le apartó con suavidad el pelo que le había caído sobre el ojo—. Están de camino.

Miró los ojos de la mujer, buscando un rayo de esperanza, y contuvo la respiración cuando exhaló su último aliento.

—No... —Emma acercó la mejilla a la boca de la señora, pero no había nada que sentir y sabía, por el curso de primeros auxilios que había hecho unos años antes, que había perdido demasiada sangre como para que las compresiones torácicas sirvieran de algo.

Cerró los ojos de la mujer, le acomodó el pelo detrás de las orejas, y estaba a punto de abrocharle el abrigo para protegerla del frío cuando se dio cuenta de que llevaba un collar con su nombre, Dawn.

—Descansa en paz, Dawn. —Le tomó de nuevo la mano, que ya perdía calor. Una insoportable sensación de embotamiento invadió el cuerpo de Emma, como si en realidad no estuviera allí.

No sabía cuánto tiempo llevaba con Dawn, pero, cuando levantó la vista, se dio cuenta de lo surrealista que resultaba todo. La gente huía despavorida y asustada en todas direcciones, algunos heridos deambulaban tambaleándose. Era imposible contar cuántos vehículos de

emergencia habían llegado, las luces estroboscópicas azules y rojas habían sustituido al elegante fulgor navideño. Todo era caos, movimiento y ruido y, sin embargo, para Emma también era un retablo viviente, congelado y silencioso.

Justo entonces vibró un teléfono en el bolsillo de Dawn. Emma lo cogió y se encontró con un mensaje que destacaba sobre un fondo de dos niños preciosos y sonrientes.

*¡¡¡Mamá, ya casi es la hora de que llegue Papá Noel!!! Date prisa y ven a casa.
Te quiero. Te echo de menos.
Besos.*

—Mierda —murmuró, mirando aquellos rostros angelicales y radiantes.

Su embotamiento se convirtió casi de inmediato en ira.

Después de eso, todo se volvió confuso, solo fue consciente de pequeños detalles: de entregarle el teléfono de Dawn a un policía y saber la terrible llamada que este tendría que hacer; la sábana colocada sobre Dawn; un bombero que le preguntaba si estaba herida; los teléfonos que sonaban sin cesar, y las arrugas de la manta térmica dorada que alguien le había puesto sobre los hombros.

Se sentó en la acera, junto al cuerpo sin vida de Dawn, con la mirada perdida ante la incomprensible escena que tenía delante, como si estuviera viendo una película de terror. Aunque hubiera tenido la facultad de decidir qué hacer a continuación, le habría sido imposible moverse; la conmoción la tenía clavada al suelo.

En algún momento sonó su teléfono. No lo miró ni contestó; se sentía incapaz de hablar y, aunque hubiera podido hacerlo, ¿qué iba a decir? ¿Cómo explicar aquello?

Por fin, alguien la cogió del brazo, la puso en pie y le indicó que siguiera a un grupo de personas envueltas en oro.

—Tengo que esperar con Dawn —balbució.

—¿Con quién? —preguntó la voz.

—Dawn —le indicó, pero, cuando se volvió, descubrió que ya habían retirado el cuerpo de Dawn y que solo quedaba de ella una oscura mancha de sangre.

Emma se dio cuenta entonces de que temblaba sin control y de que se estaba congelando de frío, a pesar de la manta.

—Sigue a los demás, alguien cuidará de ti —dijo la voz.

Emma hizo lo que le ordenaban y se abrió paso entre los restos en dirección a Piccadilly Circus, pero, en lugar de subir al autobús que servía de refugio improvisado, siguió caminando y sus pies la condujeron de modo automático Haymarket abajo. Justo antes de Trafalgar Square, Emma volvió a ver su reflejo en una ventana, lo que la detuvo en seco. Aún llevaba puesto el gorro de Papá Noel. Tenía la piel blanca como la nieve y el dorado de la manta de emergencia le daba el aspecto de una enorme galleta navideña.

—Cabrones —dijo, consciente de que, para muchos, incluidas las hijas de Dawn, la inocencia de la Navidad acababa de ser destrozada para siempre.

CAPÍTULO 1

—Tía Emma, ¿qué estás mirando?

—¿Qué?

Emma salió de un trance en el que no se había dado cuenta de que estaba. Lily, su sobrina de cinco años, se abrió paso hasta su regazo, con una muñeca Barbie en una mano y un peine de juguete en la otra.

—Llevas mucho tiempo mirando el ordenador, cariño —dijo Liz, la madre de Emma.

—Ah, ¿sí? —Emma se sacudió el aturdimiento y volvió al bullicio de la cocina de Jane: su madre preparaba bocadillos en la isla, con un delantal de volantes alrededor de su pequeña y curvilínea figura; Jane metía la colada en la secadora, y Jake, el sobrino de siete años de Emma, se revolcaba junto a las puertas batientes con su nuevo cachorro, Bear.

—Es una casa... Qué aburrido —dijo Lily, que miraba la pantalla y apartó el portátil para dejar sitio a su muñeca en la mesa de la cocina. Emma se dio cuenta de que el pelo rubio platino de Lily no era muy distinto del de su Barbie.

—No estarás mirando otra vez esa casa de huéspedes en Escocia, ¿verdad? —preguntó Jane, incapaz de ocultar una nota de desdén en su voz. No podía entender por qué alguien querría vivir en otro lugar que no fuera Hertfordshire, aunque eso significara vivir en una casa diminuta que costaba una pequeña fortuna. Y, desde luego, no podía entender por qué alguien querría dirigir una hostería.

—No puedo evitarlo, tiene algo especial —respondió Emma, que dejó a Lily en el banco y echó un vistazo a las fotografías de la impresionante casa de piedra arenisca de Lobster Bay, con sus techos altos, sus habitaciones gigantescas y sus impresionantes vistas al mar.

Llevaba un par de meses mirando la propiedad, desde Nochevieja. Intentaba imaginarse haciendo realidad su sueño de dirigir una casa de huéspedes hecha a su medida y formar parte de la comunidad de un pueblo escocés, pero aún no había reunido el valor necesario para concertar una visita. A diferencia de su hermana, a Emma le atraía mucho más la idea de vivir en una península escocesa azotada por el viento que a pocos kilómetros de Londres.

—Lo único bueno que tiene es el precio —dijo Jane, que se apretó la coleta rubia y se subió los vaqueros ajustados.

Emma se preguntaba a menudo si las dos eran de verdad hermanas biológicas, pues su aspecto no podía ser más opuesto. Jane había heredado los genes de su padre: alta, delgada, de pelo liso y rubio; Emma, los de su madre: más bajita, curvilínea, de cabello ondulado y castaño. Y las diferencias no se limitaban al físico: Jane siempre había sido extrovertida e impulsiva, a diferencia de Emma, que pecaba de cautela y falta de espontaneidad.

—Es increíblemente barato —murmuró Emma, tratando aún de entender por qué costaba tan poco. ¿Se le había escapado algo?

En las fotos no había nada que la hiciera sospechar y, mucho menos, nada que no se pudiera arreglar con un poco de pintura, algo que ella misma era capaz de hacer. Por el precio que pedía la agente, Emma apenas habría podido comprar un piso de dos dormitorios en el pueblo de su hermana, y menos aún una casa adosada de siete dormitorios. En su opinión, era una ganga.

—Te llevará años arreglarla, ¿de verdad es lo que quieres?

Emma, en el fondo de su corazón, sabía que sí, pero que Jane no lo entendería. Su hermana siempre había sido feliz viviendo en edificios nuevos sin alma, en urbanizaciones donde lo único que la gente sabía de los demás era qué tipo de coche tenían aparcado en la entrada. Pero Emma siempre había anhelado pertenecer a una comunidad y tener un hogar acogedor y con personalidad que pudiera compartir con la familia, los amigos y los vecinos. Albergaba el sueño de regentar una casa de huéspedes desde que tenía uso de razón. Cuando sus amigas fantaseaban con convertirse en estrellas del pop o actrices, Emma hojeaba revistas de decoración que mostraban hermosas habitaciones y albornoces. Durante la última década había dejado a un lado su sueño, pero todo eso había cambiado tras los sucesos de Nochebuena.

En una semana, Emma había dejado su trabajo, abandonado a Chris, vuelto a vivir con su madre y encontrado la casa de huéspedes de sus sueños, el nuevo comienzo que tanto ansiaba. No le había contado a su madre ni a su hermana lo que había presenciado, sabía que nunca lo entenderían, pero estaba segura de que se daban cuenta de que algo iba mal; después de todo, no era normal que Emma hiciera tantas cosas por impulso. Y estaba pensando en comprar una hospedería en Escocia.

Lo único que le importaba a Emma era encontrar una comunidad de la que pudiera formar parte y un hogar que compartir con los demás. Y había algo en esa casa que la llamaba con fuerza, algo que le decía que podría convertirse en el hogar, el negocio y la comunidad que deseaba, que todo el duro trabajo necesario para hacerla perfecta merecería la pena. Si es que conseguía encontrar el valor para comprarla y hacer realidad su sueño.

—No le llevaría tanto tiempo arreglarla —dijo Liz, que llevó los bocadillos a la mesa y luego empujó a sus nietos hacia el fregadero para que se lavaran las manos—. Con tu experiencia como diseñadora de interiores, tendrías la casa arreglada en un santiamén.

Emma frunció los labios, pensando en cuánto trabajo tendría que hacer. Había que pintar los dormitorios y también el comedor, pero eso no le llevaría mucho tiempo; podría arreglar una habitación cada dos días si se ponía manos a la obra. Un par de semanas de trabajo en principio; un mes, como mucho. Cuanto más lo pensaba, más viable le parecía.

—Nunca he entendido tu fascinación por las casas de huéspedes. —Jane pasó las piernas por encima del banco para sentarse a comer—. Creo que estás loca por pensarlo siquiera.

—Me encanta la idea —dijo Emma. Había planeado estudiar Gestión Hotelera y Turística en la universidad y adquirir la experiencia necesaria para dirigir un pequeño hotel unos años después de graduarse, pero su padre había fallecido repentinamente de un ataque al corazón en su último año de escuela y, con Jane ya en la universidad, su madre había necesitado su apoyo. Al final, había sido más fácil estudiar Diseño de Interiores a media jornada en su localidad que ir a la universidad, pero, ahora, por fin, más de diez años después, tenía la oportunidad de hacer justo lo que quería—. Me parece divertido esperar a que la vida te sorprenda sin saber muy bien quién aparecerá.

Emma siempre había sido muy hogareña. A diferencia de muchos de sus compañeros, nunca le había gustado ir de mochilera y prefería que el mundo fuera a ella.

—Claro —dijo Jane, mordaz—. Como invitados de boda borrachos que vomitan en todos los baños, niños que empapan los colchones de pis y perros pequeños que se cagan en las alfombras.

—Se parece mucho a tu vida. —Emma señaló a Oso, que estaba con el lomo arqueado y el

trasero curvado hacia el suelo, a punto de dejar un regalito en el prístino suelo porcelánico de Jane.

Rápida como un rayo, Jane se levantó y se le echó encima con los brazos extendidos hacia delante para sacarlo a su minúsculo jardín, y cerró de inmediato las puertas tras ella.

—Es un buen punto —dijo Emma, que observó cómo su hermana se sacudía las manos—. Si compro la casa, tendrá una estricta política de “Perros no”.

—¿Por qué no te gustan los perros, tía Emma? —preguntó Jake con la boca llena de sándwich de huevo y los codos apoyados en la mesa.

Emma arrugó la nariz.

—No es que no me gusten exactamente, es que no me gusta el olor, el pelo, la baba. —Ensanchó los ojos al mirar a Jake—. ¡Y de verdad, de *verdad* que no me gusta recoger sus cacas!

—Eso no te lo reprocho —dijo Jane, observando el pequeño paquete que Oso había dejado en el césped y que olisqueaba mientras Jake se partía de risa—. Pero, en serio, ¿no te preocupa, aunque sea un poco, regentar una casa tan grande tú sola y que cualquier desconocido entre por tu puerta?

—Supongo que quien la dirigía antes debió hacer lo mismo —dijo Emma, que volvió a ojear las fotos. Por la abundancia de visillos, manteles de encaje y cortinas de cretona, dedujo que era más que probable que la que vendía la casa fuera una señora mayor; en las fotos no se veía casi nada masculino.

—Probablemente fuera una pareja —dijo Jane, a sabiendas—. Ya sabes, uno hacía las tareas de mantenimiento y la otra, las tareas domésticas. ¿De verdad puedes hacerlo todo tú sola? Puede que tengas un don para el diseño, pero ¿para las tareas domésticas y el bricolaje? ¿En serio? No estoy segura, Em.

“Y no te olvides de los desayunos; no has ido más allá de las tortitas y los huevos revueltos que solías prepararles a mamá y papá cuando eras pequeña, ¡e incluso entonces usabas sal en las tortitas y azúcar en los huevos!

—¿Y? —Emma se puso a la defensiva, como si volviera a tener catorce años y Jane le estuviera tomando el pelo con un chico que le gustaba y enumerase todas las razones del mundo por las que Emma no era la adecuada para él. Una parte de ella tenía ganas de comprar la casa solo para demostrarle a su hermana que se equivocaba—. Hay maneras de evitar esas cosas: un ama de llaves, un manitas...

—Todo eso cuesta dinero.

—Y podría ofrecer un desayuno continental —continuó Emma, negándose a dejar que su hermana menoscabara su entusiasmo—. O empanadas de *bacon* y huevos revueltos. Estoy segura de que hasta yo podría con eso.

—¿Incluso si te has levantado a las cinco y media cada mañana durante los últimos seis meses? Porque eso es lo que tendrás que hacer, y está bien si tienes a alguien que lo haga contigo, pero parece mucho para una sola persona.

Emma mordió su sándwich de atún con más fuerza de la necesaria. Lo cierto era que sabía que su hermana tenía razón: no era la mejor cocinera del planeta, ni siquiera por las mañanas, y no se podía negar que estaba sola. La primera decisión que había tomado después de Nochebuena había sido romper con Chris.

A él lo había tomado por sorpresa, decía que era una reacción instintiva al trauma, pero Emma

nunca había tenido nada tan claro. Llevaba más de un año pensando en ello, desde la boda del hermano de Chris, pero seguía esperando que las cosas mejoraran. Y por fin, la mañana de Navidad, decidió dejarlo. Se marchó ese mismo día, convencida de que su decisión era acertada, pero nerviosa por cómo sería su futuro sola. Chris, a lo largo de los años, había sido un buen amigo para Emma, aunque nunca había sido el elegido.

—No digo que no debas hacerlo —continuó Jane—. Solo digo que seas realista sobre lo que implica.

—Será mucho trabajo —dijo Liz, que miraba las fotos por encima del hombro de su hija pequeña—. Pero es algo de lo que Emma ha hablado desde que era joven. Mientras lo haga por las razones correctas y no por huir, tendrá éxito.

—No estoy huyendo —dijo Emma, sorprendida por el comentario de su madre.

—¿Ni siquiera de Chris? —preguntó Jane mientras intercambiaba una mirada cómplice con Liz.

—No —respondió Emma malhumorada. Se había dado cuenta de que su madre y su hermana habían estado hablando de ella a sus espaldas.

—Está bien, no hace falta que me arranques la cabeza, sabes que quiero que seas feliz. Pero no puedes negar que tienes tendencia a compartimentar las cosas y luego tirar la llave.

—¡Yo no!

—Como quieras, Em —dijo Jane, poniendo los ojos en blanco—. Asegúrate de que sea la decisión correcta, no una decisión precipitada, es todo lo que digo.

—Bien —dijo Emma, dolida por la discusión.

—Supongo que matarías dos pájaros de un tiro: ingresos y una casa. —Jane usó un tono un poco más amable, consciente de que había herido a Emma—. No puedes seguir durmiendo en el sofá de mamá para siempre.

Emma sabía que su hermana tenía razón. Su madre tenía una vida propia, una nueva pareja, Gary, y no era fácil llevar la relación con su hija adulta roncando en el sofá. Era hora de que Emma dejara de imaginar su sueño y empezara a vivirlo, de demostrarse a sí misma, y a Jane, que era capaz de hacerlo realidad. Y, definitivamente, había algo en la casa que la llamaba, que la atraía.

—¿Sabes lo que solía decir tu padre? —dijo Liz de sopetón.

—¿Qué? —preguntó Emma, siempre deseosa de escuchar un recuerdo de su difunto padre, al que había estado muy unida.

—A veces solo hay que saltar y ver dónde caes.

Al oír las palabras de su padre, Emma sintió que una repentina oleada de espontaneidad recorría su cuerpo y se convenció de que la hospedería de Lobster Bay estaba hecha para ella. En ese momento decidió que, en cuanto terminara de comer, se pondría en contacto con la inmobiliaria para concertar una visita.

—En principio, está bien —dijo Jane, ajena a la revelación de su hermana—, siempre y cuando no caiga en el mar del Norte sin chaleco salvavidas.

NOCHEBUENA

—¿Emma?

Emma oyó que Chris la llamaba antes incluso de que retirara su llave de la cerradura. Su voz sonaba asustada.

—Jesús —dijo él, de pie, en el pasillo. Abrió la boca y sus ojos la recorrieron de arriba abajo. Emma se fijó en que llevaba el pelo rubio, casi siempre perfecto, despeinado y el cuello desabrochado.

Detrás de Chris, en el espejo del pasillo, vio lo mismo que él: estaba sucia de polvo, la sangre le manchaba la ropa y le embadurnaba la cara, y tenía las manos llenas de arañazos y rozaduras.

—He intentado llamarte —dijo él, que la ayudó a quitarse la chaqueta y a arreglarse el pelo. Una imagen de ella haciendo lo mismo por Dawn asaltó su mente.

Sacó su teléfono.

“21:05. 173 llamadas perdidas”. Emma parpadeó, confundida. No entendía cómo no lo había oído sonar.

—¿Te has hecho daño? ¿Qué ha pasado? —le preguntó Chris, que la siguió hasta el salón, donde se sentó en el sofá. Se agarró al apoyabrazos de fresno y se quedó mirando el papel de regalo que había dejado Chris—. Está en todas las noticias. Un terrorista suicida. Hay muertos. Hay heridos. ¿Qué ha pasado? He intentado llamarte.

—Ya lo has dicho —dijo Emma, con voz suave y distante, como si le perteneciera a otra persona.

—¿Emma?

Chris la miró, expectante. Ella levantó la mirada sin comprenderlo.

Quería explicárselo, pero, aunque pudiera, ¿para qué hacerlo? ¿Qué sentido tendría? Podría contárselo todo y, aun así, no la entendería.

“Es como despertar de una pesadilla”, pensó.

Se levantó con la mirada perdida.

—Creo que no me apetece pasar las Navidades en casa de tu madre. ¿Se lo dices?

—Por supuesto. —Le tendió una mano, que retiró en cuanto ella se apartó.

—Creo que me daré una ducha. Me voy a la cama. Ha sido un día muy largo —dijo, tratando de contrarrestar el paso atrás con una media sonrisa.

—Pero, Emma... —le dijo él con los ojos llenos de lágrimas.

Se preguntó por qué Chris era capaz de llorar cuando ella no podía.

—Habla por la mañana —le dijo ella, tocándole apenas el brazo, aunque su instinto le aseguró que no lo harían.

CAPÍTULO 2

Emma tiró del freno de mano de su viejo Volvo Estate y esperó que fuera una medida de seguridad suficiente como para evitar que el coche, y ella, bajaran sin control por la empinada pendiente que conducía al pequeño puerto de Lobster Bay, que se extendía ante ella.

—Impresionante —susurró para sí misma una vez que el coche por fin dejó de moverse y chirriar, y pudo relajarse y contemplar las vistas.

Había sido un viaje muy largo, que había hecho en dos días, pero los setecientos veinticinco kilómetros, incluida una lluvia torrencial, parecían haber valido la pena.

Sentada, Emma disfrutó del cálido sol de principios de verano y contempló los destellos del mar y a dos patos de flojel que se mecían alegremente en su superficie. No parecía posible que aquel fuera su nuevo hogar, que pronto pudiera llegar a conocer cada piedra erosionada de la muralla del puerto, los tejados de teja de las viejas casitas de pescadores y el ritmo del mar que bañaba la pequeña playa en forma de medialuna.

Rebuscó entre sus pertenencias su vieja y querida cámara de fotos, y la acercó a sus ojos. Enfocó a un hombre de más o menos su edad, fuerte y atractivo, de pelo rubio desfilado, que trabajaba en un barco junto al puerto. Cuando Emma lo encuadró, él pareció darse cuenta de que lo observaban. Miró a su alrededor y, de repente, levantó la vista. Ella vio, a través de su objetivo, que su cara sin afeitar la observaba fijamente.

—Lo siento —dijo, aunque sabía que él no podía oírla, y bajó la cámara. Se encogió de hombros y saludó con un gesto alegre, aunque algo avergonzado, que no fue correspondido. Él le dio la espalda y continuó con su trabajo—. Pues vaya...

Emma volvió a meter la cámara en la bolsa que guardaba en la parte trasera del coche, donde estaban ordenadas las posesiones de su vida. A Jane le parecía espantoso que Emma tuviera tan poco a sus treinta y un años, pero ella llevaba su falta de pertenencias como una medalla de honor.

Como diseñadora de interiores, no era fácil tener pocos enseres: en cada trabajo le ofrecían lo que los clientes desechaban; por lo general, muebles que no estaban ni viejos ni en mal estado. A esas alturas, Emma podría haber tenido un almacén lleno de cachivaches, pero, desde que había salido de la universidad, vivía según la regla de “tener solo cosas bonitas y funcionales”. Nunca dejaba de sorprenderla que tan pocas cumplieran esas condiciones y, además, nunca había tenido espacio para ellas.

Emma rebuscó su brillo de labios en la pequeña mochila que llevaba en el asiento del copiloto. Esta le trajo a la memoria el primer lugar donde había vivido después de terminar la universidad y marcharse de casa, a los veintiún años. Se había ido a Londres y se había mudado a un piso amueblado con una antigua amiga del colegio. Recordaba, como si fuera ayer, el momento en el que había colocado la bolsa de deporte sobre su nueva cama y deshecho el equipaje. Hubo algo en aquel acto que hizo que, por primera vez en su vida, sintiera que había crecido, que por fin la vida le pertenecía.

Cuatro años después, Emma había hecho la misma mochila y se había mudado con Chris a un minúsculo apartamento de una sola habitación en el que apenas cabía más que lo estrictamente necesario, y muchas de esas cosas las había dejado atrás cuando puso fin a su relación.

Y ahora estaba ahí, con la misma bolsa a su lado, contemplando el hermoso puerto. Emma no podía creer que los diez años anteriores hubieran pertenecido a la misma vida. Vio a dos turistas, con anoraks a juego, que bajaban a la playa con un helado, y a un tipo, con una cinta en la cabeza, que remaba con su tabla de surf hacia el agua, con su perrito encaramado a la espalda. Se pellizcó. Londres parecía otro planeta, como si la última década y los sucesos de Nochebuena le hubieran ocurrido a otra persona. A Emma no le habría sorprendido en absoluto despertarse de repente y descubrir que todo había sido un sueño muy vivo y algo cruel.

Se relajó aún más en su asiento y observó cómo el hombre del barco terminaba su trabajo, subía a su furgoneta, en la que se podía leer “A. Wilson: Constructor de barcos”, y se alejaba rugiendo por la empinada y sinuosa carretera hasta perderse de vista. Estaba pensando en estirar las piernas y tomarse un helado cuando sonó su teléfono.

—Hola —respondió ella.

—Emma, soy Pamela. —El corazón le dio un vuelco al oír la educada voz de su abogada de Edimburgo—. El vendedor ha recibido el dinero. Felicidades, la casa de huéspedes de Lobster Bay es toda tuya.

—¡Gracias! —Emma hizo un pequeño baile en el asiento, con el alivio y la emoción saliéndole por los poros.

—Como acordamos, han dejado las llaves en el erizo de cerámica que hay bajo el seto delantero.

—Genial —se rio Emma, sin sorprenderse de que la anterior propietaria, Hilda, tuviera un erizo ornamental como lugar seguro. Por las fotos, era evidente que a la señora le gustaban mucho las baratijas, y eso se extendía también al jardín.

—¡Bueno, buena suerte!

Emma le dio las gracias a Pamela por todo su trabajo y colgó, aún sin creer que la casa fuera suya y haber tenido la espontaneidad de comprarla, aunque solo la hubiera visto por Internet.

Mientras conducía por la estrecha carretera que se alejaba del puerto y se dirigía al centro del pueblo, pensó en los últimos meses y en cómo ella, la sensata Emma Jenkins, había sido capaz de comprar una casa que nunca había visto en persona.

—Llamo por la hospedería de Lobster Bay —había dicho Emma, con timidez, a la agente inmobiliaria que había contestado al teléfono.

Sospechaba que todas las personas que preguntaran por la casa serían mayores que ella, probablemente en busca de un proyecto de jubilación. Le preocupaba que en la inmobiliaria no la tomaran en serio: al fin y al cabo, había pensado, las casas de huéspedes eran, por tradición, dominio de retirados, no de diseñadores que habían trabajado en casas de oligarcas rusos, estrellas del pop y miembros menores de la realeza. Pero, a pesar de su preocupación por la acogida que pudiera tener su consulta, Emma hizo la llamada, convencida de que había trabajado en proyectos similares para clientes. Sabía que podía convertir la hospedería en un impresionante lugar de retiro para quienes buscaran evadirse, y no en el típico hostel costero que regentaba una persona mayor jubilada.

—Ah, sí —respondió la alegre agente inmobiliaria con un suave acento escocés. Para alivio de

Emma, sonaba mucho más receptiva de lo que había imaginado; en su experiencia, los promotores tenían tendencia a ser reservados y poco agradables—. Es una auténtica maravilla. ¿La apunto para una visita?

—Me gustaría, pero estoy en el sur de Inglaterra y no estoy segura de cuándo podré ir... ¿Quizá dentro de un par de semanas? —dijo Emma, pensando que podría conseguir un billete de tren por un precio más razonable si esperaba hasta entonces.

—No le aconsejo que tarde tanto, querida. Ha habido mucho interés de repente, con el comienzo de la primavera. La casa ya tiene cuatro interesados y otra segunda visita mañana. La fecha de cierre está fijada para el viernes. —Emma sintió que se le encogía el corazón y, al mismo tiempo, que se crecía: saber que tenía competencia la hacía desear aún más la casa.

—Si yo fuera usted, seguiría adelante y haría una oferta: no tiene nada que perder.

—Aún no he pedido la hipoteca. —La vena sensata de Emma luchaba contra su recién descubierta espontaneidad. Sabía que, a pesar de no tener trabajo, con los ingresos previstos de la casa de huéspedes y la pequeña cantidad de dinero que le había dejado su padre, podría conseguir una hipoteca, pero solo si el tiempo no se interponía en su camino, y eso parecía una clara posibilidad.

—Ah, no se preocupe. Mientras el vendedor conozca su situación, no pasa nada. Tenemos algunos compradores interesados en comprarla en efectivo, pero nunca se sabe: a veces, enviar una pequeña nota personal al propietario acerca de lo que pretende hacer con el lugar puede hacer que una oferta menor y menos segura parezca un poco más atractiva.

Emma se volvió a animar y, antes de darse cuenta, Doreen, la agente inmobiliaria, le había dado los datos de Pamela Brydon, la abogada del vendedor.

Media hora más tarde, Emma se había dado a sí misma un curso intensivo de derecho inmobiliario escocés y se encontraba redactando un correo electrónico a Pamela para hacer una oferta, que completó con una copia escaneada de una carta manuscrita dirigida al propietario actual, y que adjuntó más tarde.

A quien corresponda:

Espero que no le importe que le escriba en persona. Quería que supiera lo mucho que me he enamorado de su preciosa casa y que creo de verdad que estoy destinada a convertirme en su nueva propietaria aunque no haya podido verla en persona. Espero que no piense que soy tonta, nunca había hecho algo tan impulsivo. Puede preguntárselo a cualquiera que me conozca: le responderá que soy tan sensata por naturaleza que rara vez hago algo espontáneamente. Pero su casa me ha cautivado y me encantaría vivir en ella y cuidarla tanto tiempo como pueda —mi hogar para siempre—, como veo que ha hecho usted.

Me doy cuenta de que no estoy en la mejor posición: no puedo ofrecer mucho más del precio de venta y todavía no he contratado una hipoteca, pero les aseguro que, si aceptan mi oferta, su casa no podría estar en mejores manos.

Atentamente,

Emma Jenkins

Fueron unos días muy duros, pero, menos de una semana después, Emma recibió una llamada de Pamela para decirle que habían aceptado su oferta. Su madre y Jane casi se cayeron al suelo cuando se lo dijo, pero, a pesar de que les preocupaba que se fuera a vivir sola y tan lejos, Emma seguía convencida. La única condición para la venta era que a Emma le dieran una hipoteca en el plazo de dos semanas, lo que consiguió por los pelos. Y allí estaba, otras cuatro semanas después, con el dinero transferido y la venta completada.

“¿Quién habría pensado que una llamada de teléfono me traería hasta aquí?”. Abrió la puerta de hierro forjado de la propiedad y miró a su derecha, buscando bajo el seto el erizo ornamental, que encontró en el rincón más alejado. Agachada, levantó la tapa de la figurita y descubrió tres llaves en un llavero con el dibujo de un perro viejo.

—Esto será lo primero que desaparezca —dijo mirando la foto del perro baboso. Volvió a colocar la tapa.

Emma abrió la cerradura inferior y, al girar la llave, inspiró hondo, expectante. La pesada puerta de madera necesitó un empujón de su hombro para vencer la resistencia del correo amontonado sobre las baldosas victorianas del zaguán. Sin inmutarse por aquella puerta vieja y chirriante, Emma introdujo la llave en la puerta interior —no sin antes admirar su hermoso cristal antiguo, grabado con diminutos pájaros y hiedra— y la abrió.

Ahogó una exclamación al darse cuenta de la enormidad de la tarea que había asumido. El lugar era inmenso, con techos que ni el plumero más largo podría alcanzar. Las paredes revestidas con papel de fibra gruesa tenían un color melocotón al que, a pesar de su formación como interiorista, a Emma le costaba poner nombre.

—¿Qué es ese olor? —Emma había esperado que oliese a tocino y a limpiador de lavanda, tal vez incluso un poco a cerrado, pero ese olor era muy diferente, una mezcla a perro mojado, cereales Weetabix caducados y azufre.

Se bajó el puño de la blusa, se lo puso sobre la nariz y cogió una nota con su nombre, que había sobre el aparador de madera marrón, apoyada en un viejo tarro de bombones.

Querida Srta. Jenkins:

Confío en que encontrará la casa en orden. Si necesita algún consejo, póngase en contacto con Rhona, encontrará su número el primer cajón del escritorio.

Y, lo que es más importante, asegúrese de que Wilbur coma dos veces al día.

Atentamente,

Hilda Wyatt (antigua propietaria)

—¿Quién es Wilbur? —preguntó Emma, que volvió a dejar la nota en el aparador. No tenía intención de dar de comer al gato del barrio, si es que ese era Wilbur. Los gatos le resultaban casi tan enigmáticos como los perros—. Y, más concretamente, ¿quién es Rhona?

Sin respuesta a sus preguntas, Emma ascendió por la gran escalera. No le costó demasiado imaginársela sin la moqueta burdeos estampada y el espantoso papel pintado a rayas rojas y melocotón, que se abría camino desde la parte inferior de las paredes y terminaba con cenefa de volutas en la parte superior. Al doblar la curva de la escalera, Emma se imaginó a Hilda Wyatt

eligiendo aquella decoración, segura de que era un clásico elegante, sin tener ni idea de que treinta años después sería el epítome de lo anticuado.

Desesperada por explorar toda la casa, subió la primera y la segunda escalera hasta arriba del todo. Al llegar al espacioso rellano lleno de telarañas, con el ácido láctico cosquilleándole los muslos por la subida, Emma se dirigió directamente a la habitación más grande, al fondo, y se puso delante de las dos grandes ventanas de guillotina que daban directamente al mar.

A pesar de la pintura desconchada y de la más que alarmante madera podrida de la ventana, que se deshacía al pasarle el dedo, Emma contempló el exterior, impresionada por la belleza de las vistas. El mar brillaba con un resplandor plateado, y, a lo lejos, había una isla que tenía la forma y el color de un cachalote. Por encima, el viento movía con rapidez las nubes, unas nubes grandes, algodonosas, blancas y gris claro, rotas por fragmentos de azul. Era lo más parecido a una vista perfecta que Emma podía imaginar.

—Mi hogar —dijo. Su ritmo cardíaco bajó y la invadió la calma, por lo que supo que todo saldría bien, a pesar de la enorme cantidad de trabajo que tendría que hacer y que las fotos de la agencia inmobiliaria no habían mostrado.

Miró a su alrededor, aplicando su mantra de “si es bonito y funcional” a todo lo que había en aquella gigantesca habitación. Tras la inspección, se dio cuenta de que lo único que tenía intención de conservar era la magnífica cama con dosel, del que colgaban horribles cortinas de cretona, y tal vez dos antiguas sillas de pergamino colocadas junto a la ventana; el resto —una amalgama de muebles de madera oscura, sin refinar, revestidos con sábanas bordadas y encajes — tendría que desaparecer.

El teléfono de Emma sonó mientras se dirigía al dormitorio más pequeño de la parte trasera superior de la casa. Este tenía un minúsculo cuarto de baño completo de cerámica melocotón, papel pintado de flores y hasta una funda de punto para el rollo de papel higiénico.

—¿Cómo te va, cariño? —preguntó Liz.

—Aquí ando —dijo Emma, que trató de no transmitir su horror por la decoración, y agradecida de que su madre aún no hubiera aprendido a hacer videollamadas.

—¿Es como la imaginabas?

—No te imaginas las vistas, son increíbles —le contestó, ya que no quería darle motivos de preocupación a su madre.

Mientras seguían charlando, Emma echó un vistazo al resto de la planta superior. Los otros dos dormitorios y el cuarto de baño daban a los tejados y las chimeneas del pueblo, y Emma se dio cuenta de que, aunque los contemplara a diario durante los siguientes diez años, encontraría algo nuevo cada vez.

De vuelta al rellano, Emma subió por la oscilante escalera de mano que habían dejado bajada y asomó la cabeza por el desván, que estaba lleno de las pertenencias desechadas de Hilda.

—¿Es la casa tan impresionante como parecía en Internet?

—Necesita un poco más de trabajo de lo que pensaba, pero es sobre todo decoración —dijo Emma, que ignoró a propósito los preocupantes signos de que había ladrillos sueltos en una esquina del desván, por donde se filtraba la luz del día. “*Hoy no es el día de preocuparme por los problemas estructurales* —se dijo Emma—. *Hoy solo tengo que centrarme en lo que puedo arreglar por mí misma*”.

—Menos mal —dijo Liz con un suspiro—. Me preocupaba que al abrir la puerta descubrieras

humedad, podredumbre y cosas así.

—Hasta ahora, no he encontrado nada —dijo Emma, que cerró la trampilla del desván y zanjó así cualquier preocupación sobre el tejado.

—¿Y hay espacio de sobra para que estés a tus anchas y aun así tengas clientes?

—Absolutamente.

Emma bajó a la planta intermedia para investigar otros tres dormitorios de generosas dimensiones: todos necesitaban profundas reformas, pero eran magníficos a su manera y dos de ellos tenían increíbles vistas al mar.

—Creo que puedo destinar la planta superior a mi apartamento y el resto de la casa a los clientes. —Emma se había pasado semanas elaborando proyecciones financieras para el banco, que incluían desde los gastos de establecimiento hasta el sueldo de la limpiadora, por lo que confiaba en que las tres habitaciones le proporcionarían ingresos suficientes para pagar la hipoteca y las facturas cada mes, y dejar un poco para ella.

—Estoy deseando verla —dijo Liz mientras Emma bajaba la escalera que conducía a la planta baja.

—Y yo que la veas, mamá —dijo, decidida a tener todo el trabajo posible hecho antes de la visita de su madre—. Ven pronto.

Emma colgó el teléfono y se dirigió al comedor, situado en la parte delantera de la casa. Descorrió una vieja cortina, pesada y polvorienta, y subió las persianas para dejar que entrara la luz a raudales. Los rayos de sol captaron el polvo que bailaba por toda la estancia, sobre las pesadas mesas, la sombría chimenea y la cómoda gótica. Abrió de par en par una ventana, y respirando el aire fresco y salado, Emma vio a una anciana que caminaba con lentitud y tiraba de su carrito de la compra, sin duda de camino a las numerosas tiendas que Emma había visto al atravesar el pueblo. Una joven madre corría detrás de su hijo pequeño, que estaba demasiado cerca del bordillo de la acera, y un hombre de mediana edad que paseaba a su perro se detuvo a leer el tablón de anuncios de la pequeña biblioteca. Aquello estaba muy lejos del ritmo de Londres y, a pesar de todo el trabajo que tendría que hacer, la perspectiva de vivir en un pueblo tan bonito emocionaba a Emma.

Llena de alegría y entusiasmo, pasó del comedor a la sala de estar, que daba al gran jardín que descendía hasta el mar desde la parte trasera de la casa; toda la cretona, las figuritas y los antimacasares del mundo no habrían podido ocultar la belleza de esa magnífica habitación que, con su gran chimenea abierta, los estantes abiertos estilo Edimburgo y el gran ventanal con puertas francesas en el centro, tenía una calidez que ninguna de las otras habitaciones poseía. Estaba deseando convertirla en un refugio acogedor para sus invitados.

“Tengo que encontrar lo básico: la cocina, el agua, el gas y la caja de fusibles”, se dijo Emma, de pie junto a las ventanas del salón, distraída por un reyezuelo que revoloteaba bajo las plantas de lavanda, un petirrojo que luchaba contra un gorrión en uno de los comederos y unos herrerillos que se disputaban el espacio en los rosales trepadores. Se apartó y se dirigió a la cocina, al fondo.

—¡Dios mío! —Se puso de inmediato el brazo sobre la nariz al entrar en la anticuada cocina de pino—. ¿De dónde demonios viene ese olor?

El olor que había notado en el pasillo era diez veces peor en la cocina. Con cuidado, olfateó el fregadero, pues sospechaba de los desagües, pero no era eso. Abrió la nevera en busca de algo

cubierto de moho y, de nuevo, nada. Abrió la puerta de la despensa, que era victoriana original, y tanteó en busca de un ratón o una rata muertos, pero Emma se dio cuenta enseguida de que tampoco era la fuente del olor.

—Solo me queda el lavadero.

Tendió una mano vacilante hacia el picaporte, horrorizada ante la perspectiva de lo que podría encontrar descomponiéndose en el interior. Cuando por fin agarró la manija y abrió la puerta, Emma se encontró con algo grande, negro y apestoso. Antes de que consiguiera contenerse, soltó un grito y cerró la puerta con rapidez.

CAPÍTULO 3

—Ay, Dios mío —dijo Emma con el corazón acelerado, manteniendo la mano firme sobre el picaporte por si la bestia de la lavandería conseguía abrirla. Se estiró para coger una silla de la mesa de la cocina, tiró de ella y la colocó debajo del pomo, rezando para que fuera suficiente mientras pensaba qué hacer.

—Rhona. —Fue directamente al aparador del vestíbulo a recoger la nota de Hilda—. Decía que llamara a Rhona si necesitaba consejo. —No tenía muy claro si el consejo se referiría también a tratar con animales inidentificables en el lavadero y se preguntó si no debería llamar a la Real Sociedad para la Prevención de la Crueldad contra los Animales.

“Su número está en el primer cajón del escritorio”, leyó Emma en la nota. Se dirigió de inmediato al salón y al sólido escritorio con tapa de cuero, en el que había un viejo teléfono analógico negro. Siguiendo las instrucciones, allí, metido en una funda de plástico transparente y con letra temblorosa, estaba el número de Rhona, que Emma marcó enseguida.

El teléfono pareció sonar durante una eternidad, pero, al final, justo cuando Emma estaba a punto de darse por vencida, contestaron.

—¿Dígame?

—¿Rhona? —preguntó, consciente de que no solo sonaba sin aliento, sino también un tanto asustada. No era una buena primera impresión.

—Sí.

Emma relajó un poco los hombros.

—Siento molestarla. —Caminó hacia la entrada de la cocina, desde donde podía vigilar la puerta del lavadero a una distancia segura. Si aquella cosa escapaba, podría cerrar la puerta de la cocina y salir por patas—. Me llamo Emma, soy la nueva dueña de la pensión de Lobster Bay...

—Ah, hola. —Era como si Rhona hubiera estado esperando la llamada de Emma—. ¡Me he preguntaba quién estaba tan loco como para encargarse de esa decrepita casa!

—Sí, esa soy yo —dijo Emma con una risa forzada. Habría querido averiguar a qué se refería Rhona con el comentario, pero sabía que no era el momento de preguntar—. La señora Wyatt me dejó una nota para decirme que debía ponerme en contacto con usted si necesitaba ayuda y, bueno, espero que no le importe, y no parecer completamente chalada, pero hay algo en la lavandería y no tengo ni idea de lo que es.

Rhona soltó una gran carcajada.

—Así que has encontrado a Wilbur —dijo entre risas—. Espérame, voy enseguida.

Como no quería correr riesgos, Emma se sentó en el escalón de la entrada mientras esperaba a que llegara Rhona. Habían pasado menos de cinco minutos cuando apareció un Fiat Panda destartado y una mujer alta y fibrada, con los ojos muy abiertos y una sonrisa aún más amplia, aparcó delante de la casa y se apeó de un salto.

—Tú debes ser Emma —dijo, pasando junto a ella y dándole una palmada tranquilizadora en el hombro. Se metió un gran manojo de llaves en el bolsillo trasero y entró en la casa antes de que Emma se pusiera en pie.

—Exacto —contestó. Siguió a la mujer, preguntándose aún quién era y por qué tenía llaves de

su casa.

—Soy Rhona, la limpiadora —dijo como si hubiera leído la mente de Emma.

“*Por supuesto* —pensó Emma—. *La señora R. McGregor, el ama de llaves que acepté emplear como parte de la venta*”.

—Wilbur puede asustar a la gente. Pero es muy amable cuando te conoce. —Habló a una velocidad vertiginosa mientras desaparecía por el pasillo y entraba en la cocina.

Rhona estaba a punto de abrir la puerta del lavadero.

—¡Para! —gritó Emma.

—¿Estás bien? —preguntó Rhona, que se detuvo, tal y como le habían ordenado.

Emma respiró hondo y soltó el aire poco a poco.

—¿Qué es Wilbur, exactamente?

Rhona arrugó la frente, perpleja.

—Es un Terranova —contestó, como si todo el mundo supiera lo que era.

—¿Un qué?

—Un Terranova —repitió—. Ya sabes, un perro de rescate canadiense. Son increíbles. La gente los llama “perros niñera” porque son muy mansos y tolerantes con los niños.

Emma frunció el ceño.

—Es imposible que lo que hay ahí dentro sea manso. Es enorme.

—Gigantes mansos —dijo Rhona despreocupadamente, ajena al corazón acelerado de Emma—. ¿Estás lista?

—En absoluto. —Emma se protegió detrás de la mesa de la cocina.

—Bueno, será mejor que te prepares, porque ya sale... —Rhona abrió la puerta de la lavandería y el perro más enorme, negro, peludo y baboso que Emma hubiera visto en su vida, con una cabeza del tamaño de una pelota de baloncesto, salió a toda velocidad.

—Dios mío —chilló, con todo el cuerpo en tensión cuando el perro se acercó a ella.

—Relájate —dijo Rhona—. Confía en mí, este perro no haría daño ni a una mosca; además, es viejo, puedes esquivarlo fácilmente.

Emma bajó la mirada hacia el enorme animal, cuya cabeza le llegaba a la cintura; la miraba fijamente, con los párpados inferiores caídos y la rojez de sus ojos al descubierto. A Emma le parecía más un oso hambriento que un perro manso.

—¿Por qué babea así? —Mantuvo la distancia para alejarse de la baba del perro, que le colgaba de la boca como si fueran cordones.

—Porque está emocionado. O porque tiene hambre. O ambas cosas. Siempre lo hace. Te acostumbrarás.

—¿Qué quieres decir con que me acostumbraré? —Emma se apartó. Por suerte, el perro perdió enseguida el interés y se puso a olisquear los bordes del zócalo.

—Durante los próximos días y semanas —dijo Rhona, que cogió un gran cuenco de agua del lavadero y lo llenó en el fregadero—. Antes de que te des cuenta, será tu mejor amigo.

—Lo siento, sigo sin entenderlo: ¿de quién es el perro?

—¡Pues tuyo, claro! —dijo Rhona riendo, como si Emma se estuviera poniendo adrede en ridículo.

De pronto, Emma se sintió agotada por el viaje y las emociones del día empezaron a aflorar. Se recompuso con una larga exhalación.

—¿No lo habló contigo tu abogado?

—¿Hablar el qué? —preguntó Emma, aunque supo la respuesta antes de que se la dieran. Pamela no había mencionado nada sobre un perro en ningún momento.

—Wilbur estaba incluido en la venta.

—No lo entiendo —dijo Emma, un poco mareada. Se agarró al respaldo de una silla para estabilizarse.

—¿Por qué no te hago una taza de té? Parece que te vendría bien una. Siéntate en el salón y te la llevaré.

Antes de que Emma pudiera decir que su caja de comida, incluidas las bolsitas de té, seguía en el coche con el resto de sus pertenencias, Rhona ya había sacado tazas del armario y té de la despensa. Emma se dio cuenta entonces de que no solo había comprado una casa, sino un negocio que incluía los muebles, una cocina totalmente equipada, un ama de llaves y, al parecer, también un perro.

—¡Vete! Siéntate antes de que te caigas —dijo Rhona, espantándola con una cucharilla.

Emma se sentó en el salón, en un feo pero sorprendentemente cómodo sofá de flores colocado de tal forma que podía ver a los pájaros que revoloteaban en los comederos, el jardín de detrás y una vasta extensión de mar más allá. Observar el ajetreo de los pájaros la distrajo por un momento, y se preguntó cuántos propietarios anteriores habían disfrutado de contemplar los pájaros y el mar desde la ventana. La historia de las casas siempre interesaba a Emma: nada le gustaba más que encontrar fotografías antiguas de cuando se construyeron por primera vez y rastrearlas a lo largo de los años. Sus trabajos de diseño favoritos eran aquellos en los que el cliente quería incorporar la historia del edificio al proyecto. Se le ocurrió que, una vez instalada, debería visitar el museo del pueblo para ver si sabían algo de la historia de la pensión.

—Aquí tienes. Hasta he encontrado una galleta —dijo Rhona, que entró y le dio el té.

Wilbur se escabulló por detrás y se tumbó junto a la chimenea, manteniendo una cómoda distancia, pero aún a la vista de Emma, que tenía la sensación de que la observaban.

—Gracias. —Miró cómo Rhona tomaba asiento en el banco de la chimenea y dedujo por su físico y su incómoda elección de silla que rara vez permanecía sentada mucho tiempo—. Entonces, ¿qué decías del perro?

—La residencia a la que se trasladó Hilda el mes pasado tiene una estricta política de no aceptar perros —dijo como si eso lo explicara todo.

—¿Y por qué no lo dio en adopción?

—Lo intentó, pero nadie quiso aceptarlo —respondió Rhona, acariciándole las orejas al perro.

Emma se quedó boquiabierta al ver cómo el animal le lamía la ingle con su larga y gruesa lengua.

—No me sorprende.

—No porque fuera difícil, sino porque no quiere estar en otro sitio. —Rhona salió en defensa del perro—. Una amiga de Hilda se lo llevó durante un tiempo, pero él seguía vagando por casa y se sentaba en el escalón de la entrada, esperando a que Hilda volviera.

Emma no estaba tan en contra de los perros como para no ver la ternura de la historia, y había algo un tanto tierno en su expresión melancólica, pero, aun así, no pensaba encargarse de él bajo ningún concepto.

—¿Quién ha estado cuidando de él?

—Yo —dijo Rhona, alborotando un poco más al perro, que se sentó y colocó la papada sobre su muslo, lo que le dejó una mancha húmeda de baba—. He estado yendo y viniendo cada día para darle de comer y pasearlo.

—¿No se quedaría en tu casa?

Rhona miró su taza de té.

—Tengo cuatro hijos, así que no tengo tiempo para un perro, si no, lo adoptaría sin pensarlo.

—Vaya, sí que estás ocupada —dijo Emma, impresionada de que alguien tan joven y delgada pudiera tener tantos hijos.

—Cuando Hilda se dio cuenta de que no tenía a dónde ir, decidió que se quedara aquí y que quien comprara la propiedad cuidara de él. Según tengo entendido, fue una condición para la venta.

—Es la primera noticia que tengo. —Emma se preguntó si, con las prisas por completar la venta, se le habría pasado por alto algún documento importante—. Llamaré a mi abogado y a una residencia canina.

Rhona se detuvo y ladeó la cabeza de un modo muy parecido al de Wilbur, cuyas orejas parecieron erguirse uno o dos centímetros cuando Emma mencionó la residencia canina.

—¿Por qué no esperas y hablas antes con Hilda? Puede que haya pensado en alguien más que pueda hacerse cargo de él, nunca se sabe. Y estoy segura de que le gustaría conocerte, todos se mueren por saber quién ha comprado este sitio.

Emma puso los ojos en blanco y soltó una ligera carcajada.

—¿Todo el mundo piensa que estoy loca?

—Loca o que eres muy trabajadora —dijo Rhona con un guiño.

—Si hubiera sabido cuánto trabajo necesitaba el lugar, no me habría emocionado tanto.

Rhona rodeó su taza con las manos, sus grandes anillos tintinearón contra la porcelana, y Emma se dio cuenta de que no llevaba ninguno en el dedo anular izquierdo.

—¿No viste la casa antes de comprarla?

Emma negó con la cabeza, desesperada por lo que Rhona debía pensar de ella.

—La agente inmobiliaria me dijo que la fecha de cierre estaba fijada, que si no hacía una oferta ese día lo más probable era que la perdiese. Y la quería de verdad.

—Ufff. —Rhona vació su taza de té—. Supongo que la bajada del precio atrajo a más compradores potenciales.

—¿Hacía tiempo que la casa estaba en venta? —preguntó Emma, que no había notado una rebaja del precio en los pocos meses que llevaba mirándola en Internet.

—Un par de años —dijo Rhona, con una inflexión ascendente.

—¿Un par de años?

—Tal vez tres... o un poco más.

—¿Cómo es posible? —Emma se sintió un poco ofuscada por el descubrimiento y ahuyentó una semilla de duda que se coló en su mente.

Rhona hizo una pausa antes de decir:

—Quizá porque Hilda no quería vender en realidad.

—Entonces, ¿por qué lo ha hecho?

—Su hija, Judy, tiene un poder notarial e insistió. Hilda ya no podía arreglárselas y no podía

depender de mí o de ella para ayudarla tan a menudo como necesitaba. La verdad es que hacía tiempo que era demasiado para ella, pero perseveró y la gente siguió viniendo.

—¿Cuándo dejó de recibir huéspedes?

—No lo ha hecho, todavía tiene reservas. —Rhona dejó su taza y se levantó para coger algo del escritorio—. Echa un vistazo. —Le entregó a Emma un diario encuadernado en cuero.

Emma hojeó las páginas de lo que resultó ser un libro de reservas. Estaba casi vacío hasta mitad del año, donde de repente se llenaba de la escritura de Hilda. En su garabato de anciana había escrito los nombres y números de teléfono de los huéspedes, desde dónde viajaban y el número de noches que se quedarían. Emma no podía creer cuántas reservas había para una casa en tan mal estado.

—Pero esto es para junio. —Hizo un cálculo rápido en su cabeza—. Solo falta un mes.

—Cierto. —Rhona se limitó a asentir con la cabeza—. ¡Parece que alguien tiene mucho trabajo!

CAPÍTULO 4

Rhona persuadió a Wilbur para que volviera a la lavandería y le aseguró a Emma que volvería al día siguiente, cuando sus hijos estuvieran en el colegio, para ayudar en lo posible.

—He dejado una nota con las horas de comida de Wilbur, y no te preocupes por pasearlo. Ya he salido con él esta mañana. Es viejo, un paseo al día es suficiente.

—Está bien saberlo. —Emma intentó disimular su miedo a pasear a un perro del tamaño de un caballo pequeño.

—Estarás bien. ¿Por qué no sales a dar un paseo y hacer las compras que necesites? —Rhona ya había salido y abría la puerta del coche—. Te sentirás mejor y lista para afrontar cualquier cosa con algo en el estómago.

—Buena idea. —Emma rebuscó su tarjeta bancaria en el bolsillo y cogió las llaves de casa antes de cerrar la puerta.

—No hace falta que cierres con llave, ¡estás en Lobster Bay! —le dijo Rhona, antes de meterse en su coche y salir a toda velocidad.

“Así que aquí estoy”. Emma miró la elegante calle en la que se encontraba la hospedería. Los cerezos que la bordeaban todavía estaban rebosantes de flores de un suave color rosa, que contrastaban perfectamente con un cielo azul empolvado. En lo alto, las gaviotas revoloteaban sobre los tejados rojizos, llamándose unas a otras, y el calor del sol primaveral resaltaba los rosas y naranjas de la piedra antigua.

Mientras recorría la estrecha carretera que subía hacia las tiendas del centro del pueblo, Emma pasó por delante de un antiguo cine reconvertido en galería de arte y de un pequeño *pub* con estructura de A que anunciaba habitaciones.

Al llegar a la calle principal, la exposición de productos frescos de primavera que tenían en la calle la atrajo hacia la frutería de la esquina. Al entrar, una campanilla sonó por encima de ella. No recordaba la última vez que había oído el timbre de una tienda. Cuando vivía en Londres, compraba en el supermercado Tesco Metro y, los últimos meses, ya en casa de su madre, le llevaban la compra a domicilio. Había algo en la campanilla de una tienda que hacía que Emma se sintiera como si hubiera retrocedido en el tiempo. Y eso, en su opinión, no era nada malo.

—Hola —saludó a la joven que estaba sentada detrás del mostrador. Supuso que tendría entre veinte y veinticinco años; y ocultaba su bonita cara tras unas grandes gafas de plástico. Su espeso pelo, azulado en las puntas, estaba recogido bajo un gran gorro de lana que parecía hecho a mano.

—Hola —dijo la mujer, sin levantar apenas la vista de su teléfono.

—Acabo de mudarme al pueblo. He comprado la pensión que hay una calle más abajo.

Emma señaló vagamente en dirección a la casa, no muy segura de su ubicación. Se sorprendió a sí misma con su propia cháchara, maravillada de que la vida en el pueblo ya estuviera surtiendo efecto.

—Ajá —dijo la mujer, que mascó el chicle con más fuerza.

Emma sintió que sus ojos oscuros la seguían mientras estudiaba los tarros de conservas caseras.

—Puede que pruebe un par de estos; supongo que necesitaré algunos para los desayunos de los

huéspedes. —Colocó algunos tarros de mermelada sobre la encimera—. Y unas patatas Jersey Royal y espárragos para mi cena.

—Claro —murmuró la dependienta, que dejó a regañadientes el teléfono. Pesó y embolsó las verduras sin chistar—. Siete libras y veintinueve peniques.

Emma acercó su tarjeta a la máquina y evitó seguir charlando con la reticente joven, que embolsó los artículos de Emma en silencio.

—¿Quiere el recibo? —Empujó los artículos hacia ella.

—No, gracias —dijo Emma, cogiendo la bolsa—. Hasta pronto.

—Supongo —murmuró la chica, que volvió a su teléfono.

Tras dejar atrás a la malhumorada dependienta, Emma continuó por la calle. Pasó por delante de una pequeña mercería con el escaparate lleno de lanas de colores brillantes, cestos y mantas. Emma tomó nota de que pasaría cuando estuviera abierta para ver si encontraba algo para la casa. Durante el largo viaje había decidido que la decoraría con tantos diseños locales como pudiera, desde colchas hasta pantallas de lámparas, y que haría lo posible por utilizar muebles reciclados y sostenibles. Esta pequeña joya era exactamente lo que buscaba.

Un poco más allá, junto a una tienda *delicatessen* llena de golosinas calóricas y una pequeña agencia inmobiliaria con un escaparate lleno de pintorescas casitas en venta, Emma encontró la carnicería. Al entrar, sintió que volvía a retroceder en el tiempo. Las paredes estaban forradas con imágenes de hombres de aspecto severo y largos delantales blancos que blandían cuchillos, y había fotografías de ganado premiado y escarapelas y trofeos por todas partes. Incluso había una pizarra en la que figuraban las granjas de las que procedía la carne del día. Y, lo que más la impresionó: apenas olía a carne.

—¿En qué puedo ayudarla hoy? —preguntó un tipo de la edad de Emma, que se apresuró a salir de la parte trasera con una sonrisa. Llevaba unos pantalones anchos de carga bajo el delantal y un par de zapatillas Vans, y su pelo oscuro y rizado caía en cascada bajo una diadema. Se preguntó si sería el mismo chico que había visto en la playa con su tabla de surf.

—Estoy buscando un buen trozo de cordero —dijo Emma.

—Bien, ¿para cuántos? —Su suave acento escocés sonaba característico y amistoso, y Emma le tomó cariño al instante.

—Solo para mí. Cualquier pieza que sea rápida de cocinar.

—Un filete o una chuleta se asarán enseguida.

—Un filete sería genial, entonces.

—Muy bien. —Seleccionó una pieza del expositor y la envolvió—. ¿Alguna cosa más?

—En realidad, sí. —Emma se puso el traje de negocios—. Me acabo de hacer cargo de la casa de huéspedes aquí, en el pueblo. ¿Tienes cuentas comerciales?

—¡Así que eres la nueva dueña! —Esbozó una sonrisa aún mayor y salió a saludarla. Extendió el brazo, con la muñeca cubierta de pulseras de cuero, cuentas y cordeles—. Phil Hughes. Encantado de conocerte.

—Emma. —Estrechó la cálida y fuerte mano de Phil.

—¡Vas a tener las manos ocupadas con ese sitio! —Se frotó con una mano su desaliñado vello facial.

—¡Es lo que me dicen todos! —se rio Emma.

—Mi familia trató con la anterior propietaria durante décadas.

—¿Hilda?

—Es todo un personaje.

—¡También me lo han dicho!

—Solía comprar bistec de cuadril para su perro y nuestras salchichas más baratas para sus huéspedes. —Los ojos castaños de Phil brillaron al recordarlo.

—¿Por qué no me sorprende? —dijo Emma, que había conseguido olvidarse de Wilbur por un momento. Podía estar seguro de que nunca recibiría de ella el mismo trato.

—Personalmente, me quedo con el filete para mí y las salchichas baratas para mi perro —dijo Phil.

—Buen plan. —Emma estaba casi segura de que era Phil a quien había visto esa mañana con su perro encaramado a la parte trasera de la tabla de surf. Se maravilló de vivir en una comunidad donde era posible hacer surf con tu perro por la mañana y estar trabajando por la tarde, y se felicitó en silencio por haber tomado la mejor y más importante decisión de su vida.

—Podemos abrirte una cuenta comercial. Permíteme que te traiga una lista de precios. —Pasó por detrás del mostrador y le dio una para ella, junto con una tarjeta de visita.

—Gracias. —Emma se lo cogió—. ¿Y cuánto por el cordero?

—Considéralo un regalo de bienvenida —contestó con una amplia sonrisa.

—Eres muy amable, gracias. —Emma agradecía que Phil la hiciera sentir tan bienvenida; era el estímulo que necesitaba después de la recepción que había tenido en la frutería.

—Nos vemos —se despidió él.

—¡Por supuesto! —Dijo adiós con la mano, y al pasar por la ventana notó que los ojos de Phil parecían seguirla.

“Una última parada, y de vuelta a casa”, pensó Emma, que aún no estaba preparada para llamarla hogar. Cruzó al otro lado de la calle, hacia otro grupo de tiendas, donde había un pequeño supermercado, frente a la carretera que llevaba a la pensión.

Emma se tomó su tiempo para pasear por él y tomar nota mental de sus amplias existencias. Entre los comercios y ese lugar, pensó que rara vez tendría que salir del pueblo. Era como vivir en los años cincuenta, exactamente como había soñado.

Después de echar un buen vistazo, llevó al mostrador un tarro de salsa de menta, una vela perfumada y un sorbete de limón.

—¿Solo esto? —preguntó la cajera, que tenía un aire a Ann Widdecombe: pelo espeso y rebelde, boca hacia abajo y figura rotunda.

Emma sospechaba, por su acento marcado, su voz grave y su palidez, que fumaba al menos cuarenta cigarrillos al día. Su placa decía “*Sheena*”.

—Solo los tres artículos, gracias —dijo Emma, cada vez más consciente de su acento inglés.

—No te había visto antes por aquí —dijo Sheena, sin ser antipática, pero con una franqueza que sorprendió a Emma. En Londres apenas la miraban. Ya llevaba dos años comprando en el Tesco de su barrio antes de que alguien la saludara, e incluso entonces apenas le dirigían la palabra.

—Acabo de mudarme a la casa de huéspedes.

—¿La vieja casa de Hilda?

—Exacto. —A Emma le gustaba que todo el mundo pareciera conocer a Hilda. Se preguntó cuánto tardarían en conocerla a ella también.

—¿De dónde vienes?

—Londres; bueno, Northampton.

—Ah, sí. —Sheena la miró de arriba abajo; a ella no le importó, esperaba que la gente sospechara un poco de ella, ya que venía del sur—. ¿Y cuál es tu conexión con este lugar?

—Absolutamente ninguna.

Se contuvo para no contarle que desde hacía mucho tiempo tenía el sueño de dirigir un hostel en un pueblo y que quería empezar de nuevo. Tenía la sensación de que, si lo hacía, Sheena le sacaría la historia de Nochebuena en cuestión de minutos, y Emma aún no estaba preparada para narrarla; no estaba segura de si lo estaría alguna vez.

Los ojos de Sheena la presionaron para que le diera más información.

—Soy diseñadora de interiores y la casa es un gran proyecto. —Tuvo cuidado para no contar nada más demasiado específico—. Además, no hay nada mejor que Lobster Bay.

—Sí, en eso tienes razón —dijo Sheena, que escudriñó los objetos de Emma.

Se había formado una pequeña cola detrás de Emma, por lo que Sheena no tuvo más remedio que procesar su pago y dejarla marchar sin más interrogatorios.

“*Cielos, ¡menuda pandilla!*”, pensó Emma al salir de la tienda, divertida por la excéntrica colección de lugareños y encantada por el hecho de que ya conocía a dos por su nombre.

Estaba a punto de volver a la casa cuando vio que una joven con un corte de pelo *pixie* y un vestido delantal colocaba un cartel ante la puerta del pequeño museo que había al otro lado de la carretera, frente a la frutería. Al cruzar la calle, sonrió y le preguntó si estaban abiertos.

—Lo estamos —dijo alegremente—. Adelante.

—Esto es precioso —le dijo Emma a la mujer al entrar en la pequeña tienda situada a la entrada del museo. Las estanterías estaban adornadas con todo tipo de regalos, como platos, tazas y teteras, con temáticas de langostas y frailecillos, y el suelo estaba lleno de tarjetas que representaban los pueblos, las playas y los cielos de la zona.

—¿Estás de visita? —preguntó la señora, que se puso detrás del mostrador.

—En realidad, acabo de mudarme una calle más abajo.

—¿A la hospedería?

—Sí —dijo Emma, asombrada de que hiciera falta tan poca información para que la gente hiciera deducciones correctas.

—Una de mis primas es el ama de llaves allí.

—¿Rhona?

—¿Ya os conocéis?

—Ha venido a rescatarme hace una hora.

—Déjame adivinar —dijo la señora, sus ojos centelleando encantados—, ¡Wilbur!

—¿Lo conoces?

—Todo el mundo conoce a Wilbur, es un poco como la mascota de nuestro pueblo. —Emma esbozó una sonrisa tensa, la idea de que le hubieran dejado no solo la querida mascota de alguien, sino también la mascota del pueblo hacía que la carga fuera aún mayor—. No puedes dar ni cinco pasos con Wilbur sin que alguien se pare a charlar contigo.

—Desde luego, parece todo un personaje —dijo Emma.

—Encaja por aquí.

—Empiezo a darme cuenta —dijo Emma riendo.

—Soy Jennifer, por cierto.

—Emma. —Le estrechó la mano y observó los tatuajes de henna que llevaba, los múltiples *piercings* en las orejas y un pequeño pendiente en la nariz.

—Encantada de conocerte.

—¿Por casualidad sabes algo de la casa de huéspedes? He pensado que estaría bien descubrir un poco de su historia, quizá incorporar algo de ella a mi diseño.

—Es una gran idea —dijo Jennifer, entusiasmada—. No tengo nada expuesto, pero me puedo encargar y echarles un vistazo a nuestros archivos.

—¡Eso sería increíble! Muchas gracias. ¿Seguro que no es mucha molestia?

—¿Molestia? —dijo Jennifer riendo—. Hurgar en los archivos es mi razón de ser, nada me hace más feliz.

—Entonces, estoy deseando ver qué se te ocurre. —Emma cogió un paño de cocina con una langosta de una vitrina y lo colocó sobre el mostrador.

—Te llamaré a casa cuando tenga algo que enseñarte.

—Gracias. —Emma pagó el paño de cocina.

—De nada.

Emma salió del museo y estaba a punto de tomar el camino a casa cuando una furgoneta pasó rugiendo y la obligó a retroceder de un salto.

—¡Eh! —gritó, levantando la mano, molesta. Consiguió ver al conductor, que se parecía al tipo arisco que había visto antes en el puerto—. Gilipollas —murmuró, irritada por su imprudencia, antes de volver a casa.

Al llegar, se encontró a alguien en la puerta principal.

—Hola. —Saludó con la mano a una mujer de unos cincuenta años con un perfecto corte *bob* gris.

—Tú debes ser Emma. —Extendió su fina mano.

—Sí. —Ella le estrechó la mano con firmeza antes de darse cuenta de que el agarre de la mujer era mucho más débil que el suyo, y ajustó el suyo en consecuencia.

—Soy Judy, la hija de Hilda.

—Ah, hola. —Emma estaba un poco desconcertada. Había algo en Judy, en su falda de *tweed* hasta la rodilla y su camisa blanca almidonada con el cuello levantado, que la hacía parecer un poco estirada. Era difícil imaginar que se hubiera criado allí; tenía un aire más urbanita—. ¿Quiere pasar?

—No, no. —Judy agarró con fuerza la correa de su bolso de piel—. Estoy segura de que estás muy ocupada. Solo quería pasarme para darte la bienvenida y comprobar que todo iba bien.

—Sí, gracias —dijo Emma, dejando la compra en el vestíbulo. Pensó en mencionar a Wilbur, pero Judy parecía aún menos que ella el tipo de mujer que podría ocuparse de un perro de más de sesenta kilos, así que dejó el tema—. Me encanta la casa.

—Estoy segura de que tardarás un tiempo en dejarla como quieres, mi madre la abandonó un poco al final.

—En absoluto —dijo Emma, que percibió que la mujer estaba bastante avergonzada por el estado de la hospedería—. Se nota que ha sido un hogar muy querido.

—Te agradezco que lo digas. La mayoría de los posibles compradores estaban más interesados

en el negocio; al final, me alegré de que fuera a parar a alguien que también lo quería como casa. Sentí que le facilitaría el traspaso a mi madre.

Por el tono de Judy, Emma se daba cuenta de que no había sido así, pero había algo en ella, una tensión, un malestar, que le impedía seguir indagando.

—Me alegro de que aceptaras mi oferta. Sé que no era la mejor que tenías.

La frente de Judy se arrugó durante una fracción de segundo antes de responder:

—Te tomaste tiempo para escribir, aunque, por desgracia, extravié la nota y mi madre se niega a creer que exista.

—Es una pena. Quería que ella supiera que tengo toda la intención de cuidarla bien.

—No te preocupes —dijo Judy con una expresión distante en los ojos. Parecía deshacerse de un pensamiento molesto—. Al final, todo saldrá bien.

—Es un gran cambio para todos —dijo Emma, reflexionando sobre lo que Judy había querido decir.

—¿Verdad? —dijo ella con remilgo—. Bueno, será mejor que te deje seguir. Mucha suerte.

Emma entró sigilosamente en la cocina para no molestar a Wilbur; esperaba que estuviera durmiendo en el lavadero. Dejó la compra sobre la encimera y metió el cordero en el frigorífico y el sorbete en el congelador, antes de salir a hurtadillas para descargar el coche. Sabía que no podía ignorar al perro para siempre, que en algún momento tendría que ocuparse de él, pero debería esperar hasta que el coche estuviera vacío al menos.

Durante la hora siguiente, Emma subió caja tras caja los dos tramos de escaleras hasta el piso superior. Decidió que la habitación grande del fondo sería su salón privado y la más pequeña, contigua, su dormitorio. Las habitaciones de la parte delantera de la casa las utilizaría como habitaciones de huéspedes, pero solo cuando las del primer piso estuvieran en funcionamiento.

—Ya está, trabajo hecho. —Emma colocó las últimas prendas en el pequeño armario eduardiano que había limpiado a fondo.

Cerró la puerta de espejo y se vio en él. Su pelo, retirado de la cara con una cinta, estaba húmedo en la parte delantera a causa de sus esfuerzos, y sus regordetas mejillas estaban sonrosadas. Satisfecha con sus esfuerzos, se tomó un merecido descanso en la sillita junto a la ventana y observó la habitación. Su pequeño cuarto de baño, libre de portarrollos de punto y toallas bordadas, parecía más su casa ahora que sus artículos de tocador estaban en las estanterías. El somier de pino resultaba mucho más acogedor con las frescas sábanas blancas de Emma, el antiguo tocador le resultaba más familiar con el cepillo y el secador de pelo, y un par de libros y una lámpara de lectura junto a la cama hacían que la habitación resultase hogareña.

“Me gustaría quedarme aquí sentada todo el día, pero no puedo”, se dijo Emma, que miraba por la ventana hacia el mar y veía pasar las nubes ondulantes mientras se deleitaba con su nuevo hogar. Si no hubiera sido por la gigantesca tarea de decoración que tenía por delante, y porque había un perro viejo y baboso en el lavadero, Emma podría haber pensado que estaba soñando. Pero no había forma de evitar al can, y Emma no tuvo más remedio que bajar las escaleras y enfrentarse a él. Una parte de ella quería llamar a Rhona, o incluso a Phil, el carnicero, para que

la ayudara, pero, impulsada por la determinación de demostrarse a sí misma y a su hermana que era capaz de manejar su nueva vida, decidió hacerlo sola.

En la cocina, Emma recogió la nota que Rhona le había dejado con la rutina de Wilbur, y comprobó que le tocaba su segunda comida del día.

—Lo primero es lo primero. —Miró la puerta de la lavandería—. ¿Dónde guarda la comida del perro?

Emma abrió todos los armarios de la cocina, miró debajo de la escalera y rebuscó en la despensa, pero no encontró nada.

“*Dime que el perro no solo come filetes crudos*”, pensó Emma, recordando lo que Phil le había dicho.

Sin más remedio que mirar en el lavadero, abrió la puerta con mucho cuidado, tratando de no molestar al perro. En la penumbra distinguió a Wilbur, acurrucado en su cama del rincón.

—Buen chico —susurró. El ligero temblor de su voz la sorprendió. Nunca les había tenido miedo a los perros. Le daban asco, sí; pero había algo en aquella situación, su entrada en su territorio, su enorme tamaño, que la ponía nerviosa.

—Tranquilo —dijo cuando vio que sus ojos se abrían y se fijaban en ella—. No hace falta que te levantes.

Y entonces, como si hubiera comprendido a Emma y decidido desafiarla, Wilbur estiró las patas delanteras, abrió mucho las mandíbulas en un bostezo, dejando al descubierto una dentadura muy grande y amarillenta, y se puso en pie con lentitud.

—Tranquilo —le dijo mientras le olfateaba los pies con desconfianza—. Vamos a sacarte.

Emma abrió una puerta que daba al pasillo trasero y luego abrió de par en par la que daba al jardín, dejando libre a Wilbur para que saliera a la zona a la que daban los grandes ventanales del salón y la cocina. Bajó despacio un pequeño tramo de escaleras que conducía a la parte de hierba del jardín, donde apoyó la pierna en un pequeño arbusto en flor.

—Encantador —dijo Emma, ya sin temblarle la voz, mientras seguía a Wilbur por el jardín y exploraba los parterres, los comederos de pájaros y el sinuoso sendero que conducía a una pequeña sección de hortalizas y a un cobertizo, y, más allá, a un segundo jardín de pradera empinada que bajaba hasta el mar.

Volvió la vista hacia la casa, observó la propiedad y se pellizcó, incrédula.

“*Yo he hecho que esto ocurra*”, pensó, admirando la hermosa mampostería de la casa, y su mirada se desvió hacia donde el tejado se unía con la propiedad de al lado. Emma no era una experta, pero incluso para sus ojos era evidente que la cubierta necesitaba reparaciones; nada urgente, pensó, pero que no debía dejarse desatendido durante mucho tiempo.

Mientras miraba a Wilbur olisquear el césped, pensó en lo lejos que había llegado en tan poco tiempo. ¿Era de verdad posible que hacía menos de cinco meses aún estuviera con Chris, viviendo en un pequeño apartamento y trabajando en Londres? De pie, entre el suave paisaje del jardín, y respirando el aire fresco y salado, apenas parecía posible.

“*Bien, habrá que seguir*”, pensó, dándose ánimos, mientras Wilbur se contentaba con olisquear el exterior del cobertizo.

En el pasillo trasero encontró algunas estanterías llenas de artículos de bricolaje y un armario lleno de latas de comida para perros, cuencos, huesos, correas, cepillos y bolsas para excrementos; estaba mejor surtido que algunas tiendas de animales que había visto.

“Supongo que he encontrado el armario de Wilbur”, pensó mientras vaciaba una gran lata de comida para perros de olor repugnante en un cuenco y lo colocaba fuera. Para Emma, los perros comían fuera. No tenía intención de dejar que comiera en la cocina y, si de ella dependía, aprendería a dormir en el pasillo trasero en lugar de en el lavadero.

—¡Vamos! —gritó, de pie justo dentro de la puerta trasera.

En cuestión de segundos, Wilbur subió los escalones y fue directo a su cuenco.

“Qué asco, qué asco, qué asco”, pensó, arrugando la nariz mientras veía a Wilbur engullir el contenido con avidez.

Emma estaba a punto de entrar cuando un fuerte golpe la sobresaltó y el corazón se le aceleró. Se tranquilizó, como había aprendido a hacer, inspirando hondo, y miró por encima del alto muro del jardín hacia la propiedad vecina. El muro medía unos dos metros, lo bastante alto como para ocultar la mayoría de las cosas, pero lo bastante bajo como para que Emma viera que se abría la puerta trasera de su vecino y se volvía a cerrar de un golpe, seguido del inconfundible sonido de voces procedentes del interior.

DÍA DE NAVIDAD

—Feliz Navidad —dijo Chris, que le dio a Emma una taza de té mientras se despertaba—. ¿Cómo has dormido?

—Muy bien, creo —dijo incorporándose, sorprendida de haber conseguido caer en un sueño tan profundo. Se sentía como si hubiera dormido toda una vida en una sola noche. Se recolocó la arrugada colcha de lino—. ¿De verdad lo de ayer...?

Chris asintió.

—¿Cómo estás?

Emma se tomó un momento para meditar su respuesta.

—Es como si hubiera tenido una pesadilla horrible. —Sorbió su té caliente, preguntándose qué debería sentir. ¿Era correcto no sentir casi ninguna relación con lo ocurrido?

Chris puso su mano sobre la de ella y frotó lentamente con el pulgar un feo araño. Emma lo apartó, incapaz de recordar cómo se lo había hecho, y rodeó su taza caliente con los dedos.

—¿Terminaste de envolver los regalos de tu madre? —preguntó, encontrando consuelo en lo banal, y entonces lo recordó: el destello blanco, el ruido ensordecedor, los regalos de Chris volando de su mano—. Mierda.

—¿Qué?

Emma sacudió la cabeza bruscamente, tratando de erradicar el recuerdo.

—Tus regalos, los tenía cuando...

No se atrevió a terminar la frase.

—Por favor, no te preocupes —dijo Chris con una voz que a Emma se le antojó asfixiante. Se preguntó si iba a ser así, si todo el mundo la trataría como a una muñeca de porcelana.

—Pero ahora no tendrás nada que abrir —dijo ella, intentando comprender por qué se sentía más molesta por eso que por lo que había pasado.

—Emma —dijo, frotándole la rodilla—. Lo único que quiero para Navidad eres tú, y este año, bueno..., casi no lo consigo.

—Chris, vamos. —Enarcó una ceja ante su histrionismo.

—En serio, Emma, podrías haber muerto.

—Pero no lo hice —dijo, sorprendida por la rabia en su voz y el repentino odio que sentía hacia el terrorista responsable. La imagen de las hijas de Dawn en su teléfono parpadeó ante ella y se preguntó: “¿Por qué ella, una madre, y no yo?”—. Dos niñas se han despertado sin su madre esta mañana, el día de Navidad, por el amor de Dios, y solo él sabe cuántos otros han perdido a sus seres queridos. No sientas pena por mí, Chris. Yo estoy aquí. Siéntelo por ellas.

—No quería molestarte —respondió con los ojos llenos de remordimiento y confusión.

Emma se echó hacia atrás, sintiéndose culpable por haber sido tan dura.

—No es culpa tuya —dijo suavizando el tono. Le cogió la mano, se la estrechó y lo miró directamente a los ojos—. No hay razón para que sepas cómo afrontar esto.

—Pero quiero ayudar.

—Lo sé. —Ella dirigió su mirada hacia sus manos entrelazadas y se dio cuenta de repente—. Pero tú siempre vas a querer protegerme, entender algo que yo nunca *entenderé*, o que nunca querré compartir; es una situación imposible.

—Tenemos que darle tiempo, Em.

Emma negó con la cabeza, aflojó el agarre y apartó la mano. Ninguno de los dos dijo nada, pero ambos sabían que su relación había terminado.

CAPÍTULO 5

—No puedo creer que una mano de pintura en la puerta de entrada pueda cambiar tanto las cosas.

—Rhona, que tenía las manos salpicadas de pintura apoyadas en sus estrechas caderas y las mangas de la camisa arremangadas, admiró su trabajo.

A lo largo de la mañana, ella y Emma habían transformado el jardín delantero y la entrada. Emma había recortado el seto con unas viejas tijeras de podar que había encontrado en el cobertizo, había quitado un cubo de maleza, había limpiado los adornos del jardín e incluso había ido a primera hora de la mañana a la tienda de bricolaje de las afueras del pueblo para comprar gravilla y pintura.

—Cada vez que veía la casa por Internet, sabía que el primer trabajo que haría, si la conseguía, sería cambiar la puerta de entrada de un marrón lúgubre a un verde intenso de pino silvestre —dijo Emma, que estaba encantada con la transformación. El color tenía una majestuosidad que encajaba con la casa, pero también calidez.

—Cambia por completo el aspecto, de verdad —dijo Rhona mientras frotaba con un trapo el buzón de latón, que había manchado de pintura sin querer.

—Es un buen comienzo.

—Pero solo es el principio, ¿no? —Rhona había telefoneado a primera hora y se había ofrecido a ir a trabajar.

—Un grano de arena —dijo Emma, que se alegró de que Rhona fuera incluida con la casa. Aún no habían pasado veinticuatro horas, y ya podía ver que era muy valiosa.

La noche anterior, Emma se había ido a la cama preocupada por todo lo que tenía que hacer en la destartada decoración en un mes antes de abrir al público. Agotada por la mudanza, había dormido ocho horas seguidas y se había despertado sabiendo exactamente lo que tenía que hacer. Su plan era trabajar solo en las zonas de invitados —entrada, vestíbulo, sala de estar, comedor y tres dormitorios— antes de abordar su apartamento en el piso superior, los dos últimos dormitorios y la cocina en otoño, cuando debería estar menos ocupada.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Rhona.

—Preparemos el vestíbulo. —Emma entró con cuidado de no rozar la pintura húmeda de la puerta. Cogió un poco de agua jabonosa de la cocina, trapos, un bote de imprimación de tamaño industrial, pinceles y la escalera de mano, y las dos se pusieron a trabajar: cubrieron las baldosas victorianas con sábanas viejas, quitaron el polvo de las esquinas más altas y lavaron las molduras.

—¿Cuánto tiempo estuviste trabajando para Hilda antes de que entrara en la residencia? —preguntó Emma, mirando desde la escalera a Rhona, que estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, haciendo una última limpieza del zócalo.

—Unos cuantos años... Cuatro, supongo, desde que mi hija menor, Ella, empezó la guardería.

—¿Tiene siete años?

—Sí, si eso es posible. Parece que fue ayer cuando era un bebé.

—¿Y los otros?

—Catorce, once y nueve. —Rhona introdujo un bastoncillo de algodón en la junta del zócalo para eliminar la suciedad persistente.

—¿Tenéis familia cerca para que os eche una mano? —preguntó Emma, curiosa por saber qué le había pasado al padre de los niños, pero sintiéndose incapaz de preguntar.

—Mi madre y mi padre me ayudan muchísimo; además, soy cuarta generación Lobster: ¡no puedo dar cinco pasos sin toparme con un pariente!

—Ah, es verdad. Conocí a tu prima, Jennifer, ayer, en el museo.

—¡Jennifer es una de tantas!

—Suenan increíbles —dijo Emma, secando las paredes—. Debe ser agradable estar arraigado en una comunidad.

—Tiene sus ventajas, pero créeme cuando te digo que también tiene sus inconvenientes. Hay mucho que decir sobre vivir en una ciudad.

—Tal vez... —Sin previo aviso, el rostro de Dawn, su mirada llena de miedo, asaltó la memoria de Emma.

—No pareces convencida.

Emma tuvo que luchar para concentrarse en las palabras de Rhona, que sonaban lejanas en comparación con la claridad del rostro de Dawn, que parecía tan real ahora como aquel mismo día. Recordó haber visto los rostros de las víctimas en las portadas de los periódicos, y cómo había buscado a Dawn entre ellos sin reconocer a la mujer de mejillas rubicundas que le sonreía. Tomó la decisión de no averiguar más sobre ella; no podía enfrentarse al dolor de saber cuánto daño había causado su pérdida.

—¿Tenías familia en la ciudad?

El rostro de Dawn empezó a desvanecerse, y Emma consiguió retomar el hilo de la conversación.

—Mi madre está en Northampton y mi hermana, en Hertfordshire, así que tenía familia cerca, pero no en la ciudad. —Emma no recordaba haberle mencionado Londres a Rhona, pero el día anterior había sido un torbellino de actividades y estaba tan cansada que pensó que se le había olvidado.

—¿Y tu padre?

—Papá murió cuando yo tenía diecisiete años. —Le costaba creer que hubiera pasado tanto tiempo. Parecía que había sido el día anterior cuando lo habían cogido de la mano en el hospital y se habían despedido de él—. Después de aquello, mamá decidió vender la casa familiar. Compró algo manejable y pequeño, así que me he sentido un poco desarraigada desde entonces.

—Suenan duros. —Rhona levantó la vista de donde estaba sentada.

—Sí, lo fue —dijo Emma, arrugando la nariz mientras recordaba lo duro que había sido pagarse los estudios y cuidar de su madre al mismo tiempo.

—¿Tienes hermanos?

—Una hermana mayor. Tiene dos hijos. Mi sobrino, que tiene siete años, como tu hijo pequeño, y mi sobrina, que tiene cinco. Está ocupada con su familia y mi madre tiene un nuevo novio, así que, ya sabes...

—Así que estás sola.

—Estuve con alguien durante unos años —dijo Emma, pensando en Chris.

—Pero ¿ya no?

—No era el adecuado —dijo Emma, que aún se sentía un poco incómoda por cómo había terminado la relación. No porque pensara que no era lo correcto, sabía que era lo mejor para los

dos a largo plazo, sino porque sabía que debería haberlo hecho antes. Si lo hubiera hecho, quizá Chris no estaría tan dolido—. Al final, tuve que ser cruel para ser amable. —Emma comenzó a lijar la carpintería.

—¿Rompiste tú?

—Sí —contestó, aunque no estaba segura de que marcharse pudiera considerarse una ruptura de verdad. Si había algo que le habría gustado cambiar, era la forma en que la había llevado. En otras circunstancias habría sido más amable.

—¿Y luego te mudaste aquí? —Emma percibió un deje de intriga en la voz de Rhona.

—Vi la oportunidad de vivir mi sueño, o lo que yo imaginaba que era mi sueño, de empezar de nuevo. —Se sintió un poco mal por no contarle toda la historia, pero ¿cómo iba a hacerlo si aún no la había aceptado como propia? En muchos sentidos, Emma aún la sentía como una pesadilla muy vívida, una pesadilla que no podía quitarse de la cabeza, y que, además, tenía la horrible costumbre de asaltarla cuando menos se lo esperaba, por mucho que intentara ignorarla.

El áspero rascar del papel de lija sobre la pintura ocupó momentáneamente el lugar de su charla, y dejó a Emma con la impresión de que Rhona había intuido que no le había dicho algo de su pasado.

—¿Qué tal si nos tomamos un té antes de empezar a pintar? —sugirió Emma, en un intento por desviar la curiosidad de Rhona y mantener el ambiente distendido. Dejó el taco de lija y se limpió las manos polvorientas en los vaqueros.

—Voy yo —dijo Rhona, levantándose—. Ve a tomar un poco de aire fresco.

Con Rhona en la cocina, Emma salió del vestíbulo a la calle y se adentró en la cálida y luminosa mañana. Estiró los brazos por encima de la cabeza y la movió de un lado a otro. Llevaba menos de veinticuatro horas en Lobster Bay y ya podía sentir cómo el aire marino liberaba sus pulmones de la suciedad de la ciudad y cómo el ritmo de vida más lento calmaba su ajetreada mente.

Justo cuando estaba a punto de sentarse en el pequeño banco que Hilda había dejado en el jardín delantero, oyó un grito procedente de la cocina. Antes de que pudiera ir a investigar, Wilbur atravesó el vestíbulo y salió por la puerta principal, dejando un mechón de pelo negro pegado a la pegajosa pintura verde.

—Lo siento mucho. —Rhona salió tras el perro—. He olvidado cerrar la puerta de la cocina.

—Yo habría hecho lo mismo —dijo Emma, y las dos salieron corriendo a la acera a por él.

—¡Wilbur! —gritó Rhona, que había tenido la precaución de coger la correa al salir.

—¡Wilbur! —Emma también gritó, aunque sabía que no cambiaría nada.

Al otro lado de la calle, un perro pequeño empezó a ladrar y a tirar de la correa, lo que hizo que Wilbur diera un giro de trescientos sesenta grados y corriera directamente hacia Rhona y Emma. Rhona extendió un brazo para impedir que Emma avanzara más y se dejó caer sobre sus rodillas.

—Ven, chico —le dijo, haciéndolo entrar, y luego le susurró a Emma—: Agáchate a mi lado.

Emma hizo lo que le pedía sin entender por qué, y por un momento pareció que Wilbur iba a obedecer, con sus grandes hombros y su cabeza caídos en señal de sumisión, pero, en cuanto dio unos pasos hacia ellas, sonó un golpe en la puerta que sobresaltó a Emma y Wilbur emprendió de nuevo la huida.

—¡Wilbur! —Rhona se puso de pie y levantó los brazos en señal de frustración.

Las dos mujeres vieron cómo Wilbur corría a toda velocidad hacia la fuente del ruido: la destartada casa contigua a la de Emma y el tipo del puerto, de aspecto malhumorado, que había cerrado de golpe la puerta principal.

Antes de que ninguna de las dos mujeres pudiera hacer nada para detenerlo, Wilbur saltó con sus patas delanteras sobre el pecho del hombre y le lamió la cara.

—Oh, Dios —dijo Emma, sin saber qué le mortificaba más: si que el perro le lamiera la cara al hombre o que el tipo que la había pillado fotografiándolo en el puerto resultara ser su vecino.

—Abajo —dijo él con firmeza y, para asombro de Emma, Wilbur se sentó de inmediato, con cara de impaciencia por complacer al hombre que ahora lo tenía agarrado con fuerza por el cuello, los músculos flexionados bajo su camiseta mugrienta y deslavada.

—Lo siento, Aidan —dijo Rhona, que se acercó a toda prisa.

—No te molestes, Rhona. —Le dio al perro un cariñoso revolcón antes de soltarlo—. ¿Cómo están los niños?

—Todo bien, gracias. —Ató la correa al collar de Wilbur mientras Emma se unía a ellos.

—Lo siento. —Emma se sentía nerviosa y un poco sin aliento—. Es culpa mía, debería haberlo encerrado atrás. No tenía ni idea de que los perros viejos pudieran moverse tan rápido.

—Me lo imagino —dijo Aidan—. ¿Por qué una chica de ciudad sabría manejar a un perro así?

Emma se quedó parada ante el comentario. Era muy extraño decírselo a un completo desconocido. En primer lugar, ella no había elegido hacerse cargo del perro, así que no era culpa suya que le hubieran dejado un chucho desobediente. Y, segundo, ¿cómo demonios sabía él que ella era de la ciudad?

—¿Os conocéis? —preguntó Rhona. Sujetaba a Wilbur con la correa corta.

Emma negó con la cabeza, aún indignada. El tipo le sostuvo la mirada, con sus ojos azul lapislázuli brillando a la luz del sol.

—Aidan, Emma.

—Hola. —Emma le tendió la mano a regañadientes. Aidan le dio un apretón extraordinariamente fuerte.

—¿Dónde está tu cámara? —preguntó él con una sonrisa en los labios.

Emma titubeó y apartó la mirada con las mejillas enrojecidas, pero aún sentía los ojos de Aidan clavados en ella.

—Quizá deberíamos llevar a Wilbur dentro —sugirió Rhona, mirando del uno al otro.

—Buena idea. —Emma se alejó.

—Si necesitas ayuda con él, pídelo —dijo Aidan, condescendiente.

“*No es muy probable*”, pensó Emma, que abrió la puerta del jardín. Rhona y Wilbur le pisaban los talones.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Rhona en cuanto estuvieron a salvo de nuevo en casa.

—Ayer, en el puerto, me vio fotografiándole. Está claro que lo he cabreado.

—No debería preocuparme por eso. —Rhona metió a Wilbur en su cama, que Emma había reubicado en el pasillo trasero la noche anterior después de dejarlo salir antes de acostarse—. Los turistas le hacen fotos reparando los barcos a todas horas. Es como el chico del póster no oficial de Lobster Bay.

—¿De qué lo conoces? —preguntó Emma, tratando de ocultar que comprendía por qué

ocupaba ese puesto. Tenía algo de irritantemente guapo, desde su espeso pelo desfilado hasta su mandíbula sin afeitar; no habría desentonado en un anuncio de Gillette.

—Íbamos juntos al colegio.

—¿Sois amigos?

Rhona hizo una mueca burlona.

—Yo no iría tan lejos. Cuando has vivido en un lugar pequeño toda tu vida, desarrollas algo que se parece más a una familia lejana que a una amistad. Hay una camaradería tácita o un vínculo compartido. No sé exactamente qué.

Emma tampoco lo sabía, pero deseaba saberlo.

—Supongo que no debería contar con él para que me haga la compra si alguna vez estoy enferma.

—No creo que nadie cuente con Aidan para nada. Mi consejo es que seas educada pero mantengas las distancias: viene con mucho equipaje.

—A mí me parece un buen consejo. —Emma se preguntó por qué se sentía un poco decepcionada.

—¿Y qué vas a hacer con Wilbur?

—No puedo quedármelo —dijo, aunque una pequeña parte de ella quería intentarlo aunque solo fuera para hacerle una peineta a Aidan—. Creo que ya es hora de que me ponga en contacto con mi abogada y de que vaya a ver a Hilda.

CAPÍTULO 6

Después de enviar un correo electrónico a Pamela sobre el perro, Emma se puso en marcha y siguió las instrucciones de Rhona sobre cómo encontrar el sendero costero que llevaba al siguiente pueblo y a la residencia de Hilda. Caminó por la carretera principal, con sus casitas encaladas y sus villas de arenisca, hasta que no hubo más viviendas y el mar se hizo visible.

—Este debe ser. —Emma siguió un pequeño cartel marrón con el símbolo de un mochilero.

Avanzó por una estrecha carretera que serpenteaba junto a los acantilados y se maravilló de la belleza de aquel lugar. A su izquierda se extendía el pintoresco puerto y la playa dorada que lo bordeaba. Pequeñas embarcaciones entraban y salían, y el ruido de sus motores llegaba hasta donde ella se encontraba. Las casas se aferraban como lapas a las empinadas orillas, con los tejados anaranjados bajo el sol, y las gaviotas volaban en círculos.

Sacó el móvil, hizo una foto y se la envió a su madre, que la llamó de inmediato.

—Ahora sí que estoy deseando ir a visitarlo —dijo Liz—. Es demasiado bonito para describirlo con palabras.

—Me siento muy afortunada. —Emma se apartó de la magnífica vista y continuó hasta donde acababa la carretera y comenzaba el sendero.

—¿Qué has estado haciendo hoy?

Mientras Emma recorría el primer tramo del sendero, empinado y embarrado por la lluvia primaveral, pensó por dónde empezar: ¿Wilbur, los lugareños? Desde luego, no por Aidan.

—He conocido al ama de llaves. Es increíble: toneladas de energía, conoce la casa al dedillo y esta mañana me ha ayudado a empezar con el vestíbulo.

—Eso es genial, cariño. Me preocupaba que te costara conocer gente, ya que pasas tanto tiempo en casa.

—Ya he conocido a algunos lugareños y también a mi vecino de al lado. —”Aunque, *cuanto menos hablemos de él, mejor*”.

—Bien hecho, Emma. Le dije a Jane que lo llevarías bien.

—Gracias, mamá —dijo, aunque no le había gustado enterarse de que su madre y su hermana habían estado hablando. Siempre tenía la sensación de que su madre solo la informaba de lo bueno, cuando sabía perfectamente que las dos habían analizado todos los aspectos de su vida, incluidos los malos.

—Y todo lo demás, ¿bien?

—Todo bien, mamá. —Se guardó para sí el estado en que estaba la casa y los lugareños menos amistosos.

Desde la muerte de su padre, Emma se había contenido a propósito a la hora de hablarle a su madre de su vida, no porque no quisiera que supiera lo que estaba pasando, sino porque no quería que se preocupara. Desde la muerte de su marido, Liz sufría ataques de ansiedad y depresión, por lo que Emma se esforzaba por no contarle nada que pudiera causarle una recaída. Su ansiedad era parte de la razón por la que Emma no le había contado lo del atentado y, aunque Emma sabía que su madre intuía que algo había sucedido y se sentía culpable por no habérselo contado, su deseo de protegerla siempre se lo impedía.

—¿Has hablado con Chris?

Emma soltó una risa desesperada.

—Mamá, Chris y yo hemos terminado, no hay ninguna razón para que lo llame.

—Lo sé, pero tu hermana y yo estábamos hablando y...

—Mamá, basta —dijo Emma, recordando la discusión en la cocina de Jane—. Sé que pensáis que huyo de Chris, pero no. Lo prometo.

—Si tú lo dices, es que...

—Ya lo creo. —Modificó el tono y pensó en cómo reconducir la conversación—. ¿Te puedes creer que tengo mis primeros clientes dentro un mes?

—Qué emocionante. —*“O aterrador, si sabes cuánto trabajo queda por hacer”*—. Tienes que practicar para preparar el desayuno.

—Lo añadiré a mi lista. —Emma se contuvo para no decirle a su madre lo mucho que ya tenía que hacer, y oyó un grito al fondo.

—Será mejor que me vaya, Em. Gary está pidiendo la comida. Ya sabes cómo es.

—Claro, mamá. —Habría deseado que su madre hubiera encontrado a alguien un poco más capaz. A pesar de lo mucho que le gustaba Gary, no podía evitar sentir que era más un estorbo que una ayuda. Su madre parecía pasarse todo el tiempo corriendo detrás de él. Después de todo lo que había pasado, le habría gustado que su madre encontrara a alguien que pudiera cuidar bien de ella y no al revés—. De todos modos, tengo otra llamada. —Emma se apartó el teléfono de la oreja para ver quién era. Pamela Brydon apareció en la pantalla—. Hablamos pronto.

—Hola, Emma —dijo Pamela, una vez que cambió de llamada—. ¿Cómo estás?

—Bien, es sobre el perro. ¿Has recibido mi correo?

—Sí.

—He revisado los *emails* y no he visto nada. ¿Estoy vinculada a ese animal?

—No estaba en los correos, Emma, pero me temo que estaba en la lista de instalaciones y accesorios que acordaste con el anterior propietario.

Emma se devanó los sesos y recordó el documento en el que figuraban todos los enseres del negocio, pero no se mencionaba ningún perro.

—Tengo el documento delante —dijo Pamela, a quien nunca le faltaba una magnífica eficacia—. El Terranova figura al final, justo debajo de la colección de adornos.

Emma soltó un bufido. Ahora lo recordaba: había pensado que era un perro de porcelana, nunca se le habría ocurrido que pudiera ser uno de verdad.

—Pero eso no puede ser legalmente vinculante. Compré los muebles, son míos para hacer lo que quiera, puedo deshacerme de ellos si quiero, seguramente lo mismo se aplica al perro.

Pamela tarareó con fuerza, un tic que Emma se había dado cuenta que era su forma de avisarla cuando se equivocaba en algo.

—Por desgracia, firmaste un documento en el que aceptaste, y cito textualmente, “cuidar y responsabilizarte del perro durante el resto de su vida natural”.

Emma se detuvo en seco.

—¿Cómo? Es imposible que yo haya firmado eso.

—Lo firmaste electrónicamente, junto con el seguro de indemnización. Sospecho que los escaneaste con prisas y firmaste el del perro sin darte cuenta.

Emma soltó un largo y desesperado suspiro y continuó en dirección a la residencia de ancianos que ahora veía a lo lejos.

—¿Hay algo que podamos hacer?

—No es mi especialidad, pero puedo hablar con un colega. El “cuidado” de un animal podría implicar su realojamiento, si fuera lo mejor para él. Aunque no estoy segura de que eso te haga “responsable”.

—¿Puedes preguntarle a tu colega qué piensa? De verdad que no puedo cuidar de este animal.

—Déjamelos a mí, veré lo que puedo hacer.

—Gracias, Pamela. —Emma colgó el teléfono y continuó su camino para visitar a Hilda.

—Buenas tardes. —Emma estaba en la recepción del Seaview.

—Hola, soy Wendy —dijo una mujer regordeta y amable, con una blusa rosa mal ajustada, que había detrás del mostrador—. ¿En qué puedo ayudarla?

A Emma no dejaba de sorprenderle la monotonía de aquellos lugares. La residencia en la que había estado su abuela era casi una réplica exacta —alfombras azules, madera de haya y telas con estampados de colores pastel—; lo único que le daba a esta una personalidad propia era un pequeño tablón de anuncios detrás del escritorio con fotos de una fiesta de residentes, repleta de sombreros de papel, matasuegras y globos, y un pequeño cartel hecho a mano que anunciaba una fiesta de verano.

—He venido a visitar a Hilda Wyatt.

—Por supuesto —dijo Wendy—. Por favor, ¿puede firmar?

Emma anotó sus datos en la hoja de papel de la carpeta roja: nombre, hora y persona. Al escudriñar las filas de arriba, se dio cuenta de que Hilda había recibido otra visita aquel día, pero Emma no entendió el nombre garabateado.

—Te acompaño.

Wendy llevó a Emma a una gran sala común, en la que había varios sillones y mesas auxiliares. Varios residentes dormitaban; un grupo se sentaba en un extremo, alrededor de un gran televisor que emitía un programa vespertino de antigüedades, mientras que unos pocos leían junto a los grandes ventanales que daban al mar.

—Qué vistas —dijo Emma, tratando de concentrarse en eso en lugar de en el abrumador olor a amoníaco y limpiador de suelos.

—A Hilda le gustan mucho. Dice que, incluso después de toda una vida mirando el mar, cada día lo ve y lo siente totalmente distinto.

—Puedo creérmelo —dijo Emma, que estaba segura de que tampoco se cansaría nunca de mirarlo.

—Ya que está aquí —susurró Wendy, conspiradora—, ¿podría pedirle que presione a Hilda para que haga unas pocas de sus famosas galletas *shortbread* para el Festival de Verano? Hilda —dijo Wendy, sin darle a Emma la oportunidad de aclarar que probablemente no fuera la persona más indicada para convencer a la anciana de nada. Pasó una mano con delicadeza sobre el hombro redondeado de una mujer mayor, con el pelo gris y corto.

—¡Qué! —dijo Hilda, que salió de su propio mundo.

—Tienes visita...

—Emma Jenkins —dijo ella cuando Wendy buscó su nombre y fracasó. Emma iba a decir que

era la nueva propietaria de la pensión Lobster Bay, pero se contuvo, no quería que la casa de Hilda pareciera una adquisición comercial ni recordarle a la anciana que su hogar de varias décadas ya no era suyo.

—Ah, tú —dijo Hilda mientras sus pequeños ojos, que brillaban como un hermoso jade a pesar de las nubladas cataratas, la recorrían de arriba abajo. Hizo un gesto a Wendy con su bastón—. Te estaba esperando.

—¿En serio?

—Por supuesto —ladró la mujer, con una voz sorprendentemente potente para alguien tan pequeño—. Será mejor que te sientes.

Emma se sentó frente a Hilda con un nerviosismo que la retrotrajo a sus días de colegio y a cuando la arrastraban delante de la directora. Con disimulo, Emma observó a Hilda, desde la ligera humedad que rodeaba su boca hasta su pecho caído, sus delgados tobillos y sus flamantes zapatillas moradas, que no hacían juego con el resto de su discreto atuendo.

—Las vistas son increíbles. —Emma se dijo a sí misma que no debía parlotear. El instinto le decía que Hilda no toleraría a una parlanchina.

—Ah, ¿sí? No me había dado cuenta. —Hilda sacó un pañuelo de debajo del puño de su rebeca de lana aguamarina y se sonó la nariz con un tremendo trompeteo.

“¿En serio? —Emma recordó lo que Wendy acababa de decirle, y se preguntó a qué jugaba Hilda con ella y por qué—. *Un juego para mantener a Emma alerta*”, pensó.

—Tu casa es preciosa —dijo.

—Es tu casa, no la mía. Ahora esta es mi casa. —Los ojos de Hilda se posaron en sus pequeñas manos entrelazadas sobre sus suaves pantalones, como si la perspectiva de mirar su nuevo entorno fuera demasiado dolorosa.

—Creo que, aunque tú no estés, será tu casa durante bastante tiempo antes de que se convierta en la mía —dijo Emma con una sonrisa.

—¿Qué significa?

—Significa que tu vida impregna esa casa; no solo tus cosas, también tu espíritu. Quiero cuidarla bien y que sea mi hogar para siempre.

—Para empezar, nunca quise venderla. —Por respeto, Emma se abstuvo de decirle a Hilda que lo sabía, que Rhona se lo había dicho. En lugar de eso, le dio un momento para reflexionar—. Pero supongo que no es culpa tuya. —De nuevo, Emma no dijo nada—. De eso tengo que culpar a mi hija. —Hilda miró a Emma a los ojos, su dolor era evidente—. A pesar de hacer mis mejores esfuerzos, se las arregló para venderlo.

—Haré todo lo que esté en mi mano para cuidar de la casa —dijo Emma, compadeciéndose un poco de la anciana y pensando en lo que habían supuesto sus “mejores esfuerzos”.

Hilda soltó un resoplido burlón y le dio a Emma la clara impresión de que no la creía. Se lo pensó mejor antes de mencionar la nota.

—Lo único que me importa ahora es que Wilbur tenga la mejor vida posible.

—Sobre Wilbur... —Emma torció los labios mientras buscaba la mejor manera de decirle a Hilda que, en primer lugar, no tenía ni idea de que se había comprometido a quedarse con el perro y, en segundo, que no podía cuidar de él.

—¿Sí? —Los ojos de Hilda se entrecerraron—. Supongo que va todo bien.

—Por supuesto, sin ningún problema en absoluto. —Emma se quedó asombrada por el miedo

que le infundía Hilda y por su propia capacidad para mentir.

Una ceja levantada de la anciana hizo que se le secara la boca.

“¿Sabe que Wilbur se ha escapado?”, pensó Emma.

—Hemos tenido un pequeño incidente, pero está bien. Está en buenas manos —confesó, decidiendo ceñirse a los asuntos menores por el momento. La cuestión de qué hacer con él quedaba para otro día, y solo cuando tuviera noticias de su abogada.

—Me alegra oírlo, porque, si alguna vez le pasara algo...

Hilda no necesitó terminar la frase; por la férrea mirada que dirigió a Emma, esta no tuvo ninguna duda de que las consecuencias serían nefastas.

En todos los meses que Emma había estado pensando en la casa y en llevar el negocio, nunca se le había ocurrido que se encontraría con obstáculos personales. Sí, se había dado cuenta de que no sería fácil trabajar largas jornadas y sabía que habría momentos en los que se sentiría sola o añoraría su hogar, pero ni por un momento había contemplado un conflicto con los lugareños. Después de su encontronazo con Aidan, y también con Hilda, decidió investigar el desván, donde ni el vecino ni el antiguo propietario podían llegar hasta ella.

—Vaya —dijo Emma mientras sus ojos se adaptaban a la escasa luz. Se colocó de pie en el centro del desván, las vigas de madera le rozaban la cabeza. Por encima de ella, algo raspaba y golpeaba, y su corazón latió un poco más deprisa por la posibilidad de que fueran roedores, pero, en cuanto oyó el chillido de las gaviotas, se dio cuenta de que eran ellas las que escarbaban en las pizarras.

Emma se giró con lentitud y se ciñó la rebeca para protegerse de la corriente de aire. A un lado se amontonaban los muebles desechados durante años. En el otro, un sinfín de espejos, cuadros y láminas. En la pared de al lado había un montón de edredones, cojines y mantas viejos, todos cuidadosamente guardados al vacío en bolsas de plástico, apoyados sobre alfombras y moquetas enrolladas. A Emma se le ocurrió que entre los trastos podría haber algún tesoro de época.

—¿Y qué hay ahí dentro? —Se acercó a la última pared, en la que había innumerables cajas de embalaje y archivo apiladas en orden unas encima de otras.

Sus dedos acariciaron la parte superior de las solapas, dejando un rastro de huellas que se detuvo al llegar a una que estaba parcialmente abierta.

—Vaya —susurró al levantar la tapa y descubrir una colección de fotos antiguas.

Cogió la foto que estaba en lo alto de la pila, una impresión en color de diez por quince centímetros de una familia delante de la fachada de la casa. Al mirar más de cerca, Emma reconoció algo en los ojos de la madre que le hizo estar segura de que era Hilda. Llevaba un vestido de flores con volantes y enlazaba su brazo con el de un hombre alto, con una postura muy recta, que fumaba un cigarrillo. A ambos lados había dos adolescentes, una chica de unos dieciséis años con un jersey de mangas anchas y un chico unos años más joven con un chándal brillante, que miraban al sol con los ojos entrecerrados.

—Esta debe ser su familia —murmuró Emma, que se preguntó qué habría sido de los hombres de la vida de Hilda; no había rastro de ellos en el resto de la casa ni tampoco se los mencionaba. Dejó la foto a un lado y levantó otra más pequeña de color desvaído de un soldado con uniforme

y una joven sonriente con un vestido corto de túnica y un corte de pelo Twiggy con dos niños pequeños a sus pies.

Sin saber si se trataba de Hilda y su joven familia, cogió otra, inmediatamente reconocible, de Hilda y Wilbur sentados en el jardín de la casa. Ella estaba sentada en una de las sillas victorianas de hierro fundido que aún quedaban en la parte de atrás, con la mano en el cuello del perro. Wilbur parecía mirarla con adoración, expresión que Hilda parecía corresponder.

Al mirar la foto, Emma se sintió muy culpable. Desde que Hilda se había mudado el mes anterior, el perro se había quedado solo y no veía a Rhona más que dos veces al día para comer, hacer ejercicio y recibir cariño. Su expresión en la foto dejaba claro que nadie podía sustituir a su dueña.

“No es justo que me quede con él, aunque sea lo que quiere Hilda —pensó Emma, que se guardó la foto en el bolsillo—. No hay manera de que pueda prestarle la atención que necesita”.

A pesar de sí misma, Emma sintió que debía tratar de ser un poco amable con el perro, aunque solo fuera hasta que los abogados le dieran una solución y le encontrara un nuevo hogar para siempre.

CAPÍTULO 7

A la mañana siguiente, Emma se levantó temprano a propósito para sacar a pasear a Wilbur antes de que nadie más se levantara. Cuanta menos gente hubiera, menos distracciones para el perro, pensó.

—¿Cómo funciona esto? —preguntó a Wilbur mientras cogía su arnés, que colgaba en el armario del pasillo trasero.

Wilbur giraba en círculos mientras Emma intentaba averiguar qué iba dónde.

—Quédate quieto. —Trató de deslizar la parte en forma de U del artillugio por encima de su cabeza y al final consiguió echarle el lazo.

—Y supongo que esto va aquí debajo —dijo haciendo una mueca mientras metía la mano debajo del perro, cuyo agitado rabo hacía que todo su cuerpo se moviera.

—Nada de tirones, ¿vale? —dijo Emma, tratando de imponerse, mientras aseguraba el arnés con un clic y enganchaba la correa en el aro de la placa trasera—. Cualquier tirón y volvemos de inmediato, ¿entendido? —Enarcó las cejas y lo miró fijamente. Wilbur apartó la vista—. De acuerdo. Vámonos.

Emma salió a la luz del sol matutino y dejó escapar un suspiro de satisfacción. Una buena noche de sueño había puesto fin a sus preocupaciones por Hilda y Aidan; era un nuevo día y pensaba aprovecharlo al máximo.

—¿Por dónde? —preguntó, y Wilbur la guio por el ancho camino. Paseó tranquilo a su lado y se detuvo solo de vez en cuando para olisquear la base de un árbol.

—Bueno, esto está bien —dijo Emma, que se sintió un poco tonta por haber estado ansiosa por sacarlo a pasear. *“Tal vez sea el gigante amable que Rhona dijo que era”*.

Pero, justo cuando Emma pensaba en que podrían acabar llevándose bien después de todo, Wilbur clavó las patas en el suelo y empezó a ladrar. Era el ladrido más fuerte que Emma había oído nunca.

—¡Basta! —Miró a su alrededor, esperando que la gente corriera las cortinas, abriera las ventanas y le gritara que hiciera callar a su perro.

Wilbur no paraba.

—¡Wilbur, basta! —Tiró de la correa para ver si una sacudida corta y brusca podía calmarlo. Tuvo el efecto contrario.

Sin previo aviso, Wilbur tiró con todas sus fuerzas y, con Emma tras él, se precipitó por la acera hacia un gran cuervo. Al llegar a unos metros, Wilbur bajó la cabeza y ladró con mayor rapidez y más fuerte.

Emma tiraba y tiraba, pero el perro no cedía.

—¡Wilbur! —gritó, pero fue inútil: hasta que el cuervo echara a volar, supo que no podría hacer nada.

A lo lejos, Emma vio que una mujer vestida con un traje de falda gris doblaba la esquina por el mismo lado de la carretera.

—Wilbur, por favor —le suplicó con la esperanza de que se rindiera antes de que la mujer llegara hasta ellos. No lo hizo.

La mujer cruzó la calle. Emma le dirigió un amistoso “Buenos días” y una mirada de disculpa,

pero la mujer hizo caso omiso de ambos y continuó con rapidez calle arriba, en dirección a las tiendas.

—No la culpo —dijo Emma, sintiendo que sus mejillas se sonrojaban—. Yo también habría cruzado la carretera para evitarnos.

De repente, el cuervo levantó el vuelo y Wilbur, con la agilidad de un perro mucho más joven, saltó tras él, arrastrando a Emma. Al final, el pájaro se perdió de vista y Wilbur se tranquilizó, pero no antes de que Emma perdiera la paciencia y la confianza en sí misma.

—A casa —ordenó. Cambió de dirección y caminó de regreso.

Los dos se acercaban a casa cuando un coche se detuvo y Emma vio a Jennifer bajarse.

—Empiezas temprano —dijo Emma, que mantuvo a Wilbur a una distancia prudencial. Lo último que quería era que saltara sobre Jennifer y cubriera su elegante vestido de huellas gigantescas.

—Podría decir lo mismo de ti —contestó ella, acercándose para acariciar la cabeza de Wilbur.

—Cuidado. Babea.

Jennifer se agachó y acarició la papada de Wilbur.

—Un poco de baba nunca ha matado a nadie.

—¿Estás segura? —dijo Emma, con una risa dudosa.

—Te acostumbrarás. —Emma no estaba tan segura—. ¿Qué tal tu primera noche?

—Bien, gracias. He encontrado muchos tesoros antiguos en el desván, incluidas algunas fotos de Hilda y su familia.

—Oh, eso me recuerda que encontré algunos documentos en los archivos, algunas fotos y planos de la casa. No es mucho, pero nunca se sabe, con el tiempo puede aparecer algo más. Te los dejaré más tarde si quieres.

—Me encantaría; gracias, Jennifer —le dijo antes de despedirse.

Acababan de llegar a casa cuando Wilbur empezó a tirar hacia la de Aidan. Mientras el perro tiraba, Emma observó el estado de la vivienda. La puerta de entrada negra estaba desconchada; la pintura de las ventanas, casi desnuda; el seto, cubierto de maleza y la grava, llena de trozos de maquinaria.

—No vamos a entrar ahí si eso es lo que esperas —dijo Emma, a quien no se le ocurría nada peor que tener que ser educada con Aidan a primera hora de la mañana... Hasta que se fijó en lo que estaba haciendo Wilbur—. Me estás tomando el pelo —dijo al ver que el perro se colocaba de forma que solo podía significar una cosa.

Se dio cuenta entonces de que no solo tendría que recoger la caca, sino que había salido sin bolsa.

—Absolutamente admirable —murmuró, tratando de no inmutarse por el perro, que fijó sus ojos en ella mientras seguía a lo suyo—. ¿Has terminado?

Wilbur se levantó y giraba sobre sí mismo para inspeccionar sus heces cuando se abrió la puerta de Aidan.

—Mierda —dijo Emma. Intentó apartar a Wilbur antes de que los descubriera, pero, mientras lo intentaba, Wilbur saltó hacia Aidan y le arrancó la correa de la mano. Emma cerró los ojos y exhaló despacio—. Otra vez no.

—Hola, grandullón —dijo Aidan, alborotando a Wilbur de inmediato—. ¿Qué haces aquí?

—Estábamos dando un paseo —dijo Emma con una sonrisa lacónica.

—Ah, sí —dijo Aidan, condescendiente—. ¿Quién paseaba a quién?

Emma sonrió con desprecio, con ganas de decirle que se sacara *el palo del culo*, pero se mordió la lengua.

Aidan se agachó para mimar un poco más a Wilbur, cuya cola le golpeaba la pierna, que, según observó Emma, parecía especialmente musculosa con los pantalones de trabajo.

—Eres un buen chico. Un buen buen chico. —Volvió su atención a Emma, que enseguida apartó la mirada de sus muslos—. Parece que tienes un montón de mierda que palear —dijo echando un vistazo mientras le devolvía a Wilbur.

Emma entrecerró los ojos y apretó los dientes. Tenía ganas de recogerla y tirarla a su jardín. “*Tampoco es que lo fuera a notar mucho, el muy puerco*”, pensó.

—¡Que tengas un buen día! —dijo él, subiendo a su furgoneta antes de salir derrapando.

—No está mal, si me permiten decirlo —se dijo Emma, que se apartó para admirar su trabajo. Había pasado la última hora arrancando todo el pelo de Wilbur que se había pegado a la pintura fresca de la puerta principal, y le había dado otra capa.

—Es bueno saber que no soy la única que habla sola —dijo una voz.

Emma dio un brinco y vio a Judy en la puerta del jardín.

—Hola —dijo Emma, que intentaba apartarse un pelo de la cara mientras evitaba salpicarse de pintura con el pincel que aún sostenía en la mano.

—Me encanta ver que te has librado del marrón. Mis hijos solían llamarlo “marrón plasta cuando eran pequeños.

Emma soltó una carcajada, no tanto por el acertado nombre que los niños daban al color, sino más bien por oír a Judy, tan correcta, utilizar la palabra “plasta”.

—Sin duda, necesitaba que lo modernizaran —dijo Emma.

—Como el resto de la casa.

—Desde luego, tiene mucho carácter —dijo Emma, esperando ser diplomática.

—Se parece mucho a la dueña anterior.

—Eso no puedo discutirlo. —Emma dejó el pincel sobre un trapo viejo y se unió a Judy en la puerta.

—¿La has conocido, entonces?

—Me pasé ayer.

—¿Cómo te fue?

Emma movió la cabeza de un lado a otro pensando en la mejor manera de describir el encuentro.

—No puedo fingir que fue fácil.

—Déjame adivinar: fue beligerante, desdeñosa e intimidante.

—Bueno —dijo Emma con una pequeña carcajada, sorprendida por la acertada apreciación de Judy—, yo no lo diría así....

—Porque eres demasiado educada y bonachona, pero te aseguro que, después de toda una vida con mi madre, sé de sobra cómo se comporta.

—No pasa nada. Estoy segura de que no ha sido fácil para ella conocerme, me *he* hecho cargo

de su casa —dijo Emma, pero, en el fondo de su mente, seguía la cuestión de Wilbur, sobre todo después de las payasadas de esa mañana, y cómo eludir los deseos de Hilda.

—Cuanto antes acepte que ya no puede administrarla, mejor —dijo Judy, aunque la suavidad de sus ojos contradecía la dureza de sus palabras—. Y me parece que mi madre cree que has venido para arreglar la casa y venderla.

—Me dio la impresión de que no confiaba en mí, aunque no tengo ni idea de por qué.

Judy soltó una risa sardónica.

—Pronto aprenderás que en Lobster Bay los rumores corren como la pólvora, se basen o no en la verdad. —Emma asintió, tomándose la afirmación de Judy con humor—. El tiempo lo arreglará —dijo Judy, no sin malicia, echando un vistazo a su reloj—. Bueno, no puedo parar, mejor me voy.

Al despedirse de Judy, Emma recogió sus cosas de pintar y se las llevó a la parte trasera. Se preguntó cómo podría ganarse la confianza de Hilda y dejar claras sus intenciones. “*Tal vez el tiempo se encargue de eso también*”, pensó, abstraída, y deseó que hubiera una manera más rápida.

En el pasillo trasero, Emma encontró a Wilbur tumbado en su cama, sin duda enfurruñado porque lo hubieran llevado a casa antes de tiempo tras su paseo matutino. Miró a Emma con ojos afligidos y soltó un suspiro canino.

—¿No te gusta tu nueva habitación? —preguntó sin simpatía Emma, que no podía imaginar que a los perros les interesara mucho dónde dormían mientras tuvieran cubiertas sus necesidades básicas: calefacción, agua y comida.

Wilbur seguía todos los movimientos de Emma, desde cómo colocaba el bote de pintura en la estantería hasta el chapoteo de la brocha sucia en aguarrás.

—Escucha, perro. —Se secó las manos en un poco de papel de rollo azul y miró a Wilbur—. Si algo no te parece bien, tienes que ingeniártelas para demostrármelo.

En ese momento, Wilbur se levantó, utilizó la cabeza para abrir la puerta del lavadero y se abrió paso a empujones.

—¡Eh! —gritó Emma, decidida a que el perro permaneciera en la parte trasera de la casa y en el jardín, sobre todo después de sus travesuras durante el paseo. De ninguna manera iba a tener hedor a perro, pelo, babas y suciedad por todo su flamante hostel, y menos aún, en las toallas recién lavadas de los huéspedes.

Emma se quedó mirando incrédula mientras Wilbur se asomaba al pasillo trasero, ladeando la cabeza entre Emma y su cama.

—¡Ni se te ocurra, colega! —le dijo, y entonces, como si el animal lo hubiera entendido y la desafiara a propósito, cogió una esquina de su cama con la boca y la arrastró hasta el lavadero.

—Te estás riendo de mí —murmuró Emma, que vio cómo Wilbur empujaba su cama contra el calor de las tuberías de agua caliente y luego se sentaba muy resuelto sobre el colchón. Una vez terminado el trabajo, miró desafiante a Emma antes de apoyar la cabeza en las patas y volver a suspirar pesadamente.

Emma también suspiró. A pesar de lo repugnante que le parecía el animal, no podía evitar sentir que se sentía desdichado. No tenía ni idea de si suspiraba por Hilda o porque necesitaba afecto en general, pero la responsabilidad acució a Emma.

—Toma, coge un hueso. —Volvió del armario del fondo del pasillo, donde había desenvuelto

con cuidado el celofán. Lo cogió con las puntas de los dedos pulgar e índice, como si estuviera contaminado, y se lo puso delante—. Venga, adelante.

Emma observó al perro por encima del hombro mientras se lavaba las manos en el fregadero de la lavandería. El animal olisqueó el hueso con desinterés y lo dejó tirado a un palmo de su nariz.

—No voy a invitarte a un filete, si eso es lo que pretendes —dijo, mirándolo con las manos en las caderas.

Wilbur miró a Emma hacia arriba y luego hacia abajo, y después metió la cabeza junto a una pata trasera.

—Como quieras. —Sacó el teléfono del bolsillo, en cuya pantalla aparecía el nombre de Pamela Brydon—. Hola, Pamela, ¿cómo estás?

—Tengo buenas noticias.

—¿En serio?

Wilbur levantó una ceja, con sus profundos ojos castaños fijos en Emma. Sintiéndose un poco culpable, ella se fue a la cocina.

—Mi colega cree que el realojamiento entra dentro del “cuidado y responsabilidad” del animal.

—Ah, estupendo. —Emma miró hacia donde yacía Wilbur y se preguntó por qué tenía aquella persistente sensación de reparo en el estómago.

—Por lo que a nosotros respecta, eres libre de buscarle un nuevo hogar al perro. Buena suerte.

Emma colgó y se agachó junto a Wilbur, que evitó mirarla.

—Así que ya está decidido. Podemos encontrarte una nueva casa con alguien que te preste mucha atención y haga ejercicio y te dé golosinas y, ¿quién sabe?, puede que incluso te dejen dormir en su cama. ¿Qué te parece?

Wilbur hundió más el morro en las patas traseras y cerró los ojos.

—Es lo mejor, te lo prometo —le dijo ella, que le dio una tímida caricia en el cuello y deseó que desapareciera la vacilación que aún tiraba de su estómago.

CAPÍTULO 8

“¿Cómo voy a realojar a Wilbur sin que se entere Hilda? —Emma iba de camino a comprar carne para el desayuno que pensaba practicar aquella tarde—. *Hilda me matará si se entera, y algo me dice que no vale la pena vivir en Lobster Bay si no estás en el mismo bando que Hilda Wyatt*”, pensó, aunque no tenía la menor idea de cómo podría manifestarse la ira de la anciana, ya que estaba a buen recaudo en Seaview.

Al pasar por delante de la carnicería, a Emma le llamaron la atención un puñado de anuncios escritos a mano en el escaparate: “*Se necesita limpiador para casa de vacaciones. Se necesita cuidador de gatos. Se necesita niñera lo antes posible*”. A Emma se le ocurrió que aquel podía ser un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar a buscarle un nuevo dueño a Wilbur, aunque estuviese a la vista de todo el mundo, lo que significaba que existía la posibilidad de que Hilda se enterase.

—Hola, Emma —dijo un radiante Phil cuando ella entró—. ¿Cómo te va?

—No va mal, gracias. He pensado que podría probar a preparar un desayuno y ver cómo me defiendi cocinando para muchos.

—Buena idea. Es difícil conseguir que todo esté perfectamente cocinado al mismo tiempo.

—Claro —dijo Emma, preocupada por no haberlo pensado lo suficiente. Chris siempre se había encargado de las frituras de los domingos, aburriendo a Emma con qué tocino era mejor, qué salchicha la más sabrosa, y los beneficios de añadir tomillo a las setas. Ahora Emma se arrepentía de no haber escuchado. Deseaba haber prestado un poco menos de atención a los periódicos del fin de semana y un poco más a Chris.

—Y todo el mundo sabe que el desayuno es lo que afianza o hunde una pensión.

—¿Tú crees?

Para Emma, una buena pensión debía tener edredones del gramaje adecuado y un alto número de hilos en la ropa de cama, galletas de calidad, té fino y una buena selección de agua en botellas de cristal en las habitaciones, además de un salón grande con una decoración de buen gusto y una vista elegante. Por lo que a ella respectaba, el desayuno era lo de menos; se conformaba con un desayuno continental en lugar de uno cocinado.

—Por aquí, encuentras pensiones hasta debajo de las piedras. Las que van bien son las que ofrecen el mejor desayuno, sobre todo si quieres atraer al sector más joven de la clientela: hay que tener la barriga llena antes de lanzarse a las olas.

—Entonces, será mejor que me ponga a practicar. —Emma añadió mentalmente un curso de cocina a su interminable lista de tareas pendientes.

—¿Algo más? —preguntó Phil una vez que hubo tomado el pedido de Emma y lo embolsó.

—¿Sería posible poner un anuncio en tu escaparate?

—Claro —dijo Phil con vehemencia. Se quitó el bolígrafo de detrás de la oreja y sacó un pequeño trozo de tarjeta, dispuesto a escribir. Emma se preguntó si habría algo que se le pudiera pedir a aquel hombre que frenara su entusiasmo—. ¿Qué te gustaría que pusiera?

Emma se quedó pensativa un momento, buscando la mejor manera de expresarlo.

—Se busca nuevo dueño para perro Terranova.

—Ah. —Phil dejó la nota—. Entonces, ¿el rumor es cierto?

—¿Qué rumores?

—Que Hilda te dejó a Wilbur.

—Si el rumor es que lo incluyó en la venta sin que yo lo supiera, entonces, sí, es cierto. Pero, tal y como está en el contrato, soy libre de buscarle una nueva casa —dijo, con el estómago de nuevo tenso.

Phil se rascó la nuca.

—¿Has tenido un perro antes?

—Nunca, por eso me gustaría realojarlo.

Dejó escapar un pequeño silbido.

—No va a ser fácil.

—No —dijo Emma, preguntándose si él había oído lo que había dicho—. Y ya estoy bastante ocupada con la llegada de mis primeros huéspedes en un mes y una casa entera que arreglar, así que...

—Es que... —La frente de Phil se arrugó pensando.

—¿Qué?

—Conozco a ese perro desde hace mucho tiempo y, con tanto cambio, puede que lo que necesite sea quedarse donde se siente seguro. Un nuevo dueño y un nuevo hogar podrían no ser buenos para él.

Había algo en los modales amables y sencillos de Phil que le impedía a Emma decirle que tenía poco interés en un perro que le habían endilgado y que andaba de un lado para otro por la casa, no tenía disciplina, no conocía su propia fuerza, baboseaba, olía mal y, lo que no era menos importante, echaba dos veces al día una carga de caca tan grande que necesitaba una pala pequeña y una bolsa de basura para deshacerse de ella.

—No puedo manejarlo yo sola. Me ha sacado a pasear esta mañana. No podría vivir conmigo misma si derribara a alguien y lo hiriera.

Phil pensó antes de hablar.

—¿Qué tal si, en lugar de poner el anuncio en el escaparate, os llevo a ti y a Wilbur por ahí y te doy la seguridad necesaria para que veas que puedes con él tú sola?

Emma miró al cielo y soltó una pequeña carcajada. Había algo en Phil, su optimismo y entusiasmo sin límites, a lo que era imposible decir que no y, a pesar de todos los puntos malos de Wilbur, no era completamente ajena a su gran atractivo como oso de peluche. “*Además —pensó—. tal vez un anuncio en el escaparate no sea la mejor idea. Hilda acabaría por enterarse y solo Dios sabe cómo reaccionaría*”.

—Digamos, ¿mañana? —preguntó Phil, con los ojos brillantes de alegría.

—¿Por qué no? —dijo Emma, desconcertada por cómo había conseguido hacerla cambiar de opinión con tanta facilidad.

—No poner el anuncio para realojarte no ha sido decisión mía —le dijo Emma a Wilbur con severidad, mientras encendía el horno—. Tienes que agradecérselo a Phil, el carnicero, no a mí.

Wilbur, al que había dejado entrar en la cocina, levantó la vista con lo que Emma pensó que

era un renovado interés por ella, hasta que se dio cuenta de que su curiosidad se centraba en exclusiva en la gran bolsa de productos para el desayuno que había dejado sobre la encimera.

—Ni por casualidad, chaval. —Empujó la carne hacia atrás para que Wilbur no pudiera alcanzarla. Ella hizo una mueca al ver la saliva blanca y burbujeante que se formaba en las comisuras de sus labios.

La noche anterior, había pasado un rato antes de acostarse investigando la mejor manera de hacer la fritura perfecta. Tras comprobar que “la preparación es la clave”, algo que Chris también solía decir, reunió todos los ingredientes y los colocó sobre la encimera.

—Salchichas, *bacon*, morcilla, huevo, tomates, champiñones, pan. —Contó que tuviera los siete ingredientes listos—. Cocine las salchichas de quince a veinte minutos —dijo, leyendo las instrucciones que había escrito la noche anterior.

Con cuidado, las colocó en una bandeja, las metió en el horno y programó el temporizador. Luego pasó el dedo por el punto dos de sus notas.

—Corta la grasa del *bacon* y ásalolo de dos a cuatro minutos por cada lado. —Emma siguió las instrucciones y deslizó la bandeja bajo la parrilla—. ¿Qué tiene esto de difícil? —preguntó, abriendo la ventana. Wilbur se agachó al otro lado de la cocina para vigilar el proceso—. Prepara las setas y cuécelas de cuatro a seis minutos. —Emma las limpió, recortó y sazonó antes de rociarlas con aceite de oliva y añadirlas a la sartén de la parrilla.

“A continuación, cortar los tomates, sazonar y rociar. Cocer cuatro o cinco minutos, dándoles la vuelta una vez. Por último, retire la piel de la morcilla y áselas dos minutos por cada lado.

“Todo parece bastante sencillo —dijo mientras volteaba las setas. El olor de las salchichas en el horno empezó a llenar la habitación y Wilbur se levantó, suspirando y ladrando de excitación. Sus ladridos, fuertes y graves, resonaron por toda la habitación y salieron por la ventana hacia el jardín.

Con todo en marcha, Emma cogió una sartén del fondo del armario, encendió el gas y cubrió la base con aceite.

—Cocina el pan de dos a tres minutos por cada lado. Añade un poco de mantequilla para que tenga más sabor.

Hecho esto, Emma dio la vuelta al tocino y a la morcilla y, por último, echó un huevo a la sartén, que le siseó y escupió. Wilbur siguió ladrando.

—¡Wilbur! —lo reprendió, pero fue en vano—. Le diré a Phil que ponga el anuncio en la ventana si no te callas. —Cuanto más hablaba, más se oían los ladridos.

“Ya está, trabajo hecho. —Cogió un plato, que se había acordado de colocar en el calentador—. No ha sido tan difícil.

Al sentir que la comida estaba casi lista, Wilbur se sentó sobre sus ancas, con hilos de saliva colgando de su boca y los ojos fijos en la cocina.

—Delicioso. —La vista de su saliva fue suficiente para dejar de comer.

Solo cuando Emma empezó a emplatar los ingredientes se dio cuenta: las salchichas estaban chamuscadas; el *bacon* no estaba crujiente; las setas estaban húmedas y los tomates aún duros; el pan y la morcilla se habían quemado; lo único remotamente comestible era el huevo, pero incluso este tenía la yema partida y la clara estaba moteada de suciedad de la sartén.

—Hmm. —Emma revisó la comida y la apartó—. Parece que hay que volver a empezar.

Emma estaba modificando sus notas cuando sonó el timbre. Al abrir, se sobresaltó al descubrir

a Aidan, de pie y malhumorado en el vestíbulo.

—Hola —dijo, consciente de repente de lo nerviosa y sonrojada que estaba tras el calor de la cocina, y de que Aidan parecía la personificación de la compostura masculina.

—He oído ladrar a Wilbur, ¿va todo bien?

—Por supuesto —respondió ella, sorprendida de que a él le importara—. Estaba practicando con los desayunos, creo que los olores lo han revolucionado un poco.

—¿Cómo ha ido?

—Mejor imposible —dijo ella, esperando que él no detectara la mentira ni el olor a salchicha chamuscada de la cocina.

—¿Estás segura?

—¿Por qué no iba a estarlo? —dijo, irritada. Él señaló algo detrás de ella—. ¿Qué? —preguntó secamente. Se volvió de mala gana y se encontró con Wilbur desfilando por el vestíbulo con la mayor parte de un desayuno escocés en la boca, que depositó sobre las botas de acero de Aidan.

Ambos miraron la comida masticada en el suelo.

—Si el perro no se lo come, no estoy seguro de que los huéspedes lo hagan —dijo Aidan, con una sonrisa de suficiencia y un guiño.

—Claro que lo harán. —Emma cerró de un portazo, molesta porque Aidan hubiera vuelto a sacar lo mejor de ella, y furiosa porque lo encontraba exasperantemente guapo.

CAPÍTULO 9

—La casa tiene una pinta estupenda. —Rhona colocó un cojín sobre la cama trineo del dormitorio más grande.

—Ni siquiera yo me imaginaba que saldría tan bien. —Emma alisó la colcha, bordada con escaramujos, y admiró las paredes de color crema intenso recién pintadas—. ¿De verdad hemos hecho todo esto en tan solo un mes?

—Es increíble lo que se puede hacer cuando una se lo propone.

—Y cuando alguien como tú te ayuda. —Emma no podía estar más agradecida por las horas extra que Rhona le había dedicado, aunque supusiera mermar sus ahorros. Entre las dos habían decorado tres dormitorios, el vestíbulo, el comedor y el salón de invitados.

—Ha sido un placer —dijo Rhona, arreglando las cortinas de lino natural para que colgaran uniformemente. El sol de principios de verano irrumpía a través de los cristales, mostrando unas ventanas perfectamente limpias, y el mar más allá estaba inmóvil como un espejo.

—¿Nos hemos acordado de poner jabón en todos los baños? —preguntó Emma, que había tenido el estómago revuelto toda la mañana ante la perspectiva de que sus primeros invitados llegaran ese mismo día.

—Está todo listo.

Las dos habían pasado horas estudiando muestras de jabones locales, con aromas desde rosas hasta sándalo. Al final, se habían decidido por el de algas marinas, que ambas consideraron neutro en cuanto al género y vigorizante.

—¿Y los té y las galletas?

—Totalmente abastecido.

Las galletas envueltas individualmente ya no le parecían un capricho a Emma, no ahora que había tenido que probar casi todas las variedades existentes, teniendo en cuenta no solo su envase y sabor, sino también su precio. No había nada como una visita al supermercado para dejar de comprar galletas de por vida.

—¿Papel higiénico?

—Uno en el soporte y uno de repuesto.

Emma se mordisqueó el labio.

—¿Algo más que pueda haber olvidado?

—Lo dudo —dijo Rhona—. Nunca he conocido a nadie con tanto ojo para los detalles.

—El tiempo lo dirá. —Emma, echó un último vistazo al elegante salón, esperando que todo estuviera perfecto para la llegada de los huéspedes, y se dirigió al vestíbulo.

El pasillo había llevado mucho más tiempo de lo que Emma había imaginado. Bajo el empapelado de virutas de madera, había descubierto yeso envejecido, desmenuzado y lleno de trocitos, que no estaba en condiciones de ser pintado. Al final había tenido que llamar a un yesero para que pintara todo el vestíbulo, un trabajo que le había costado mucho más de lo presupuestado. Pero sabía que el vestíbulo era una de las primeras cosas que verían sus invitados, así que era importante dejarlo lo más impresionante posible.

“Y es impresionante”, pensó, pasando la mano por el pasamanos pulido y admirando el corredor de hierba marina y el conjunto de fotografías de fauna costera enmarcadas en negro

contra el blanco brillante de las paredes. Era limpio, nítido y elegante, más de lo que Emma había imaginado cuando vio el lugar por primera vez, y también olía bien, el olor a perro sustituido por jazmín.

—¿Los caminos de mesa están planchados? —preguntó Rhona desde el comedor, que estaba irreconocible. La gran sala de la parte delantera, que antes resultaba agobiante, ahora estaba aireada y fresca, pero conservaba la grandeza propia de la casa. Atrás habían quedado las alfombras estampadas y las cortinas, y en su lugar había elegantes estores y tablones lijados.

—Todo listo —respondió Emma, que había pasado la noche anterior planchando la ropa de cama delante de la tele. Cogió el cesto de los manteles de la lavandería y colocó uno en cada mesa, admirando la calidez y el veteado de la madera vieja, que había quedado muy bonita después de lijarla. La suciedad del serrín había hecho llorar a Emma en algún momento, pero, ahora, al ver el fantástico aspecto que tenían, pensó que las lágrimas habían merecido la pena.

—Estas sillas han quedado muy bien al final. —Rhona colocó con precisión milimétrica las sillas pintadas de verde azulado y ahuecó sus cojines de rayas costeras.

—Has hecho un trabajo increíble con ellas. —Emma cambió el cartel de “*No quedan habitaciones*” por el de “*Hay habitaciones libres*”, y recordó lo paciente que había sido Rhona al pintar las diez sillas, aunque no estuviera convencida de que el verde azulado fuera el más adecuado.

—Traeré algo de beber.

—Buena idea —respondió Emma, enderezando una vieja foto de la casa. Jennifer le había dejado las que había encontrado en el museo, y ella se había divertido mucho redimensionándolas y montándolas en marcos a juego.

Su favorita era una instantánea tomada en el exterior de la casa en la que aparecían niños con vestidos largos y delantales de volantes, que jugaban con un aro de hierro, y un carro de leche tirado por caballos. Le encantaba la idea de que sus huéspedes admiraran las fotos durante el desayuno y tal vez charlaran entre ellos sobre la historia del lugar. Jennifer no había podido averiguar mucho, pero sabía que se había construido hacía casi ciento cincuenta años y que había sido un hostel o pensión al menos desde los años veinte. Uno de los objetos enmarcados en la pared era un anuncio de un periódico fechado en 1923, en el que se anunciaba “el té de la tarde” en la “hospedería” local.

Una vez terminado el comedor, Emma se dirigió a la sala de estar, pensando en cómo podría reinstaurar el té de la tarde para recibir a sus huéspedes a la llegada, y se dejó caer en los sofás recién tapizados. Incluso después de una década trabajando como diseñadora de interiores, le seguía sorprendiendo lo que una mano de pintura, un suelo lijado y un nuevo tapizado podían hacer por una habitación. Miró la repisa de la chimenea y la foto de Wilbur y Hilda en el jardín. Había estado tan ocupada durante el último mes que el realojamiento del perro había pasado a un segundo plano. Los dos se habían acostumbrado a ignorarse mutuamente, como dos compañeros de piso que no tuvieran nada que ver y que tampoco se interesaran el uno con el otro, pero que de algún modo se las arreglaran para vivir en el mismo espacio con algún que otro enfado y algún que otro momento de inesperada diversión.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Rhona, que volvía con el té.

—Nerviosa.

—Si Hilda pudo dirigir este lugar con éxito, tú puedes hacerlo de sobra, te lo prometo.

—Gracias, Rhona. —Emma cogió su té—. ¡Me preocupa que a la gente no le gustemos ni yo ni la casa ni mi cocina! —Desde el desastroso desayuno de prueba, Emma había tenido pocas oportunidades de practicar y, aunque estaba bastante segura de que a la gente le gustaría la casa, tenía mucha menos fe en su cocina.

—Estaré aquí para ayudar. —Rhona se sentó en un sillón en vez de en su lugar habitual, junto a la chimenea. A Emma se le ocurrió que, por una vez, Rhona parecía un poco cansada.

—¿Te he hecho trabajar demasiado? —preguntó.

—¡No! —protestó Rhona—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Nunca te había visto sentarte en una silla de verdad.

Rhona se rio.

—Ella ha estado despierta toda la noche con pesadillas, ninguno hemos dormido mucho.

—¿Estaba bien esta mañana?

—Ella está bien. Soy yo la que está hecha polvo.

—Apuesto a que sí. —Emma no tenía ni idea de dónde sacaba Rhona su resistencia. No solo había estado ayudando a Emma seis horas al día, sino que también había sido madre soltera a tiempo completo de sus cuatro hijos, todos con necesidades y horarios contradictorios. Emma se cansaba de verla hacer de todo.

—Mamá me está ayudando con los niños esta tarde, así que estaré bien.

Durante el último mes, Emma había aprendido todo sobre la madre de Rhona y lo que hacía por ella. Por la forma en que hablaba de ella, a Emma le parecía que eran más amigas que madre e hija y, aunque a Emma no le gustaba esa sensación, sentía un poco de envidia.

—Sabes que puedes tomarte días libres si lo necesitas. Yo me las arreglaré sola.

—¿Estás de broma? —dijo Rhona riendo—. Tienes tres habitaciones reservadas para esta noche y durante casi todo el mes. No puedes arreglártelas sola.

—Claro que puedo.

—Emma, confía en mí —dijo Rhona con un tono mucho más serio—. Es más trabajo del que crees.

El sonido del timbre justo después de las cuatro hizo que casi se sobresaltara.

—Estarás bien —dijo Rhona, que se había quedado un poco más para ofrecerle apoyo moral.

—Entonces, ¿por qué tengo ganas de vomitar? —dijo Emma mientras se dirigía a la puerta principal.

—La casa es preciosa, eras fantástica, no hay de qué preocuparse.

—Aquí no pasa nada —dijo Emma, que abrió la puerta principal y se encontró en el zaguán a una pareja de veinteañeros agarrados a sus mochilas—. Hola —dijo alegremente, al darse cuenta de que parecían más nerviosos que ella—. ¿Sois Mel y Neil?

—Lo somos —respondió Mel—. ¿Llegamos muy pronto?

—Para nada. ¡Entrad!

Emma sintió de inmediato que se le pasaban las náuseas cuando recibió a la pareja en el pasillo.

—Tu casa es increíble. —Mel miraba la lámpara de araña.

—Gracias —dijo Emma, que podría haber abrazado a Mel. Por primera vez desde que se había mudado, se sentía dueña del viejo lugar, y eso le daba una sensación de calma y orgullo—. Dejad que os enseñe vuestra habitación.

Mientras Emma subía las escaleras, el timbre volvió a sonar. Se detuvo un momento, pensando qué hacer: ¿dejar a un huésped esperando fuera o retrasar la llegada de Mel y Neil a su cuarto?

—Voy yo —dijo Rhona, que apareció en el pasillo.

—Gracias —canturreó. Siguió subiendo mientras les preguntaba por el viaje a Neil y Mel y mantenía un oído atento a Rhona y a la otra llegada, un hombre llamado Finn McCarthy que venía desde Irlanda pero que solo se quedaría una noche—. Esta es. —Abrió la puerta de la habitación doble más pequeña de la planta intermedia, consciente de las risas de Rhona y Finn al subir las escaleras.

—Oh, Neil —dijo Mel, que se sentó en la ropa de cama de algodón egipcio y acarició un cojín de piel de oveja—. ¿No es preciosa?

—Claro que sí —dijo Neil con admiración.

—Gracias. —Emma estaba encantada con el resultado. Una habitación que antes era austera y fría ahora estaba llena de textura, calidez y luz. Era el refugio romántico perfecto—. Estas son las llaves. —Emma les mostró la llave de la puerta principal y la de su habitación—. El código del wifi y los horarios de desayuno están en el pequeño marco que hay junto a la bandeja de aperitivos. Si necesitáis algo, decídmelo.

—Gracias, lo haremos —dijo Mel, a quien Emma oyó chillar de alegría después de cerrar la puerta.

—Parece que te hayan quitado el peso del mundo de encima —dijo Rhona, una vez hubo cerrado la habitación situada al otro lado del rellano.

—Me siento así —dijo Emma, que pensó que podría llorar de alivio—. ¿Cómo es el otro huésped? —Los ojos de Rhona se abrieron con picardía—. ¿Rhona? —preguntó, abriendo también los ojos.

—Digamos que Finn ha sido una agradable sorpresa —susurró, dirigiéndose escaleras abajo.

—¿Una agradable sorpresa?

—Muy agradable a la vista, un acento para morir y diseña campos de golf.

—Suenan muy apetecibles —dijo Emma, encantada de que alguien hubiera llamado la atención de Rhona.

—No hay duda de que tiene a alguien en Irlanda. Tan buen partido no puede estar soltero —dijo Rhona, que fue a buscar su abrigo con más brío de lo habitual—. ¿Puedo dejar que te encargues tú sola de la otra entrada?

—Sin problema.

—Bien, entonces, te veré por la mañana temprano.

—¡Y a Finn también! —dijo Emma con un guiño y una sonrisa.

—¿Cómo son, amor? —preguntó Liz más tarde esa noche.

—Todo el mundo es muy amable, mamá. Hay una pareja joven y un chico soltero. Estoy

esperando a la última pareja; tengo la sensación de que no van a aparecer —contestó Emma, cuya anterior sensación de calma había sido sustituida por otro ataque de ansiedad.

—Ya aparecerán, cariño —dijo Liz, mientras Emma se paseaba por la cocina, mirando el reloj del horno.

—El registro de llegada es entre las cuatro y las siete, ya son casi las ocho.

—Se habrán retrasado, cielo... ¿De dónde vienen?

—Australia.

—Bueno, ahí lo tienes. No puedes esperar que la gente viaje desde el otro lado del planeta y llegue a la hora prevista.

—Tienes razón, sé que tienes razón. —Emma se mordió el interior de la mejilla. Que su madre tuviera razón no le tranquilizaba el estómago—. Cuéntame algo de tu día.

—Gary no se encuentra bien, así que he estado corriendo detrás de él. No he tenido mucho tiempo de hacer otra cosa, en realidad.

—¿Qué pasa? —preguntó, queriendo añadir “esta vez”, pero se contuvo. A Emma no le gustaba decirlo, pero, dado el tiempo que Gary llevaba de baja, no podía evitar preguntarse si la mayoría de sus dolencias eran psicosomáticas.

—Solo dolores generales, fatiga, ya sabes...

—Deberías darle uno de los batidos “cura todo” de Jane. —Emma pensó en los horribles brebajes que su hermana obligaba a beber a sus hijos, y que ella se esforzaba por evitar siempre que se quedaba en su casa.

—Deberías ponerlos en el menú del desayuno —dijo Liz riendo.

Emma también se rio.

—¡Si alguna vez busco la forma de deshacerme de los huéspedes, eso es exactamente lo que haré!

En ese momento sonó el timbre de la puerta, lo que hizo que a Emma le saltara el corazón a la boca y que Wilbur empezara a ladrar en la lavandería.

—¡Buena suerte, cielo!

—La necesitaré. —Emma caminó hacia la puerta principal, preguntándose si alguna vez sería capaz de abrirla de nuevo sin sentirse enferma. Se quedó un tanto sorprendida al descubrir a dos corpulentas sesentonas vestidas con anoraks, mochilas y botas de montaña.

—Buenas, ¿eres Emma? —preguntó la más joven de las dos. Llevaba el pelo oscuro corto y al menos ocho pendientes de metal en la parte superior de la oreja.

—Sí, soy yo —contestó Emma, sintiéndose un poco formal y remilgada—. Vosotras debéis ser Judith y Robyn.

—Así es. Soy Judith y ella es Robyn.

Judith señaló detrás de ella, donde Robyn estaba doblando un mapa.

—Por favor, pasad —dijo Emma, esperando que sus botas estuvieran limpias y recordándose a sí misma que debía encargarse de un felpudo resistente para la entrada—. ¿Os ha costado encontrar la casa?

—Robyn nos ha hecho dar un par de vueltas a la manzana, ¿verdad, cariño?

—Claro que sí —contestó Robyn, sin que a ninguna de las dos pareciera molestarle su desvío.

—Permitidme que os enseñe vuestra habitación.

Emma condujo a las dos mujeres a su cuarto, esperando que no se dieran cuenta de la

presencia de Wilbur, que seguía ladrando en la parte trasera de la casa.

—¡Esto es de lujo! —dijo Judith, boquiabierta, al entrar en la habitación.

Emma soltó una risita y volvió a relajarse, consolada por la idea de que no tardaría mucho en acostumbrarse a enseñar su casa a desconocidos.

—Me alegro de que os guste —dijo, y pasó a hablarles de las llaves, el wifi y el desayuno.

—No te preocupes, gracias —contestó Judith, que estaba sentada en la cama, quitándose las botas. Emma tomó nota para proporcionarles bandejas para el calzado.

—Os veré por la mañana —dijo Emma, que se sentía a punto de desplomarse.

Emma se sentó de golpe en la cama, una alarma penetrante le había interrumpido el sueño. Se tapó los oídos para amortiguar el ruido y sintió el fuerte latido de su corazón golpeándole la caja torácica. Una gota de sudor se deslizó por su frente, una imagen de la mano ensangrentada de Dawn en la suya asaltó su mente, y luego llegó el recurrente sentimiento de culpa por no haber podido hacer más.

—¿Qué pasa? —dijo con la voz entrecortada y tensa, tratando desesperadamente de alejar la visión.

Se levantó de la cama y cogió la bata y el móvil. Abrió la puerta de la habitación y la golpeó de inmediato el hedor de un humo acre que la retrotrajo a Nochebuena, y la sensación de que le escocían las fosas nasales y los pulmones mientras todo a su alrededor ardía.

Incapaz de ver nada, Emma encendió las luces y corrió escaleras abajo hasta el piso intermedio, donde aporreó las puertas de sus huéspedes.

—¡Fuego! ¡Despertad! ¡Fuego!

—¿Estás bien? —preguntó Judith, que abrió la puerta en calzoncillos y camiseta. Se rascó el pelo revuelto, que se le erizó, y se frotó los ojos. Aparte de la alarma de incendios que sonaba en el vestíbulo, ninguna otra prueba del incendio había llegado al primer piso.

—Hay fuego arriba —dijo Emma, marcando el 999 mientras hablaba—. Tenemos que salir.

—De acuerdo —dijo Judith, somnolienta, y llamó a Robyn para que se despertara.

Mientras Emma golpeaba las otras dos puertas, habló con la operadora de emergencias.

—Un equipo está en camino. ¿Puede contener el fuego?

—No lo sé. —Emma se sentía asustada y sola.

—Asegúrese de que todas las puertas están cerradas, pero solo si puede llegar a ellas sin peligro, y luego salga del edificio.

Tras dar instrucciones a Mel y Neil, que estaban escasamente vestidos y mostraban expresiones cohibidas, y a Finn, que parecía adormilado en su pantalón de pijama y un jersey desaliñado, Emma corrió escaleras arriba para cerrar todas las puertas y luego bajó con sus huéspedes, congregados en la acera.

—¿Están todos fuera? —preguntó Finn, tranquilo como pocos. Sus ojos amables, detrás de sus gafas de carey, estaban fijos en los de Emma.

Ella hizo recuento.

—Seis en total. Todos están fuera.

—¿Y el perro, cariño? —preguntó Judith, que había conseguido ponerse un pantalón de chándal y una sudadera con capucha.

—Mierda. —Emma agradeció que Judith y Robyn hubieran oído a Wilbur después de todo.

Sabía que no había más remedio que volver a entrar en la casa para sacarlo del lavadero.

Tan rápido como pudo, corrió hacia el interior de la casa mientras el sonido de la alarma seguía resonando y los sonidos de Nochebuena —sirenas, gritos y teléfonos sin contestar— bombardeaban su cabeza.

Al abrir la puerta del lavadero encontró a Wilbur encogido en un rincón, temblando por el ruido que rebotaba en las paredes del pequeño espacio.

—Vamos, chico —le dijo con toda la delicadeza que le permitía la situación. Le ató la correa al collar y trató de levantarlo—. Vamos —volvió a decir, esta vez con más fuerza. Al ver que no se movía, Emma tiró de él, lo forzó y lo persuadió, pero al final estaba claro que no había forma de mover a un perro de sesenta kilos que no quería moverse.

Recordando el consejo de la operadora de emergencias, cerró la puerta y lo dejó allí, con la esperanza de que estuviera bien hasta que llegaran los bomberos.

Al volver al exterior, encontró a Aidan en la puerta, hablando con Finn. Le sonrió débilmente, algo reconfortada por ver un rostro familiar, aunque no amistoso.

—¿Estás bien? —preguntó él, sus ojos cargados de preocupación, lo que pilló a Emma desprevenida.

—No puedo sacar a Wilbur. —Se envolvió en sus propios brazos para protegerse del frío aire nocturno, sin ganas de encontrar una réplica a cualquier comentario mordaz que él, sin duda, tuviera preparado.

Aidan se quitó el jersey, lo que dejó al descubierto sus perfectos abdominales, y se lo dio a Emma, que desvió la mirada de su estómago.

—¿Dónde está?

—En la lavandería —contestó ella. Se puso el jersey, que estaba caliente por el cuerpo de Aidan y olía salado y fresco.

—Iré por él.

Antes de que ella pudiera protestar, Aidan entró en la casa.

—Es genial tener buenos vecinos —dijo Judith, que rodeó a Emma con un brazo.

—Sí. —No dijo nada de lo poco cordial que había sido su relación durante el último mes, que se había reducido a algún que otro asentimiento, gruñido y comentario sarcástico por parte de Aidan, y a que Emma escuchara discusiones acaloradas a través de las paredes. Aparte de eso, apenas habían hablado.

Le pareció que pasaba una hora entera en lugar del minuto que tardó Aidan en regresar, cargando a Wilbur con un brazo flexionado bajo el pecho y otro bajo las patas traseras. Wilbur no intentó forcejear.

—La Virgen, qué perro más grande —dijo Judith, dándole una palmada en la espalda a Aidan y aplaudiendo sus esfuerzos. Finn y los demás se unieron a ella.

—No podíamos dejar al grandullón ahí dentro, ¿verdad, chico? —dijo Aidan, que dejó a Wilbur en el suelo y mantuvo una mano tranquilizadora sobre él.

—Gracias, Aidan. —Emma le sostuvo la mirada un momento y luego apartó la vista, tratando de comprender por qué sentía tanta emoción por un perro y un hombre que no le importaban nada.

CAPÍTULO 10

—Caray, Emma —dijo Rhona. Las dos de pie, al otro lado de la calle, miraban el tejado.

—Podría haber sido mucho peor. —Emma agradecía que los bomberos hubieran llegado tan pronto y trabajado tan rápido para controlar el incendio. Al final, los daños se habían limitado a una esquina del desván y al techo de un dormitorio de la planta superior, que Emma utilizaba como almacén de muebles—. Al menos las habitaciones de invitados no han sufrido daños.

—Aun así, es un gran trabajo de reparación.

—Me preocupa más cómo deshacerme del hedor a humo. —A Emma le preocupaba que el olor perdurara, que fuera lo primero que percibieran sus invitados al llegar. Apenas evocaba el ambiente de calma y tranquilidad que tanto tiempo le había costado crear en el último mes. También le preocupaba que fuera un recordatorio constante de Nochebuena; hasta ese momento, los ruidos fuertes le habían provocado recuerdos, pero, basándose en lo de la noche anterior, Emma temía que los olores también pudieran hacerlo.

—Puedo ayudarte con eso —dijo Rhona con optimismo—. Una buena ventilación y una limpieza a fondo, y quedará como nuevo.

—¿No crees que tendremos que repintar?

—Quizá arriba, pero las habitaciones de huéspedes deberían estar bien. Intenta no preocuparte demasiado.

Emma se sentó en el muro de la vieja biblioteca y cerró los ojos un momento. La parte posterior de sus párpados era un diaporama de imágenes parpadeantes de Nochebuena —humo, polvo, sangre— que se fundían con las de la noche anterior.

—¿Estás bien? —La voz de Rhona acabó con los *flashbacks* y Emma abrió los ojos al deslumbrante cielo azul sobre ella.

—Me siento mal por los huéspedes.

—Ha sido muy amable por parte de Ian y Anne acogerlos —dijo Rhona, que se había enterado, en el trayecto a la escuela, del incendio y de que los huéspedes pasaban la noche en el pequeño *pub* con habitaciones situado en la esquina de la carretera que llevaba a las tiendas. Emma estaba aprendiendo que las noticias volaban en Lobster Bay. Por lo que Rhona sabía, parecía que todo el pueblo hablaba ya de lo ocurrido.

—Salieron en cuestión de minutos con mantas, tazas de té y bocadillos —dijo Emma, que no había en sí de gozo por su generosidad—. Todos los huéspedes han sido muy comprensivos, especialmente Finn, que estaba preocupado por todos. —A Rhona le brillaron los ojos al oír el nombre de Finn. Emma sintió un poco de pena por no haber tenido la oportunidad de servirle el desayuno.

“Ya he visto lo que quieres decir con eso de que había sido una sorpresa; estaba especialmente guapo con sus pantalones de pijama —se burló Emma. A pesar de todo lo que estaba pasando, se las había arreglado para fijarse en el pijama y el jersey de cachemira de calidad de Finn, y en el hecho de que la parte de atrás y sus sienes, ligeramente canosas y cortas, no tenían ni un pelo fuera de lugar.

—Te lo dije. —Rhona abrió los ojos como si dijera “Guau”, y Emma hizo lo mismo.

—Ian y Anne se ofrecieron enseguida a alojarnos a todos. Ni siquiera se me había ocurrido

que tendría que encontrar otro sitio para mis clientes hasta que me lo dijeron.

—¿Te has quedado en la casa?

—He tenido que hacerlo; no podía dejar a Wilbur solo.

—¿Perdón? —dijo Rhona, haciendo una doble toma—. ¿Es esta la mujer que no quería tener nada que ver con el perro de Hilda Wyatt?

—No podía pedirles exactamente a Ian y Anne que lo alojaran, ¿verdad?

—¿No podía haberse ido con Aidan? —Casi lo primero que había preguntado Rhona aquella mañana, después de comprobar que Emma estaba bien, había sido por el rescate de Wilbur; parecía que la heroicidad de Aidan era la comidilla del pueblo.

—No me hacía gracia preguntarle..., no después de lo que ya había hecho. Y, además, me dijiste que no se quedaría en ningún otro sitio. No quería angustiarlo más de lo que ya estaba.

—Me parece que alguien se está ablandando —dijo Rhona.

Emma le dio un golpe juguetón en el brazo.

—¡Claro que no! Lo dejé dormir en la cocina mientras yo daba vueltas en el sofá.

—¡Suenan como el comienzo de un hermoso romance!

—¡Ja! —Emma se rio, pensando que Rhona debía haber perdido la cabeza.

—Al menos tus huéspedes nunca olvidarán su estancia.

—¡Eso seguro! —dijo, y volvió a la casa.

Mientras Emma y Rhona entraban en la cocina, sonó el timbre de la puerta. Sin esperar a nadie, Emma fue a contestar, preguntándose quién podría ser, ya que no había visto a nadie caminando por la calle.

—¡Aidan! —dijo al abrir la puerta, más que sorprendida de verlo allí.

—He pensado en venir a ver a Wilbur; ¿está bien?

—Está un poco alterado; puedes ir a verlo, está en la cocina.

Emma le hizo un gesto para que pasara, sin sorprenderse de que se le hubiera ocurrido preguntar por el bienestar del perro y no por el suyo. Fiel a su costumbre, parecía que la preocupación que había mostrado por ella la noche anterior lo había abandonado.

Wilbur se levantó en cuanto Aidan entró en la habitación, movió la cola lentamente y se dirigió hacia él.

—Es la primera vez que se levanta desde que lo metieron allí anoche —dijo Emma, recordando cómo uno de los bomberos había metido a Wilbur después de que Emma fracasara en su intento.

—Hola, Aidan —dijo Rhona, poniéndose sus gafas Marigolds. Aidan se agachó junto a Wilbur y le alborotó el pelaje—. He oído que anoche fuiste todo un héroe.

—No te creas —dijo, fingiendo luchar con el perro; Wilbur disfrutaba del juego—. Haría cualquier cosa por este perro.

—Eso parece —dijo Rhona—. Yo no habría corrido a un edificio en llamas por él.

—Solo ardía el tejado —dijo Emma de inmediato, con una mueca de desprecio involuntaria—. No es que quiera menospreciar tus esfuerzos —rectificó—. Te estoy agradecida, por supuesto, es solo que... —zanjó. Después de un mes siendo un imbécil de primera división, le resultaba difícil elogiarlo como se merecía. Se sentía mal por pensarlo, pero seguía preguntándose si Aidan disfrutaba en secreto de su nuevo papel de héroe del pueblo, un título que no estaba del todo segura de que se hubiera ganado.

—¿Has llamado a tu compañía de seguros? —preguntó Aidan, poniéndose en pie.

—Un asesor vendrá hoy más tarde.

—¿Y sabes que necesitarás que un perito y un electricista declaren seguro el edificio antes de que puedas volver a tener huéspedes?

—Todo está controlado. —Emma sonó más breve de lo que pretendía; era tranquilizador que alguien la controlara (si su padre hubiera estado vivo, habría sido él quien le hubiera ofrecido consejo), aunque solo fuera Aidan.

En ese momento sonó su teléfono. Contestó sin reconocer el número.

—Emma, soy Wendy, de la residencia. ¿Te importaría venir? Hilda ha oído las noticias sobre la casa...

—Por supuesto —contestó, sin sorprenderse de que la noticia se hubiera extendido con tanta rapidez, y se sintió como si le hubieran dado un curso intensivo sobre los peligros de vivir en una comunidad pequeña, tal y como Rhona le había advertido.

Después de los sucesos de la noche anterior, era lo último que Emma necesitaba, pero sabía que tenía que darle una explicación a Hilda y sentía la necesidad de salir de casa un rato, así que se puso la rebeca y caminó el kilómetro y medio que había hasta Seaview bordeando la costa.

—Buenos días, Wendy —dijo al entrar en la residencia, con el ánimo más alegre tras el agotador paseo por el sendero costero flanqueado de amapolas.

—Hola, Emma, ¿estás bien? —preguntó Wendy, con el ceño fruncido por la preocupación.

—Estoy bien, gracias. —Mientras Emma miraba el libro de registro, se dio cuenta de que, de nuevo, Hilda solo había tenido otra visita ese día.

“¿Por qué Judy no ha venido? —se preguntó—. *La desavenencia sobre la hospedería no puede ser tan grave*”.

—¿Cómo está la casa?

—No hay demasiados daños, por suerte —dijo Emma, conmovida por la preocupación de Wendy—. ¿Está en la sala de día?

—Lleva toda la mañana paseándose por el pasillo, dándole la tabarra a todo el que pasa. Nunca la había visto tan nerviosa.

Emma encontró a Hilda en el pasillo central, luchando contra una de las cuidadoras, que intentaba agarrarla por el codo. A Emma le hacía gracia que Judy pensara que su madre ya no podía más; por lo que veía, parecía que era perfectamente capaz de valerse por sí misma.

—Hilda, soy Emma —dijo con suavidad, no quería que la anciana se sobresaltara.

—¿Por qué has tardado tanto? —Hilda clavó su bastón en el suelo, sin darles por poco a los dedos de Emma.

Emma intercambió una mirada de “Cuidado, Hilda está por aquí” con la cuidadora, cuyos ojos brillaron con picardía antes de alejarse, sin duda encantada de que Emma estuviera allí para hacerse cargo de ella.

—¿Cómo está Wilbur? ¿Le ha pasado algo? —preguntó la anciana con urgencia.

—Wilbur está bien —dijo Emma con calma—. ¿Por qué no buscamos un sitio para sentarnos y charlar sobre lo ocurrido?

—No quiero sentarme. Quiero saber qué le ha pasado a Wilbur —dijo Hilda con una petulancia que hizo pensar a Emma en una niña pequeña.

Se recompuso inspirando y exhalando lentamente.

—No le ha pasado nada. La alarma le dio un susto, pero lo rescataron. —Sacó su teléfono y le mostró algunas fotos, que había tomado antes de ir a Seaview, de Wilbur con Aidan—. Mira, está perfectamente bien.

—Déjame ver. —Hilda cogió el teléfono. Examinó las imágenes hasta comprobar que no pasaba nada—. ¿Y qué hace ese imbécil en la casa?

—¿Te refieres a Aidan? —preguntó Emma, divertida por la descripción de Hilda.

—Cualquiera que sea el nombre del mendigo ese, es un pieza.

Emma quería saber a qué se refería Hilda, pero, para su sorpresa, se encontró defendiéndolo.

—Aidan rescató a Wilbur anoche; yo no conseguí que se moviera.

Hilda arrugó el ceño y echó a caminar hacia la sala de día. Pasaron junto a un cartel del Festival de Verano, lo que le recordó a Emma que no había tenido ocasión de preguntarle a Hilda la última vez que había estado allí.

—¿Cómo van los preparativos para la fiesta? —preguntó mientras caminaban a paso de tortuga.

—¡Y yo qué sé! —ladró Hilda.

—Wendy está deseando que hornees tus famosas galletas. —Emma se negó a doblegarse.

—No quiero tener nada que ver con esa maldita cosa —dijo Hilda, que se sentó lentamente junto a las ventanas que daban al mar.

—Podría ser una actividad agradable y divertida —dijo Emma, aunque tenía la idea de que a Hilda no le gustaban las “actividades”, sobre todo las que significaban tener que integrarse con sus compañeros de residencia.

Hilda puso los ojos en blanco ante la idea.

—¿Cómo empezó el fuego?

Emma tomó aire bruscamente y sintió que el cuerpo se le ponía rígido.

—Los bomberos creen que ha sido un fallo eléctrico, pero aún no estamos seguros. Alguien vendrá más tarde para hacer una evaluación.

—Prometiste que cuidarías bien de la casa. —Hilda sonaba menos enfadada y más entristecida.

—Lo sé, y lo decía en serio —respondió Emma, que también sentía una gran tristeza y pesar por el incendio. Lo último que quería era que Hilda se sintiera aún peor por haber perdido su casa, y tampoco quería que se deshiciera todo su duro trabajo. Se había pasado las pocas horas de sueño que había tenido en la madrugada dando vueltas en la cama, intentando averiguar si había algo que pudiera haber hecho para evitarlo, pero no había encontrado nada—. Te prometo que, hasta donde sé, esto no es culpa mía.

—No, sospecho que no —murmuró Hilda—. Debe haberte dado un susto terrible. Confío en que estés bien. —Los ojos turbios de Hilda escrutaron a Emma, que luchaba contra el repentino sonido de sirenas y alarmas en su cabeza.

—Estaré bien —respondió Emma, aunque era consciente de una sensación de nerviosismo en el estómago que no podía cambiar y le temblaban las manos, algo que no pasó desapercibido a la aguda mirada de Hilda.

—Supongo que algunas cosas quedan fuera de nuestro control y no podemos culparnos, mi marido me lo habría recordado —dijo Hilda, no exactamente con amabilidad, pero con suficiente comprensión, lo que casi equivalía a simpatía.

—Parece un buen consejo.

—Harías bien en recordarlo —dijo Hilda, que dirigió a Emma una mirada cómplice.

—Sí. —Emma se preguntó cómo era posible que una anciana a la que solo había visto dos veces diera la impresión de entenderla más de lo que se entendía a sí misma.

CAPÍTULO 11

Emma apretó las manos con fuerza mientras esperaba a que Aidan respondiera al timbre, aturdida por lo que acababa de decirle el perito.

—¿Sabes cómo empezó el fuego? —le había preguntado con impaciencia, antes incluso de que hubiera llegado al pie de la escalera.

—Parece un fallo eléctrico del vecino. —Garabateó notas en su portapapeles—. No es culpa suya.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto. —Señaló con su lápiz a través de la escotilla del desván—. Hay un hueco en la pared entre los dos *lofts*. Se puede ver el cableado de al lado, a pesar de los daños. Es como si hubiera estado ahí cincuenta o sesenta años.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Emma, deseosa de tener todos los datos posibles antes de enfrentarse a Aidan.

—Puedo distinguir restos de la vieja cubierta de tela. Debería haber sido reemplazada hace mucho.

—¿Cubrirá mi seguro las reparaciones?

—Yo diría que es responsabilidad de su vecino reclamar a su seguro —dijo, dando por concluida la reunión.

Emma apretó los labios y se quedó mirando al pie de la destartada puerta negra, ensayando en su cabeza exactamente lo que quería decirle a Aidan. *“Todo esto es culpa tuya... Si hubieras cuidado mejor la casa, esto nunca habría ocurrido... No descansaré hasta que tu seguro pague, no el mío, ¿entendido?”*.

Cuando la puerta se abrió, Emma, con la mirada baja, sintió que sus dedos se crispaban.

—Espero que tengas seguro —empezó, con la mandíbula tensa.

—¿Eres Emma? —preguntó una voz de mujer.

Levantó la vista y no se encontró con Aidan, sino con la reticente mujer de la frutería, que estaba de pie, con el teléfono pegado a la oreja.

—Lo siento —dijo con un leve movimiento de cabeza, como si acabara de salir de una ensoñación—. Estoy buscando a Aidan.

—Está en la ducha. —La mujer indicó por encima del hombro con el pulgar—. ¿Quieres entrar? Soy Eve. Nos conocimos hace un tiempo.

—Cierto, lo recuerdo. —*“Aunque entonces no eras tan habladora”*.

Eve condujo a Emma al interior de la casa, que era un reflejo de la suya, pero mucho más oscura y definitivamente más desordenada: había ropa y lo que imaginó que eran piezas de barcos esparcidas por todas partes.

—Ve a sentarte en la parte de atrás, no tardará.

—Gracias. —Emma se sentó en un mullido sofá marrón del salón, que tenía las mismas vistas al mar que el suyo, aunque interrumpidas por un cementerio de piezas de barco en el jardín. Escuchó cómo Eve le gritaba a Aidan en el piso de arriba y luego se dirigía a la cocina, charlando a mil por hora por teléfono con una amiga.

A Emma no se le había ocurrido que Aidan pudiera *vivir* con alguien. Suponía que tenía novia,

todas las discusiones que había oído a través de la pared apuntaban a eso, pero, cuando Rhona había dicho que no *creía que nadie pudiera contar con Aidan para nada*, Emma había supuesto que se refería a que él no se comprometía a largo plazo. Y, sin embargo, allí estaba, viviendo con la mujer de la frutería. Emma se dio cuenta de que era ridículo, pero, por razones que no alcanzaba a comprender, se sentía un poco celosa de la mujer de pelo azul y grandes gafas. Sabía que, por mucho que se esforzara, nunca había sido ni sería lo bastante guay como para lucir semejante estilo, pero sabía que ese no era el quid de la cuestión. El hecho era que, por mucho que Emma intentara no hacerlo, no podía evitar que le gustara Aidan y, tal vez, solo tal vez, una pequeña parte de ella quería que le gustara ella y no Eve.

Estaba a punto de marcharse tras haber pasado al menos diez minutos entretenida leyendo los lomos de los libros de las estanterías del salón y estudiando cada taza, calcetín y lata de Coca-Cola esparcidos cuando oyó unas pisadas que bajaban las escaleras y la voz de Aidan:

—Eve, ¿me has llamado a gritos?

—Tienes visita —dijo ella desde la cocina.

—¿Qué?

—¡Visitante, sala de estar! —gritó.

Un momento después, Aidan entró en el salón en vaqueros y con una toalla al cuello. Emma sintió que el calor le subía a las mejillas y rezó para que no se hubieran enrojecido.

—¡Emma! —Aidan sonó tan sorprendido de verla como ella de encontrarlo solo en *jeans*—. ¿Qué pasa?

—Acabo de recibir la visita del perito del seguro. —Trató desesperadamente de no dar ninguna señal de lo mucho que luchaba por no mirar su poderoso torso.

—¿Qué ha dicho? —Se frotó las orejas con la toalla, sin mostrar ningún signo de inhibición por estar semidesnudo. Emma no podía decidir si él era ajeno a su incomodidad o se exhibía a propósito para aumentar su malestar.

—Que la culpa es tuya, así que es tu responsabilidad pagar las reparaciones.

Aidan se sentó en el brazo del sofá de enfrente, con la barriga apenas arrugada. Si Emma hubiera hecho lo mismo, se le habría formado un rollo de carne.

—Sacaré los papeles esta noche.

—Gracias. —Dejó a un lado su bien ensayada perorata, sorprendida de que Aidan se hubiera tomado tan bien la noticia.

—¿Subimos a echar un vistazo?

—Deberíamos.

Lo siguió escaleras arriba, tratando de no contemplar sus anchos hombros y su espalda bañada por el sol, que adivinó tan musculosa y bronceada de trabajar todo el día en barcos. Él se detuvo un momento en el rellano para coger una camiseta del radiador y se la puso mientras subía el segundo tramo de escaleras. Emma se preguntó cómo era posible que alguien pudiera estar aún más sexi *con* camiseta que sin ella.

—Las damas primero. —Permitió que Emma subiera la escalera delante de él. A ella le preocupaba cómo se veían sus nalgas desde abajo y que las comparara con las de Eve, cuyo trasero era definitivamente más joven, pequeño y firme que el de Emma.

—Ha dicho que es cableado revestido de tela. —Aidan se reunió con ella en el desván. Comparado con el de Emma, estaba notablemente ileso, aunque el olor a humo y madera

carbonizada flotaba con pesadez—. Hay un agujero entre los espacios del tejado que hizo que el fuego se propagara al mío.

Aidan dirigió la luz de su teléfono hacia la esquina delantera del ático, hacia donde apuntaba Emma.

—Jesús. Qué desastre.

—Desde luego que sí —dijo Emma en voz baja. La oscuridad del desván la asfixiaba y el olor a humo se le pegaba a las fosas nasales hasta el punto de que podía saborearlo en el fondo de la garganta. Sintió que se ponía pálida y se mareaba, y un ligero sudor le recorrió el labio superior.

Aidan la iluminó con la linterna.

—¿Volvemos abajo?

Emma asintió e intentó controlar la respiración, luchando contra las ganas de vomitar. Estaba acostumbrada a los *flashbacks* ocasionales, pero dos vividos en el espacio de cuarenta y ocho horas era nuevo, y le dolían los músculos, además de la mente.

Aidan descendió primero por la escalera, y se quedó unos pasos por debajo de Emma para guiarla hacia abajo mientras ella se agarraba con fuerza a los travesaños y luchaba por encontrarlos bajo sus pies.

—¿Estás bien? —le preguntó, con sus cálidos ojos azules llenos de preocupación, una vez sus pies estuvieron a salvo en el suelo.

Emma se sacudió el sonido de las sirenas y las alarmas que zumbaban en su mente, incapaz de distinguir cuáles eran de la noche anterior y cuáles de Nochebuena.

—Me ha impactado un poco, eso es todo —dijo ella, sorprendida y contenta por la observación de Aidan.

—Tú y yo —empujó la escalera hacia arriba y se alejó—, ¿por qué no sacamos a Wilbur a pasear, a tomar el aire, a distraernos un rato?

Emma se lo pensó un momento, insegura de que su cooperación y su atención hubieran borrado de un plumazo todo el mes que llevaba siendo un imbécil, pero, intrigada por esa faceta más suave de su carácter, estuvo de acuerdo.

—Claro, ¿por qué no? —Esperaba que el aire fresco despejase algunos de sus problemas, aunque eso implicara tener que llevarse a Wilbur con ellos.

—¿Cómo es que Wilbur obedece todas tus órdenes cuando no escucha ni una palabra de lo que yo digo? —preguntó Emma a Aidan después de que le pidiese a Wilbur que se sentara en el bordillo y este obedeciese.

—Los perros buscan un líder; él sabe que no le tengo miedo —dijo Aidan mientras esperaban a que pasara una anciana—. Además, aunque me mate decirlo, Hilda hizo un buen trabajo adiestrándolo.

Una sonrisa irónica se dibujó en el rostro de Emma al imaginar a Hilda asustando al pobre perro hasta someterlo. Aidan dio una orden en voz baja a Wilbur y los tres siguieron adelante, en dirección al puerto.

—¿No os lleváis bien, Hilda y tú? —Recordó que Hilda se había referido a Aidan como un pieza.

—¿De verdad hay alguien que se lleve bien con Hilda? —preguntó Aidan, alzando una ceja. Emma se encogió de hombros.

—Veo que es testaruda y pendenciera, pero, no sé, hay algo que me gusta bastante de ella: tiene carácter.

—¡Y que lo digas! —dijo Aidan, tirando de la correa de Wilbur para evitar que olisqueara una papelería—. Pero carácter no es necesariamente lo que quieres en un vecino.

—¿Tenáis problemas?

—Quería que su casa tuviera un aspecto determinado para sus huéspedes y, como nuestras propiedades están pegadas, pensaba que la nuestra debía tener el mismo aspecto. Siempre me insistía en que sacara las piezas de repuesto del jardín delantero y en que me asegurara de que el jardín trasero no fuera una “plaga” para sus invitados.

—Suenan irritante.

—Más que irritante. Solía venir al jardín y llevarse cosas. Una vez metió cinco motores en su coche y los llevó al vertedero. ¿Sabes cuánto cuesta un motor?

—Supongo que más de lo que cuesta un helado —dijo Emma, que se arrepentía un poco de haber sacado el tema; estaba claro que había tocado una fibra sensible. Aunque la imagen de la pequeña Hilda metiendo cinco motores de barco en un contenedor valía la pena.

—Gracias a Dios que el tipo del vertedero me permitió recuperarlos. La mujer está loca. Si no me los hubieran devuelto, me habría llevado un golpe enorme ese mes, y Dios sabe que no puedo permitirme contratiempos.

—¿La construcción de barcos es estacional?

—De octubre a abril siempre estoy ocupado con reparaciones cuando los barcos están fuera del agua. En invierno y primavera suelo trabajar en la construcción de un solo encargo, junto con reparaciones más pequeñas.

—O vas sobrado, o no llegas —dijo Emma, que se imaginaba que tendría que aprender a administrar el dinero que ganaba en verano para compensar los ingresos más bajos del invierno.

—Es difícil estar al tanto de todo cuando hay mucho trabajo y, luego, cuando está más tranquilo, no siempre hay dinero para hacer las reparaciones necesarias.

—¿Como el tejado? —preguntó Emma mientras rodeaban la antigua muralla del castillo que daba al puerto, aunque también pensó en el estado de los jardines, la puerta principal, las ventanas y, ahora que había visto el interior, se daba cuenta de que necesitaba una renovación urgente.

—Exacto. —Aidan se metió las manos en los bolsillos del chaleco.

—Bueno, intentaré no molestarte como lo hizo Hilda —dijo ella, intuyendo que Aidan no respondería bien a la discrepancia.

—*Puedes darme la lata todo lo que quieras —dijo Aidan con una sonrisa y un brillo que Emma podría haber interpretado como coquetería si no hubiera sido porque se había mostrado tan frío con ella durante el último mes y que estaba con Eve.*

Tras un momento de silencio en la conversación, en el que Emma se convenció de que Aidan debía ser capaz de oír el fuerte debate en su cabeza sobre lo que había significado su tímido comentario, este sugirió a Emma que llevara a Wilbur.

—No, gracias —respondió ella.

—Vamos. Ya estáis acostumbrados el uno al otro.

—Supongo. —Emma seguía sin tener confianza para sacarlo a pasear. Lo había intentado todo en las últimas semanas: pasearlo a distintas horas del día, probar nuevos caminos y cambiar el arnés por un collar, pero su comportamiento seguía siendo errático y su confianza, escasa.

—Toma, sé firme. —Le entregó la correa.

Los dos bajaron por la estrecha y empinada carretera, pasaron por delante de las viejas casitas de piedra con tejados de teja y piedra de color óxido y llegaron al puerto. Wilbur iba a la cabeza y Emma se relajó un poco.

—¿Tienes barco propio? —preguntó a la orilla del puerto. Aidan señaló un hermoso y anticuado esquife de madera con un alto mástil—. ¿Lo has construido tú? —dijo, admirada.

—Con mis propias manos.

—Es impresionante, como una obra de arte. —Se maravillaba con solo pensar en la imaginación, el conocimiento y la habilidad necesarios para crear algo tan magnífico—. Debes haber tardado años en dominar todas esas habilidades.

—Es algo con lo que se nace —dijo, desviando los elogios de Emma—. ¡Una chica de ciudad como tú no podría lograrlo!

Emma notó el brillo descarado en los ojos de Aidan. Sabía que se refería a su primer encuentro y estaba a punto de encontrar una réplica cuando Wilbur se sobresaltó y soltó un enorme ladrido.

—Deja que me ocupe de él. —Aidan se adelantó a Emma y su mano tocó por un momento la de ella, lo que le provocó un cosquilleo que se le extendió por el brazo y por todo su cuerpo que la cogió desprevenida.

—¿Qué le pasa? —preguntó. Vio cómo los antebrazos de Aidan temblaban mientras empleaba toda su fuerza para mantener a Wilbur bajo control.

—Está viendo a Elsie.

—¿Quién es Elsie? —Miró en la dirección en la que Wilbur intentaba tirar.

—La perra del carnicero.

Emma no tardó mucho en ver a Phil, que arrastraba una canoa por la playa, con su pequeña perrita blanca, que era todo lo contrario de Wilbur: compacta, de pelo corto y asustadiza. Aidan soltó a Wilbur y, en cuestión de segundos, Elsie estuvo bajo sus pies, corriendo en círculos y ladrando juguetonamente.

—¡Menudo manojo de energía! —dijo Emma cuando llegó junto a Phil. Aidan se acercó a las olas y pateó sin rumbo grandes piedras clavadas en la arena.

—Desde luego que lo es. —Se reía de Elsie, que seguía ladrando a Wilbur, esperanzada de que pudiera jugar—. Lamento lo del incendio. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Gracias, Phil.

—¿Y Wilbur está bien?

—Parece que sí. —Lo vio de pie, triste, junto a Elsie, al parecer hipnotizado por su entusiasmo.

Dado que los chicos no se habían saludado, Emma pensó que era mejor no contarle a Phil los detalles de cómo Aidan lo había rescatado. “Además —pensó—, *seguro que se ha enterado por los rumores*”.

—Como ya te dije, si necesitas ayuda con él...

—Por supuesto, gracias. —Emma se sintió fatal por no haber aceptado aún su amable

ofrecimiento. Los ojos de Phil brillaban un poco menos a la luz del atardecer, y Emma se sintió un poco incómoda por haber salido a pasear a Wilbur con Aidan y no con él.

—O si alguna vez te apetece echarte al agua. —Señaló su canoa—. Wilbur podría nadar a nuestro lado.

—¡Vaya, menudo ofrecimiento! —dijo Emma, tratando de no transmitir lo raro que sería para ella aceptar; ni el mar ni el perro mojado le resultaban atractivos—. Te llamaré, ¿de acuerdo?

—Claro —dijo, sin su entusiasmo habitual.

—Nos vemos —dijo Emma, demorándose un poco mientras lo dejaba con su canoa y volvía con Aidan. Mientras caminaba hacia el otro extremo de la playa, trató de imaginar qué podía haber pasado entre ellos para que hubieran dejado de hablarse.

DÍA DE NAVIDAD

—¡Emma! —Jane se encontró a su hermana en la puerta con una mochila—. ¿Qué haces aquí? Pensaba que ibas a casa de los padres de Chris.

—Hemos roto.

—Mierda, Em, ¿el día de Navidad?

—Es una larga historia —dijo, aunque en realidad no lo era. Emma le había dicho a Chris que fuera a casa de su madre sin ella para darle tiempo para pensar. Después de que él se hubiera ido, recogió sus cosas y recorrió los sesenta kilómetros que había hasta casa de su hermana—. ¿Te importa si entro?

—Por supuesto que no. —Jane abrió la puerta del todo—. No te ofendas, Em, pero tienes mal aspecto. ¿Estás bien?

—Solo estoy un poco cansada.

—Estaré en la cocina si quieres hablar —dijo Jane—. Siéntete como en casa.

En el salón, Emma encontró a Gary y a su madre, que llevaba una diadema de Navidad sobre su corto pelo de punta, en el impoluto sofá gris. Los niños estaban sentados en el suelo, en torno a la enorme tele.

—¡Emma! —dijo con una copa de prosecco casi vacía en la mano. Como no preguntó por qué estaba allí su hija, supuso que su madre ya se había bebido varias copas.

—¡Tía Emma, mira! —dijo Jake, desbordante de emoción, señalando la tele—. Ha estallado una bomba en Londres. ¡Una bomba! ¿Te lo puedes creer?

—Vaya, qué emocionante —contestó con expresión animada. Se quitó el abrigo y se sentó en el borde del sofá, sin dejar de mirar la pantalla. La pancarta anunciaba nueve muertos y cincuenta y seis heridos.

—Un terrorista suicida —dijo su madre—. Es impactante.

—Sí, ¿verdad? —dijo Emma con la voz entrecortada.

La escena, a plena luz del día, no se parecía en nada a lo que recordaba haber presenciado la noche anterior. Era como si estuviera viendo algo completamente distinto.

—Trabajas cerca, ¿no? —preguntó Gary.

—Más cerca de Oxford Circus. —Emma, paralizada por las imágenes, las escudriñaba en busca de algo, de cualquier cosa que se pareciera a lo de la noche anterior.

—Tuviste suerte de no quedarte atrapada ahí, cariño —dijo Liz.

—Muchísima suerte —dijo Emma, que sabía por las imágenes que ese era su recuerdo y que no podía compartirlo, por mucho que lo intentara. Era algo que tendría que gestionar sola.

CAPÍTULO 12

—Mamá se pondrá furiosa cuando se entere de que la culpa es del vecino —dijo Judy, de pie en lo alto de la escalera del desván, inspeccionando los daños.

Emma no pudo evitar que la imagen le pareciera cómica: Judy, subida a una escalera, con su falda de *tweed* y sus zapatos de salón. Por un momento le quitó hierro al asunto.

—No creo que sea culpa de nadie en realidad —respondió Emma. Desde el paseo del día anterior, cuando Aidan se había mostrado menos reservado, sentía menos rencor hacia él. Se había quedado con la sensación de que tenía sus propios problemas, y que su actitud despectiva y simplista ocultaba algo más profundo, aunque no tenía ni idea de qué.

—Espero que aprecien tu buen carácter.

—Seguro que sí. —Emma extendió una mano protectora por si Judy tropezaba con un peldaño—. Aidan se está encargando del seguro.

Judy, ya de nuevo en el suelo, se limpió con fuerza el polvo de la falda.

—De todos modos, a mamá le dará un ataque.

—Aidan mencionó que los dos tenían sus diferencias. —Emma guio a Judy de nuevo escaleras abajo.

—”Diferencias” es decirlo suavemente —dijo Judy con una risa forzada—. Y, por supuesto, en años posteriores fui yo quien tuvo que mediar en la debacle.

—¿Empezó hace mucho? —preguntó Emma, que le ofreció a Judy un asiento en el salón.

—Desde que sus padres murieron y dejaron la casa en mal estado. —Una punzada de compasión atravesó el corazón de Emma. Sabía lo que era perder a su padre; solo podía imaginar lo que se sentía al perder a los dos progenitores—. Lo siento por él —continuó Judy—. Nunca ha tenido un carácter fácil, pero no se merecía lo que le pasó.

Emma tuvo que morderse la lengua para no preguntar qué había sido exactamente.

—¿Te apetece un té? —le ofreció.

—Sí, por favor. —Judy admiró el salón recién decorado.

Mientras Emma preparaba el té en la cocina, oyó que se reía en la habitación contigua. Cuando regresó, la encontró de pie junto a la repisa de la chimenea, sosteniendo la foto en color de Hilda y su familia.

—¿Eres tú la de la foto? —preguntó Emma, dejando la bandeja sobre el gran reposapiés tachonado.

—Yo debía tener unos catorce años y mi hermano, Archie, unos doce.

—¿Os acababais de mudar? —Emma se había preguntado cuál había sido la ocasión para justificar una foto de familia en la puerta principal.

—Supongo que sí —dijo Judy tras pensarlo un poco—. Nos fuimos del cuartel después de que mi padre dejara el ejército. Era el primer hogar de verdad que teníamos, aunque también era un negocio.

—¿Tu padre estuvo en el ejército?

La frente de Judy se arrugó.

—Mmm... Nunca lo dejó del todo atrás —dijo con una mirada lejana en los ojos.

—¿Por qué compraron una pensión? —preguntó Emma, que habría querido preguntarle a Judy

qué había querido decir, pero había intuido por su expresión distante que no era algo de lo que quisiera hablar.

Judy volvió a poner la fotografía encima de la chimenea.

—Era algo que mi madre siempre había querido hacer. Nunca pensé que su personalidad se adaptara demasiado bien a esto, pero... Supongo que sí se adaptaba a sus circunstancias.

—Supongo que lo hizo muy bien —dijo Emma, sirviendo el té.

—Mi madre lo hizo todo bien. —Hizo una pausa antes de decir en voz baja—: Algunos dirían que en detrimento de la familia.

—¿Cuándo falleció tu padre? —Le tendió el té a Judy, ansiosa por saber más.

—Pocos años después de mudarnos aquí.

—Debió ser duro. —Emma empezaba a atar cabos. *Hilda había perdido a su marido hacía más de cuarenta años, así que no era de extrañar que no hubiera rastro de él en la casa.*

—Mamá se las arregló. Es lo que hacen las mujeres de los militares. Yo me fui a la universidad poco después. Probablemente fue más duro para Archie.

—¿Dónde está ahora?

—En Malasia. Es diplomático. —Judy removi6 su té y Emma crey6 detectar un atisbo de resentimiento.

—¿Y tú?

—Soy subdirectora en un internado —dijo, colocando la cuchara en el plato—. O al menos lo era hasta hace cuatro años, cuando mi madre empezó a necesitar ayuda.

—¿Dejaste tu carrera para cuidar de ella?

—Mi carrera, mi casa, mi relación. —Judy hizo una pausa, perdida en sus pensamientos. Ahora tenía sentido para Emma por qué Judy se había mudado a Lobster Bay, y sintió una creciente empatía hacia ella—. Por supuesto, mi hermano no hizo nada.

—Hilda te estará muy agradecida —dijo Emma con una sonrisa comprensiva.

Judy soltó una carcajada amarga.

—Mamá *nunca* está agradecida. *Esperaba que la cuidara y la ayudara a llevar el negocio.* Al final, tuve que decir que no. No podía hacerlo todo, algo que ella no entendía, después de haberlo hecho todo por todos durante toda su vida.

“Cuando le dije que teníamos que vender la casa para pagar sus cuidados a la larga, no solo se negó a creer que ya no podía más, sino que además le molestó que vendiera la casa para pagarlo. Era como si esperara que la cuidara yo o que lo pagara de mi bolsillo. —Emma se sentó en silencio, comprendía por qué a Judy le resultaba tan difícil ser indulgente con su madre.

“Por suerte, mi hermano consiguió convencerla para que nos diera un poder notarial, lo que significó que pudimos poner la casa en venta, pero ella se desvivió por hacerlo casi imposible.

—¿Qué hizo? —preguntó Emma, que recordó el comentario de Hilda sobre sus “mejores esfuerzos” para impedir la venta.

—Intentó todos los trucos posibles para desanimar a la gente... Señalaba la carcoma vieja y decía que estaba activa; dejaba la calefacción apagada durante semanas para que oliera a humedad y pareciera una nevera; en un momento dado, incluso arrancó tiras de papel pintado de las paredes y dijo a los compradores potenciales que se debía a que la humedad iba a peor.

—¡Vaya! —dijo Emma, impresionada por las arteras travesuras de Hilda, pero también

decepcionada por no haber tenido la oportunidad de presenciar a la anciana en acción—. Me pregunto qué habría hecho si la hubiera visto en persona.

—Se le habría ocurrido algo, probablemente sobre el antiguo sistema telefónico y su incompatibilidad con Internet. Sabía muy bien lo que iba a desanimar a los compradores —dijo Judy con una ligera carcajada, capaz de ver el lado divertido. A Emma le hizo pensar en el ingeniero telefónico que se había pasado horas dándole vueltas al arcaico sistema. Al final, había dejado la conexión analógica en la parte superior de la casa, considerándola “un trozo de historia”, y había instalado un sistema completamente nuevo en la planta baja para la banda ancha—. Mi madre es terca como una mula, siempre encuentra la manera de conseguir lo que quiere.

—Pero, al final, vendiste.

—Solo porque Doreen me convenció de bajar el precio.

—Me alegro de que lo hiciera.

—Cuando me llamó para decirme que habías hecho una oferta, pensé que te habían enviado los cielos. —A Emma le extrañó, teniendo en cuenta que se había fijado una fecha de cierre; pero Judy siguió parlotando antes de que Emma tuviera la oportunidad de preguntarle a qué se refería—. Después de tres años sin trabajar, llevando el negocio de mi madre, cuidándola y viviendo con ella, por fin había fondos suficientes para pagar sus cuidados, y tuvo que aceptar que era hora de seguir adelante.

—¿Y se fue sin luchar?

—¡Claro que no! Aún quedaba el tema del perro, pero, cuando supimos que habías aceptado quedártelo, por fin cedió. —Emma estuvo a punto de decirle que no sabía nada de Wilbur, pero, como no quería agobiarla con nada más, decidió guardárselo—. Sinceramente, Emma, no tienes ni idea de cómo, hacia el final, cada vez que sonaba el teléfono, el corazón me saltaba a la garganta y me preguntaba si se había caído por las escaleras o había prendido fuego a la casa. —Emma se rio de la ironía.

—Ay, lo siento —tartamudeó Judy, nerviosa por su metedura de pata—. No quería...

—No te preocupes —dijo Emma, riendo, y Judy se unió a ella, relajando su rígida postura. Dejó la taza de té sobre la mesilla y soltó una risita que provocó la de Emma. Al final, las dos rieron juntas como colegialas.

—Hacía tanto tiempo que no me reía... —Judy se enjugó una lágrima.

—Creo que es hora de que solucionemos eso, ¿no te parece?

—He pensado en todas las formas posibles de hacer que mi madre vea las cosas desde mi punto de vista, pero, hasta que no admita que ya no podía más y que teníamos que vender la casa para pagar sus cuidados, no veo cómo poner fin a su disgusto.

—Déjame pensarlo. —Emma estaba decidida a ayudar a las dos mujeres a llegar a una tregua y a permitir que Judy, claramente agotada por años de duro trabajo, disfrutara de la vida una vez más.

—Buenas tardes, Hospedería de Lobster Bay —cantó Emma, cogiendo el teléfono fijo del escritorio del salón.

—Hola, ¿Emma? Soy Finn McCarthy...

—Hola, Finn —dijo Emma con alegría, había reconocido de inmediato su acento irlandés—. ¿Cómo estás?

—La verdad, nada mal, gracias. Llamaba para ver si podía hacerte otra reserva.

—Por supuesto. ¿Para cuándo? —Se sentó ante el escritorio, deseando contarle a Rhona la buena nueva.

—El mes que viene. El club quiere que vuelva y presente mis diseños.

—Está bien. —Abrió el calendario de reservas en el ordenador e introdujo los detalles de su reserva—. ¡Me alegro de que el incendio no te haya desanimado!

—En absoluto. El pequeño *pub* estaba bien, pero no era tan bonito como tu hospedería.

—Me alegra oírlo. —Emma se reclinó hacia atrás, contenta por el cumplido—. Estaremos encantadas de verte el mes que viene —dijo, deseosa de recalcar que Rhona también estaría.

Emma acababa de colgar cuando sonó su móvil.

—Hola, mamá —dijo al reconocer el número. De fondo, Emma oyó que bajaban el volumen de la televisión, sin duda después de que su madre le hiciera un gesto a Gary.

—Pareces tensa, ¿va todo bien?

Emma puso los ojos en blanco, divertida por la habilidad de su madre para olfatear los problemas incluso a más de seiscientos kilómetros de distancia.

—Mamá, estoy bien. —Golpeó con el lápiz el bloc de notas, intentando decidir si contarle a su madre lo del incendio.

—¿Qué ha pasado? ¿Se ha quejado alguno de tus huéspedes? ¿Ha habido algún problema con el desayuno?

El silencio expectante de Liz le dejó claro que no iba a colgar hasta que se lo contara.

—Hemos tenido un pequeño incendio, eso es todo. Nada importante. Está todo bajo control.

—¿Qué? —dijo Liz, con voz chillona.

—Fue en el desván, unos cables viejos, no fue gran cosa. Han venido el perito y el electricista. Era el cableado de la casa de al lado, no el mío.

—Iré, no puedes hacerlo todo tú sola —dijo Liz, los ruidos de fondo casi desaparecidos. Emma imaginó a su madre paseándose por la cocina.

—Mamá, me apañaré. —Emma se levantó y se acercó al ventanal para mirar el mar—. Todo está bien, te lo prometo. No hay daños estructurales y todos los sistemas eléctricos están en buen estado. Rhona y yo solo tenemos que hacer una limpieza a fondo y los huéspedes podrán volver.

—Pero ¿qué pasa con los daños en el desván? ¿Quién va a repararlo?

—Eso es lo siguiente que tengo que solucionar. He cancelado las reservas para la semana que viene y tengo que llamar a los techadores. Está todo controlado.

—¿Estás segura? —preguntó Liz.

—Cien por cien.

—Bueno, entonces, vale —dijo Liz, echándose atrás. Emma oyó el chirrido de su madre al retirar una silla de la cocina sobre el linóleo—. De todos modos, la salud de Gary no es muy buena, así que probablemente prefiera que me quede aquí.

—Parece una buena razón para quedarse —dijo Emma, esperando que su voz no delatara su irritación.

—Te llamaba para decirte que me he encontrado con Sandra.

—¿Cómo está? —preguntó Emma, que no había visto a Sandra, la madre de Chris, desde antes de la ruptura. Por un momento le preocupó que él le hubiera contado lo de Nochebuena y que Sandra se lo hubiera contado a Liz.

—Está bien, sigue trabajando en el gimnasio. Me ha dicho que Chris sigue luchando sin ti...

—Eso no está bien... —Emma se interrumpió sin saber qué decir; se sentía fatal porque Chris estuviera sufriendo, pero también sabía que ponerse en contacto con él y darle falsas esperanzas no era la solución.

—Chris aún no le ha dicho por qué rompisteis. Creo que ella pretendía que yo se lo explicara, pero, bueno, dado que no sé...

Una oleada de alivio recorrió el cuerpo de Emma, Chris no había mencionado la Nochebuena después de todo.

—Mamá, te lo he dicho un millón de veces: no era para mí. Sé que es decepcionante, pero así son las cosas. —Sintió una punzada de culpabilidad por no haber sido capaz de contarle toda la historia, que los acontecimientos de Nochebuena le habían dado toda la claridad que necesitaba, que tenía que seguir adelante; que no había forma de que su relación pudiera sobrevivir a lo que Emma había pasado.

—Pero ocurrió de la nada.

—Tal vez para ti.

El recuerdo del momento en que Emma se había dado cuenta de que no amaba a Chris la inundó. Hacía ya más de un año, en la boda de su hermano. Sandra había llevado a Emma a las fotografías de la familia cercana, diciéndole: “Tú también eres parte de la familia”. Emma había retrocedido, proyectándose a ese futuro en el que sabía que no formaría parte de la vida de Chris, y en el que ellos se encontrarían con las fotos enmarcadas de Simon el día de su boda, con la ex de Chris en ellas. “Deberíais estar solo vosotros cinco”, había dicho Emma, y todos se habían reído y la habían arrastrado. La imagen de la familia de Chris de pie, orgullosa, y Emma, con una sonrisa forzada en la cara, manteniendo una distancia “recortable” de Chris, aún la hacía estremecerse.

—No sé, cariño, siempre he tenido la sensación de que has dejado algo sin decir, que él hizo algo o tú hiciste algo. Es como si os quedara algo pendiente...

—Mamá. No hay nada.

Emma detestaba que su madre supiera que estaba ocultando información. Quería contarle lo de Nochebuena, pero se aferraba a la idea de que no tenía sentido decírselo, ni a ella ni a nadie, si no tenían ninguna posibilidad de entenderlo, y, además, razonaba, no podría vivir consigo misma si la carga que supondría para su madre hacía que su ansiedad volviera a entrar en una espiral.

—Vale, cielo, si tú lo dices..., pero, ya sabes, si alguna vez quieres hablar...

—Lo sé, mamá.

La culpa de no compartirlo todo con su madre como sabía que Rhona hacía con la suya le oprimía el corazón. Estaba pensando qué hacer cuando oyó un chirrido procedente de la habitación contigua. Miró hacia la cocina y vio a Wilbur, con el cuerpo agitado, vomitando en el suelo.

—Dios mío —dijo Emma, luchando por no ponerse enferma al verlo.

—¿Qué pasa, cariño?

—El perro acaba de vomitar en el suelo de la cocina.

—¿Está bien?

—Supongo que no. —Emma se acercó a él. A medida que lo hacía, las patas traseras se le doblaban.

—¿Sabes qué hacer, cielo?

—Creo que tendré que llevarlo al veterinario —dijo Emma, sin saber si había uno cerca y preguntándose cómo lo llevaría del suelo para llevarlo allí.

—Te dejo —dijo Liz—. Cuéntame cómo va.

—Lo haré. —Emma finalizó la llamada e inmediatamente buscó en Google “Veterinario cerca de mí”.

Tras encontrar al veterinario local, pidió cita y cogió la correa de Wilbur, lo puso en pie y lo condujo con lentitud hasta el coche.

—¿Va todo bien? —preguntó Aidan, que estaba cargando herramientas en su furgoneta.

—Voy a llevar a Wilbur al veterinario, no está bien —respondió Emma, abriendo el maletero.

Wilbur se quedó con la cabeza gacha y no hizo ningún esfuerzo por entrar.

Aidan se acercó y se arrodilló junto al perro.

—¿Qué pasa, chico?

Wilbur no levantó la vista.

—¿Ves lo que quiero decir? —Sabía que algo iba ir mal si Wilbur no saludaba a Aidan.

Poniendo una mano tranquilizadora en la espalda de Wilbur, Aidan le preguntó a Emma si sabía a dónde iba.

—Tengo navegador. Lo encontraré —dijo, aunque no se sentía muy segura de conducir a un sitio nuevo con un perro enfermo en el maletero.

—Déjame ir contigo. —Colocó los antebrazos debajo de Wilbur y lo levantó con suavidad hasta la parte trasera del coche. Acarició a Wilbur en el vientre antes de cerrar silenciosamente el maletero.

—Puedo arreglármelas. —Emma se preguntó por qué discutía con él.

Aidan abrió la puerta del pasajero.

—No conseguirás sacarlo cuando llegues.

—¿Estás seguro de que no te estamos retrasando? ¿A Eva no le importará que te vayas?

—Está en el trabajo, está bien. Vamos.

El tamaño de Aidan hizo que el brazo desnudo de Emma rozara el suyo al abrocharse el cinturón de seguridad, lo que provocó un estremecimiento en su vientre y que su cerebro se desconectara un instante.

—La llave en el contacto —dijo Aidan mientras Emma vacilaba.

—Lo siento —dijo con una risa avergonzada—. Esta emergencia perruna me ha puesto nerviosa. —Arrancó el coche, rezando para que Aidan no se hubiera dado cuenta del verdadero motivo de su aturdimiento.

—¡Cuidado con el peatón! —gritó Aidan cuando Emma pisó el acelerador y casi atropelló a una mujer que cruzaba la calle. Era la misma que había cruzado para esquivar a Emma aquella primera mañana, cuando había sacado a pasear a Wilbur ella sola.

Pisó el freno y la mujer siguió cruzando como si nada, lo que le pareció un poco extraño teniendo en cuenta que casi la había atropellado un coche.

—¿Quién es? —preguntó, dando a entender que había tenido el control de la situación, aunque

no era así.

—Doreen Reid.

—¿Doreen? —murmuró Emma. Le sonaba el nombre de alguna parte.

—La agente inmobiliaria local.

—¿Qué? —dijo Emma, a quien le extrañó que una mujer que se había mostrado tan amable con ella por teléfono ahora, en dos ocasiones, la hubiera evitado.

—Continúa por los dos pueblos siguientes y yo te guiaré a partir de ahí —dijo Aidan cuando entraron en la carretera principal y Emma recuperó la compostura.

—Claro. —Agradeció tenerlo de copiloto—. ¿Alguna noticia de tu aseguradora?

—Todavía no, pero he estado pensando... Tal vez te cueste encontrar un techador, y quién sabe cuándo pagará el seguro. ¿Qué te parece si hago el trabajo?

—No lo sé —dijo Emma, sorprendida por la sugerencia, pero reflexionando—. ¿Sabes reparar tejados?

—Soy constructor de barcos —dijo riendo—. Fabricar cosas herméticas a la intemperie es mi trabajo.

—Entonces, sí. —Se encogió de hombros—. Si yo no tengo que buscar a nadie y tú no tienes que preocuparte de pagarle, supongo que tiene sentido.

—Genial. —Aidan apoyó el codo en el alféizar de la ventana—. Empezaré mañana.

—Perfecto. —Emma pensó que estaría bien tenerlo por casa. “*Si no, al menos será algo bonito a lo que mirar mientras hago la colada*”.

Fuera del veterinario, Aidan abrió el maletero del coche y sacó con cuidado a Wilbur, que no intentó resistirse.

—No sé cómo te las arreglas para cargarlo —dijo Emma, admirando no solo la fuerza de Aidan, sino también la delicadeza con que lo sujetaba—. Yo necesitaría una carretilla elevadora para hacer lo mismo.

—No es fácil —dijo él, concentrado en la tarea, con los músculos del brazo y el cuello tensos.

Emma se adelantó para abrir las puertas dobles de la consulta.

—Hola, soy... —dijo, acercándose al mostrador semicircular de recepción.

—Tú debes ser Emma —la interrumpió la recepcionista, que salió de inmediato de detrás del mostrador y se acercó a Wilbur, al que Aidan depositó en el suelo.

—Claro... —dijo Emma, perpleja, preguntándose de qué la conocía la recepcionista del veterinario.

—Hilda nos dijo que cuidarías de Wilbur. —Se agachó junto al animal y acercó su cara a la de él—. ¿Qué te pasa, grandullón? ¿No te encuentras bien? —le dijo con voz de arrullo, como si le hablara a un bebé. Aidan dirigió a Emma una mirada que decía “Esta mujer está loca”, y ella soltó una risita.

—Ha estado vomitando y luego se le han doblado las patas traseras.

—Pobre chico. —La recepcionista le acarició las orejas—. Será mejor que Cameron te eche un vistazo.

Desapareció por una puerta al fondo de la consulta e instantes después apareció un hombre fornido vestido con bata que se acercó a Emma.

—Soy Cameron —dijo con una voz a la vez asertiva y tranquilizadora. Estrechó las manos de

Emma y Aidan—. Hoy cuidaré de Wilbur. ¿Cómo está?

—No muy bien, parece muy débil. —Emma se sorprendió de lo preocupada que se sentía.

Cameron se arrodilló junto a Wilbur y acercó el estetoscopio al pecho del perro.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Lo he visto vomitar por primera vez hace una media hora, pero puede que también estuviera enfermo en el jardín.

—¿Ha comido algo que no debería?

—No lo creo. —Vio cómo el veterinario le revisaba los ojos, la nariz y la boca.

—Puede que anoche cogiera algo en la playa —dijo Aidan—. No lo estuvimos vigilando todo el tiempo.

—¿Como qué? —preguntó Emma, sintiendo una inmediata sensación de culpa.

—Peces muertos, agua salada parasitada, aceite de palma, por nombrar solo algunas cosas —dijo Cameron, que ahora palpaba el estómago de Wilbur.

—No tenía ni idea de que una excursión a la playa pudiera ser tan peligrosa. —Esperaba que el veterinario no la considerara negligente.

—No es culpa tuya. —Se puso de pie—. No podemos vigilarlos cada minuto del día, y Wilbur tiene un buen historial de comer cosas que se supone que no debe.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Emma, complacida de saber que también había ocurrido bajo la supervisión de Hilda y rezando para que Cameron dijera que sí. La perspectiva de tener que decirle a la anciana que había matado a su preciado perro era más de lo que podía soportar.

—Todo apunta a deshidratación, pero lo mantendré en observación toda la noche, para asegurarnos.

—Gracias. —Emma relajó los hombros unos treinta centímetros. Aidan alargó la mano y le dio un masaje de ánimo en la espalda, y ella luchó contra el inesperado deseo de apoyar la cabeza en su hombro.

—¿Puedo localizaros en casa? —preguntó Cameron.

—Oh..., no... No vivimos juntos, no estamos... —dijo Emma con las mejillas sonrosadas.

—Somos vecinos —explicó Aidan, riéndose del asunto.

—Lo siento, me he equivocado, pensaba que erais pareja. ¿A quién llamo en caso de emergencia?

—Solo a mí, a mi móvil —dijo Emma, sustituyendo su vergüenza por un ligero sentimiento de tristeza. Durante un tiempo, “Solo a mí” le había parecido bien a Emma, pero, ahora que Aidan estaba en su vida, de repente, “Solo a mí” no le bastaba.

CAPÍTULO 13

—Es un gran trabajo —dijo Rhona, pasándose la manga por la frente y dejando una mancha de ceniza.

—Es un trabajo horrible. —Emma barría los restos carbonizados de la esquina del ático que se había llevado la peor parte de los daños del incendio.

—Al menos el olor empieza a desaparecer.

—Eso marca una gran diferencia —dijo Emma, a la que ya no le bombardeaban los recuerdos provocados por el hedor—. Agradezco que no haya llovido. Espero que Aidan pueda empezar las reparaciones más tarde, antes de que cambie el tiempo.

—No puedo creer que se haya ofrecido a hacer el trabajo.

—No hay nada como una buena dosis de culpabilidad para poner a un hombre en acción —dijo Emma sin querer. Agradecía que Aidan se hubiera ofrecido y no tener que llamar a empresas, esperar presupuestos y depositar su confianza en un completo desconocido. Solo esperaba que no fuera incómodo tenerlo en casa.

—Y qué bien que te ayudase con Wilbur ayer también.

—Lo sé, no hubiera habido manera de que lo sacara del coche yo sola.

—Hay que tener mucho cuidado con los perros en la playa. No se sabe lo que pueden recoger.

—Ya, he aprendido la lección. —Emma comprobó con rapidez su teléfono para ver si tenía una llamada perdida con noticias de cómo estaba Wilbur. Había pasado una noche muy agitada, pensando en él y en Aidan.

—Desde luego que sí. —Rhona recogió un montón de ceniza.

—Oye, ¿sabes qué pasa entre Aidan y Phil? —Trató de sonar despreocupada. Se lo había estado preguntando en ocasiones después de que se ignoraran en la playa.

—¿Phil Hughes?

—Sí, el carnicero.

Rhona aspiró aire entre los dientes.

—¿Por dónde empiezo?

—Suenan interesantes. —Emma barrió, distraída, más daños provocados por el fuego.

—Han competido entre ellos desde que eran pequeños. En primaria siempre querían ser el que marcara más goles, en secundaria se trataba de conquistar más chicas y, después del colegio, de ver qué negocio tenía más éxito.

“De pequeños, intercambiaron algún golpe o palabra cruel; de mayores, peleas, y de adultos, si se los puede llamar así, empezaron a hablar mal de los negocios del otro. Como Phil tiene una personalidad más relajada, parece más dulce, pero la verdad es que es tan malo el uno como el otro. Probablemente no ayuda que Aidan tenga un temperamento explosivo.

—Pero ¿por qué dejaron de hablarse? —preguntó Emma, sin sorprenderse de saber que Aidan tenía tendencia a perder los estribos; las discusiones que había oído a través de las paredes eran prueba de ello.

Rhona hizo un nudo en la bolsa de basura y la colocó junto a la trampilla del desván.

—Phil se acostó con la hermana pequeña de Aidan. Aidan se enfureció: pensó que Phil la estaba usando como peón en su juego.

—¿Qué pasó? —preguntó ella, que no sabía que Aidan tuviera una hermana.

—Tuvieron una gran pelea una noche en el puerto. Los dos estaban muy magullados, pero Phil salió peor parado. Después de eso, Aidan dejó la ciudad; nunca han vuelto a hablar.

—¿A dónde fue? —preguntó Emma, esperando que su tono no delatara que sentía un poco de lástima por él.

—Nadie lo sabe.

—Vaya —dijo Emma, pensando que era bastante romántico que Aidan tuviera secretos.

—En fin, volvió cuando murieron sus padres. Ha estado aquí desde entonces.

—¿Su hermana y Phil siguen juntos?

—Solo salieron unos meses. Después ella se marchó a la ciudad. Aidan todavía se vuelve loco de preocupación. Nadie la menciona. Todo el mundo sabe que no debe hacerlo. Es como el tabú del pueblo.

—¿En serio? —Emma pensó que era muy tierno por parte de Aidan ser tan protector con su hermana.

—Así que ahí tienes, la historia de Aidan y Phil. Por un momento había olvidado que no siempre has estado en Lobster, solo me acuerdo cuando preguntas cosas que son de conocimiento común por aquí.

Significaba mucho para Emma que Rhona ya la considerara parte del pueblo. Se recordó a sí misma que hacía apenas cinco semanas no conocía a nadie.

—Aquí tienes. —Rhona le pasó una caja ligeramente dañada, con la tapa un poco suelta.

Cuando Emma la colocó al otro lado del desván, la tapa se deslizó y dejó al descubierto su contenido: parecían viejos archivadores. Emma estaba a punto de volver a poner la tapa cuando se fijó en la esquina de un sobre de aspecto familiar.

Agarró con suavidad la esquina, para no tocar nada de Hilda, y tiró para revelar, poco a poco, la carta que le había escrito a Hilda cuando hizo la oferta por la casa.

—Por favor, que esté dentro... —Emma abrió el sobre: la carta seguía en su sitio.

—¿Qué pasa?

Emma sostuvo la carta contra su pecho.

—Algo, espero, que puede ayudarme a avanzar con Hilda.

El timbre sonó poco después de que encontrara la nota y ella y Rhona bajaron a descansar.

—Jennifer —canturreó Emma, encantada de verla y enamorada de su vestido ocre de cintura baja.

—He encontrado unos planos antiguos de la casa en los archivos. —Jennifer le mostró un sobre de Manila raído—. ¿Es un buen momento para enseñártelos?

—Por supuesto, pasa. —Llamó a Rhona desde la cocina.

—Están un poco desgastados —Jennifer colocó los diseños sobre una de las mesas del comedor—, pero creo que eso les añade encanto.

Emma se inclinó sobre los viejos planos y trazó con el dedo líneas de paredes que ya no existían.

—¿No sería increíble volver a dejarlo como cuando se construyó?

—No estoy segura de que diez huéspedes quieran compartir un cuarto de baño. —Rhona dejó una bandeja de té y galletas, y saludó a su prima con un apretón en el hombro.

—¡Cuatro menos que limpiar! —dijo Emma.

Rhona se rio.

—De eso no me quejaría.

—¿Cómo va la gran limpieza arriba? —preguntó Jennifer.

—Bastante bien —respondió Emma—. No tardaremos mucho en terminar el desván y podremos empezar a trabajar en las dos últimas habitaciones. Después me ocuparé de los pequeños extras que harán que la casa destaque mucho de las otras.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Jennifer.

—Me encantaría recibir a mis huéspedes con un té por la tarde y ofrecerles tratamientos relajantes en la habitación, y, quizá, con el tiempo, ofertar pequeños paquetes de boda. ¿No sería increíble prepararse en uno de los grandes dormitorios, casarse en la playa, fotografiarse en el puerto y luego volver aquí para una tomar una increíble cena con los familiares y amigos más íntimos?

—¿Hablas en serio? —dijo Jennifer—. ¿Todo eso en Lobster Bay?

—Vosotras habéis crecido aquí, así que no apreciáis lo que tenéis, pero, creedme, la gente pagaría un ojo de la cara por celebrar una boda en este entorno.

—Los huéspedes siempre comentan lo afortunados que somos de vivir aquí —dijo Rhona—. Emma tiene razón, lo damos por sentado.

—Pero es mucho trabajo —puntualizó Jennifer.

—Por eso me gustaría contratar a un empleado a jornada completa. —Emma miró a Rhona por el rabillo del ojo para ver cómo reaccionaba, después de haberla elegido para el puesto—. Así podré concentrarme en el desarrollo del negocio mientras otra persona se ocupa del día a día.

—¿Podría hacerlo Rhona? —preguntó Jennifer, que tomó asiento en la mesa.

—¿Estás de broma? —dijo Rhona—. No hay manera de que pueda encargarme de este lugar por mi cuenta.

—En realidad —respondió Emma con lentitud—, te tenía en mente.

Rhona se quedó con la boca abierta.

—Me siento halagada —balbuceó—, pero no podría.

—Eres más que capaz. —Emma cogió una galleta.

Rhona negó con la cabeza.

—Aunque me creyera capaz, seguiría sin serlo, no con cuatro niños.

—Todos están en la escuela ahora —dijo Jennifer—. Y tu madre te ayudaría.

—¿Y qué pasará cuando uno de ellos esté enfermo y mamá tenga que trabajar?

—Yo seguiría aquí —dijo Emma, sin querer ser insistente pero tampoco disuadirla.

—No me sentiría cómoda. —Rhona se unió a ellas para sentarse a la mesa—. Con cuatro hijos siempre surge algo: hasta que no crezcan, no puedo comprometerme a nada a jornada completa.

—Pero Craig tiene su carrera —dijo Jennifer, con una inquina inusual.

Rhona no había nombrado nunca al padre de sus hijos, pero Emma estaba segura de que debía ser Craig.

—Tomó la decisión de irse. Su pérdida es mayor que la mía.

—No me parece justo que tu vida esté en pausa y la suya no —dijo Jennifer.

—Prefiero ser madre y tener un trabajo a tiempo parcial que tener una carrera astronómica y no ver a mis hijos.

—Tienes razón —reconoció Jennifer.

—De todas formas, pasarán unos años antes de que pueda hacerlo realidad —dijo Emma—. Quizá para entonces puedas considerarlo y, quién sabe, ¡quizá Finn le dé un giro a tu vida antes de eso!

—Lo dudo mucho —dijo Rhona.

—Ha hecho una reserva para el mes que viene —canturreó Emma.

—¿El mes que viene? —Rhona se incorporó de golpe como una suricata.

—¿Quién es Finn?

—Un irlandés que se encariñó con Rhona —se burló Emma.

—¡Rhona, sinvergüenza! ¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque no puedo hacer nada al respecto. Por si lo has olvidado, tengo cuatro hijos.

—¿Y?

—Que no puedo abandonarlos mientras voy a darme un revolcón.

—Claro que sí —dijo Jennifer—. ¿Para qué crees que están los primos?

—Acabas de conseguir una niñera —dijo Emma. Sacó el teléfono, que sonaba en su bolsillo. Dejó que Rhona le contara a Jennifer lo de Finn y se dirigió al salón.

—Emma —dijo la voz—. Soy Cameron, el veterinario.

—Hola, Cameron. —Emma se mordisqueó una uña.

—Wilbur está fuera de peligro. Está bien. Puedes venir a recogerlo.

—Gracias, iré a buscarlo enseguida. —Emma se pasó una mano por la cara, sorprendida por el alivio que sentía al saber que Wilbur se recuperaba y contenta de que los progresos que esperaba hacer con Hilda y la nota no se vieran entorpecidos por tener que decirle que su preciado perro había muerto.

—¿Me crees ahora cuando digo que compré la casa para que fuera mi hogar para siempre? —preguntó Emma, aún sin saber cómo había llegado la nota al desván de Hilda.

—¿Cómo sé que no has escrito esto hoy y le has puesto una fecha anterior? —preguntó Hilda, con una manta envolviéndole las piernas, sentada a una mesa en el pequeño jardín de gravilla de la residencia.

—Porque el sobre tiene una marca de franqueo. —Emma le entregó a Hilda la prueba.

La anciana apretó los labios.

—Vaya, qué lista eres —dijo, sin poder ocultar el brillo de sus ojos.

Emma sonrió levemente, satisfecha de haber ganado su pequeña batalla y de que las dos estuvieran ahora más en paz.

—¿De verdad creías que solo estaba aquí para arreglarlo y venderlo?

—Es lo que Sheena me dijo.

—¿Sheena?

—La tía de Rhona. Trabaja en el minimercado.

—Ah, Sheena. —Emma hizo la conexión de cómo había empezado el rumor. Eso explicaba por qué Judy lo sabía y por qué tanto Rhona como Aidan sabían que había venido de Londres—. El día que me mudé le dije que venía de Londres y que tenía experiencia en diseño. Debí sumar dos más dos y sacar cinco.

—También me contó el día en que Wilbur se escapó.

Emma tardó un momento en acordarse de la mujer que estaba en la acera de enfrente con el perrito.

—¿Tiene un perrito?

—Un Pomerania.

Emma asintió y dio un sorbo a su té.

—Bueno, eso es cierto.

—¿Cómo está Wilbur? —Hilda dobló la nota con cuidado y volvió a meterla en su sobre antes de guardársela en el bolsillo de la rebeca.

—Está bien. Comió algo horrible en la playa y ha tenido que ir al veterinario, pero ya está bien.

Hilda partió un trozo de pan por la mitad.

—Siempre ha tenido debilidad por las gaviotas podridas o las focas en descomposición —dijo con un brillo malicioso en los ojos.

Emma se atragantó con su té, asqueada.

—¡Hilda, eso es repugnante!

—Me parece que lo estás cuidando. ¿Quizá tenerlo por allí te gusta más de lo que pensabas?

—Yo no iría tan lejos, pero reconozco que anoche estaba un poco preocupada por él.

—Ojalá pudiera visitarme, pero no se lo permiten —dijo Hilda, con una tristeza que asomaba a sus ojos.

—¿Por qué no?

—Alguna tontería de salud y seguridad. Seguramente les preocupa que tire a otro residente.

—Puede que no se equivoquen demasiado —dijo Emma, que podía imaginarse bien el escenario, pero entonces se le ocurrió una idea—: ¿Y si lo llevo al Festival de Verano? —Pensó que podría proponerse tenerlo bien adiestrado para entonces y llevarlo para que Hilda lo exhibiera.

Los ojos de Hilda se suavizaron.

—Me gustaría.

—¿Qué tal si lo traigo a cambio de que contribuyas al puesto de té? Sabes que Wendy está desesperada por que hornees tus famosas galletas.

—No suelo hacer tratos —dijo Hilda con tantos remilgos que a Emma le recordó a Judy—. Pero, en este caso, de acuerdo, ayudaré.

—Genial. —Emma aplaudió—. Estoy segura de que será divertido y, quién sabe, quizá hagas nuevos amigos por el camino.

El entusiasmo de Emma se desvaneció con un manotazo de Hilda, aunque estaba segura de haberla visto disimular una sonrisa pícara.

—Se rumorea que el incendio comenzó al lado —dijo la anciana, que cambió rápidamente de tema.

—Los rumores son ciertos —dijo Emma, disfrutando del sentimiento de comunidad que suponía estar presente en la rumorología.

—Siempre le dije que su descuido nos traería problemas.

—No seas tan dura con Aidan. —Quería decirle que él se había esforzado mucho, que había

ayudado a Wilbur y que iba a empezar a trabajar en el tejado, pero tuvo la sensación de que la noticia no sería bien recibida, así que decidió no mencionarla.

—¿Por qué no? Durante años no me ha causado más que problemas, siempre ha sido malo. Sus padres se revolverían en sus tumbas si vieran cómo descuida ese lugar.

—¿Sabes lo que les pasó? —preguntó Emma con tacto, ya que no sabía hasta qué punto los había conocido Hilda, pero deseosa de llegar al fondo de lo ocurrido.

Los ojos de la anciana adoptaron una mirada distante.

—Murieron en el mar. Fue una tragedia absoluta, todo el pueblo se quedó afectado. Lo único bueno que hizo su hijo fue volver a casa y mantener el negocio familiar.

Emma le dio a Hilda un segundo o dos antes de preguntar con cautela:

—¿Crees que es posible que Aidan no lo haya superado y quizá por eso la casa está un poco descuidada? Ya sabes cómo es tener una tan grande, requiere mucho mantenimiento. Tal vez no ha sido capaz de manejarlo todo.

—Es joven y fuerte, claro que puede arreglárselas —dijo Hilda con desdén—. Suenas igual que mi hija, que no puede manejar las dificultades. La gente de mi generación sigue adelante con la vida, no nos sentamos a mirarnos el ombligo preguntándonos si todo es demasiado. Si no fuera por mi hija y todas sus preocupaciones sobre la vida, yo seguiría en mi casa.

—¿No crees que es posible que Judy tampoco pudiera arreglárselas, que quizá llevar el negocio y cuidar de ti fuera demasiado?

—Estás diciendo tonterías —dijo Hilda, irritada—. Mi familia es dura, salir adelante es lo que hacemos. El único que no pudo hacerlo fue mi marido...

Se detuvo de pronto y jugueteó con su taza. A Emma le dio la impresión de que Hilda se arrepentía de haber sido tan dura y que pensaba que tal vez la joven tuviera razón después de todo.

—¿Qué le pasó a Alfred? —preguntó con cautela.

Hilda aspiró una bocanada de aire.

—Lo hirieron en las Malvinas. Un artefacto le voló la pierna.

Emma se estremeció.

—Lamento oír eso —susurró, intentando contener la imagen de la pierna de Dawn tendida en medio de la carretera.

—Estuve enfadada durante mucho tiempo, pero Alfred siempre decía que no tenía sentido enfadarse ni darle vueltas al pasado.

—¿Sobrevivió? —Emma pensó que había habido muchas veces en los últimos seis meses, cuando había luchado contra la ira que sentía hacia el terrorista, que podría haberse beneficiado de un consejo así. Odiaba que hubiera alejado a Dawn de sus hijas y dañado la vida de tantas otras personas, y, al mismo tiempo, se preguntaba qué y quién lo había llevado a un acto tan desesperado. Muchas veces había deseado que la bomba se la hubiera llevado a ella y no a Dawn.

—Sobrevivió a la lesión física, pero no a la mental. Un par de años después se suicidó.

—Lo siento muchísimo. —Se quedó estupefacta por la revelación de Hilda. El comentario de Judy de que su padre nunca había dejado atrás el ejército cobró sentido de repente.

—No es culpa tuya. —Hilda sorprendió a Emma al tenderle la mano, su piel fina como el papel—. No es culpa de nadie. Si me hubiera dicho que estaba sufriendo, tal vez habría podido

ayudarlo. Aunque no lo entendiera del todo, habría podido compartir su carga. Pero no lo hizo; se encerró del todo. Todos tenemos demonios a los que enfrentarnos; mejor afrontarlos de frente que obsesionarse con ellos y ocultárselos al mundo.

—Sí —dijo Emma, con la palabra atascada en la garganta mientras pensaba en su madre y en Nochebuena.

“Tal vez es hora de que deje de intentar proteger a mamá y de cargar con todo esto yo sola. Quizá debería contarle lo de Nochebuena. Tal vez, al final, las dos salgamos ganando”.

CAPÍTULO 14

—¿Café después del *check-out*? —Emma asomó la cabeza por la trampilla del desván.

—Siempre —respondió Aidan, que se había acostumbrado a que Emma le llevara un café cada mañana después de que los huéspedes se marcharan. Desde hacía un mes, Aidan trabajaba en el tejado por las mañanas antes de irse a trabajar en los barcos por las tardes y las noches, y Emma había conseguido, al menos en una buena parte, mantener a raya su enamoramiento.

—¿Cómo lo ves?

Aidan pasó la mano por las vigas recién reforzadas, a las que había conseguido librar de las manchas de quemaduras. A Emma le asombraba que hubiera conseguido que un rincón carbonizado y lleno de ceniza de un antiguo desván pareciera construido el día anterior.

—Completamente seco. —Aidan golpeó el contrachapado recién instalado—. En cuanto lleguen las pizarras, estará como nuevo.

—¿Sabes cuánto tardarán? —Emma le tendió el café. Le preocupaba que hasta que no estuvieran puestas las pizarras hubiera riesgo de que entrara agua. Aidan le había hablado del retraso del pedido hacía unas semanas y, hasta que no se solucionara, ninguno de los dos podía hacer nada.

—Por ahora, la membrana la mantiene estanca. —Se puso en cuclillas y Emma pudo ver su entrepierna.

—Genial —dijo sin saber muy bien dónde mirar.

—¿Lo tienes completo esta noche?

—Salen tres habitaciones, y entran tres —dijo ella enseguida, con la virilidad de Aidan todavía en su línea de visión.

—Será mejor que te pongas a trabajar, entonces.

—Mejor sí.

Emma bajó por la escalera, con los ojos aún en blanco, y se dirigió a su salón privado, donde cogió una taza de la mesita, que había comprado a buen precio en la tienda local de segunda mano. Acomodó un par de cojines tapizados en el sofá de lino y ajustó la alfombra de hierba marina antes de recolocar las pesadas cortinas de algodón, que eran del color de las nubes.

—Ya está, todo en orden —dijo, maravillada por la transformación. Hacía solo unas semanas, la habitación olía a humo, y los muebles y la decoración de Hilda absorbían toda la luz. Ahora, con la ayuda de Aidan y Rhona, era un hermoso refugio al que Emma podía retirarse al final de sus largas jornadas. A menudo se sentaba junto a la ventana por la tarde, mirando al mar, con una taza de té de hierbas, y dejaba que el ajetreado día se desvaneciera antes de irse a la cama.

En su dormitorio, también recién decorado, la cama estaba colocada de modo que se despertaba mirando el mar. Recogió su pijama de encima de la colcha de espiga azul pálido, donde lo había tirado, cogió un par de cojines de tejido natural del suelo y los ordenó sobre la cama antes de subir la sencilla persiana blanca hasta arriba para que entrara la luz de media mañana. Se detuvo un momento junto a la ventana, contemplando las nubes y el mar, y pensó, al igual que Hilda, que nunca se cansaría de aquella vista.

Con la ropa sucia para lavar en un pequeño cesto, Emma bajó las escaleras hasta el piso intermedio, donde Rhona se afanaba en arrojar toallas y ropa de cama al rellano.

—Hoy llega Finn —le recordó Emma, aunque no hacía falta.

—No tengo tiempo para un hombre —respondió Rhona, también con voz cantarina, que Emma sabía que era su forma de desviar su nerviosa emoción.

—Apuesto a que está impaciente por verte —contestó Emma.

—Ya veremos. —Rhona desapareció en el baño de la habitación más grande, donde no podía oír a Emma, que recogió la colada y bajó las escaleras, pensando en lo rápido que Rhona y ella se habían acostumbrado a la rutina.

Después del incendio, la casa había permanecido cerrada durante siete días, pero las últimas tres semanas había funcionado a pleno rendimiento, y el tiempo cálido y seco había atraído a visitantes de cerca y de lejos. A pesar del dolor de los madrugones, de intentar preparar seis desayunos a la vez, de la limpieza constante, de la colada, de las compras, de las reuniones y los recibimientos, habían sido unas semanas muy divertidas y, juntas, habían encontrado enseguida un ritmo. Ahora Emma sentía como una segunda naturaleza el dar la bienvenida a los huéspedes, ofrecerles el desayuno y preparar las habitaciones.

—Ni siquiera tú has estorbado mucho, ¿verdad, chico? —dijo entrando en la cocina, donde Wilbur la saludó moviendo alegremente la cola. Le habló como si fuera un niño, igual que la recepcionista del veterinario—. Y has dejado de comer pescado podrido en la playa. ¿Quién podría pedir más?

En el lavadero, puso la primera carga. Había aprendido rápidamente que lavar la ropa era un trabajo que requería atención cada hora y media, hasta seis veces al día. No era la más excitante de las tareas, pero, como todo lo demás en la casa, se había convertido en parte de una rutina que se hacía sola.

—Tenemos todo controlado —le dijo a Wilbur, que la siguió de nuevo a la cocina, donde empezó a vaciar la primera carga de lavavajillas del día.

—Ya me voy. —Aidan entró en la cocina y alteró de inmediato a Wilbur.

—De acuerdo, hasta mañana —respondió Emma, con el corazón un poco encogido. En el último mes, Aidan se había convertido en parte de la casa, un engranaje vital. Cada vez que se marchaba, sentía que la casa estaba incompleta.

—Nos vemos, grandullón —le dijo a Wilbur, del que se despidió con su abrazo diario.

—Adiós, Aidan. —Emma rio para disimular la pequeña envidia que sentía por el afecto que derramaba sobre Wilbur con tanta libertad y deseo en voz baja que algún día también la abrazara para despedirse.

Emma movió los dedos pringosos hacia Wilbur, insegura de cómo contestar al teléfono si los tenía cubiertos de masa de galletas. “*Mamá*” parpadeó en la pantalla mientras el teléfono vibraba sobre la mesa cubierta de harina. Se lamió el dedo índice y pulsó el botón verde.

—¡Espera! —Intentó poner a su madre en el manos libres, y al hacerlo dejó huellas dactilares pegajosas en la pantalla. Wilbur, tendido en el suelo junto a ella, la observaba con ojos de lástima.

—¿Qué haces, cielo?

—Hornear —respondió Emma—. Hilda me aclaró que es más rentable hornear galletas para mis invitados que comprarlas. Incluso me dio su receta secreta y algunos consejos para lograr el horneado perfecto.

—Vaya, alguien se ha ganado su favor —dijo Liz riendo.

—Yo no iría tan lejos —dijo Emma, aunque empezaba a abrirse camino.

—¡Nunca te he visto hornear nada, o no desde la vez que hiciste magdalenas verdes para una merienda de *brownies*!

Emma se rio al recordar cómo nadie había tocado sus luminosas magdalenas.

—Estabas destrozada —dijo Liz.

—Me alejé de la repostería de por vida.

—Hasta ahora.

Liz tenía razón. Si alguien le hubiera dicho a Emma un año antes que iba a regentar una pensión y a hornear galletas escocesas para los huéspedes, lo habría tomado por loco, pero en el último mes había llegado a disfrutar de verdad del ritmo de medir, mezclar y cortar. Y le encantaba la satisfacción de meter las galletas frías en bolsitas individuales de celofán, personalizar las etiquetas y rematarlas con un elegante lazo verde oscuro.

—Es extraño cómo cambian las cosas —dijo Emma.

—A veces, las peores cosas que nos pasan dan paso a las mejores.

Emma no estaba segura de si su madre se refería a la pérdida de su marido o a una corazonada sobre Nochebuena, o a ambas cosas, pero, en cualquier caso, estaba segura de que Liz había dado en el clavo. A pesar del incendio y de los recuerdos que había provocado, cada día que pasaba en Lobster Bay parecía ir a mejor.

—A principios de año no podía imaginarme tener esta casa y nuevos amigos tan estupendos. Rhona y Aidan han hecho que la transición sea mucho más fácil —dijo Emma mientras enrollaba su mezcla de galletas en forma de salchicha.

—¿Cómo le va a Aidan con el tejado?

—Lo tiene impermeabilizado.

—Eso es genial, cariño. No debe ser fácil para él arreglarlo al mismo tiempo que lleva su negocio.

—No lo es. Está siendo increíble.

—Seguro que es agradable tener a alguien por allí.

—La verdad es que lo es.

—¡Y sobre todo a alguien que es tan guapo!

—¡Mamá! —Emma deseó no haberle enviado nunca fotos de Aidan trabajando en el tejado. Lo había hecho para calmar la preocupación de su madre por el estado de la casa y, desde entonces, Liz no había perdido la oportunidad de hacer comentarios sobre su aspecto.

—Bueno, es guapo. No me digas que no te has dado cuenta.

Emma sintió que sus mejillas se sonrojaban y dio gracias a su buena estrella de no estar en una videollamada.

—Mentiría si dijera que no, pero ya está pillado, así que ya está. —Restó así importancia a lo mucho que se había fijado en él. Cada semana que pasaba, encontraba algo nuevo que admirar: la forma en que sus celestiales ojos azules estaban salpicados de oro, cómo sus camisetas se ceñían en los sitios adecuados y lo bien que se podría pellizcar su sólido y musculoso trasero.

—Si tuviera treinta años menos...

—Pues no los tienes, y yo no tengo intención de convertirme en la “otra”.

—Tú misma lo has dicho, siempre están discutiendo.

—Madre, fin de la conversación. —Emma cortó su panecillo en círculos y pensó en lo raro

que resultaba que, en todo el tiempo que habían pasado juntos el último mes, Aidan no hubiera mencionado ni una sola vez a Eve. Le resultaba especialmente extraño, dada la cantidad de discusiones que a menudo, por la noche, se colaban por la ventana abierta de la cocina de Eve y Aidan hasta la de Emma. Le sorprendió que nunca mencionara aquella tensión y se preguntó qué decía eso de su amistad—. Cuéntame qué habéis estado haciendo tú y Gary.

—No mucho. Ahora mismo está en el *pub*.

—¿Está mejor?

—Parece que sí.

—¿Llegaste al fondo de lo que estaba mal?

—No apareció nada en los análisis de sangre que le hizo el médico. Solo un poco de cansancio, tal vez.

—Tal vez. —Emma puso las galletas en la bandeja del horno—. ¿Por qué no aprovechas y vienes de visita? Podría cuidar de ti, para variar, y así descansas como es debido.

—¿Sabes qué, cariño?, creo que lo haré. Sería bueno pasar algo de tiempo a solas contigo.

—De acuerdo —dijo Emma, que, desde su charla con Hilda, había estado deseando encontrar una oportunidad para hablar con su madre sobre Nochebuena; era una conversación que solo podía tener en persona—. ¿Por qué no reservas algo para principios de agosto?

—Echaré un vistazo a los horarios de los trenes esta noche.

El timbre sonó mientras Emma se lavaba las manos.

—Te dejo, mamá, llegan los huéspedes. Hazme saber lo que consigues reservar.

—Lo haré, cariño.

Emma colgó el teléfono y acarició las orejas de Wilbur.

—Buen chico —le dijo, elogiándolo por no ladrar con el timbre; no había nada menos acogedor para Emma que un enorme perro ladrando—. Hola. —Le abrió la puerta a una joven pareja, con los brazos entrelazados—. Debéis ser Tina y Tom.

—¡Claro que sí! —dijo Tina, radiante de alegría cuando los hizo pasar.

Emma había aprendido mucho sobre las parejas en las últimas semanas. La mayor parte de las veces era capaz de deducir, nada más abrir la puerta, qué nivel de ingresos tenían, cuánto tiempo llevaban juntas y qué nivel de exigencia tendrían. Emma lo reconoció inmediatamente: Tina y Tom no tenían mucho dinero, su endeble maletín con ruedas se lo indicaba; no llevaban mucho tiempo juntos, la firmeza de su apretón de manos lo delataba; y su nivel de exigencia iba a ser bastante bajo, los huéspedes más jóvenes rara vez querían algo extra.

—¡Guau! —chilló Tina—. Tu casa es preciosa. Nunca podríamos permitirnos algo así, ¿verdad, cariño?

—No, no —dijo Tom, que levantó las dos bolsas, su cuerpo listo para la playa cubierto de falso bronceado.

—Dejad que os enseñe vuestra habitación. —Emma cogió la llave del aparador y los guio escaleras arriba—. Esta es. —Condujo a Tina y Tom al dormitorio que daba al pueblo; Con una cama de armazón de hierro forjado color crema y su gruesa colcha de retazos, Emma pensaba que era la más acogedora de la casa.

—Es precioso, ¿verdad, cariño?

Tom miró a su alrededor, estupefacto.

—Toda la información que necesitáis está aquí. —Emma señaló el pequeño marco sobre el

tocador—. Si necesitáis algo más, no tenéis más que pedirlo.

Emma se marchó y cerró la puerta tras de sí. Mientras bajaba, estaba segura de haber oído un grito de placer y dos cuerpos que se arrojaban sobre la cama.

—Creo que el colchón pasará una buena prueba esta noche —le dijo a Wilbur, cuya cola barrió el suelo de la cocina con excitación cuando ella regresó. Rhona y Aidan siempre saludaban a Wilbur con una charla y una colleja, y, de un modo u otro, su comportamiento con el perro parecía haber calado en Emma.

“Menuda suerte tienen —dijo como una ocurrencia tardía. Se lavó las manos y se pasó un rodillo para pelusas por los pantalones. Por mucho que se estuviera acostumbrando a Wilbur, seguía sin querer abrir la puerta cubierta de pelos de perro.

Emma intentó recordar la última vez que había intimado con Chris, pero no pudo. Su vida sexual se había reducido a cumpleaños, aniversarios y cuando estaban borrachos, e incluso entonces era aburridamente rutinaria. Dado que había dormido en el sofá de su madre después de dejar a Chris, no había habido nadie desde entonces, ni estaba segura de que lo hubiera pronto. Habría mentido si dijera que no se había imaginado con Aidan, los dos tirando con urgencia de la ropa del otro, impulsivos y crudos, de una forma en que Chris y ella nunca lo habían sido. “*Pero Aidan está ocupado*”, se recordó a sí misma, y no había nadie más en Lobster que le llamara la atención, así que las posibilidades de que algo ocurriera pronto eran escasas.

El timbre volvió a sonar justo cuando Emma se disponía a descargar el lavavajillas, y se apresuró a pasar al vestíbulo para ver quién era.

—¡Finn! —dijo alegremente, y le dio la bienvenida con un beso en la mejilla—. Me encanta tenerte de vuelta.

—Me alegro de estar aquí otra vez —dijo con una sonrisa maliciosa en los labios.

—Deja que te acompañe arriba. —Cogió su llave y subió las escaleras, preguntándole por su viaje y cómo le había ido—. Bueno, voy a dejar que te instales. —Le entregó la llave—. Imagino que tienes ganas de refrescarte.

De vuelta en la cocina, Emma sonrió mientras secaba los cubiertos, contenta por Rhona de que Finn hubiera vuelto. Mientras los ordenaba, por la ventana entraban los sonidos de Eve y Aidan discutiendo en la puerta de al lado. Las cocinas estaban lo bastante separadas como para que oyera exactamente lo que se decían, pero de vez en cuando le llegaban algunas palabras.

—¡Vete a la mierda! —oyó gritar a Eve, y luego los murmullos bajos e inteligibles de la respuesta de Aidan.

Emma le hizo una mueca a Wilbur.

—Mierda, suena a una bronca de las gordas. —Wilbur se pasó una pata por el hocico, haciendo reír a Emma—. Ya, bueno, no es asunto mío. —Pasó al comedor con los cubiertos limpios.

Al poner las mesas, oyó y sintió el estremecimiento de la puerta de Aidan al cerrarse de golpe. Se asomó a la ventana y vio que Eve salía con una pequeña maleta en la mano y subía a su coche. Segundos después, Aidan apareció en su jardín delantero y levantó los brazos, frustrado, al ver que Eve se alejaba a toda velocidad por la carretera.

Antes de que pudiera apartar la mirada, Aidan la vio en la ventana, salió de su jardín y entró en el de Emma.

—¿Estás bien? —le preguntó ella, abriéndole la puerta principal antes de que tocara el timbre.

—Supongo que ya lo has visto —dijo Aidan, con aire amedrentado.

—¿Te apetece una cerveza? —Lo que realmente quería era preguntarle si necesitaba un abrazo, pero, a pesar de su creciente amistad, no se sentía muy cómoda haciéndolo.

Aidan no tardó en aceptar la oferta. Cogieron bebidas de la nevera y se dirigieron al jardín, donde encontraron un rincón todavía bañado por el cálido sol del atardecer.

—Ojalá viviera contigo, viejo amigo, y no con Eve —dijo Aidan, que dejó que Wilbur apoyara la cabeza en su muslo, con sus grandes ojos marrones mirándolo tiernamente—. La vida sería mucho más sencilla.

—Pero, recuerda, Eve no babea en los muebles, no deja bolas de pelo en el suelo ni hace caca en el jardín.

—No, eso es más típico de mí. —Se echaron a reír, haciendo que la tensión de los hombros de Aidan se disipara y se relajara en su silla.

—Un perro y una cerveza: eres sencillo —dijo Emma.

—¡Díselo a Eve!

—Ya lo arreglaréis —dijo, avergonzándose un poco de que una parte de ella deseara que no fuera así.

Aidan dio un largo trago a su cerveza.

—Ya veremos.

—¿De verdad has vivido en la misma casa toda tu vida? —preguntó Emma, con la esperanza de desviar la atención de Eve.

—Nací en el baño.

—¡No! —Emma lo miró a los ojos para ver si estaba bromeando.

—Ya lo creo. Mi padre estaba en el mar, mamá no podía conducir y la ambulancia no llegó a tiempo.

—Es increíble, vives en el mismo lugar donde naciste.

—Ese destartado lugar significa mucho para mí —dijo, y Emma se dio cuenta de que hablaba de algo más que de su nacimiento.

—Debe haber sido divertido crecer en una casa tan grande.

—El escondite duraba días.

—Me lo imagino.

—Me pasaba horas deslizándome por las escaleras sobre bandejas y disparando a los soldados desde la barandilla.

—Y a un paso de la playa —dijo Emma, que deseó que su infancia hubiera sido tan idílica. Para llegar a una playa desde Northampton había que hacer un viaje de ida y vuelta de seis horas.

—La playa cobró sentido cuando yo era adolescente.

—Déjame adivinar: cigarrillos, alcohol y chicas.

—No puedo decir que hubiera muchas chicas, pero tabaco y alcohol tal vez...

—Qué bien —bromeó Emma, un poco envidiosa, incapaz de creerse que las chicas no se hubieran arremolinado en torno a él, sobre todo después de lo que Rhona había dicho de que Phil y él eran competitivos con las mujeres. Emma había pasado la adolescencia en su habitación, escuchando a Elbow, Keane y Coldplay—. ¿Y nunca te mudaste? —Sabía de sobra que lo había hecho, pero quería saber más.

—Lo hice en un momento dado; no es que realmente quisiera, pero, ya sabes, era joven...

Cometí errores.

—¿Dónde fuiste?

—Me dirigí al norte, donde hay más pesca y barcos que reparar, pero volví cuando...

Emma sabía cómo acababa la historia, pero, al intuir que Aidan no estaba dispuesto a hablar del tema, redirigió la conversación y charlaron ociosamente hasta que hubo seis latas vacías en la mesa del jardín y Aidan se había olvidado por completo de su discusión con Eve.

—¿Cómo es que no tienes novio? —preguntó él, que había bebido suficiente cerveza como para perder la inhibición.

—Lo tenía —dijo Emma, pensando en Chris.

—¿Qué pasó?

Emma arrugó la nariz, no había bebido lo suficiente como para hablar de los sucesos de Nochebuena.

—Simplemente no era el adecuado. —Se quedó pensativa un momento—. Imagino que, si mi padre hubiera estado vivo, no lo habría considerado lo bastante bueno.

—¿Qué le pasó a tu padre?

—Un ataque al corazón —dijo Emma, con las palabras atascadas en la garganta.

Aidan extendió la mano y la colocó sobre la suya. Fue la única vez, aparte de cuando le había frotado la espalda en el veterinario, que la había tocado a propósito, y el acto hizo que todo su cuerpo se estremeciera.

—Suenas duro.

—Lo fue.

Una imagen de su padre en la cama del hospital, gris y sin vida incluso antes de morir, llenó su mente. Recordó las manchas de pintura blanca que le habían salpicado el pelo oscuro, la cara y las manos, y supo entonces que debía estar pintando el techo cuando ocurrió. Se había caído de la escalera y lo había encontrado un cliente, que había llamado a la ambulancia. Cuando Liz llegó al hospital y llamó a la escuela de Emma, él ya casi había muerto. Esa mañana se había ido a trabajar sintiéndose bien. A Emma aún le costaba entenderlo.

—Perdí a mis padres hace unos años —dijo él en voz baja, de un modo que sugería que quizá no lo hubiera verbalizado antes.

Emma no dijo nada, no quería decir lo que ya había oído, y en su lugar guardó un silencio que le permitiera hablar. Giró la mano para coger la de él y ambos se miraron los dedos entrelazados.

—Lo peor de todo es que nadie sabe lo que pasó. Solo que encontraron su barco volcado y sus cuerpos arrastrados por la corriente.

Emma inhaló bruscamente, abrumada por lo espantoso de lo que Aidan debía haber pasado.

—No puedo imaginarlo. —Le apretó la mano con fuerza.

—Fue una mierda durante mucho tiempo. Pero se hace más fácil.

—Sí —dijo Emma, que comprendía que la pena se hacía menos pesada con el tiempo.

Los dos estaban sentados, cogidos de la mano, observando el vuelo de las gaviotas y disfrutando de los suaves sonidos del verano —palomas arrullando en el alto sicomoro, un cortacésped, unos jardines más abajo, y el suave oleaje del mar— cuando un sonido procedente de la casa los hizo mirarse.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Emma.

Escucharon para ver si podían oírlo de nuevo.

Un grito salió del interior. Estaba claro que no era de dolor, sino de pasión.

Emma y Aidan se miraron con ojos grandes y brillantes.

—¡Parece que Tina y Tom se están divirtiendo! —dijo Emma.

Aidan frotó con suavidad su pulgar sobre el de ella y la observó con una mirada que era a la vez anhelante y traviesa.

—Supongo que no te apetece que nos divirtamos un poco, ¿verdad?

Emma escrutó sus ojos, tratando de averiguar si hablaba en serio o no.

—¿Y tu novia? —susurró ella, atraída por su mirada.

—No tengo. —Se inclinó y la besó de un modo que sugería que Eve era cosa del pasado.

CAPÍTULO 15

Aidan cogió a Emma de la mano, salieron corriendo del jardín y subieron los dos tramos de escaleras, guardando silencio como dos niños escondiéndose, para no molestar a los huéspedes. Cerraron la puerta del dormitorio y se desplomaron sobre la cama, jadeantes por el esfuerzo, y estallaron en carcajadas.

—¿Soy yo o esto me parece absurdamente travieso? —preguntó Emma, con los latidos de su corazón acelerados.

Aidan se puso de lado para mirarla y le puso la mano en la cintura. Sus dedos eran como seda sobre la piel de gallina de Emma.

—Es como volver a ser adolescente y hacerlo con tus padres en la habitación de al lado —susurró. Emma se rio, sin conocer del todo esa sensación: se había ido de casa antes de perder la virginidad—. La diferencia es que ahora sabemos lo que hacemos y exactamente lo que nos gusta —dijo Aidan, que desabrochó los vaqueros de Emma y se sentó a horcajadas sobre ella, con su peso inmovilizándola contra la cama.

Ella se deleitó en que su confianza no se detuviera en absoluto en la puerta del dormitorio.

Cuando Aidan se quitó la camiseta, aspiró su aroma natural tras un duro día de trabajo, y su lujuria aumentó. Recorrió con los dedos su poderoso pecho y su vientre, sintiendo los músculos que había debajo y la ligera capa de vello.

—¿Estás completamente seguro de que estás soltero? —A pesar de su excitación, no podía dejar de pensar en Eve.

—Por supuesto —dijo él, inclinándose para besarle el ombligo.

Emma se hinchó de placer y todos sus pensamientos se evaporaron.

Varias horas después, tras haber explorado cada centímetro del cuerpo del otro y haberse agotado físicamente, Emma yacía en brazos de Aidan, con los labios en una amplia y perezosa sonrisa.

—¿Por qué sonríes? —preguntó él.

—Por lo imprevisible de esto —dijo ella mientras dibujaba círculos en el vello de su pecho con el dedo.

—¿Crees que era imprevisible?

Emma levantó la vista.

—¿No?

Tras darle un tierno beso en la frente, le dijo:

—Esto me ronda por la cabeza desde que se te escapó Wilbur.

Emma se quedó pensativa un momento.

—¿Te refieres al día en que me dijiste que no esperarías que una chica de ciudad supiera manejar a un perro como Wilbur?

Aidan soltó una risa traviesa.

—Exacto. ¿No sentías lo mismo por mí?

Juguetona, Emma le dio una palmada en el estómago a Aidan.

—¿Me tomas el pelo? Creí que eras un tonto del culo de primera.

—¡No lo hiciste!

—¡Lo hice!

—Supongo que puedo ser un poco distante.

—¿Un poco?!

—Pido disculpas.

—Estás perdonado. Ahora creo que tienes un culo de primera —dijo, metiendo la mano bajo las sábanas para tocarlo.

—No tan bueno como el tuyo. —Se estiró detrás de ella para darle un apretón en el trasero, y los dos empezaron a besarse de nuevo, con los labios salados por el esfuerzo, y se acariciaron una vez más.

Aidan hizo rodar a Emma sobre él y, justo en ese momento, un coche petardeó, lo que la hizo girarse en la dirección del ruido. De inmediato le sobrevino un vívido recuerdo de la luz blanca de la explosión y la sacudida de verse obligada a levantarse.

—¿Estás bien? —le preguntó cuando ella se quedó congelada encima de él.

Emma se revolvió el pelo con las manos, intentando librarse de la sensación de polvo que parecía aferrarse a cada mechón.

—¿Emma?

Se concentró en su respiración, tratando de controlar el mareo y la aceleración de su corazón; poco a poco, las sensaciones disminuyeron y la voz de Aidan se hizo más nítida.

—¿Qué pasa? —le preguntó él con la mano en el brazo.

Emma, que seguía mirando por la ventana, trató de sacudirse el momento.

—Lo siento. —Trató de reírse de ello—. Debo estar volviéndome loca.

Aidan frunció el ceño.

—Me lo dirías si algo fuera mal, ¿verdad?

—Por supuesto —mintió, centrada de nuevo en Aidan, sin querer que su pasado estropeará el presente.

—Tenías el mismo aspecto que en el desván después del incendio.

Ella se agachó y le dio unos besitos en las clavículas.

—Aidan, te lo prometo, no hay nada de qué preocuparse —le dijo, aunque en el fondo sabía que cargar con eso sola ya no era un buen plan.

Aidan se inclinó para plantarle delicados besos entre los pechos.

—Si tú lo dices...

—Ya lo creo —dijo Emma, volviendo a lo que había empezado.

—Tina y Tom quieren huevos con *bacon* —dijo Aidan a la mañana siguiente, rodeando a Emma con los brazos en la cocina, después de haber tomado el pedido de la pareja en el comedor.

—¿Parecen especialmente agotados?

—Por su aspecto, creo que también han fornicado hasta perder el sentido.

—¡Eh! —Emma lo azotó con un paño de cocina—. Baja la voz.

—Lo siento, señorita. —Le robó juguetonamente el paño y le dio con él un suave latigazo en el trasero.

—Haz algo útil y pásame unos huevos.

Aidan le dio a Emma unos huevos, que ella batió mientras él cortaba tocino.

—Será mejor que pongas las tostadas. —Aidan le dio un pequeño apretón en la cintura mientras iba a por el pan.

—Gracias. —Emma no podía creer que en el espacio de doce horas hubieran pasado de ser amigos a amantes. Se sintió excitada y con náuseas a la vez.

—Buenos días. —Rhona se unió a ellos en la cocina. Pilló a Aidan mordisqueando el cuello de Emma mientras freía el *bacon*.

—Buenos días, Rhona —dijo Emma, que apartó a Aidan con una espátula ranurada—. Había olvidado que tenías llave.

—Eso parece —bromeó, con los ojos brillantes de complicidad.

—Anoche llegó Finn —dijo Emma después de que Aidan se hiciera el tonto llevando el desayuno de Tina y Tom al comedor.

—¿Ya ha bajado a desayunar? —preguntó Rhona, que se arregló frenéticamente el pelo y se metió la blusa por dentro.

—Todavía no. —Emma enjuagó la sartén del tocino—. Pero asegúrate de tomarle nota.

—Lo haré. —Rhona fue a la lavandería, donde empezó a alisar y doblar toallas a un ritmo que era rápido incluso para sus estándares.

—A Tina y a Tom se les ha abierto el apetito —dijo Aidan, que volvió a la cocina con una bandeja llena de cuencos de cereales vacíos, cáscaras de fruta y envases de yogur—. Y el tipo irlandés acaba de bajar; le he dicho que volvería enseguida para tomarle nota.

—No hace falta. —Emma indicó con los ojos a Rhona que pasara al comedor—. Rhona y yo podemos terminar el desayuno. ¿Por qué no sales y empiezas a limpiar el cobertizo? Me reuniré contigo después de la salida.

—Como quieras. —Vio a Rhona correr por delante antes de rodear a Emma con sus brazos y besarla con fuerza.

—¡Vete! —le dijo ella, apresurándolo y echándolo cuando oyó que Rhona volvía.

Rhona se apoyó de nuevo contra el mostrador y colocó la libreta de pedidos encima.

—Dios, ese tío es guapísimo. Y su voz...

—Es bastante especial —respondió Emma, que trató de leer el garabato de Rhona—. ¿Qué ha pedido?

—Lo siento. Estaba temblando. Escocés completo con huevos fritos.

—Cuando le pases el pedido, averigua qué planes tiene para hoy. —Emma puso una rodaja de morcilla en la plancha y añadió mantequilla a la sartén.

—¿Por qué?

—Porque así, cuando vayas a comprobar que todo va bien o a recoger su plato, podrás invitarlo a salir.

—¡No se lo voy a pedir!

—¿Por qué no?

—¿Sabes cuándo fue la última vez que invité a salir a alguien?

Emma la miró sin comprenderlo.

—¡Tercer año de instituto! Eso es. Hace más de quince años. Y, si no recuerdo mal aquello, no fue demasiado bien; así que no, no le voy a pedir salir.

—Como quieras. —Emma dio la vuelta a las setas de la sartén—. Pero dime una cosa: si dijera

que no, ¿qué perderías? ¿Treinta segundos de orgullo? Si dijera que sí, ¿qué ganarías? Posiblemente —dijo Emma, agitando la espátula del tocino hacia Rhona—, toda una vida de felicidad. —Rhona soltó un bufido despectivo—. Solo aviso —dijo Emma—. No parece que puedas perder mucho.

—Bueno, tal vez no —dijo Rhona, después de pensarlo un poco—, pero no pienso hacerlo.

Emma empezó a emplatar el desayuno de Finn.

—No hay narices.

—No tengo doce años, Emma.

—No, no los tienes. Tienes treinta y un años y estás en la flor de la vida. Finn tendría suerte de que alguien como tú le pidiera salir. Así que pasa por ahí y hazlo, o lo haré yo por ti.

—Dame su desayuno —dijo, sacudiendo la cabeza.

Con Rhona en el comedor, Emma se puso a limpiar la cocina y a cargar el lavavajillas. Rhona regresó después de un par de minutos

—¿Le has preguntado?

—Le he preguntado qué tipo de salsa le gustaría —respondió secamente.

—No servimos el tipo de *salsa* que le interesa en el desayuno —contestó con una sonrisa burlona.

—No puedo invitarlo a salir antes de que desayune.

—Entonces, asegúrate de hacerlo después.

—¡Vale! —Rhona se dio por vencida—. Pero dale cinco minutos al pobre hombre para comer.

A Emma le pareció que el segundero había tardado cien años en dar cinco vueltas al reloj.

—Vamos, vamos, vamos —dijo cuando el tiempo pasó—. Y recuerda: eres una chica joven y sexi.

—Con cuatro hijos.

—Sí, sí —dijo Emma, que miró cómo se marchaba Rhona.

Si cinco minutos le habían parecido cien, los ocho minutos que tardó Rhona en volver con el plato de desayuno de Finn le parecieron una eternidad.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Emma, rebotando de emoción.

Los ojos de Rhona estaban llenos de decepción, y de repente Emma se arrepintió de su impaciencia: había empujado a su amiga a una situación incómoda, había leído mal las señales... Hasta que Rhona se quebró y su rostro estalló en la sonrisa más enorme.

—¡Ha dicho que sí! —Mantuvo la voz baja mientras daba palmaditas rápidas con las manos.

—Oh, Dios mío —chilló Emma, tratando de bajar la voz. Agarró las manos de Rhona y saltó de alegría—. ¿Cuándo?

—Esta noche, así que te toca cuidar a los niños si no encuentro niñera.

—Trato hecho —dijo Emma, que habría ido y vuelto corriendo desnuda a Tombuctú si eso significaba que Rhona podría pasar una noche agradable con Finn.

Después de tomar una taza de té y cotillear sobre la noche anterior, Rhona subió las escaleras y Emma, con una sonrisa de felicidad, cargó de nuevo el lavavajillas. Solo salió de su ensueño cuando Aidan volvió a entrar.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella al ver su expresión apesadumbrada.

—Acabo de hablar con un antiguo cliente mío.

—¿Alguien para quien construiste un barco?

—Un yate, para ser precisos.

—¡Qué sofisticado! —dijo Emma, sin comprender por qué le preocupaba tanto.

Aidan rodeó a Emma con un brazo.

—Han golpeado el yate y el casco está destrozado. Necesita que vaya a la costa sur a repararlo.

—¿Cuánto tardarás?

—Es difícil decirlo, pero, por las fotos, imagino que serán unas seis semanas.

—Y necesitas el dinero, ¿verdad? —dijo ella mirándolo, abatida por que fuera a tener que marcharse.

—Es más de lo que puedo ganar en todo un verano por mi cuenta.

—Entonces, tienes que aceptarlo. —Emma habría deseado que no fuera así, pero sabía que no tenía elección.

Él la besó con suavidad en los labios y luego aspiró el aroma de su frente.

—Te prometo que, cuando vuelva, empezaremos exactamente donde lo dejamos.

—Te tomo la palabra. —Emma apoyó la cabeza en su pecho, esperando que la relación no hubiera terminado antes de empezar.

CAPÍTULO 16

Emma estaba de pie junto a los fogones, batiendo huevos, deseando que Aidan estuviera con ella. Hacía casi quince días que se había marchado a la costa sur, y ahora tenía la sensación de que todo había sido un sueño muy vívido. De un modo u otro, los madrugones, la cocina y la limpieza resultaban menos agradables sin él en casa.

—Quizá hoy consiga enviarme un mensaje —le dijo a Wilbur, que estaba tumbado a su lado, esperanzado por que le cayera un trozo de salchicha. Emma se había vuelto mucho más generosa con sus bocados y Wilbur iba a buscarlos, lo que no hacía cuando ella se mudó—. O quizá no.

Se preguntó, por enésima vez, por qué Aidan no había enviado ningún mensaje en los últimos días. Lo máximo que podía deducir de la situación era que sabía que estaba encerrado en un astillero la mayor parte del día con un grupo de tipos fornidos y sin una mujer a la vista.

—Al menos, no tengo competencia. —Sirvió los huevos y los llevó al comedor, donde esperaba una de sus huéspedes.

—Tiene una pinta estupenda, gracias, Emma —dijo Joan, admirando su completo desayuno escocés. De unos sesenta años y de talla grande, llevaba casi una semana alojada en casa de Emma; todos los días pedía lo mismo.

—De nada —dijo Emma, que le llevó el ketchup de la cómoda, ya que sabía que a Joan le gustaba—. ¿Quieres que arreglemos tu habitación hoy?

—Sí, por favor, querida; si no es mucha molestia.

—No lo es. —Emma anotó en la libretita que guardaba en el bolsillo del delantal que debía pedirle a Rhona que limpiara la habitación.

Mientras volvía a la cocina, otros dos huéspedes bajaron a desayunar.

—¿Puedo tomarles nota ya o prefieren esperar un poco? —preguntó Emma, que tenía la esperanza de que le pidieran echar un vistazo al menú para volver a la cocina a freír algunas sartenes.

—Me quedo con el escocés completo con huevos escalfados —dijo Mark, que se alojaba solo una noche con su amigo, Andrew. Habían llegado la tarde anterior en pantalón corto y botas de montaña, deseosos de contarle a Emma su caminata por los doscientos kilómetros del sendero costero del condado, que intentaban recorrer en tan solo cinco días.

—Y yo tomaré lo mismo, pero con huevos revueltos. —Andrew se sirvió un gran tazón de muesli de la cómoda.

—Tardaré unos quince minutos —dijo Emma, intentando no mostrar lo mucho que le aterrorizaban los huevos escalfados.

Un par de semanas después de abrir por primera vez había pasado una tarde intentando, con poco éxito, perfeccionarlos. O le salían feos y deformes, o con una forma razonable pero duros como una piedra. Wilbur se había comido más de lo que le correspondía esa noche, y Emma había sufrido las consecuencias, teniendo que abrir las ventanas y las puertas de la cocina para librarse de sus ventosidades. Todos los consejos del mundo —vinagre, microondas, film transparente— no la ayudaron, y los huéspedes siempre tenían algún truco. Los interminables comentarios sobre la mejor manera de escalfar un huevo la sacaban de quicio.

—Bien, huevos escalfados —dijo en la cocina, tras cocinar los otros seis ingredientes—. Tres

minutos y medio, y luego hacer el revuelto.

Emma echó dos huevos en el agua hirviendo y, justo en ese momento, sonó el timbre de la salida.

—Maldita sea. —Puso el temporizador de inmediato y salió a toda prisa al pasillo.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó Leah, una joven sueca que había ido de visita con su marido para asistir a la boda de un amigo.

—Por supuesto —dijo Emma, cogiendo el TPV de su soporte—. ¿Cómo fue la boda?

Emma se arrepintió inmediatamente de haber hecho la pregunta. La hora de salida era siempre el momento en que sus huéspedes querían charlar y no solía haber problema, pues el desayuno había terminado y la cocina y el comedor estaban vacíos. Emma estaba encantada de charlar durante unos minutos sobre su estancia o sobre el próximo destino, pero cuando preguntaba por una boda podía estar de pie durante unos veinte minutos, y esta mañana Emma no tenía tres de sobra, y mucho menos veinte.

—Fue perfecta, ¿verdad, Lars? —Él asintió, obediente, con los ojos llenos de cansancio de la noche anterior—. La novia estaba increíble, y deberías haber visto a los pajes: ¡llevaban *kilts* diminutos!

—Qué bonito —dijo Emma, introduciendo la cantidad adeudada en la máquina.

—Y el lugar es para morir, ¡las vistas! Estoy deseando ver las fotos.

—Desde luego, aquello es precioso —dijo Emma, que conocía la vieja casa donde se había celebrado la boda.

—Nunca lo olvidaremos, ¿verdad, Lars?

Lars movió la cabeza en señal de conformidad, pero, por el estado de su piel pálida y sus ojos inyectados en sangre, supuso que probablemente ya había olvidado gran parte.

—Deberías haber visto la comida...

Emma le ofreció a Leah el dispositivo de pago, que ella cogió, pero no hizo nada con él. En su lugar, empezó a enumerar todo lo que habían comido el día anterior.

—Qué rico —dijo Emma cuando Leah dejó de hablar del menú. Oyó sonar el temporizador en la cocina y empezó a oler el tocino demasiado quemado en el horno. Empujó con disimulo la máquina de tarjetas que Leah tenía en la mano.

—El discurso del padrino fue muy divertido, el novio hizo llorar a todo el mundo. Ah, y luego el baile.

Mientras Leah se lanzaba a relatar detalladamente el *ceilidh*, Emma oyó sonar el teléfono. En aquel momento, con el desayuno echándose a perder, el teléfono sin contestar, los huéspedes esperando y Leah parloteando, Emma pensó que le iba a estallar la cabeza.

—¿Puedo pedirte que introduzcas tu código de cuatro dígitos? —dijo, y Leah por fin lo hizo y le devolvió la máquina a Emma—. Gracias. —Esperó a que se conectara el aparato, que siempre tardaba mucho más cuando había que atender a otra cosa—. Ya está. —Arrancó el recibo y se lo entregó a Leah junto con su tarjeta—. ¿Vais directos al aeropuerto?

—Así es —dijo Leah, recogiendo su maletín.

—Oh, bueno, todos tenemos que volver a la rutina diaria en algún momento —dijo Emma, que los acompañó a la puerta—. Ha sido un placer tenerlos aquí.

—Volveremos —dijo Leah, mientras Emma la rodeaba para abrir la puerta.

—Os esperaré con impaciencia —dijo, casi echándolos—. ¡Adiós!

Leah y Lars apenas tuvieron tiempo de despedirse antes de que Emma cerrara la puerta y se dirigiera a la cocina. Se encontró con una sartén hirviendo, trozos de huevo escalfado sobre los fogones y el olor a carne chamuscada que salía del horno.

Al abrir este, vio el resto del desayuno, que había estado perfectamente cocinado antes de la perorata de Leah sobre la boda, no carbonizado exactamente, sino a punto de quemarse.

—Maldita sea. —Puso a hervir la tetera con rapidez, vació la olla y volvió a llenarla antes de cascar dos huevos nuevos.

Pasó los dos minutos siguientes raspando la morcilla y hurgando entre las salchichas chamuscadas antes de intentar colocarlas en platos calientes, de forma que se vieran lo mejor posible y se ocultaran la mayoría de los trozos incinerados. Después de batir con premura unos huevos revueltos, los echó en los platos y los llevó al comedor, donde esperaba que Andrew y Mark no notaran los rebordes quemados.

—Huevos escalfados casi perfectos —dijo Andrew, que examinó el huevo con un cuchillo como si fuera un juez de Masterchef—. Me parece que sí...

—Lo siento, suena el teléfono —dijo Emma, que estaba segura de que, si tenía que escuchar a Andrew parlotear sobre cómo escalfar el huevo perfecto, le cogería el plato y le daría con él en la cabeza.

—Siento mucho haberte decepcionado, Emma —dijo Rhona, al otro lado del teléfono.

—No es culpa tuya que la pequeña Ella esté enferma. —Emma intentó averiguar cómo iba a reprogramar un día ya de por sí ajetreado para incluir la limpieza y el orden de tres dormitorios ella sola.

—Lo sé, pero me siento mal por meterte en esto; espero que mejore en unos días.

—En serio, no hay problema —mintió; Rhona había hecho tanto trabajo extra para Emma desde que Aidan se había ido que no había forma de que pudiera refunfuñar—. ¿Alguna noticia de Finn?

—Está ocupado trabajando en diseños. Creo que espera volver dentro de un mes o así.

—Es fantástico. —Emma sentía una punzada de placer cada vez que pensaba en Rhona y Finn.

Había estado sentada junto a la ventana del comedor la noche de su primera cita y los había visto salir a trompicones del pequeño restaurante italiano de enfrente, con sus risas flotando en la noche tranquila y silenciosa, y había visto cómo Finn ponía la mano en la espalda de Rhona mientras cruzaban la calle. Acordaron verse dos veces más antes de que él regresara a Irlanda; Rhona había estado flotando en el aire desde entonces. Hablaba con él casi todos los días y deseaba que llegara el momento de volver a verse—. Avísame de cómo evoluciona Ella, ¿vale?

Tras colgar, fue directamente a la panera, sacó unos gofres y los tostó antes de untarlos en mantequilla.

—Los carbohidratos deberían servir —le dijo a Wilbur mientras reorganizaba mentalmente sus próximos días. Se preguntó si su madre podría echarle una mano cuando llegara al día siguiente—. Lo primero, despejar el comedor.

Emma se sintió aliviada al ver que todos los invitados se habían marchado, lo que le permitió deshacerse tranquilamente de los platos sucios de las mesas en lugar de tener que entablar

conversaciones triviales o enredarse en pedir taxis o dar indicaciones para llegar a los lugares de interés de la zona. Mientras recorría las mesas, se dio cuenta de que Andrew y Mark se habían dejado casi la mitad del desayuno, algo que rara vez ocurría, pero que no le sorprendió demasiado en esa ocasión.

—Hoy hay muchas sobras para ti —le dijo a Wilbur en la cocina. Echó los restos en un recipiente especial que había reservado para las golosinas del perro.

Una vez puesto el lavavajillas y cargados los manteles en la lavadora, se dirigió al piso de arriba para empezar a recoger las habitaciones. Mientras deshacía la cama de la habitación de atrás, la más pequeña, preguntándose qué hacía la gente para enredar tanto las sábanas, sonó su teléfono. La foto de su madre, en la que aparecían ella y Gary abrazados en el sofá, apareció ante ella.

—Hola, mamá —dijo a través del manos libres.

—Hola, cariño. ¿Qué haces?

—Limpieza de habitaciones. —Cogió las toallas mojadas del baño y las tiró al rellano.

—¿Dónde está Rhona?

—Estará fuera un par de días; su hija pequeña no está bien.

—Siento oír eso, cariño. ¿Puedes arreglártelas sola?

—Puede que tengas que echarme un cable los próximos días —dijo Emma, que aún no estaba del todo segura de cómo terminaría de arreglar todas las habitaciones, la colada y la plancha, las compras y la administración de las reservas antes de que llegara su siguiente tanda de huéspedes, sobre las cuatro de la tarde—. ¿Has hecho ya las maletas?

—Lo siento mucho, cariño, por eso te llamo: tengo que cancelarlo. —A Emma se le encogió el corazón. A pesar de que siempre había gente en la casa, era raro que tuviera la oportunidad de mantener alguna conversación importante. Hasta que había empezado a regentar la pensión, no se había dado cuenta de que era posible estar rodeada de gente y sentirse sola al mismo tiempo —. La salud de Gary ha vuelto a empeorar, de verdad que necesita que me quede aquí.

—Bien. —Emma vació la papelería junto al retrete.

—Pareces disgustada.

—¿Yo? No. Estoy acostumbrada a que Gary se salga con la suya —dijo ella, fregando energicamente el retrete con un cepillo y tratando de deshacerse de un obstinado trozo de caca.

—Eso no es justo, cariño.

—¿Y tú, mamá? Necesitas un descanso.

—Estoy bien. Disfruto cuidando de él.

Cuando terminó de limpiar el retrete, Emma devolvió el cepillo a su soporte, se quitó los guantes de goma y se secó la frente.

—Supongo que sí —dijo.

Se hizo un silencio atípico entre ellas mientras Emma rebuscaba en el armario de la limpieza el spray de la ducha.

—¿Sabes algo de Chris? —preguntó Liz, mientras ella apretaba rápidamente el gatillo de la botella en la ducha.

—Mamá, ¿por qué tendría que saber nada? —preguntó, irritada por la pregunta.

—Está bien, cielo, no hace falta que te pongas así. La verdad, algunos días me pregunto de dónde has sacado tu habilidad para enclaustrarte.

—Ahora no tengo tiempo para esto. Te llamaré más tarde —dijo Emma, que restregaba la

puerta de la ducha con furia y luchaba contra las lágrimas. Odiaba que su madre le hubiera tocado la fibra sensible con lo de guardárselo todo. Y odiaba aún más que la pinchara, cuando lo que de verdad quería era transmitirle decepción y hablar de las cosas.

Emma tardó más de dos horas en despejar, limpiar y arreglar las habitaciones. Para cuando terminó, le dolían los músculos y la cabeza.

—¿Cómo puede Rhona hacer esto todos los días? —se preguntó, cargada con un cubo de basura, una enorme pila de toallas y una gran bolsa llena de ropa de cama. Lo único que le apetecía era sentarse y tomar una taza de té, pero había que sacar y poner la colada, vaciar el lavavajillas y planchar antes de salir a hacer la compra.

—Quizá debería haber escuchado a Jane —refunfuñó, tirando las toallas y la ropa de cama en la lavandería, y luego sacó los manteles de la lavadora—. Tal vez fue una locura por mi parte pensar que podría hacer todo esto yo sola.

—Hola, Emma, ¿cómo estás? —preguntó Phil, unas horas después esa tarde.

—No va mal —dijo Emma, contenta de ver a Phil y su alegre cara. Cada vez que visitaba su tienda, se sentía fatal por no haber tenido tiempo de aceptar su amable oferta de quedar para pasear al perro. Lo había pospuesto tantas veces que ahora le resultaba incómodo mencionarlo.

—¿Qué te pongo?

—Cinco paquetes de *bacon*, sesenta salchichas y una morcilla entera, por favor.

—Enseguida. —Se apresuró a la trastienda para traer lo que necesitaba. Emma había aprendido, poco después de abrir la pensión, que los carniceros rara vez tenían sesenta salchichas de cerdo en el mostrador; los pedidos a granel se hacían en la parte de atrás.

Mientras esperaba, la puerta se abrió y Judy entró, más elegante que nunca, con unos pantalones de cintura alta y un conjunto de gemelos abotonados con perlas.

—Hola, Judy, ¿cómo estás?

Ella se estremeció como se estremece la gente cuando alguien pasa por encima de su tumba.

—Me acaban de decir de Seaview que mi madre ha estado “acosando” a otro de los residentes. No sé por qué creen que puedo hacer algo al respecto.

—Oh, vaya. —Emma trató, sin conseguirlo, de reprimir una sonrisa—. Es lo último que necesitas. ¿Quieres que vaya a verla?

—¿Crees que te escuchará?

—Tal vez. Tuvimos un pequeño avance la última vez que la visité. Encontré la nota y se la llevé, pareció descongelar el hielo. —Emma se dio cuenta de que hacía más de un mes que no veía a Judy.

—Me alegro, ¿dónde la encontraste?

—En el desván, en una caja de papeles.

Judy soltó una pequeña carcajada, mortificada por su error.

—Tenía tanta prisa al final, intentando ordenarlo todo, que debí meterla con otras cosas.

—Bien está lo que bien acaba —dijo Emma con una pequeña carcajada—. A ver qué puedo hacer. Esta semana estoy muy ocupada, pero, si encuentro un momento, prometo visitarla y ver qué hace.

—Gracias, Emma, te lo agradezco de verdad.

—De nada. —Emma lo añadió mentalmente a su cada vez más larga lista de tareas pendientes.

—Aquí tienes. —Phil regresó de la parte de atrás—. Lo añadiré a tu cuenta.

—Gracias, Phil.

—Y recuerda: avisa si puedo ayudar con Wilbur.

—Lo haré —respondió ella, sorprendida de que volviera a mencionarlo.

—¿Cómo te llevas con él? —preguntó Judy.

—No va mal. —No dijo que Aidan había sido una influencia fuerte y tranquilizadora para Wilbur y que le había dado a Emma la confianza para pasearlo cuando los tres salían juntos. Como Phil podía oír su conversación, pensó que era mejor no mencionarlo—. A Hilda le gustaría que lo llevara a la fiesta de verano, así que ese es mi gran objetivo, manejarlo yo sola para entonces; las cosas están mucho mejor que al principio, aunque ha estado un poco menos cooperativo en los últimos días.

—Nunca he tenido mucho tiempo para los perros de mi madre. Habría sido imposible que me lo hubiera llevado yo.

Emma se rio.

—Yo me sentía más o menos igual al principio.

—¿No tenías mucha experiencia con perros?

—Ninguna —dijo Emma—. La verdad es que no sabía que formaba parte de la venta de la casa. Si lo hubiera sabido, me lo habría pensado dos veces.

Emma vio cómo se le iba el color de las mejillas a Judy.

—¿No sabías lo de Wilbur?

—¡La mayor sorpresa de mi vida!

—Pero ¿cómo es posible, te lo ocultaron los abogados?

—Está bien, fue mi error. —Emma extendió la mano y le dio a Judy un masaje tranquilizador en el brazo—. Yo diría que ahora somos casi amigos o, al menos, compañeros de casa voluntarios.

—¿Estás segura?

—Sí, y, además, está Phil para ayudarme si Wilbur me causa algún problema.

—Como te he dicho... —dijo Phil mientras Emma se acercaba a la puerta.

—Te avisaré, Phil. —Se despidió y pensó, mientras se marchaba, en lo reconfortante que era saber que Phil estaba a la vuelta de la esquina en caso de necesitarlo.

La luz había cambiado cuando Emma salió de la tienda. En lugar de la tarde luminosa y alegre que había cuando había entrado, el cielo estaba ahora plomizo por la lluvia y había un viento frío en el aire. Mientras Emma corría hacia la casa, grandes gotas empezaron a salpicar las aceras y, para cuando llegó, ya había caído un chaparrón.

Después de sacudirse la lluvia, Emma se sentó en el escritorio para ponerse al día con algunas tareas administrativas. En su bandeja de entrada vio un correo electrónico reciente con el título: “*Alguien te ha dejado un comentario*”. Siempre intrigada por las opiniones de sus huéspedes, Emma lo abrió y descubrió que era de Andrew y Mark.

Hermosa propiedad en un pueblo encantador. El servicio al cliente y el desayuno podrían mejorarse. 2/5

“Ufff”, pensó Emma, que tuvo que aceptar que la crítica era justa. Había tenido prisa y apenas había sido civilizada en el desayuno y la comida estaba quemada. Pero, a pesar de que no podía discutir, seguía sintiendo ganas de llorar.

Para animarse y ganar puntos con sus invitados, decidió cocinar. Estaba segura de que unas bolsitas de Rocky Road caseras, en lugar de sus habituales galletas de mantequilla, harían las delicias de los huéspedes, y una o dos porciones para ella sola serían un buen capricho después de la mala crítica.

—Delicioso. —Lamió la gran cuchara de chocolate, sin importarle que se le embadurnara la cara de mezcla... hasta que sonó la puerta.

—¡Maldita sea! —Cogió un paño húmedo y se lo frotó por la cara, lo que dio como resultado una tez y el nacimiento del pelo mojado que le dio a Emma un aspecto sudoroso.

—Hola. —Abrió la puerta y esbozó una sonrisa para compensar su aspecto—. Debéis ser los Bergmann —dijo a la pareja de mediana edad que llevaba abrigos de lana formales y gafas de montura de alambre—. Soy Emma. Adelante. —Por suerte para Emma, sus huéspedes habían estado de pie bajo la lluvia y apenas parecieron darse cuenta de que Emma también estaba mojada.

Tras acompañar a la tranquila pareja alemana a su habitación, regresó a la cocina y encontró a Wilbur acurrucado en un rincón.

—¿Qué te pasa? —Pisó un charco y soltó casi al instante un chillido—. ¡Qué demonios! —gritó, con su suave zapatilla goteando orina—. ¡Fuera! —le gritó al perro—. ¡Fuera, fuera, fuera!

Y, por primera vez en su relación, Wilbur hizo caso a Emma y se escabulló hacia la puerta trasera.

CAPÍTULO 17

Después de limpiar el suelo de la cocina a fondo, terminar la colada del día, preparar el comedor para el desayuno, imprimir las facturas de las salidas del día siguiente y aprenderse los nombres de los huéspedes que iban a llegar, Emma se sentó a la mesa de la cocina.

—Sé que necesitas un paseo, pero estoy agotada —le dijo a Wilbur, con la cabeza apoyada en los brazos, mientras este se paseaba arriba y abajo por el suelo. Emma estaba a punto de cerrar los ojos cuando él empezó a gemir—. Vale, vale. —Cogió su teléfono y consiguió mantener la cabeza erguida el tiempo suficiente para escribirle un mensaje a Phil.

Sé que hace un tiempo horrible, pero ¿te apetece dar un paseo con el perro?

Emma

La perspectiva de pasear a Wilbur sola bajo la lluvia cuando ya estaba agotada era más de lo que Emma podía soportar y, recostando la cabeza sobre los brazos, rezó para que Phil pudiera ayudarla. Apenas tuvo que esperar treinta segundos para que él respondiera.

¡Por supuesto! ¿Cuándo?

A pesar de su agotamiento, Emma soltó una pequeña carcajada, divertida al ver que el mensaje de Phil era igual que él: tan ansioso y entusiasta como un cachorro de perro.

¿Ya estás libre?

¡Ya voy!

Phil llegó a la puerta principal antes de que Emma hubiera tenido tiempo siquiera de ponerle el arnés a Wilbur.

—Voy a por el grandullón —dijo él, que caminó a grandes zancadas hacia la parte de atrás mientras Emma se ponía su gran chubasquero amarillo.

—No sabía que conocías la casa —dijo ella, siguiéndolo.

—Le estuve entregando carne a Hilda el último par de años; le gustaba que se la pusiera en la nevera. Además, también le daba algún que otro paseo al perro.

—Vaya, qué buen servicio —dijo Emma mientras Wilbur brincaba excitado a los pies de Phil.

—¡Hola, colega! —Jugó con el perro en un frenesí de alegría—. ¿Qué tal? —Él y Wilbur salieron al pasillo trasero, donde el animal siguió todos los movimientos de Phil.

“¿Listo para correr bajo la lluvia? —Lo animó a girar haciendo círculos con la mano alrededor de su cabeza. Emma no pudo evitar reírse de ellos. En un momento dado, Wilbur saltó y apretó las mandíbulas alrededor del antebrazo de Phil, excitado—. Ah-ah-aah —lo reprendió Phil. El perro se detuvo de inmediato y se sentó para que Phil pudiera ponerle el arnés y la correa.

—¿No le importará? —preguntó Emma, a quien, a pesar del entusiasmo de Phil, aún no le hacía gracia la idea de caminar bajo la lluvia.

—¡Qué dices! A este perro le encanta la lluvia, ¿a que sí, colega? Los Terranova fueron criados para el agua. Se lo pasará en grande.

—Vaaale —dijo Emma, todavía poco convencida, y los tres salieron.

—¿A dónde lo llevas normalmente?

—A donde quiera que vaya —dijo Emma.

Phil se rio.

—Si quieres llevarlo a la fiesta, tienes que enseñarle quién manda. La misma ruta, a la misma hora todos los días, hasta que se acostumbre a ti.

—¿A dónde solías llevarlo tú?

—A la playa del este, hay mucho espacio para que corra y se dé un chapuzón si le apetece. — Phil sujetó a Wilbur mientras caminaban en esa dirección.

—Lo que tú veas —dijo Emma, que se protegió la cara de la lluvia. No se le ocurría nada peor que nadar con ese tiempo.

Phil echó un vistazo y se rio.

—Tienes que sentir la lluvia, no solo mojarte.

—Nunca he entendido lo que significa —dijo con la cara contra los elementos.

—Significa aceptar las cosas difíciles; cuando lo haces, vives más.

—Ajá —respondió ella, incapaz de disimular su escepticismo.

Phil volvió a reírse, levantó la barbilla y abrió la boca para dejar entrar la lluvia.

—¿No estás congelado? —Se rodeó el cuerpo con los brazos, preguntándose cómo Phil no sufría de hipotermia con sus pantalones cortos, camiseta y chancas.

—Esto no es nada. Deberías ver cómo es en invierno.

—No quiero ni pensarlo. —Metió la barbilla en el cuello de la chaqueta.

—Te encantará, es impactante y salvaje, y te hace sentir vivo.

—Soy feliz con la calefacción central y una chimenea de leña.

—Un fuego de leña está muy bien, pero una hoguera es mejor; sobre todo en la playa, con una cerveza y una hamburguesa. No hay nada mejor.

—Eso suena bien. —Doblaron la esquina del caminito que llevaba a la playa; Wilbur olfateaba cada recoveco por el camino.

—Suenas un poco de bajón. ¿Va todo bien?

—Ha sido un día bastante movido.

—¿Quieres hablar del tema?

—Ha sido todo y nada. —Emma caminaba con cautela por el empinado sendero hacia la playa, que estaba resbaladizo por la lluvia—. Se me ha quemado el desayuno, Rhona no ha podido venir, mi madre ha cancelado su viaje y hemos discutido, he tenido una mala crítica y, para colmo, Wilbur se ha meado en el suelo de la cocina.

—Suenas a auténtico desastre. —Phil le tendió la mano a Emma para que pudiera saltar con seguridad a la playa—. Dios sabe que la vejiga de Wilbur no es pequeña.

—Doy fe de ello. —Emma logró reírse un poco, algo que no había conseguido al recoger los trapos empapados de pis y fregar el suelo.

—Si te hace sentir mejor, mi día también ha sido terrible. —Phil soltó a Wilbur, que caminó por el borde de las dunas, con la nariz pegada al suelo.

—¿Qué ha pasado?

—No me ha sonado la alarma, se me ha roto la máquina de hacer salchichas y me he cortado

en la mano. —Phil la levantó para que Emma la viera—. En general, ha sido un día de mierda, hasta que has llegado.

—Culpo al tiempo —dijo Emma, sin saber muy bien cómo responder a su cumplido.

—¿Por qué has discutido con tu madre?

Emma sacudió la cabeza y luchó contra las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—La necesitaba de verdad y quería que viniera a visitarme, pero ha priorizado a su novio.

—Eso es duro. Todos necesitamos a nuestra madre en ocasiones.

—Exacto —dijo Emma, disfrutando del análisis simplista de Phil. Tenía razón, no era más complicado: solo necesitaba a su madre.

—Mira, déjame enseñarte algo.

Phil le dio un codazo juguetón a Emma y cogió un puñado de piedras. Se acercó a la orilla y las lanzó rebotando sobre el mar, salpicado de agujeros de lluvia. Las piedras saltaban diez, once, doce veces cada vez, zumbando sobre la superficie como insectos acuáticos.

—Es increíble —dijo Emma—. Nunca he sido capaz de hacer que las piedras boten sobre el agua.

—El mejor de Lobster Bay pueden enseñarte. —Sonrió y se señaló con los pulgares.

—¿De verdad?

—Claro. Primero tienes que encontrar una bonita piedra plana, triangular es lo mejor. —Phil escudriñó la playa—. Mira, aquí hay una buena. —La cogió y se la dio a Emma. Le cabía perfectamente en la palma de la mano—. Sujétala así —Le mostró cómo agarrarla.

—¿Así? —preguntó ella, incapaz de copiar lo que él hacía.

—No del todo. —Se inclinó para volver a colocar su pulgar en la parte superior de la piedra y el índice para recorrer uno de los lados. A pesar de la lluvia, sus manos se sentían suaves y cálidas contra los dedos helados de Emma—. Ahora, ponte de lado al mar, y lánzala con una ligera trayectoria descendente.

Emma lo intentó, pero la piedra cayó al agua y se hundió.

—Te lo he dicho —dijo ella.

—No puedes rendirte después de un intento. —Phil le dio un puñado de piedras y Emma volvió a intentarlo, pero falló en cada ocasión—. Necesitas un poco más de giro de muñeca y velocidad, y bajar el brazo.

—¿Así? —dijo Emma, sin seguir todas las instrucciones.

—Más bien así. —Phil se colocó detrás de ella, reflejando su posición, lo bastante cerca como para que ella lo sintiera pegado. Dio un paso adelante, pensando que a Aidan no le gustaría ver a Phil tan cerca. Le bajó el brazo hasta la posición correcta—. Recuerda: de lado, brazo bajo, trayectoria descendente, paso rápido, movimiento de muñeca.

Con toda su concentración, Emma lo intentó. Cuando la piedra salió de su mano, la vio volar a poca altura sobre el mar y luego golpear el agua con un salto, y luego otro, y luego uno más.

—Dios mío, ¡lo he conseguido! —gritó, levantando las manos y con una amplia sonrisa—. ¿Te lo puedes creer? Lo he conseguido.

—Te lo he dicho. —Phil reflejaba su sonrisa, los ojos brillantes a pesar de las nubes.

—Es divertido. —Se sentía como una niña pequeña, y buscó otra piedra.

—Te enseñaré qué más es divertido. —Cogió un palo enorme, silbó y lo lanzó lejos, en el agua.

Al ver el palo volar por los aires, Wilbur soltó un enorme ladrido de emoción y se lanzó al mar.

—¿No tendrá frío? —preguntó Emma.

Phil soltó una carcajada.

—¡Tiene una doble capa de pelo y un montón de grasa para mantenerse caliente!

—Todavía tengo mucho que aprender.

—¿Sabes qué otra cosa es divertida? —preguntó Phil, con los ojos muy abiertos por la picardía.

—¿Qué? —preguntó Emma.

—¡Unirse a él! —Phil se quitó la camiseta y corrió hacia el agua.

—¿Estás loco? —gritó Emma, boquiabierta al verlo en calzoncillos, nadando hacia Wilbur.

—¡Ven con nosotros! —le gritó una vez que hubo alcanzado a Wilbur, que chapoteaba en el agua a su lado.

—¡Ni en un millón de años! —Emma pensó que ya lo había visto todo.

Unos minutos más tarde, Phil salió del mar y subió a la playa, empapado de pies a cabeza.

—Deberías haberte metido —dijo.

Emma se esforzó por no prestarle demasiada atención, pero no pudo evitar fijarse en su cuerpo fibrado y su brazo lleno de tatuajes.

—¿No estaba helada? —preguntó Emma, medio estupefacta, medio admirada.

—Es estimulante —dijo Phil, radiante de oreja a oreja, e intentando ponerse la camiseta sobre el torso mojado—. Y te ha encantado, ¿verdad, viejo amigo?

Wilbur miró a Phil, ladró de satisfacción y luego giró la cabeza hacia un lado antes de sacudirse para secarse de la cabeza a la cola. Empapó a un Phil ya mojado y bañó a Emma en agua salada.

—Qué bien. —Emma trató de secarse sin resultado.

—Me siento genial. —Phil sacudió también la cabeza, y el agua salpicó desde sus oscuros mechones.

—Vaya par. —Emma se rio a carcajadas, agradecida por que Phil estuviera allí.

Phil los acompañó a casa, e incluso se acercó para secar a Wilbur con una toalla para que Emma no tuviera que hacerlo. Cuando se marchó, ella ya estaba lista para irse a la cama, pero no como antes del paseo. Salir con Phil bajo la lluvia le había levantado el ánimo y pensaba dormir como imaginaba que lo hacía la gente después de escalar una montaña.

Estaba a punto de acostarse cuando el señor Bergmann apareció al final de la escalera en pijama y bata.

—¿Va todo bien? —preguntó ella, tratando de averiguar qué podía hacer que aquel hombre tan tímido se apresurara a bajar las escaleras de esa guisa.

—Hay agua en el... —Señaló al techo, su inglés le fallaba.

—¿Cómo? ¿Estás seguro? —Emma pensó que debía haberlo soñado. La habitación en la que se encontraban estaba en la planta intermedia, muy lejos del tejado.

Subieron de inmediato a la habitación doble de la parte delantera de la casa, donde encontraron a la señora Bergmann, también en bata, de pie, en la esquina opuesta a la gotera, que goteaba ruidosamente en la papelera metálica del cuarto de baño.

—Lo siento mucho. —Emma trató de mantener la compostura para sus invitados a pesar de que sus manos cosquilleaban por la adrenalina—. Permitid que os traslade a otro cuarto.

Tras bajar a buscar la llave de la habitación que quedaba libre en la planta intermedia, Emma los ayudó a trasladar sus cosas, asegurándoles que no habría más problemas, antes de correr a la planta superior para averiguar qué pasaba.

En el dormitorio de arriba, todavía decorado con los muebles de Hilda, descubrió que el techo se había derrumbado en una esquina y que el agua de lluvia se filtraba por las tablas del suelo hasta la habitación de abajo.

—¿Cómo es posible? —Subió la escalera del desván y alumbró con la linterna de su teléfono el rincón donde se había producido el incendio.

No tardó en darse cuenta de la causa: las reparaciones de Aidan se habían venido abajo. El viento azotaba los materiales del tejado y la lluvia se abría paso directamente sobre el aislamiento de las vigas del suelo y a través del techo.

En aquel momento, lo único Emma quería era llamar a Aidan y pedirle que fuera a ayudarla, pero estaba lejos, fuera de su alcance y no serviría de nada. De repente, se sintió muy sola.

Lo mejor que podía hacer hasta el día siguiente era limitar los daños. Se puso el chubasquero húmedo y salió al cobertizo, con Wilbur detrás de ella, en busca de lonas y cubos, cualquier cosa que pudiera evitar más filtraciones en la habitación de huéspedes.

—Con esto bastará hasta mañana. —Se sentó en el suelo junto a las lonas que había tendido sobre el entarimado, sujetas con piezas de muebles. Grandes cubos las salpicaban, recogiendo lo peor de la lluvia.

Emma calculó que habría que vaciarlos cada dos horas, así que se fue a la cama y puso el despertador, preparada para una noche en la que apenas dormiría. Al cerrar los ojos, lo único que oía era a su hermana diciendo “siempre y cuando no caiga *en el mar del Norte sin chaleco salvavidas*”. Odiaba admitirlo, pero era exactamente como se sentía.

—¿Qué te pasa? —preguntó Hilda en cuanto Emma se sentó. Sus ojos recorrieron el cabello sin lavar y los ojos cansados de Emma.

—He estado toda la noche vaciando cubos.

Había perdido la cuenta de las veces que había sonado el despertador y de los litros de agua sucia que había tirado por el retrete. Se había levantado, como de costumbre, a las seis de la mañana para preparar el desayuno, dejar salir a Wilbur y limpiar el suelo del lavadero después de que este volviera a orinar allí. “*Si hay algo que va a acabar conmigo* —pensó Emma, tratando de mantener los ojos abiertos—, es el *maldito Wilbur*.”

—Creía que habían reparado el tejado —dijo Hilda.

—Lo hicieron.

—¿Quién?

—Aidan —dijo Emma; el cansancio hizo que la verdad se le escapara.

—¿Dejaste que Aidan reparara el tejado? ¿Por qué?

—Era la solución más rápida y barata —dijo Emma, anticipándose a lo que Hilda diría a continuación.

—Pues no lo ha hecho muy bien —se erizó—. Te dije que es un pieza.

Emma no quería pensar mal de Aidan, pero no podía ocultar que su trabajo no se había mantenido y que no aparecía por ninguna parte. Intentó desesperadamente pensar en algo positivo que decir para contrarrestar el pesimismo de la anciana.

—No sirve de nada señalar con el dedo, Hilda. Necesito consejos prácticos, no que me pinches. Si sigue lloviendo, tendré que estar en casa en una hora para vaciar más cubos.

—Dirigir una casa grande no es tan fácil, ¿verdad? —dijo Hilda, lo que la hizo parecerse mucho a Jane.

Emma prefirió ignorar su comentario sarcástico.

—¿A quién contratabas para el mantenimiento del tejado?

—Mi techador se ha jubilado. No conozco a nadie más joven. ¿Por qué no le preguntas a Phil? Debe saber de alguien.

—Lo haré. —Emma resistió el impulso de sonreír ante el recuerdo de Phil y Wilbur nadando bajo la lluvia—. Me encontré con Judy la última vez que estuve en su tienda. Dijo algo de que estabas molestando a otro residente.

Hilda fingió un escalofrío e hizo una mueca.

—Enid.

—¿Qué le pasa a Enid? —dijo Emma, incapaz de contener una risita ante el gesto de colegiala de Hilda. Se preguntó si estar en una residencia sería como estar en un internado, pero con menos hormonas y más compresas para la incontinencia.

—Es una pesada. Siempre chivándose de los demás residentes y dictando lo que debe pasar en la fiesta.

—Bueno, está claro que le ha molestado algo que has dicho.

—No le gusta que me haya enfrentado a ella, que ya no sea la jefa aquí. Eso es todo. Ha ido a lloriquearle a Wendy sobre mí y otros que quieren que el festival sea más grande y mejor este año. Si por ella fuera, vendería blondas en el comedor.

—Sé amable, ¿vale?

Hilda le hizo una mueca, pero sus ojos, más amables que de costumbre, le dijeron que lo intentaría. A cambio, Emma le lanzó una mirada de “Estás avisada” cuando en realidad estaba contenta de que se dedicara a organizar la fiesta y a hacer amigos, aunque fuera a costa del orgullo de Enid.

—¿Cómo está Wilbur?

—Ha orinado dos veces en el suelo en las últimas doce horas. —Hilda ahogó una risita—. Me he esforzado mucho con él, Hilda. Cuando Aidan estaba aquí, pensé que estábamos consiguiendo algo, pero, si Wilbur sigue así, no tendré tiempo para atender todas sus necesidades extra y tendré que realojarlo —dijo Emma, sonando más dura de lo que realmente se sentía.

—¿Has pensado por qué se meó?

—Porque es un perro. —Se esforzó con todas sus fuerzas por no añadir “Obvio” al final de la frase.

—Emma, ningún perro quiere ensuciar donde duerme. Tienes que pensar más allá. ¿Se encuentra mal y no puede aguantar hasta salir? ¿Está intentando decirte que algo va mal? ¿Necesita atención?

—Hilda, ahora no tengo tiempo para psicología perruna. Tengo que lidiar con el techo, con

una habitación cerrada, tengo que volver a hacer números, además de dirigir un negocio. Estoy segura de que la fábrica de rumores Lobster ya te ha informado. Para empezar, no firmé a Wilbur.

Hilda se recostó en su silla y soltó un suspiro contemplativo.

—Las cosas que nos forman son a menudo las que no habíamos planeado.

—¿Qué significa eso? —Estaba demasiado agotada para adivinanzas.

—No planeé que Alfred muriera cuando lo hizo, pero ocurrió, y eso me hizo más fuerte a la larga. Aprendí de lo que pasó.

—Anoche, Phil dijo algo parecido —dijo Emma, intentando recordar con exactitud lo que había dicho—. Acepta las cosas difíciles, experimenta más. O algo así.

—La apariencia de Phil puede ser engañosa. Debajo de toda esa ropa holgada y ese vello facial hay un joven admirable.

—Cierto —dijo Emma, sorprendida por la observación de Hilda, sin saber si estaba de acuerdo con ella o no—. ¿No tenías ni idea de lo que le iba a pasar a Alfred?

—Me dio pistas: se sobresaltaba con facilidad, tenía *flashbacks* y sudaba, pero en aquel entonces las cosas no se etiquetaban como ahora. No tenía forma de saber que era un trastorno por estrés postraumático y que podía buscar ayuda. Pensaba que sería así el resto de su vida.

—Pero no lo fue —dijo Emma, intrigada por el hecho de que algunos de los síntomas de Albert fueran similares a los suyos.

Hilda negó muy seria con la cabeza.

—Me llevó mucho tiempo encontrar fuerzas para superar lo que pasó, pero, al final, lo hice.

—¿Me estás diciendo que encontraré fuerzas teniendo a Wilbur? —preguntó Emma, con la esperanza de aligerar el ambiente.

—Podría convertirse en el compañero que necesitas, un amigo leal en tiempos difíciles.

—Es poco probable. —Emma era incapaz de ver más allá del aseo del perro, que no hacía más que aumentar su cada vez mayor carga de trabajo.

Emma volvió a casa por el empapado camino de la costa, con las botas de agua llenas de barro, y se sentó en el umbral para quitárselas. Cuando se disponía a entrar y hacer frente al caos, oyó que se abría la puerta de Aidan. Le dio un vuelco el corazón, pensando que había vuelto antes, que iba a sorprenderla, a terminar el tejado. En esa fracción de segundo, sintió que la emoción y la relajación la invadían, hasta que vio que no era Aidan.

Era Eve.

CAPÍTULO 18

—Es muy amable por vuestra parte ayudar de esta manera. —Emma sujetó dos esquinas de una sábana mientras Rhona y Jennifer sujetaban una cada una. Juntas la extendieron y la colocaron sobre la cama de matrimonio.

—No es ningún problema —dijo Jennifer, que había llegado totalmente preparada para trabajar, con su peto de tirantes y un bonito pañuelo rojo atado alrededor de su corto pelo.

—Sí, es una buena excusa para pasar el día juntas. —Rhona alisó la sábana para asegurarse de que la cama estaba bien protegida de la pintura.

—Os lo agradezco mucho. —A Emma le había resultado difícil pedirles ayuda para reformar la habitación de invitados dañada. Le habría costado pedirselo a viejas amigas, pero Jennifer y Rhona eran tan nuevas en su vida que le había resultado especialmente complicado. Estuvo encantada cuando ambas aceptaron.

Había pasado una semana desde la noche de la lluvia torrencial, pero el tiempo no había sido seco hasta hacía pocos días, y no antes de que el olor a humedad empezara a penetrar en toda la casa. Se había visto obligada a cerrar el negocio. “Recuérdame que nunca vuelva a confiar en un techador aficionado”, se había dicho a sí misma mientras colgaba el cartel de “*No hay habitaciones*” en el escaparate del comedor con el corazón encogido.

—¿Ha habido suerte a la hora de encontrar a alguien que repare el tejado y el techo? —preguntó Rhona, que estaba de rodillas, empujando la capa de polvo del suelo hacia las esquinas del zócalo.

—Todavía no.

A pesar de una semana de llamadas telefónicas casi constantes y de dejar mensajes, no había podido encontrar a nadie que hiciera la reparación ni en el tejado ni en el techo derrumbado del último piso.

—Eso es la “quincena de cierre” —dijo Jennifer, que mezclaba una lata de pintura.

—Phil me lo advirtió.

Al día siguiente de la lluvia, le había pedido a Phil el número de un techador y un yesero de la zona. Le dio algunos nombres, pero la advirtió de que la mayoría no responderían porque era la “quincena de cierre”, cuando todos los obreros de la zona se iban de vacaciones.

—Menos mal que no dan lluvia durante un tiempo —dijo Rhona.

Emma abrió la ventana y dejó que la cálida brisa veraniega se llevara el olor a pintura. Contemplando los tejados, rezó para que el tiempo aguantara hasta que alguien pudiera ir.

—Hablando de Phil... —dijo Jennifer, con los ojos brillantes de picardía.

—Ah, sí, lo había olvidado por completo —dijo Rhona, que se levantó del suelo—. He oído que tuvisteis una cita.

—No fue una cita —protestó Emma, volviendo la mirada hacia la habitación—. Le pedí que me ayudara a pasear a Wilbur; fue algo inocente.

—A Aidan no le gustará —canturreó Rhona.

—Cuanto menos se hable de Aidan, mejor. —Emma colocó la escalera junto a la ventana. Había pasado gran parte de la semana intentando descifrar lo que sentía por el regreso de Eve.

Oscilaba entre la rabia y el dolor, y se sentía tonta y decepcionada. Hasta ahí había llegado la promesa de que Aidan y ella retomarían su relación donde la habían dejado.

—¿Estás enfadada con él? —preguntó Jennifer, que, al igual que Rhona, parecía no saber que Eve había vuelto. Emma se había sentido demasiado humillada para mencionarlo, todo lo que sabían era que Aidan no había llamado.

Emma se encogió de hombros.

—Un poco, supongo. —Trató de disimular sus emociones—. Sobre todo, me siento un poco estúpida por haber confiado en él.

—No lo hagas. —Rhona le sostuvo la escalera—. Nadie de por aquí pensará mal de ti.

—Es cierto —dijo Jennifer, aunque a Emma no le sirvió de consuelo.

—Pero me lo advertisteis, Hilda me lo advirtió. Me siento como una idiota por no escucharos.

—No te culpes, Emma. Aidan siempre empieza cosas que no termina.

—Claro. —Ya no estaba segura de si se refería al tejado o a su relación.

No le gustaba decirlo, pero lo que peor le sentaba era que resultaba evidente que Eve no tenía ni idea de lo que había pasado entre Aidan y Emma. Cada vez que Eve la veía, sonreía ampliamente y la saludaba; Emma había tenido un inquebrantable sentimiento de vergüenza durante toda la semana.

—No puedo creer que Phil tuviera la audacia de invitarte a salir cuando debía saber que algo pasaba entre Aidan y tú —dijo Jennifer, que se acercó para coger la persiana que Emma acababa de quitar.

—El que se fue a Sevilla... —trinó Rhona.

—¡Chicas! —Emma bajó de la escalera, recordando cómo le había sorprendido un poco que él se hubiera ofrecido a ayudar con Wilbur de nuevo cuando ella había ido a la tienda la semana anterior—. Él no me pidió salir, yo le pedí que me ayudara, y, además, no hay ni una fibra de maldad en el cuerpo de Phil.

—Apuesto a que ahí tiene alguna fibra retorcida —dijo Rhona riendo.

—¡Rhona! —dijo Emma.

—No me digas que no lo has pensado —dijo Jennifer, con una sonrisa malvada dibujándose en su rostro—. ¡Sé que lo has hecho!

—¿Me estoy perdiendo algo? —Emma vertió la pintura en las bandejas de los rodillos.

—¡Está bueno! —dijo Rhona.

—Es un bombonazo —dijo Jennifer.

Emma arrugó la nariz.

—No lo veo. Quiero decir, tal vez sea mono, tipo surfista, pero...

—Ya, claro —dijo Jennifer—. Porque lo “mono” es muy molesto.

Emma sacudió la cabeza y se rio mientras probaba la pintura de la pared.

—Podéis pensar lo que queráis, pero os digo que Phil no me interesa.

—Serías la única mujer del pueblo a la que no —dijo Rhona.

—Lástima que sea tan exigente —dijo Jennifer, soñadoramente.

—Oye, ¿y Finn? —preguntó Emma, pasando por alto el comentario de Jennifer.

Rhona sacó el teléfono que sonaba.

—Eso es diferente. Finn es material para una relación. Phil es más, veamos..., material de amigos con derecho a roce.

—No hay chica en la ciudad que no quiera... —Jennifer puso la lengua en la mejilla.

—Pues esta chica no quiere. —Emma se sorprendió por el atisbo de duda en su tono.

“Lo pasamos realmente bien —pensó—, y no hay duda de que su cuerpo es increíble, y esos tatuajes sugieren que es algo más que mono”. Sintiendo que el calor subía a sus mejillas, Emma se calló el pensamiento, agradecida de que la llamada de Rhona hubiera puesto fin a la conversación.

—Tengo que recoger a Ethan del colegio, está enfermo. —Rhona se guardó el teléfono en el bolsillo.

—Espero que no sea nada. —Su teléfono sonó y contestó mientras le hacía señas a Rhona para que se fuera.

—Emma, soy Wendy.

—Hola, Wendy —dijo, sorprendida de saber de ella—. ¿Va todo bien?

—Hilda está un poco deprimida. Supongo que no podrías venir, ¿verdad?

Emma dudó.

—¿No deberías llamar a Judy?

—Ha preguntado específicamente por ti —dijo Wendy, haciendo una pausa—. Y por Wilbur.

—Parece que hoy todo el mundo está indispuesto —dijo Emma después de comunicarle a Wendy que iría en cuanto pudiera y terminar la llamada—. Hilda quiere ver a Wilbur, así que tengo que llevarlo.

—¿A pie o en coche?

—Preferiría coger el coche, pero necesita un paseo, así que... —Emma se lo pensó un momento: aún no se sentía capaz de caminar sola con él una distancia tan larga y, desde luego, no podría manejarlo en un edificio lleno de ancianos vulnerables.

—Me ofrecería a ayudar, pero dije que esta tarde iría a trabajar un rato —dijo Jennifer, que dejó las herramientas y se quitó el pañuelo—. Deberías llamar a Phil, ¡seguro que le encantará echarte una mano! —dijo, con los ojos llenos de picardía.

—Te agradezco mucho que hagas esto, Phil. —Él enganchó la correa al collar de Wilbur—. De ninguna manera podría arreglármelas sola.

—No hay problema —dijo él. Le dio a Wilbur un abrazo de oso y lo llevó a través de la casa para ir hacia el sendero de la costa que llegaba a la residencia de Hilda—. ¿Quieres llevarlo tú esta vez? —Le ofreció la correa a Emma.

—Todavía no —contestó Emma, nerviosa ante la idea de pasearlo por las estrechas aceras.

Aunque había seguido el consejo de Phil de sacarlo a la misma hora y por la misma ruta todos los días, seguía sin tener confianza con él, y no ayudaba que el incidente del pis no hubiera sido un hecho aislado. Al menos una vez al día, durante la última semana, había tenido que sacar el cubo y la fregona, y cada vez que lo limpiaba la idea de realojarlo cobraba mayor fuerza en su mente.

—No tirará, no como Elsie. Es lo bueno de los perros grandes, son mucho más tranquilos que los pequeños.

—De todos modos, esperaré hasta que estemos lejos de coches y gente.

—De acuerdo —dijo Phil con de inmediato, dando zancadas con Wilbur hacia el frente—. ¿Por qué Hilda tiene tantas ganas de verte?

—No estoy segura. Wendy ha dicho que está un poco deprimida.

—Uno pensaría que llamarían a Judy.

Emma soltó una pequeña carcajada.

—Eso dije, pero todavía no han arreglado las cosas.

—¿Por la casa?

—Hilda sigue convencida de que Judy habría podido arreglárselas; no le ha perdonado que la vendiera.

Phil miró a Emma con sus ojos marrones, brillantes a la luz del sol.

—¿De verdad cree eso?

—Parece que sí. —Emma notó por primera vez cómo sus ojos pasaban de un marrón oscuro en el centro a uno más claro cerca del borde y luego un último tono negro, y cómo se suavizaban cuando pensaba en Hilda.

—Hacia el final llamaba por teléfono para hacer pedidos cuatro o cinco veces al día, olvidaba que ya lo había hecho.

—No lo sabía. —Emma compartió una tierna mirada con Phil, que a ella le pareció que iba más allá de sus sentimientos por Hilda.

—Estaba hecha un lío. —Emma rompió el contacto visual, sorprendida de sentirse cohibida—. Rhona nunca podía estar segura de si Wilbur había comido o si lo había hecho seis veces en un día. Al final, le daba de comer por la mañana y luego cerraba el armario para que Hilda no lo sobrealimentara. A merced de Hilda, pesaría el doble de lo que pesa ahora.

—¡Es difícil de imaginar! —rio Emma, observando el ancho lomo de Wilbur y aliviada de fijar la atención en el perro.

—Desde luego, no está en condiciones de administrar esa casa —dijo Phil, que se desvió de la carretera principal.

—Todo el mundo parece darse cuenta menos ella. Me gustaría tener alguna forma de demostrárselo, para que ella y Judy pongan fin a esta disputa.

—¿Sabes?, hay algo que podrías hacer —dijo Phil con una amplia sonrisa y ojos traviesos.

—¿Qué? —Ella contempló sus espesas y oscuras pestañas, en las que no se había fijado antes.

—Invítala a volver. Dile que uno de los hijos de Rhona está enfermo, que no puede trabajar y necesitas a alguien que te ayude.

—Eso es muy astuto. —Los ojos de Emma brillaron ante la idea, y de nuevo sus miradas se encontraron, esta vez llenas de picardía; pero, aun así, lo sintió íntimo, como si Phil la estuviera atrayendo a propósito con sus pupilas.

—Ella no sabe que has cerrado por ahora, ¿verdad?

—No. —Se preguntó por qué de repente se sentía tan insegura de sí misma.

—Entonces, ¿por qué no hacerlo?

—Se lo preguntaré. —Cuando tomaron el camino de la costa, Emma descartó la química, suponiendo que todo se debía a las tonterías que Rhona y Jennifer habían soltado.

—Ahora sí. —Phil le entregó la correa de Wilbur a Emma—. Creo que ya es hora de que venzas tu miedo...

—¿Te parece bien esperar aquí mientras averiguo a dónde llevar a Wilbur? —le preguntó Emma a Phil, fuera de las puertas delanteras de Seaview.

—Por supuesto. —Phil se sentó en un banco y Wilbur se tumbó en el suelo, a su lado, cansado de su caminata.

—Hola, Emma, me alegro mucho de que hayas podido venir —la saludó Wendy con su habitual alegría—. Hilda ha estado taladrándome la oreja durante las últimas horas con el cuándo venían Emma y Wilbur de visita.

—Me cogió por sorpresa cuando me dijo que quería que la visitáramos los dos. No creía que se permitieran perros.

La expresión de Wendy pasó de la alegría a la alarma.
Emma soltó una carcajada cómplice.

—Supongo que Hilda no te ha dicho que Wilbur es un perro...

—Ah, bueno —dijo Wendy con un roce de su mano y un guiño—. Estoy segura de que podemos colar al pequeño sin que nadie se dé cuenta; solo por esta vez, ya me entiendes.

—Mmm. —Emma se llevó un dedo a los labios fruncidos—. Me temo que “a escondidas” no será suficiente.

—¿No podríamos esconderlo bajo un abrigo?

Emma se rio y señaló a través de las puertas correderas de cristal hacia donde Wilbur y Phil estaban sentados.

—¡No a menos que tengas el abrigo de Hagrid!

—¡Ostras! —dijo Wendy, con los ojos muy abiertos—. Bueno, vamos a pensar...

Wendy decidió que la mejor solución era abrigar a Hilda, ponerla en una silla de ruedas y llevarla fuera, hasta Wilbur. Emma no entendía por qué Hilda necesitaba de repente una silla de ruedas, pero, cuando vio que la llevaban a la recepción, se dio cuenta de que había empeorado. Sus ojos parecían más tristes; su cuerpo, más pequeño y redondeado; su espíritu, decaído.

—Vaya, grandullón —dijo Phil cuando Wilbur se abalanzó hacia Hilda y lo levantó del banco. Necesitó las dos manos para sujetarlo.

—Creía que habías dicho que no tiraría. —Emma se rio de los esfuerzos de Phil por mantenerlo a raya.

—¡Es prerrogativa de todo perro humillar a su adiestrador! —dijo Hilda, con sus cansados ojos llenos de brillo al ver cómo Wilbur se abría paso hacia ella.

—Wilbur, siéntate —dijo Emma, mostrándole la palma de la mano. Al instante, el animal se dejó caer al suelo y su cola se agitó de excitación.

—Estoy impresionada —dijo Hilda.

—¡Estoy atónita! —Emma lo recompensó con una golosina.

—Iba a preguntarte cómo llevas lo de pasearlo, pero veo que bien.

—Es todo obra de Phil. En el camino hacia aquí me ha dado algunos consejos.

Animada, Emma cogió la correa y, como Phil le había aconsejado, la mantuvo corta y a Wilbur cerca. Milagrosamente, caminó a su lado hacia Hilda.

—Ay, mi chico. —Hilda le envolvió la cabeza entre sus brazos. Wilbur estiró el cuello hacia arriba para que ella pudiera poner su mejilla contra la suya sin esforzarse—. Cómo te he echado de menos.

—Parece que él a ti también. —Phil se inclinó para besar a Hilda en la mejilla.

La anciana agarró la cabeza de Wilbur con las manos y lo miró fijamente, con el inconfundible brillo del amor destellando en sus ojos envejecidos.

—Ha pasado demasiado tiempo —dijo con la voz entrecortada.

—Creo que Wilbur estaría de acuerdo —dijo Emma al ver que le lamía la cara a Hilda. Normalmente, que Wilbur lamiera cualquier cosa le provocaba náuseas, pero ahora, viéndolos a los dos juntos y tan tiernos, no podía evitar ver la belleza que había en él.

—Es un gran amigo. —Hilda, de un modo u otro, parecía más amable en compañía de Wilbur. A Emma le recordó la primera vez que vio a su hermana con su prometido, cuando todos los años de búsqueda se desvanecieron y por fin pudo ser ella misma.

—Deberíamos quedar para vernos más a menudo —dijo Emma, preguntándose si alguna vez encontraría la misma sensación de paz en una relación.

Hilda acariciaba una y otra vez la cabeza de Wilbur.

—¿Por qué no lo arreglamos para que vengas a casa? —dijo Phil, y Emma supo que no lo sugería solo para que Hilda viera que ya no podía más, sino porque él, al igual que ella, había visto el bien que le hacía Wilbur.

—Me gustaría —dijo Hilda, temblando.

—Lo organizaremos, pues. —Emma arrojó un poco más con la manta a Hilda, que no se quejó—. Pero, por ahora, deberíamos meterte dentro y calentarte.

Emma llevó a Hilda al interior y, tras acomodarla en su habitación, acordó con Wendy que la anciana visitaría la casa al día siguiente. Al volver, encontró a Phil charlando con Wilbur.

—Parecéis la viva imagen de la felicidad —dijo.

—Estábamos teniendo una charla de hombres —dijo Phil, sonriendo cariñosamente a Wilbur y revolviéndole la papada.

—¿Sobre qué?

—Asuntos del corazón.

—Suenan serio. —Emma se sentó en el banco, junto a Phil.

—Le estaba contando que Hilda ya no es tan fuerte como antes y que tiene que aceptar que no volverá a casa.

—Ah, ¿sí? —dijo ella, sonriendo ante la tontería de Phil.

—También le estaba diciendo lo afortunado que es de tenerte como nueva dueña. —Phil le sostuvo la mirada en un innegable coqueteo.

—Dueña potencial —dijo Emma con un tono casi infantil—. El jurado aún lo está deliberando, el veredicto depende de dónde orine.

—Pero te va muy bien con él. Y te gusta, ¿verdad? —Los ojos de Phil estaban ahora casi tan abiertos y oscuros como los de Wilbur.

—Claro que me gusta. —Emma sabía muy bien que ya no estaban hablando del perro.

—Entonces, dale una oportunidad, se lo merece, ¿no?

—Tal vez. —Torció los labios y luego esbozó una sonrisa, porque, aunque no estaba segura de que le gustara Phil, no podía negar que era guapo.

CAPÍTULO 19

—Hay una telaraña ahí arriba —dijo Hilda en el zaguán, en cuanto Emma abrió la puerta principal. Apuntó al objeto con uno de sus bastones.

—La limpiaré —dijo Emma, pensando que, si Hilda no hubiera sido propietaria de una pensión, habría sido una excelente sargento instructora. Incluso con su mermada capacidad estaría a la altura del trabajo. Abrió la puerta de par en par y le hizo un gesto a Hilda para que entrara.

—Os dejo, señoritas. —Phil le guiñó un ojo a Emma.

—Gracias por el servicio de taxi —dijo Emma mientras lo veía marcharse.

Él se volvió para despedirse y ella le devolvió el gesto con una cálida sonrisa.

Hilda estaba de pie, con las manos temblorosas sobre los bastones, observando el pasillo. Emma esperaba que no notara el olor a humedad, que había intentado disimular dejando la puerta abierta de par en par toda la mañana y encendiendo velas.

—Parece que has estado ocupada.

A Emma le resultaba difícil saber si Hilda aprobaba o no los cambios.

—Solo es una pequeña modernización. —Quería pasar por alto el asunto. No estaba segura de lo que sentía Hilda al ver que su antiguo hogar había cambiado de forma tan drástica, pero sospechaba que debía ser difícil no tomárselo como algo personal o sentirse, de alguna manera, como si hubieran pintado encima de sus recuerdos—. Ven a la sala de estar y tómate una taza de té.

Con lentitud, Hilda se abrió paso y se sentó, dolorida, en el sofá.

—Veo que has dejado los comederos de los pájaros —dijo con el pecho agitado por el esfuerzo.

—Por supuesto. —Emma le colocó una almohada detrás.

—Echo de menos ver los pájaros.

—Disfrútalos mientras voy a por el té.

En la cocina, oyó que Wilbur arañaba la puerta del lavadero, desesperado por salir.

—Wilbur sabe que estás aquí —dijo Emma, que llevaba el refrigerio—. Juro que sabía que venías incluso antes de que llegaras; ha estado excitado como un cachorro toda la mañana.

Hilda aferró con fuerza su taza de té, intentando contener su temblor.

—Los instintos de los perros son increíbles.

—Encontré esta foto vuestra en el jardín. —Emma cogió la instantánea y el retrato familiar de la repisa de la chimenea.

Tras dejar a un lado la taza de té, Hilda cogió la foto de Wilbur y se la acercó, con los ojos empañados en lágrimas.

—Los dos éramos uña y carne. Aún lo seríamos si no fuera por..., bueno.

Emma se acomodó en el sofá de enfrente, con los pies bajo ella.

—Judy solo hizo lo que le parecía mejor.

—Judy solo se ocupaba de sus propios intereses —dijo Hilda con brusquedad.

—Lo dejé todo para cuidarte; seguro que no esperabas que lo hiciera para siempre —dijo Emma, con la mayor simpatía posible.

—No tenía por qué vender la casa. —Hilda tenía el ceño fruncido.

—Financieramente, no estoy segura de que tuviera muchas opciones —respondió Emma, pero, al darse cuenta de que Hilda no estaba receptiva, cambió de tema—. ¿Cómo van los preparativos para la fiesta?

—Irían mejor si pudiéramos echar a Enid del comité.

—¿Sigue causando problemas?

—Nos hemos acostumbrado a ignorarla.

—¿Nos? —preguntó Emma.

—Sylvie, Rose, Bert.

—Genial. —Emma estaba contenta de oír que Hilda había encontrado un poco de camaradería—. ¿Y todavía vas a hornear el *shortbread*?

—Si tengo fuerzas...; requiere mucho esfuerzo.

—Puedo ayudarte si lo necesitas —dijo Emma—. Después de todo, he aprendido de las mejores.

—¿Phil y tú os estáis cortejando? —preguntó Hilda de repente; Emma casi escupió su té.

—¿Por qué lo preguntas? —Se limpió la boca con una servilleta.

—Bueno, es guapo y amable. —Se encogió de hombros—. ¿Por qué no ibais a hacerlo?

—Solo somos amigos.

Hilda escrutó a Emma.

—¿Te pones así de nerviosa cuando hablas de todos tus amigos?

Sin saber qué responder, Emma dio una palmada y se levantó.

—Tengo una habitación que limpiar, ¿quieres subir a ayudarme?

—¿Por qué no? Así veo qué más has cambiado por aquí. —Sus ojos centelleaban de picardía. Emma le tendió una mano—. Puedo arreglármelas. —Rechazó el ofrecimiento y se levantó del sofá.

—Por supuesto. —Emma retrocedió, pero sin perderla de vista—. Si quieres ayudar a cambiar las sábanas y hacer la cama en la habitación grande, sería de gran ayuda.

—¿No puedes apañártelas sola? —Hilda salió con lentitud del salón.

—¡Puedes mostrarme cómo se hace correctamente! Todavía no estoy segura de cómo poner la ropa de cama con precisión militar.

—Ufff —dijo Hilda, dando su primer paso en las escaleras—. Tuve a Alfred para que me enseñara a hacerla.

—Imagino que erais un buen equipo. —Emma deseó tener a alguien con quien compartir el negocio. A pesar de todo lo que había pasado, había disfrutado el mes que Aidan había estado por allí.

—Lo éramos —dijo Hilda con nostalgia—. Cuando nos hicimos cargo de la casa, Alfred se ocupaba de cocinar y hacer la compra, y yo, de la limpieza y de recibir a los huéspedes. Juntos nos encargábamos del papeleo. Pero, entonces... —Hilda se detuvo en la escalera, luchando por respirar.

—¿Alfred empezó a estar mal?

—Tenía unos mareos terribles, el sueño se le alteraba y no podía concentrarse en el trabajo. Hacia el final, las pesadillas eran tan graves que todo resultaba excesivo.

—Lo siento mucho. —Emma bajó unos escalones hacia Hilda, que parecía cada vez más

inestable. La condujo con cuidado al banco del vestíbulo—. La verdad es que —dijo, sentándose a su lado— yo misma he tenido alguna experiencia con el suicidio.

—Lo presentía. —Hilda colocó su mano sobre la de Emma.

La mirada de Emma se detuvo en sus dedos y en el desgastado anillo de boda de Hilda.

—Fue en circunstancias muy distintas, mucho más conocidas por todos; no pretendo entender nada de tu pérdida.

—En muchos sentidos, la pérdida es lo de menos, lo más importante es sacar fuerzas del amor que nos demuestran y perdonar.

La imagen de las sonrientes hijas de Dawn en el teléfono asaltó la mente de Emma. Rezó para que las estuvieran colmando de amor.

—Mil actos de bondad son más fuertes que un acto desesperado —dijo Hilda, apretando con fuerza la mano de Emma.

—Eso espero. —Sonrió apenas ante la mirada tranquilizadora de Hilda y se enjugó una lágrima.

—¿Qué tal si nos olvidamos de la habitación por ahora? —dijo Emma un rato después para romper la agobiante atmósfera—. Mejor salgamos al jardín con Wilbur.

—Sí —Hilda dejó que Emma la ayudara a levantarse—, me parece un buen plan.

Emma se dirigió a la parte trasera de la casa y se aseguró de que Wilbur estaba encerrado antes de sacar a Hilda por las puertas francesas del salón a un asiento en el jardín.

—Espera aquí mientras voy a por él. —Colocó una manta sobre Hilda, junto al arco de madreselva, que rebosaba aroma—. No puedo imaginar lo feliz que se pondrá al verte.

Al volver a la casa, abrió la puerta del lavadero y descubrió que Wilbur giraba emocionado en círculos, desesperado por salir hacia Hilda.

—Está bien, muchacho —dijo ella para tranquilizarlo—. Con calma.

Emma nunca lo había visto tan agitado, ni siquiera con Aidan o Phil. Preocupada por si su emoción era excesiva, le puso la correa, lo sujetó con fuerza y abrió la puerta trasera. Pero, en cuanto Wilbur vio a Hilda, se abalanzó con tal fuerza que Emma perdió la correa y solo pudo ver cómo salía disparado hacia la anciana, que estaba con los brazos extendidos, y la tiraba al suelo.

—¡Dios mío, Hilda! —Emma bajó corriendo los escalones del jardín y fue donde Hilda yacía en el suelo. Wilbur, inclinado sobre ella, le lamía la cara—. Hilda, ¿estás bien? —Agarró a Wilbur por el cuello y tiró de él con todas sus fuerzas—. ¿Hilda?

—Nunca he estado mejor —contestó la anciana. Emma se dio cuenta de que se estaba partiendo de risa—. Suéltalo.

Emma pensó que había oído mal.

—¿Perdón?

—Suelta a Wilbur. ¡Esto es lo más divertido que me ha pasado en años!

Tras varios minutos en los que Hilda estuvo tumbada en el suelo con Wilbur acariciándola y lamiéndola, el perro empezó a calmarse y se tumbó a su lado.

—¿Puedo levantarte ya? —Emma estaba desconcertada por la reacción de la anciana.

—Si no queda más remedio...

Emma cogió a Hilda y la silla y la acomodó de nuevo en ella, con la manta alrededor del regazo.

—Hilda —acercó una silla, riéndose entre dientes de lo absurdo del incidente—, seguro que ahora te das cuenta de que no puedes manejar ni la casa ni a Wilbur... —Emma se contuvo para no decirle que también estaba claro que *ella* tampoco podía encargarse del perro.

—No te preocupes —dijo Hilda, con lágrimas de risa cayendo por sus mejillas—. Ya lo tengo claro.

—¿Prometes hablar con Judy, hacerle saber que tenía razón después de todo?

Hilda frunció el ceño, juguetona.

—Supongo. —Tendió la mano hacia Wilbur y le dio un apretón, sin darse cuenta de que Emma no tenía más remedio que encontrarle un nuevo hogar.

—Siento no haberla visto —dijo Rhona más tarde ese mismo día, mientras la ayudaba en la habitación de invitados de la entrada. Emma había conseguido dar una primera mano de pintura después de que Hilda se fuera y estaba empezando con la segunda—. ¿Cómo estaba?

—De buen humor. —Ya le había contado a Rhona el incidente con Wilbur, aunque no se había atrevido a decirle que había decidido realojarlo. Sabía que se sentiría decepcionada; y ya se sentía bastante mal por la decisión sin tener que añadir las emociones de Rhona—. Al final, admitió que ya no puede manejar ni la casa ni al perro.

—Vaya, eso es un gran progreso.

—Lo sé. Me siento realizada. Dijo que hablaría con Judy más tarde y se disculparía.

—Bueno, mírate, Pequeña Miss Pacificadora.

Emma soltó una risita al oír el título.

—¿Y tú? ¿Cómo van las cosas?

—He estado toda la noche despierta con Ethan; menos mal que mamá ha podido venir una hora para que yo pudiera salir.

—Pobre de ti —dijo Emma que, ahora que Rhona mencionaba la falta de sueño, sí notaba las grandes bolsas bajo sus ojos—. ¿Alguna noticia de Finn?

—Hablamos todos los días. Tiene que volver en algún momento, pero no sabe cuándo.

—No debe ser fácil mantener una relación a distancia.

Rhona se encogió de hombros.

—De todos modos, no podría verlo mucho con los niños. Mamá ha hecho turnos extra por las tardes, así que, ya sabes, mi vida no es precisamente flexible. Pero es agradable esperar una llamada de FaceTime cuando están todos en la cama. Es más fácil así.

—Eres tan pragmática... —dijo Emma con admiración.

—Lo dice ella, subida a una escalera, ocupándose de todo cuando nadie más puede. Lo que haces no es tan diferente a lo que hago yo.

—Aunque la casa no vomita.

—¡Pero gotea, como el perro!

—Hablando de eso... —dijo con tono abatido.

—¿Emma?

Dejó el rodillo y soltó un profundo suspiro.

—He decidido realojar a Wilbur.

—¿Qué? —dijo Rhona, con la boca abierta.

—Lo sé, es una decisión muy difícil, pero no puedo tener en casa un perro que no soy capaz de controlar. Si puede derribar a Hilda, puede hacerlo con un huésped.

—Emma, no lo hagas. Habéis avanzado mucho. Dale un poco más de tiempo. Ya verás, todo saldrá bien.

—Me gustaría creerlo, de verdad. —Emma sacudió la cabeza y bajó uno o dos peldaños para tomarse un descanso—. Podría vivir con el pis en el suelo, pero su fuerza e imprevisibilidad son asuntos diferentes.

—Sabes que no va a ser una decisión popular.

—Soy muy consciente y, si te soy sincera, no estoy segura de querer hacerlo, pero no puedo dejar que mi corazón gobierne mi cabeza en este caso. Lo hice con Aidan y el tejado, y las dos sabemos cómo acabó.

—¿Ha venido alguien a verlo?

—Alguien devolvió la llamada y dijo que podría echar un vistazo, pero no hasta que haya hecho un millón de otros trabajos. La verdad, Rhona, a veces pienso que debería subir yo misma y clavar unos cuantos clavos.

—¿Phil no puede ayudarte?

—No estoy segura de que un carnicero tenga las habilidades necesarias. Constructor de barcos, sí; carnicero, no.

—Y todos sabemos cómo acabó el constructor de barcos.

—Exacto —dijo Emma, que, a pesar de saber que Aidan había vuelto con Eve, no había dejado de mirar su teléfono para ver si la había llamado—. ¿Sabes que Phil me ha dejado claro que quiere algo más que amistad?

—¿Lo ha hecho? ¿Qué le has dicho?

Emma hizo un gesto de dolor y volvió a su pintura.

—Nada.

—¿Por qué?

—Porque no estoy segura de estar interesada.

—¿Por qué no? —Emma estiró el pincel hacia la esquina superior, concentrándose en cubrir las partes complicadas más que en la pregunta de Rhona—. Emma Jenkins, ¿me estás ignorando?

—No —respondió Emma sin convicción.

—Es por Aidan, ¿verdad?

—Phil es guapo y todo eso —Emma ignoró el comentario sobre Aidan—, pero no estoy segura de que me guste.

—Ya, claro. A todo el mundo le gusta Phil. Creo que estás colgada de Aidan.

Emma no contestó. Aunque lo estuviera, ¿qué más daba? Eve y él volvían a vivir juntos, lo que le dejaba claro a Emma cómo estaban las cosas entre ellos.

Se despertó sobresaltada, jadeando, con el corazón latiéndole inquieto. Miró fijamente la oscuridad, con la cabeza apoyada en la almohada, tratando de orientarse, con el pecho agitado

por el miedo. Por un momento sintió que estaba tumbada en la acera de Regent Street, envuelta en humo.

“*Respira*”, pensó Emma, mientras enfocaba la habitación lentamente. *Respiró hondo, pero*, cada vez que cerraba los ojos, sentía la mano de Dawn entre las suyas y veía su rostro pálido y distorsionado con un hilillo de sangre seco en un lado de la boca. Y entonces la abrumó la sensación de no haber podido hacer más para evitarles a sus hijas semejante pérdida.

“*Solo ha sido una pesadilla*”, razonó, aunque la claridad de su mente y su ceño fruncido la hubieran convencido de que era real.

—Respira —dijo en voz alta, con la voz irreconocible por el miedo. Se repetía la secuencia de acontecimientos: desde la fuerza inicial de la explosión hasta que conseguía orientarse y ver a los muertos. Era la primera vez que tenía un sueño en el que se repetía toda la experiencia, y tuvo que contener las ganas de vomitar—. Aidan —susurró. Deseó desesperadamente que se materializara, que la estrechara entre sus brazos, pero nadie respondió.

La soledad le recorrió el cuerpo como un maremoto y de sus pulmones brotaron sollozos incontrollables. Toda la rabia, la tristeza y la confusión manaron de ella en una cascada de lágrimas.

Al final, su llanto se calmó y se quedó tumbada, escuchando cómo su ritmo cardíaco disminuía poco a poco y, al hacerlo, oyó un suave sonido de pasos.

—¿Hola? —Escuchó, atenta, preocupada por que hubiera alguien en la casa. Hizo acopio de todo su valor, se incorporó y se quedó mirando la puerta del dormitorio. Mientras miraba, esta se abrió de un empujón.

Emma se sobresaltó.

Su preocupación se disipó en cuanto distinguió la figura de Wilbur, que se acercaba con pasos laboriosos.

—Hola, chico. —Le tendió una mano para hacerle saber que era bienvenido.

En silencio, se sentó, apoyando la cabeza en la cama, y dejó escapar un suspiro de cansancio.

—Sé muy bien cómo te sientes. —Bajó de la cama para colocar su cabeza junto a la de él. Cuando sus miradas se cruzaron en la oscuridad, Emma sintió que una última lágrima resbalaba por su mejilla y una débil sonrisa se dibujaba en sus labios.

CAPÍTULO 20

Emma se despertó y vio que Wilbur, tumbado en el suelo, junto a su cama, roncaba satisfecho.

—Buenos días —dijo medio grogui, recordando los acontecimientos de la noche anterior como una mala resaca. Wilbur siguió roncando—. Típico macho: te meas en el suelo, la lías parda y luego crees que todo está perdonado porque tienes un gesto amable —le dijo con suavidad, sin querer molestarlo.

“Vale, puede que te merezcas una siesta, pero sabes que no puedes quedarte. Caroline cuidará de ti, parecía muy simpática —dijo Emma, refiriéndose a la experta en Terranovas con la que había hablado el día anterior por la tarde sobre el realojamiento de Wilbur.

En ese momento, abrió un ojo y miró hacia Emma, que yacía de lado, hablando con él, y un maremoto de remordimiento la invadió.

—No tiene sentido que me mires así. —Deseó que se le pasaran las náuseas—. No eres consciente de tu fuerza, ¿no? —El ojo se cerró y Wilbur volvió a dormir—. Me tomaré eso como un no. —Apartó con cuidado el edredón y pasó de puntillas por encima de Wilbur para ir al baño.

En la ducha, repasó mentalmente la noche anterior. Se había acostumbrado a los recuerdos, pero la pesadilla era nueva y le preocupaba que lo que creía bastante bajo control hubiera empeorado. Mientras el agua caía sobre ella, no pudo evitar pensar en lo que Hilda le había contado sobre Alfred: los recuerdos, las pesadillas, los sudores, los mareos, y cómo se le habían ido de las manos hasta el punto en que él fue incapaz de seguir soportándolos. ¿Era posible que ella también sufriera trastorno por estrés postraumático?

Envuelta en su toalla, Emma cogió su teléfono, ignorando las notificaciones de llamadas perdidas, y tecleó “Síntomas de TEPT”. Lo que encontró le pareció que había sido escrito específicamente sobre ella:

Los síntomas pueden incluir, entre otros, escenas retrospectivas, pesadillas, sensaciones físicas como sudoración y mareos, problemas de evitación, sobresalto fácil, problemas de sueño, problemas laborales y ruptura de relaciones.

—Joder. —Emma se dejó caer en la cama y Wilbur la miró—. Supongo que es hora de enfrentarme a mis demonios. Frotó la barriga de Wilbur con el pie descalzo—. Tal vez deberíamos empezar por llevarte a dar un paseo matutino y contarle a Hilda nuestras dos noticias.

Emma tardó casi la mitad del camino en relajarse y empezar a confiar en que Wilbur no iba a tirarla, a arremeter contra cualquiera que se cruzaran o a huir, pero, cuando Seaview estuvo a la vista, empezó a sentir una creciente confianza que solo hacía más difícil la perspectiva de contarle a Hilda la decisión de realojar al perro.

—Buenos días, Wendy —dijo Emma alegremente, después de dejar atado a Wilbur al banco de fuera. Firmó el registro y sonrió al ver el nombre de Judy, impreso en mayúsculas, de la noche anterior y de esa mañana temprano.

Por una vez, Wendy no exhibía su habitual sonrisa soleada, sino que parecía nerviosa, casi

agitada.

—No has escuchado mis mensajes de voz, ¿verdad?

Emma escrutó el rostro de Wendy. Tenía la frente arrugada, los ojos entornados por la preocupación y su habitual amplia sonrisa había sido sustituida por otra comprensiva.

—¿Qué ha pasado, Wendy? —Emma sintió que su ritmo cardíaco aumentaba.

Wendy salió de detrás del mostrador y guio a Emma hasta la pequeña sala de espera. La sentó y le cogió la mano. Emma se preparó para lo peor.

—Hilda ha fallecido —dijo con suavidad.

Tragando apenas, Emma sacudió la cabeza como si tratara de disipar las palabras de Wendy.

—¿Cómo? Quiero decir, ¿cuándo? ¿Qué ha pasado?

—Ha sido muy tranquilo, ha fallecido mientras dormía. Cuando uno de nuestros cuidadores ha ido a verla esta mañana, estaba descansando. —Un oscuro velo pareció descender sobre Emma—. ¿Te gustaría verla?

Emma asintió en silencio, y solo atinó a decir:

—Wilbur.

Wendy miró por la puerta de cristal hacia donde estaba sentado, con la cabeza apoyada en el brazo del banco, tan abatido como se sentía Emma.

—Adelante. —Apretó la mano de Emma con una sonrisa que decía que las reglas estaban para romperse.

—Anoche estuvo muy contenta —dijo Wendy, entrando en la habitación de Hilda, donde ajustó la persiana para que entrara un poco de luz solar—. Judy había venido a verla y se fue de buen humor.

—Judy —susurró Emma. Seguía de pie en la puerta con Wilbur, que gimoteaba con la correa corta—. ¿Lo sabe?

—Ya se ha despedido. —Wendy extendió un brazo para que Emma entrara—. No pasa nada. Está en paz.

Avanzó unos pasos, con el corazón latiéndole irregular, y la imagen de Dawn muerta en la acera, y luego se detuvo.

—¿Emma?

Se sacudió la imagen, inspiró con fuerza y, en lugar de evitar el recuerdo, le dijo a Wendy en voz baja:

—La única otra vez que he visto un cadáver fue en circunstancias muy distintas.

Cogió la mano de Emma y los guio a ella y a Wilbur hacia delante.

—No tengáis miedo. Aparte de la palidez de su piel, es como si estuviera durmiendo.

Emma avanzó, con Wilbur igualando su paso, hasta que distinguió con claridad el rostro de Hilda. Wendy tenía razón, excepto por su palidez, parecía dormida.

—¿Por qué no te sientas? —Wendy le acercó una pequeña silla—. Pasad un rato juntas.

Emma se sentó y, mientras lo hacía, Wilbur se introdujo en el pequeño hueco que había entre Emma y la cama, colocándose lo más cerca posible de Hilda.

—No pasa nada, chico. —Emma le acarició la cabeza mientras gimoteaba—. No pasa nada.

Wendy los dejó a solas con Hilda y cerró la puerta tras de sí.

—Supongo que te quedarás conmigo. —Sabía, a pesar de su buen juicio, que no había forma de que pudiera realojar a Wilbur. No podía traicionar los deseos de Hilda, no ahora. Se le escapó una breve carcajada y le susurró a Wilbur—: Quizá intuyó mi decisión y lo planeó todo. No me extrañaría.

Wilbur volvió los ojos hacia Emma, sin estar preparado para levantar la cabeza cansada de donde yacía, junto a la mano de Hilda.

—Tenías razón —Emma se dirigió directamente a Hilda—: Wilbur es un compañero leal, el amigo que necesitaba; anoche habrías estado orgullosa de él. Me consoló cuando más necesitaba a alguien. Nunca lo olvidaré. Gracias.

“Y gracias por todo lo que me contaste sobre Alfred. Su pérdida me ha enseñado mucho sobre el valor y el perdón. Supongo que, si algo podemos sacar de la muerte, es inspirarnos en los demás y vivir nuestra mejor vida posible en su honor.

Emma se dio cuenta entonces de que había algo en el bolsillo superior de la blusa de Hilda. Al mirar más de cerca, vio las dos fotos que había en la repisa de la chimenea. La primera, de Hilda y su familia; la segunda, de Hilda y Wilbur.

—Supongo que estabas esperando a que todo estuviera en orden —dijo, contenta de que Judy hubiera ido a verla—. Siempre supiste que Wilbur me conquistaría, que era lo que necesitaba —dijo, alargando la mano para tocarla.

La imagen de la mano muerta de Dawn le asaltó de repente la cabeza, pero, al sostener la de Hilda, la imagen se suavizó, se convirtió en una de dignidad y compasión, no de terror.

—Gracias, querida amiga —dijo—. Gracias.

—Ya es hora de que nos vayamos, viejo amigo. —Emma alborotó el pelaje de Wilbur tratando de animarlo, pero este se hundió más en sus patas.

—Vamos. —Volvió a intentarlo. Esta vez se puso de pie, mostrándole que era hora de irse.

Una vez más, permaneció obstinadamente inmóvil.

—¡Wilbur! —Lo dijo con severidad, intentando ser autoritaria, pero el perro ni siquiera la miró.

Por una vez, en lugar de frustrarse, Emma lo comprendió. No tenía ningún deseo de dejar a su querida ama: por lo que a él respectaba, allí era donde se quedaba.

—Hilda tuvo suerte de tener un amigo como tú. —Se arrodilló a su lado y lo miró a los ojos amables y oscuros. Él dejó escapar un largo suspiro sombrío—. Supongo que yo también lo soy.

CAPÍTULO 21

Tras mucho insistir, Emma consiguió apartar a Wilbur del lado de Hilda y regresaron por el sendero de la costa.

—¿Te apetece darte un chapuzón? —preguntó, serpenteando hacia una pequeña playa en forma de medialuna, que quedaba oculta desde el sendero. Wilbur caminaba detrás, con el lomo bajo y la cabeza gacha.

Cogió un palo y lo lanzó al agua, pero Wilbur no respondió.

—Eres un alma vieja y sensible, ¿verdad? —Se encaramó a una roca y contempló el mar gris, más allá. Wilbur se sentó a su lado y ella lo rodeó con el brazo, estrechándolo cada vez que lloriqueaba.

Las nubes se habían desplazado a cierta distancia, y Emma había empezado a temblar cuando un movimiento la sacó del trance en que se encontraba. Al mirar mejor, distinguió un pequeño perro que caminaba por las escarpadas rocas que se adentraban en el mar.

—Elsie. —Vio una figura que rodeaba el cabo.

Wilbur aguzó las orejas y Emma sintió que sus músculos se tensaban.

—Es Phil. —Emma no lo había reconocido al principio; por una vez, estaba casi afeitado. Le dio unas palmaditas en el costado a Wilbur y trató de animarlo a jugar, pero él permaneció anclado al suelo.

—Es un espectáculo insólito —dijo Phil mientras avanzaba hacia ellos, con Elsie correteando detrás de él y lanzándose hacia Wilbur. Acarició el cuello de Wilbur mientras Elsie ladraba y ladraba, rogándole que jugara—. ¿Qué le pasa?

—Venimos de la residencia de Hilda... —Las palabras se le atascaron en la garganta.

—¿Emma?

Emma tragó saliva.

—Falleció anoche.

—Jesús. —Phil se sentó junto a ellos en la arena y le dio un fuerte abrazo a Emma, con la mirada perdida en el mar—. Parecía un poco cansada, pero no pensé que las cosas fueran tan mal.

—No, pero a lo mejor lo iban. Quizá por eso me pidió que llevara a Wilbur a verla.

—Tal vez. —Lanzó un palo para que Elsie lo cogiera—. Supongo que ha sido un gran golpe para el grandullón.

—Parece que sí. —Emma observó los nubarrones que llegaban del norte—. No tenía ni idea de que los perros se afligieran.

—Por supuesto. Cuando era niño, mi abuela tenía un perro que murió de tristeza.

—¿En serio? —preguntó Emma examinando su cara, que parecía muy diferente sin el vello facial. Ahora podía distinguir sus labios carnosos y su mandíbula, que era mucho más fuerte de lo que había imaginado.

—Sí. Tenía dos perros salchicha, Pinky y Grundy. Cuando Grundy murió, Pinky dejó de comer; murió dos semanas después.

—No estoy segura de que nada pueda impedir que este colega coma —dijo Emma, con una ligera carcajada, acercando a Wilbur.

—Seguro que tienes razón, pero, aun así, vigílalo.

Emma miró el cielo, que se había vuelto inquietantemente oscuro; gotas de lluvia moteaban la roca.

—Parece que la previsión meteorológica era acertada —dijo Phil, que levantó las palmas de las manos hacia la lluvia.

—¿Qué decía? —Emma se subió el cuello de la blusa.

En ese preciso momento, se abrieron las nubes y empezó a llover a cántaros.

—Deberíamos irnos.

Los cuatro se apresuraron a bordear la playa y regresar al sendero. Elsie iba en cabeza, subía la empinada cuesta, y Wilbur la seguía despacio.

—Vamos —lo animó Emma, con el abrigo ya empapado, expresión apenada y el corazón encogido al verlo ir a paso de tortuga en la retaguardia.

—¿Ha ido ya alguien a arreglarte el tejado? —preguntó Phil cuando llegaron al caminito que llevaba de vuelta a la calle principal.

—Se supone que mañana vendrá alguien. Por ahora, tengo cubos y lonas justo debajo, así que tendré que levantarme cada pocas horas para vaciarlos.

—Puedo ir a ayudar si quieres.

—Me las apañaré, pero gracias por el ofrecimiento —dijo Emma, que no quería darle largas, aunque le habría encantado su ayuda. Más lluvia significaba más daños, más daños significaba cerrar más tiempo, y eso significaba más pérdida de ingresos. Y todo por culpa de Aidan.

—Avísame si cambias de opinión —le dijo, fuera de su tienda.

Emma ató la correa a la farola.

—Lo haré. Por ahora, creo que voy a llevarme un filete para Wilbur.

—¡Guau! —dijo Phil, que hizo una estúpida mueca de sorpresa—. ¿Emma Jenkins comprando un filete para un perro?

—Bueno, no cualquier perro...

—¿Te estás ablandando?

—Puede que sí. —Emma se hizo la tonta a pesar de que sus tiernos ojos decían otra cosa.

—Dime que no sigues pensando en realojarlo.

—Imposible.

—Emma, vamos —suplicó.

—No lo sigo pensando, ya he tomado mi decisión.

—¿Y?

—Y... —Emma hizo una pausa teatral—. He decidido quedármelo.

—¡Dios mío! ¿De verdad? —preguntó Phil con las manos en la cabeza, incrédulo.

—De verdad.

—Estoy muy contento. —Le cogió las dos manos, con los ojos brillantes de alegría.

—Bien —dijo Emma, divertida por su reacción.

—Hilda también se habría alegrado —dijo, y su tono pasó de la excitación a la ternura.

—Lo sé.

Los ojos de Phil recorrieron los de Emma, que sintió un cambio en la energía entre ellos.

—No te arrepentirás.

—También lo sé —dijo ella, preguntándose si Phil seguía hablando de Wilbur.

—Es fiable y ecuánime —dijo, con los ojos clavados en los labios de Emma—. Es un gran tipo.

—Sí —dijo Emma, y, mientras hablaba, Phil se inclinó y puso su boca sobre la de ella.

La suavidad de sus labios curtidos cogió a Emma por sorpresa y se detuvo un momento antes de apartarse de golpe.

—No deberíamos. —Se sacudió el beso y trató de centrar sus pensamientos.

—Pero pensaba... —Phil vaciló—. Tenía la impresión de que...

—Es culpa mía —se apresuró a decir Emma—. Me he metido en un lío. Las chicas me animaron... Pero, anoche, yo... —El recuerdo de despertar de la pesadilla y desear a Aidan estaba presente en su mente.

Phil retrocedió un paso y se metió las manos en los bolsillos.

—No me estoy explicando bien: eres un verdadero partido, un amigo increíble, amable, servicial, optimista..., ya sabes, ¿cómo no vas a gustar? —dijo ella con el cuerpo tenso.

—¿Pero?

Emma se lo pensó un momento, mirando su rostro amable y hermoso, sabiendo que todos la tomarían por loca por rechazarlo, pero entonces la invadió la claridad y toda la tensión la abandonó.

—Pero somos personas muy diferentes. A ti te encanta estar fuera, bajo la lluvia. —Miró hacia arriba, seguía cayendo a cántaros—. Yo prefiero quedarme dentro. Tú eres aventurero, yo soy hogareña, y luego está...

Emma se detuvo.

—¿Aidan?

—No —dijo Emma, sabiendo lo absurdo que habría sonado que estaba colgada de un chico con una relación—. Es más la idea de alguien...

—¿Como Aidan?

—No lo sé. —Emma sacudió la cabeza, porque, si algo sabía, era que no tenía ni idea de lo que sentía por Aidan.

—Bueno, sigo aquí para ti si necesitas algo. Deja que te traiga ese filete. —Se dirigió a la tienda.

—Phil, no tienes por qué hacerlo. —Se quedó fuera, sin querer seguirlo dentro.

—Claro que sí. —Se dirigió detrás del mostrador y volvió junto a Emma para darle el filete—. Es lo que Hilda habría querido.

—Bueno, si lo dices así, gracias —dijo ella, deseando encontrarlo tan atractivo como todas las demás.

—De nada.

—Hasta pronto. —Depositó un suave y platónico beso en su mejilla.

Cuando Emma se volvió para desatar a Wilbur, una furgoneta pasó rugiendo por delante de la tienda. No le dio tiempo a distinguir las letras, pero el conductor parecía grande y rubio, y, por una fracción de segundo, Emma habría jurado que era Aidan.

Cuando Emma y Wilbur llegaron a casa, los dos empapados por la lluvia, los cubos ya estaban

lentos. Después de secar a Wilbur con una toalla y dejarlo en la cocina con su filete, pasó la siguiente media hora subiendo y bajando por las escaleras antes de poder darse una ducha caliente para deshacerse de los golpes del día.

—¿Caroline? —preguntó Emma cuando salió de la ducha; mojó el teléfono con el pelo.

—¿Sí? —respondió ella.

—Soy Emma Jenkins, de Lobster Bay.

—Emma, hola. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, he tenido un día un poco duro, si te soy sincera, pero me ha dejado pensar: me gustaría quedarme con Wilbur, después de todo.

—Eso es genial, Emma. ¿Estás completamente segura? Es una gran responsabilidad.

Miró el mar desde la ventana de su habitación y recordó la primera vez que había visto aquel paisaje, antes de descubrir a Wilbur en el lavadero, antes de conocer a Rhona, a Aidan y a Phil, y al resto de la comunidad con la que se había encariñado tanto. La Emma de hacía tres meses no habría creído todo lo que había sucedido en tan poco tiempo.

—Es una gran responsabilidad, y su fuerza y mi carga de trabajo no han cambiado, pero aquí tengo toda una red de apoyo dispuesta a ayudar. Sé que puedo conseguir que funcione.

“Además, puede que lo subestimara —continuó, recordando cómo se había reído de la idea de Hilda de que Wilbur fuera un amigo leal. Cuando se mudó, nunca habría imaginado que un perro pudiera ser tan capaz de mostrar sensibilidad y devoción—. En retrospectiva, creo que no sería bueno realojarlo. —Le parecía cruel que tuviera que soportar la pérdida de Hilda y un nuevo hogar. Si tenía en cuenta los deseos de la anciana y el amigo en el que se había convertido, le parecía que era lo único que podía hacer.

—Me alegro de que hayas llegado a esa conclusión. Tenía una lista de personas que lo habrían mantenido e incluso querido, pero un perro de esa edad nunca se habría asentado del todo.

—Ahora lo veo.

—Avísame si puedo ayudarte en algo más, no tengas miedo de pedirlo.

—Gracias, Caroline, pero creo que estaremos bien.

Tras ponerse el pijama y las zapatillas, Emma bajó a la cocina, donde Wilbur la saludó con un lento movimiento de la cola a ras de suelo.

—¿Qué tal el filete? —le preguntó, sentándose a su lado.

Wilbur apoyó la cabeza en las patas, estiradas hacia delante, y soltó un suspiro lastimero.

Emma se acercó un poco más y le acarició las aterciopeladas orejas.

—Hoy no ha sido tu mejor día, ¿eh? ¿Y si te digo que he llamado a Caroline y que definitivamente te quedas, te sentirías mejor?

Wilbur aguzó un poco las orejas y giró la cabeza para apoyarla en el muslo de Emma.

—Adelante —dijo ella, sintiendo la humedad de su baba filtrarse a través de los pantalones de su pijama—. Hay que lavarlos de todos modos.

Los dos permanecieron sentados un rato, escuchando la lluvia, el zumbido del frigorífico-congelador y la respiración lenta y pesada de Wilbur.

—Sé que la echas de menos —dijo Emma, con un nudo doloroso en el estómago—. Yo también la echo de menos, pero no puedo traerla de vuelta. —Los enormes ojos de Wilbur se levantaron y Emma los miró fijamente.

“Lo único que puedo hacer es prometerte que te cuidaré como ella lo hacía. Es lo que Hilda

habría querido. —Despacio, Wilbur se puso en pie y se colocó sentado al lado de Emma, antes de apoyarle la barbilla en el hombro.

“Gracias, amigo —le dijo con las palabras atascadas en la garganta y lágrimas en los ojos. Apoyó la cabeza en la de él—. ¿Quién necesita a un hombre cuando tiene a un perro como tú?

Lo rodeó con el brazo y se impregnó de su aura apacible. Emma no podía estar segura, pero creyó sentir que el perro se relajaba, como si él hubiera encontrado consuelo en Emma, igual que ella había encontrado consuelo en él.

CAPÍTULO 22

—Voy a encontrar a alguien que arregle ese maldito tejado hoy mismo, aunque sea lo último que haga —dijo Emma, que, después de tres noches levantándose cada pocas horas para vaciar cubos, no podía más. Wilbur levantó la vista de donde estaba tumbado, al pie de la cama.

“Hablo en serio. —Se secó el pelo con brusquedad y le dio con el secador, lo que le dio un aspecto que se parecía mucho al que tenía Wilbur después de haber estado nadando en el mar y haberse sacudido para secarse.

“Tendrá que valer. —Pensó que podría recogerse el pelo con un pañuelo o ponerse un sombrero cuando saliera más tarde. Por el momento, lo único que hacía era vaciar cubos y llamar por teléfono a los techadores; no podía importarle menos el aspecto de su pelo ni lo grandes que eran las bolsas que tenía bajo los ojos.

Estaba recogiendo la colada cuando sonó el timbre.

—¿Quién puede ser? —Se apresuró a bajar los dos tramos de escaleras, con Wilbur pisándole los talones y ladrando excitado—. ¿Quién es, chico? —preguntó, contenta de verlo tan animado. Era la primera vez desde la muerte de Hilda que lo oía ladrar o moverse más rápido que un caracol. —Al abrir la puerta, tuvo que agarrarlo del cuello para que no saliera corriendo.

“¿Es el cartero? —le dijo ella, riéndose de los ruiditos que emitía en su afán por llegar hasta quienquiera que estuviese detrás de la puerta principal.

—El cartero no. —La voz hizo que el corazón de Emma se parara en seco durante un segundo y que se le pusiera la piel de gallina.

—Aidan. —Abrió completamente la puerta y se arrepintió de inmediato de su decisión sobre el pelo, irritada porque le importara su aspecto ante él. Aidan llevaba el pelo más corto de lo habitual, lo que marcaba su fuerte mandíbula, y de algún modo se las había apañado para parecer perfectamente arreglado, a pesar de estar bajo la lluvia.

Wilbur se retorció y tiró. Emma lo soltó.

—Hola, grandullón —dijo Aidan, que dejó que Wilbur saltara sobre él, con las patas casi hasta los hombros, y lo zarandeara—. ¿Cómo estás?

—Se alegra de verte —dijo Emma con sequedad y cruzándose de brazos. A pesar de lo furiosa que estaba con él, y de que la había tratado mal, aún había una pequeña parte de ella que deseaba lanzarse sobre él como estaba haciendo Wilbur.

—¿Cómo estás? —preguntó él, una vez que Wilbur se hubo calmado y se contentó con dar vueltas alrededor de sus piernas. Su tono rozaba la defensiva.

—Bien —dijo Emma, que no tenía ni idea de por qué era él el que actuaba con frialdad—. ¿Quieres algo?

Aidan se encogió de hombros.

—Yo solo...

—Porque, si no hay nada en particular, tengo que ponerme en marcha. Tengo que encontrar a un techador y, si no encuentro a alguien hoy, juro que quemaré esta casa.

—¿Por qué necesitas un techador?

Emma miró al cielo.

—El trabajo que hiciste no aguantó, y no he conseguido que nadie más lo repare.

—¿No podrías haberle preguntado a Phil?

Su tono era tan venenoso que Emma sintió ganas de darle con la puerta en las narices.

—¿Qué quieres decir?

—A ver, parecíais muy amigos el otro día.

Emma se detuvo un segundo, calculando cuántos días habían pasado desde que Phil la había besado.

—¿Hace tres días que volviste? —le preguntó mirándolo fijamente a los ojos, con una mirada que decía: “¿Y es la primera vez que se te ocurre pasarte por aquí?”.

—He tenido que arreglar algunas cosas —dijo Aidan, mirándose las botas.

—Estoy segura de que sí —dijo ella en tono seco, demasiado humillada para mencionar a Eve, pero segura de que daba a entender que sabía que habían vuelto.

—Emma...

—No me interesa, Aidan —dijo ella, cortándolo, deseando que fuera verdad, sabiendo que sería más fácil si lo fuera.

—Yo...

—Por lo que a mí respecta, lo nuestro nunca ocurrió. —Odiaba que se hubiera cerrado el círculo y volvieran a ser vecinos enemistados—. Tengo que irme. Wilbur, entra —ordenó, y Wilbur obedeció.

—Parece que tienes a todo el mundo rendido a tus pies —murmuró Aidan, que se dio la vuelta para marcharse.

—Gilipollas —murmuró ella antes de dar un portazo, deseando que desapareciera la sensación de vacío en el estómago.

Las paredes en blanco de la consulta no ayudaban a Emma a apartar a Aidan de su mente. Desde que se había marchado hacía un par de horas, estaba hecha un lío, incapaz de concentrarse en las llamadas que tenía que hacer y pasando de la furia a la confusión. ¿Cómo era posible que hubiera llamado a su puerta y la hubiera acusado de salir con otra persona cuando era él quien había vuelto con su ex, no había mantenido el contacto y había dejado un rastro de destrucción a su paso? Y, sobre todo, ¿cómo era posible que no estuviera furiosa con él? No le encontraba sentido a la añoranza que notaba como un agujero en el corazón.

—¿Emma Jenkins? —dijo una voz femenina, sacándola de su estupor.

Siguió a la menuda doctora, cuya larga melena rizada caía por la espalda de su holgada americana burdeos, hasta su consulta.

—Por favor, tome asiento. —Indicó la silla azul para pacientes que había junto a su escritorio—. Soy la doctora Callaghan. ¿En qué puedo ayudarla hoy?

Emma se sentó en el borde del asiento, con las manos entrelazadas y respiró hondo.

—Me pregunto si sufro trastorno de estrés postraumático.

Se oyó a sí misma pronunciar las palabras, sintió que se le escapaban de la lengua, pero, a pesar de eso, estaba del todo desconectada de ellas, como si pertenecieran a otra persona.

La doctora Callaghan se arrellanó en su cómoda silla e inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Ha experimentado algún acontecimiento traumático hace poco?

—A finales del año pasado. —Emma luchó contra las imágenes de Nochebuena. Volvió a respirar hondo, insegura de cómo reaccionaría la doctora, insegura de cómo reaccionaría ella

misma cuando hablara de lo que había presenciado—. El atentado terrorista de Navidad en Londres.

—Debe haber sido muy duro —dijo la doctora, con ojos llenos de compasión.

—A veces, ha sido abrumador —dijo Emma, aliviada por su amabilidad.

—¿Ha tenido pesadillas o pensamientos no deseados sobre el suceso?

—Sí.

—¿Y se esfuerza por no pensar en ello?

—Desde luego.

La doctora Callaghan cogió el bloc de notas que tenía sobre la mesa.

—¿Se asusta con facilidad?

—No se lo imagina —dijo Emma—. Portazos, coches petardeando, no hace falta mucho.

—¿Y se siente insensible o ajena a la gente, a los acontecimientos o a su entorno? —La doctora tomaba notas mientras Emma hablaba.

—Ahora no tanto, pero sí. Me mudé de Londres y dejé mi trabajo para no tener que visitar la escena a diario.

La doctora Callaghan levantó la vista de sus notas.

—¿Y algún sentimiento en torno a la culpa?

A Emma se le llenaron los ojos de lágrimas y se le oprimió el pecho.

—Supongo que me siento culpable por no haber hecho más —dijo Emma con lentitud, mirándose los nudillos, blancos por la tensión—. Ojalá hubiera sido capaz de administrar los primeros auxilios que podrían haber salvado a la mujer que murió a mi lado.

Solo cuando la médica le ofreció una caja de pañuelos, Emma se dio cuenta de que estaba llorando. La doctora Callaghan le dio un momento para que se secara los ojos.

—¿Ha hablado con alguien de lo que pasó y de cómo se siente?

Emma sacudió la cabeza mientras se sonaba la nariz.

—Usted es la primera. Quería decírselo a mi madre, pero, bueno, tiene sus propios problemas y la última vez que hablamos discutimos y... —Emma entrecerró los labios y se los mordió con fuerza, luchando contra más lágrimas.

—Ya ha hecho lo más difícil —dijo la doctora Callaghan, que le tendió una mano a Emma—. Me parece que tiene trastorno de estrés postraumático y que un poco de apoyo la ayudaría a superarlo. Permítame que escriba un informe para derivarla a un psicólogo especializado, y seguiremos a partir de ahí.

—Gracias —dijo Emma; una oleada de alivio le recorrió el cuerpo como el oleaje del mar en la orilla.

Fuera de la consulta, desató a Wilbur, que había paseado impecablemente a su lado desde casa. Recorrieron la corta distancia por las aceras secas que los separaban de Seaview, donde llegó justo a tiempo para oír a Wendy, en el cenador del jardín, tomar el micrófono.

—Acercaos todos —dijo, extendiendo los brazos y agitando las manos—. Me complace daros la bienvenida a nuestra fiesta anual de verano.

“Algunos sabéis que gran parte del acto fue organizado por nuestra querida y fallecida amiga Hilda Wyatt, y por eso le dedicamos el día de hoy. Hilda fue una incondicional de esta

comunidad durante muchos años y la echaremos de menos. —Wendy cogió un vaso y lo levantó—. Por favor, uníos a mí para brindar. Por Hilda.

—Por Hilda —corearon todos. Por la megafonía empezó a sonar *Chattanooga Choo Choo*, de Glen Miller, y Wilbur ladró, entusiasmado.

—Glenn Miller era su favorito, llenaba la casa cuando éramos pequeños —dijo Judy, que había aparecido junto a Emma al empezar los festejos. El jardín estaba repleto de tenderetes de playa de vivos colores que vendían desde rifas hasta helados.

—Vivaz, como ella. —Emma indicó a Wilbur con la palma de la mano que se sentara, y así lo hizo—. Es maravilloso que la fiesta se celebre para festejarla.

—Ella habría preferido esto a un viejo velatorio, eso seguro.

Emma sacó una lata de su bolso y se la dio a Judy.

—Un poco del *shortbread* de Hilda. Siento no haber podido hornear suficientes para el puesto de té.

—Es un gesto encantador, Emma. Gracias.

—¿Cómo fue el funeral?

—Tranquilo. Tengo la sensación de que ahora está con papá, como debe ser.

—Me alegro —dijo Emma, a quien le había gustado que Judy hubiera tomado la decisión de que el funeral se celebrara rápidamente y solo asistieran los familiares más cercanos. Tenía la sensación de que a Hilda no le habría gustado tener a un montón de gente con caras impasibles escuchando a un deprimente ministro parlotear sobre su vida.

—No tengo palabras para agradecerte que nos ayudaras a arreglar nuestras diferencias. Al final, pareció entender que ya no podía seguir administrando la casa, y que yo no podía permitirme su cuidado sin venderla. Si no hubiera sido por ti... —Las lágrimas asomaron al borde de los ojos de Judy.

Emma puso una mano amable en el brazo de Judy.

—Estoy agradecida por haber tenido la oportunidad de hacer algo por ti. Después de todo lo que Hilda hizo por mí, era lo menos que podía hacer. Sin la persistencia de Hilda no tendría a Wilbur en mi vida, y...

Estaba a punto de contarle a Judy su diagnóstico de trastorno de estrés postraumático cuando Sheena, de la tienda de ultramarinos, se unió a ellas.

—Te debo una disculpa —dijo Sheena con su marcado acento escocés, después de darle el pésame a Judy.

—En absoluto. —Sabía que se refería al hecho de que le hubiera dicho a Hilda que Emma pensaba arreglar la casa y venderla.

—Hilda era mi mejor amiga, solo intentaba protegerla.

—Entiendo —dijo Emma, que no le guardaba rencor.

—¿Puedo hacer algo para compensarte?

Emma se detuvo un momento y pensó.

—¿No conocerás a ningún techador?

—Te enviaré a mi sobrino por la mañana.

—¡Gracias! —dijo Emma, más agradecida de lo que Sheena podía imaginar.

Con Sheena deseosa de pasar un rato a solas con Judy, Emma y Wilbur se dispusieron a recorrer los puestos, repletos de productos locales. Pasó los dedos por hermosos y brillantes

azulejos pintados con frailecillos, langostas y cangrejos; probó *tablets*, un dulce típico escocés, aromatizadas con *whisky*; admiró paisajes marinos pintados al óleo, y respiró el cálido aroma de los bollos recién horneados, que hicieron babear a Wilbur.

Emma estaba pagando un jabón artesanal de arándanos cuando oyó que la llamaban. Se giró y vio que Rhona caminaba hacia ella.

—¿Cómo están los niños? —le preguntó, encantada de ver a su amiga fuera de casa.

—¡Tres están vomitando! —dijo Rhona con una risa agotada. Se agachó para mimar a Wilbur—. Han alcanzado un ritmo de un vómito cada hora. Me he quedado sin sábanas, sin toallas y sin cordura.

—Suenan horrible. Puedo ayudarte con la ropa de cama y las toallas. Con la cordura, no lo creo.

—No te preocupes, mamá me está ayudando. Se ha quedado supervisando los vómitos durante una hora mientras salgo a tomar un poco de aire que no huele a enfermedad.

—Tu madre es increíble. —Pensó en la suya y deseó ser mejor hija. Había perdido la cuenta de cuánto tiempo hacía que no se peleaban, pero le parecía una eternidad.

—¿Sabes que ha dejado su trabajo para que yo pueda trabajar más?

—Estás de broma —dijo Emma, con las orejas aguzadas como las de Wilbur ante la noticia—. ¿Así que puedes plantearte trabajar a tiempo completo en la pensión, una vez que abramos de nuevo?

—Ya está decidido. Si crees que puedes permitirte, me encantaría hacer más.

—Dios, es increíble —dijo Emma, que agarró el brazo de Rhona, emocionada. Con ella a jornada completa, podría desarrollar otras facetas del negocio y convertirlo en el destino de retiro con el que soñaba.

—¿Qué es increíble? —preguntó Jennifer, que se unió a ellas, con un gran algodón de azúcar en la mano.

Emma compartió la noticia mientras paseaban juntas por delante de algunos puestos más hasta que las detuvo el olor de la barbacoa. Un par de tiendas más allá, Emma vio a Phil, que volteaba hamburguesas en una plancha. Wilbur olfateó el aire con entusiasmo.

—No sabía que Phil iba a estar aquí —dijo Emma, contenta de descubrir que no se arrepentía de su decisión de haberlo rechazado.

—Se rumorea que te besó —dijo Rhona, juguetona.

—¿Por qué no me sorprende? —contestó Emma riendo.

—¿Es cierto? —Jennifer estaba un poco menos animada que Rhona.

—Me besó. Lo evité —respondió Emma, que creyó vislumbrar un atisbo de envidia en los ojos de Jennifer.

—Entonces, ¿no estáis juntos? —Jennifer quiso aclarar el punto.

—Jennifer, ¿estás interesada en Phil? —preguntó Rhona.

Las mejillas de ella se sonrojaron y Emma y Rhona compartieron una mirada de sorpresa.

—¿Por qué no lo has dicho antes? —dijo Emma.

—¡Lo hice!

—¡No creí que hablaras en serio!

Jennifer se encogió de hombros

—Bueno, quizá yo tampoco, hasta que supe que te había besado.

Emma tomó las manos de su amiga entre las suyas.

—Jennifer, te juro que no estoy interesada en Phil. Si lo quieres, es tuyo. —Y, con eso, la mujer se alejó hacia él.

—Supongo que todavía tienes el corazón puesto en otra persona, ¿verdad? —dijo Rhona, que lanzó una mirada detrás de Emma. Ella miró por encima de su hombro y vio a Aidan paseando hacia ellas con Eve. Wilbur ladró y tiró en su dirección.

—Ese barco ya ha zarpado. —Sujetó a Wilbur.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. —Le dio un afectuoso apretón a la mano de Rhona antes de girarse para regresar a casa.

CAPÍTULO 23

El sol calentaba la espalda de Emma mientras ella y Wilbur se apresuraban por el sendero costero, que aún estaba embarrado y resbaladizo por los días de lluvia. El calor hacía que se le pegara el impermeable y, por primera vez desde que se había mudado, se sentía incómodamente abrigada.

—Maldito trasto —murmuró cuando se le atascó la cremallera de la chaqueta.

Intentó subirla y bajarla mientras caminaba, su determinación de alejarse lo más posible de Aidan le impedía detenerse, pero se atascaba. Desesperada por refrescarse, sacó un brazo de la manga y, al sacar el otro, su pie se enganchó en una roca y cayó hacia delante. Incapaz de frenar su caída, se golpeó contra el suelo, y la rodilla se llevó la peor parte del impacto. Luego tropezó de costado y la cara recibió el golpe final.

—Mierda. —Se incorporó y consiguió, por fin, quitarse la chaqueta por encima de la cabeza. Wilbur la empujó con suavidad con el hocico para animarla a levantarse—. Gracias, colega.

Dejó su chaqueta en el suelo para usarla como colchoneta. Puso primero las manos sobre ella y luego la rodilla buena para levantarse sin cargar peso sobre la lesionada. Estaba de rodillas, con el trasero cubierto de barro en el aire, cuando vio, a través de sus piernas, una figura que doblaba el recodo del camino que había detrás de ella.

—Tienes que estar de broma —dijo ella, reconociendo al instante las botas con casquillo de acero.

—Vaya, no se ve a menudo que alguien se caiga de bruces —dijo Aidan cuando Emma se hubo levantado. Wilbur saltó a saludarlo. Todavía de espaldas a él, cogió su abrigo y se lo ató a la cintura, ocultando lo peor de la suciedad de su trasero, y luego se quitó el barro de la cara, que ya se estaba secando con el calor de la tarde—. Podría ayudarte —le dijo mientras ella intentaba alejarse con un dolor punzante en la rodilla.

—Ya lo hiciste una vez y mira cómo acabó. —Se alejó de él de un brinco. Chasqueó los dedos para indicarle a Wilbur que la siguiera, pero él vaciló entre los dos.

—No llegarás muy lejos sola.

—Llamaré a Rhona. —Sacó el móvil para descubrir que se había quedado sin batería. Se lo volvió a meter en el bolsillo.

—Emma, vamos, déjame ayudarte.

Emma se detuvo, se tragó su orgullo y se giró para mirarlo.

—Está bien —dijo, malhumorada.

—Hay un banco en la siguiente curva. Te haré de apoyo hasta que lleguemos allí.

A regañadientes, Emma pasó el brazo por el hombro de Aidan y él soportó su peso mientras ella saltaba, incómoda, hacia el asiento, con Wilbur a la cabeza. Odiaba tener que apoyarse en él, odiaba que oliera tan bien y le resultara tan fuerte y familiar, odiaba que hubiera estropeado lo que habían tenido.

—Déjala descansar un rato —le dijo, bajándola al banco. Emma se sentó en un extremo y Aidan en el otro. Wilbur se sentó en el suelo, justo en el centro—. Debes mantenerla levantada para evitar que se inflame más.

—No hay nada sobre lo que levantarla.

Aidan palmeó el brazo del banco.

—Estírala sobre mí y pon el talón aquí. —Señaló el reposabrazos de madera.

Con cuidado, Emma consiguió colocar su pierna sobre la de Aidan, lo que se le antojó incómodamente íntimo.

—Gracias —dijo, resentida, mientras el dolor se aliviaba.

—De nada —contestó él, y se sumieron en el silencio.

—El cielo es espectacular hoy —dijo Emma, cuando ya no pudo soportar más la tranquilidad.

—Dos frentes meteorológicos que chocan. Sol desde el sur, lluvia al norte.

Emma contempló el encuentro del gris oscuro con el azul brillante y los rayos amarillos que descendían hacia el mar.

—A Hilda le habría encantado.

—¿Cómo te sientes por su muerte? —preguntó Aidan, y se encontró con su mirada. Había olvidado lo brillantes que podían ser sus ojos y, aunque lo deseaba, se esforzó por apartar la vista.

—Me siento agradecida por haberla conocido, aunque fuera por poco tiempo —respondió ella, un poco altanera. Quería que Aidan se sintiera mal por no haber sido mejor vecino con Hilda.

—¿Y Wilbur?

Ella lo miró con cariño, sentado, protector, entre ellos.

—Le llevará un tiempo, pero lo superará.

—Quiero decir, ¿cómo te sientes respecto a Wilbur?

—Ah. —Emma, muy a su pesar, rio ligeramente por su error—. Nos va muy bien. Le he dicho que puede quedarse. Mantendrá vivo el recuerdo de Hilda.

—Parece que has recorrido mucho camino desde que me fui.

—Se podría decir que sí. —Emma deseaba desesperadamente compartir su diagnóstico con Aidan, pero luchó contra el impulso. Si no se hubiera marchado, se lo habría dicho sin pensárselo dos veces, pero ya no tenía sentido; después de cómo la había tratado, no merecía saberlo.

Se hizo otro incómodo silencio entre ellos. Wilbur se tumbó.

—¿Por qué no llamaste? —preguntó Emma, irritada porque no fuera capaz de confesar que había vuelto con Eve.

—Lo hice —contestó, mirándola directamente.

—Aidan, no mientas, ya hemos superado esa fase —dijo Emma con amargura.

—Emma, te dejé mensajes interminables en tu teléfono fijo, explicándote que había olvidado mi móvil y que podías localizarme en mi hotel.

—No los he recibido —dijo.

—Bueno, los dejé, están ahí para que los oigas.

Ahora que Emma lo pensaba, se daba cuenta de que el teléfono fijo no había sonado desde que la tormenta había inundado el dormitorio del piso superior.

—La lluvia debe haber dañado el viejo enchufe del teléfono de arriba. ¿Por qué no llamaste a mi móvil?

—No me sé tu número. Intenté buscarte en Facebook; como no lo conseguí, busqué en Google el número de la hospedería y llamé, además de enviar varios correos electrónicos.

—Debiste pensar que te ignoraba —dijo Emma, consciente de que su correo electrónico podía estar en su abultada carpeta de correo no deseado, que no había comprobado desde la mudanza.

—Se me pasó por la cabeza —rio sardónicamente—. Luego, cuando te vi besando a Phil, pensé que se había acabado el juego.

—Pero el juego ya había terminado antes —dijo Emma, confundida porque Aidan se preocupara por el beso cuando había vuelto con Eve.

Aidan la miró, perplejo.

—Tú. Eve —dijo, afirmando lo obvio.

—Ay, Dios mío —dijo Aidan con lentitud y ojos brillantes.

—¿Qué?

—¿Piensas lo que creo que estás pensando? —Una sonrisa asomó a sus labios.

—No tengo ni idea de lo que crees que estoy pensando.

—¿Que Eve es mi novia?

—Pues claro —dijo Emma, irritada porque no tenía ni idea de qué le hacía tanta gracia a Aidan—. Vives con ella. Y ha vuelto. Dejé que me permitieras creer que os habíais separado para siempre y, de repente, reaparece en tu vida.

—Emma, Eve es mi hermana.

—¿Qué? —Se quedó boquiabierta.

—Es mi hermana pequeña.

—Pensé que vivía en la ciudad. —Recordó lo que Rhona le había dicho aquel día en el *loft*. Emma seguía boquiabierta, meneando la cabeza, con el ceño fruncido por la confusión, y luego un cosquilleo de excitación empezó a recorrerle la piel.

—Lo hizo, hasta que murieron mis padres, entonces ambos volvimos.

—Pero todas las peleas...

—No nos ponemos de acuerdo sobre qué hacer con la casa. Mamá y papá nos la dejaron, pero aún tiene una hipoteca enorme y necesita muchas reformas. Eve quiere venderla, yo quiero conservarla, tengo demasiados recuerdos ligados a ella. Siempre nos hemos peleado mucho, a pesar de estar muy unidos, pero por esto peleamos a todas horas.

—Por eso necesitabas tanto el trabajo en el sur, para pagar el mantenimiento.

—Y por eso me ofrecí a hacer yo mismo el trabajo en tu tejado. Nos habíamos retrasado con los pagos del seguro y, hasta que no me pusiera al día, sabía que no podríamos reclamar. Te lo prometo, hice el trabajo de buena fe, nunca tuve la intención de dejarte en la estacada.

Emma sintió que la tensión de su pecho y sus hombros se relajaba.

—¿De eso tenías que ocuparte cuando volviste, del seguro?

—De eso y muchos otros pagos.

—¿Sabía Hilda que te resultaba tan difícil?

Aidan negó con la cabeza.

—No era el tipo de mujer en la que a Eve o a mí nos resultara fácil confiar —dijo riendo.

—Cierto. —Emma rio también, recordando lo hostil que había sido Hilda con ella antes de darse cuenta de que sus intenciones eran sinceras—. ¿Es la casa la razón por la que Eve se fue por un tiempo?

—Necesitábamos espacio. Cuando se enteró de que estaba trabajando fuera, volvió.

—Y yo lo malinterpreté como que te estabas reconciliando con tu novia —dijo Emma, con las mejillas enrojecidas.

—Lo que explica por qué no hiciste ningún esfuerzo para llamarme. El agujero en el tejado.

Yo, que no había llamado. Y de vuelta con mi ex. Dios, Emma, debes haber pensado que soy un completo cabrón.

—Se me ocurrió —dijo, enarcando una ceja y sonriendo.

—No me extraña que acabaras con Phil.

—Aidan —dijo Emma, frustrada—. No pasó nada entre Phil y yo. Me ayudó con Wilbur un par de veces, eso es todo. Lo interpretó mal, te lo prometo, no tienes nada de qué preocuparte.

Aidan frotó el tobillo de Emma.

—¿Algo más que tengamos que aclarar?

—Hay una cosa —dijo Emma, y en su estómago revolotearon mariposas del tamaño de palomas—. Algo que no te he dicho antes.

—Ah, vaya —dijo Aidan. Dejó de masajearle el tobillo.

—No es nada personal. No se lo he dicho a nadie. Bueno, a una persona, la doctora de cabecera...

—¿Emma?

—La pasada Nochebuena —empezó despacio, siguiendo el consejo de la médica de hablar del tema y recordar los acontecimientos poco a poco.

—Sabía que pasaba algo —dijo Aidan, agarrando con fuerza la mano de Emma—. Deberías habérmelo dicho, podría haberte ayudado. Tuve que superar muchos problemas después de la muerte de mis padres. Aún lucho con la imagen de sus cuerpos hinchados y maltrechos. Fui solo al tanatorio; nadie más sabe lo que vi. La gente se pregunta por qué soy distante; si supieran el tormento que supone identificar a tus padres muertos, sin saber nunca lo que pasó en realidad, quizá me dieran un respiro.

—Lo siento mucho —dijo Emma, contenta de que Aidan lo hubiera compartido con ella y sintiéndose a la vez agotada y eufórica de que él lo comprendiera—. ¿No más secretos?

—Deja que me acerque más —dijo Aidan, y se arrimó con cuidado por el banco.

—Espero que hablar de esto sea el principio de la recuperación —dijo mientras Aidan la rodeaba con el brazo y ella apoyaba la cabeza en su hombro, capaz por fin de relajarse por completo—. No quiero olvidar lo que pasó —continuó Emma, que no soportaba la idea de perder el recuerdo de Dawn—. Pero quiero olvidar el horror e intentar recordar la humanidad.

—El amor siempre gana —contestó, acariciándole el pelo mientras ambos observaban en silencio un arcoíris sobre el mar.

CAPÍTULO 24

Emma y Aidan se sentaron en el banco, perdidos el uno en los brazos del otro, hasta que el sol empezó a bajar y el arcoíris desapareció de su vista.

—Vamos a llevarte a casa. —La ayudó a levantarse y cargó su peso una vez más.

Había anochecido cuando llegaron y Emma tenía frío y estaba dolorida. Wilbur desapareció por la parte trasera en busca de agua y de su cama.

—No sé cómo voy a subir las escaleras. —Parecían elevarse ante ella como el monte Everest.

—No te preocupes por nada. —Aidan la llevó al salón y la colocó con suavidad en el sofá antes de levantarle la pierna con unos cojines—. Ahora vuelvo. —Le dio el mando a distancia de la tele y le puso una manta sobre el cuerpo tembloroso antes de desaparecer en la cocina.

Mientras Emma echaba un vistazo a los canales, se reía para sus adentros al escuchar a Aidan diciéndole tonterías a Wilbur y haciendo sonar su cuenco en el pasillo trasero mientras le preparaba la cena al perro. Regresó unos minutos después con una bandeja cargada de té, galletas, patatas fritas y un vaso de *whisky*.

—Para uso medicinal —dijo, con los ojos cristalinos. Le dio el vaso a Emma y la envolvió en la manta para evitar más escalofríos.

—¿A dónde vas ahora? —preguntó ella cuando él volvió a salir del salón.

—Ya verás —dijo, ya subiendo las escaleras.

Emma se relajó en los cojines del sofá, dio un sorbo a su *whisky* y dejó escapar un suspiro satisfecho, riéndose de sí misma por haberse pasado las últimas semanas pensando lo peor de Aidan.

—¿Qué haces ahí arriba? —Lo escuchaba dar vueltas en el piso de arriba, incapaz de entender qué eran los golpes que oía a través del techo.

—Paciencia —respondió.

Pasaron un par de minutos antes de que regresara, esta vez arrastrando un colchón de dos por dos, con almohadas metidas bajo los brazos y un edredón echado sobre el hombro.

—Podemos acampar aquí hasta que tu rodilla mejore. —Dejó el colchón y la ropa de cama antes de apartar el otro sofá.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Emma, encantada por el gesto.

—No, pero quiero.

Vio cómo montaba la cama y luego subía corriendo al piso de arriba a por las sábanas, los artículos de aseo y las toallas.

—Lo único que necesitamos ahora es algo de cenar —dijo, justo cuando sonó el timbre de la puerta, que fue a atender de inmediato.

—¡Tachán! —Volvio con una bolsa blanca de comida para llevar.

—¿Curri? —preguntó Emma, salivando ante la perspectiva.

—Con todo.

Si alguien le hubiera dicho a Emma esa mañana, después de darle un portazo a Aidan, que esa noche estaría acurrucada y acampando con él en el salón de su casa, se habría reído. Se pellizcó de alegría cuando él volvió con la cena servida en bandejas y dos vasos de cerveza.

—Si no fuera por el dolor de la rodilla, pensaría que me lo estoy imaginando todo —le dijo a

Aidan, que se sentó a su lado y la miró fijamente a los ojos.

—No me he imaginado nada más que a ti desde que me fui —susurró, mirándola con ternura, y se inclinó para besarla.

Cuando sus labios tocaron los de ella, el dolor de la pierna de Emma pareció disiparse, sustituido por un creciente deseo que hormigueaba por todo su cuerpo.

—¡Cuidado! —dijo mientras el curri y la cerveza resbalaban en sus bandejas.

—De repente, no tengo hambre de comer —dijo Aidan, que colocó tanto su bandeja como la de Emma en el suelo antes de levantarla con cuidado del sofá y tumbarla suavemente en la cama.

—Vaya —dijo Emma, casi una hora más tarde, después de que Aidan hubiera vuelto a explorar cada centímetro de su cuerpo—. ¡Menuda resistencia!

—¿Te duele mucho la rodilla?

—Supongo que lo pagaré por la mañana, pero, por ahora, ha merecido la pena —dijo con una sonrisa de satisfacción.

Desde la parte trasera de la casa oyeron ladrar a Wilbur.

—Pobre chico. —Aidan se levantó del colchón y se puso una toalla a la cintura.

—Déjalo pasar. —Emma se sentó con la espalda apoyada en el sofá.

—¿Estás segura? —preguntó Aidan, incrédulo.

—Wilbur y yo hemos recorrido un largo camino desde que te fuiste —dijo Emma—. A veces, hasta duerme en mi habitación.

—¿Estás de broma?

—Ehhh, no —dijo ella—. No eres el único tío de por aquí al que permito entrar en mi dormitorio.

—Voy a tener unas palabras con ese perro —se rio, dirigiéndose a la parte trasera para cogerlo.

—Aidan, tienes que recoger el curri antes de que... —Pero ya era demasiado tarde. Antes de que pudiera terminar la frase, Wilbur entró a toda velocidad en el salón y se fue directo hacia la comida.

—Mierda —dijo Aidan al entrar y encontrarse a Wilbur devorando dos platos de curri y un vaso de cerveza.

Emma se rio con ganas.

—¡Te toca recoger su caca por la mañana!

NOCHEVIEJA

Una semana más tarde, cuando el autobús se acercaba a Piccadilly Circus, Emma sintió que su corazón se aceleraba. Desde donde estaba sentada, cerca de la parte delantera del piso superior, vio los escaparates tapiados, una marca de quemadura en la carretera y trozos de cinta policial que ondeaban al viento.

Miraba fijamente hacia delante, en marcado contraste con los demás pasajeros, que se inclinaban hacia los cristales, señalando y arqueando el cuello al pasar por la escena.

Su cabeza empezó a embotarse y por un momento pensó que se desmayaría.

Toco el timbre por instinto, se estabilizó al bajar los escalones y se lanzó por las puertas abiertas, jadeando.

—¿Estás bien, cielo? —preguntó un transeúnte, que se apartó del camino de Emma.

Ella extendió una mano que le dijo “Sí, gracias”, aunque no fue capaz de encontrar las palabras que la acompañaban. Era consciente de que la observaban mientras corría hacia el norte, evitando mirar al otro lado de la carretera, hacia donde la habían lanzado en Nochebuena.

Un poco más adelante, entró en una cafetería y se sentó. Sacó el móvil de inmediato y le escribió un correo electrónico a su jefa.

Querida Katherine:

Por razones personales, le escribo para notificarle mi dimisión con efecto inmediato.

Les estoy muy agradecida por todo lo que han hecho por mí en los últimos diez años, pero, por desgracia, mis circunstancias actuales no me permiten continuar en la empresa.

Atentamente,

Emma

Estuvo a punto de darle a enviar, pero, como no quería precipitarse, se tomó un momento para serenarse. Hizo clic en un enlace titulado “20 lugares que visitar en el Reino Unido en 2021”, y se desplazó por los destinos habituales: The Slaughters, Cotswolds; St. Ives, Cornualles; Keswick, Lake District, y entonces encontró un lugar del que no había oído hablar: Lobster Bay, Escocia, y, sin pensarlo, lo buscó en Google.

“Parece bonito”, pensó, admirando el pequeño y acogedor puerto y las casitas de madera. Hizo una rápida búsqueda en Rightmove y se sorprendió al descubrir que los precios de las propiedades eran bajos.

—Esto no puede ser real. —Hizo clic en una imponente casa adosada de siete dormitorios que estaba en el mercado por un precio similar al de un piso de dos dormitorios en Tooting.

En la memoria de Emma se despertó una idea que había olvidado hacía tiempo y que había tenido desde niña: tener una pensión con encanto.

“¿Es el momento?”, se preguntó, sorprendida por la sensación de espontaneidad que la embargaba.

Durante los últimos días, sentada en casa de su madre, había pensado mucho en lo afortunada que había sido, no solo por haber salido ilesa de la Nochebuena, sino también por haber tenido

ese despertar a la vida. Si no hubiera decidido caminar y se hubiera subido a su autobús habitual para volver a casa, no se le habrían abierto los ojos. Era imposible seguir adelante con normalidad, aunque solo fuera por honrar a quienes ya no tenían la posibilidad de vivir la vida que deseaban.

Y entonces, mientras ojeaba las fotografías de la casa y las impresionantes vistas al mar, le llegó un mensaje de su hermana:

Feliz Año Nuevo, tata. ¡Feliz Año Nuevo!

De repente, como si las estrellas se alinearan, Emma supo que tenía que empezar de nuevo, ir a un sitio donde nadie la conociera, donde nadie le hiciera preguntas. Y, antes de que le diera tiempo a pensar, volvió a abrir el correo electrónico y pulsó enviar.

CAPÍTULO 25

—Lo has conseguido, nena —dijo Rhona, que le tendió a Emma una botella de cerveza.

—*Lo hemos conseguido.* —*Emma chocó su botella contra la de Rhona.*

Su amiga se sentó en la arena y contempló el fuego, que parpadeaba contra el cielo oscuro.

—¿A qué hora llegan mañana los primeros huéspedes?

—Un poco después de las cuatro. —Emma pensó en las dos últimas semanas y todo lo que habían conseguido desde que Rhona había empezado a trabajar a jornada completa y Aidan había vuelto a casa. El regreso de los huéspedes le parecía un poco irreal, pero todas las habitaciones estaban listas, y el tejado y el techo estaban terminados. Incluso la cocina había sufrido un cambio de imagen.

—Aidan ha hecho un gran trabajo en el tejado.

Emma miró hacia él, que atendía la barbacoa, con Wilbur a su lado. Desde el regreso de Aidan, el perro había dejado de orinar en el suelo, lo que la obligó a aceptar que Hilda tenía razón cuando le había dicho que intentaba comunicarle algo: echaba de menos a Aidan.

—Al final, lo ha conseguido —dijo ella, captando su mirada y sosteniéndosela.

Él levantó su botella de cerveza y le sonrió con simpatía.

—Me gustaría tener un hombre que pasara dos semanas reparando mi casa —dijo Rhona.

—Tienes a Finn.

—Claro —dijo Rhona, distante, mirando fijamente a las llamas.

—¿Va todo bien entre vosotros?

Rhona se abrazó las rodillas.

—Me gustaría que alguien me tocara, ¿sabes? Los teléfonos están muy bien, pero no hay nada como una mano en la espalda o el roce de una mejilla.

—No tardarás en verlo. —Emma se inclinó hacia ella y le dio un codazo de ánimo.

—Eso espero —dijo ella, observando a una pareja que, cogida de la mano, se dirigía a la playa con un perro pequeño—. ¿Son Jennifer y Phil?

—Sí. —Emma vio cómo Elsie salía disparada hacia Wilbur.

—¿Sabe Aidan que viene Phil?

—Sí, ya le he advertido que se porte bien. —Emma se levantó, con la rodilla ya recuperada, y se limpió la arena del trasero.

—Estáis tan monos juntos... —Rhona ahuecó las manos para deleitarse con su prima y su nuevo novio cuando se unieron a ella en la hoguera.

—Sí que es verdad. —Emma saludó a ambos con un beso en la mejilla.

—Nos alegramos de que hayas rechazado a Phil —dijo Jennifer, y Emma se sonrojó con buen humor, compartiendo una sonrisa cómplice con Phil. Jennifer asintió en dirección a Aidan y le dijo a Phil—: Deberías ir a hacer las paces.

—Voy a ello. —Se quitó las Vans y echó a caminar por la arena.

—Esto puede ser una catástrofe. —Emma miró a Phil, que se dirigía hacia Aidan.

Su teléfono sonó justo cuando estaba a punto de sentarse con las chicas alrededor del fuego; fue a contestar a poca distancia.

—¿Quién era? —preguntó Rhona cuando regresó.

—Solo un proveedor —dijo Emma para quitarle importancia a la llamada. Señaló a los chicos—. ¿Cómo están?

—No va mal —dijo Jennifer—. Parece que están estrechando lazos gracias a la charla sobre las hamburguesas.

—Lo que haga falta —dijo Emma, que miraba furtivamente hacia la entrada de la playa.

—¿Qué te pasa? —preguntó Rhona.

—Nada. —Emma trató de mostrarse indiferente.

—Estás actuando de una forma muy rara.

En ese momento apareció la figura que Emma había estado esperando.

—¿Quién es? —preguntó Jennifer, que vio que la persona caminaba hacia ellos con una caja de cerveza bajo el brazo.

Rhona se quedó mirando la luz mortecina.

—¿No es...?

—¿Quién? —preguntó Emma, haciéndose la tonta.

—No puede ser... —dijo Rhona, la emoción aumentando en su voz.

—¿No puede ser?

—¡Dios mío! —chilló Rhona cuando por fin distinguió los detalles de su rostro—. ¡Finn! —Corrió y se lanzó sobre él con todo su peso.

—¡Rhona! —Soltó la cerveza y cogió a Rhona con toda su fuerza, convirtiéndolo en un abrazo giratorio en toda regla.

—¿Ha sido cosa tuya? —preguntó Jennifer a Emma, que estaba radiante mientras Rhona colmaba de besos a Finn.

Emma no respondió, pero su sonrisa lo decía todo.

La noche pasó demasiado deprisa; los seis, acurrucados alrededor del fuego, compartieron historias, cervezas y hamburguesas. Cuando Emma miró a Aidan a través de las llamas, su rostro se iluminó con una carcajada y a ella le costó creer que hacía solo cuatro meses que había aparcado su coche en el puerto y lo había observado a través del objetivo de su cámara mientras trabajaba en uno de los barcos. Y ahora, allí estaban, los dos juntos, rodeados de amigos, con Emma a punto de reabrir el negocio de sus sueños.

—Por la amistad —dijo levantando su botella, y todos los demás hicieron lo mismo.

—Y familia —añadió Aidan.

Emma se preguntó a qué se refería y por qué nadie más parecía confundido por su brindis.

—Y la familia —dijo una voz desde atrás.

La voz era reconocible al instante, pero, fuera de contexto, Emma tardó un momento en ubicarla. Al girarse hacia donde miraban los demás, se quedó boquiabierta.

—¡Mamá! —dijo, atónita al verla de pie frente a ella, como si dos mundos acabaran de chocar.

—Emma. —Abrió los brazos.

—No lo entiendo —vaciló Emma, que se puso en pie y abrazó a su madre.

—No eres la única¹ que puede dar sorpresas —dijo Rhona, y se señaló a sí misma y a Aidan.

—¿Me lo habéis ocultado los dos? —preguntó, estupefacta.

—Yo se lo pedí. —Liz le tendió la mano a su hija.

Juntas, bajaron hasta la orilla y siguieron el chapoteo de la marea por la arena.

—¿Cómo estás? —preguntó Liz.

—Estoy bien, mamá —dijo, todavía aturdida por el *shock*.

—Pareces feliz.

Emma reflexionó sobre la afirmación antes de decir con seguridad:

—Me siento feliz.

—Y Aidan parece muy agradable.

—Lo es. —Volvió la vista hacia donde él estaba sentado, relajándose junto al fuego. La temprana luz de la luna y la del fuego se combinaban para que estuviera aún más guapo de lo habitual—. Sé que te gusta Chris, pero Chris y yo nunca tuvimos lo que Aidan y yo tenemos.

—¿Qué es?

Emma sintió que su cuerpo se llenaba de energía y deseo al ver a Aidan, que no tenía ni idea de que lo estaban observando. La diferencia entre su aspecto en el puerto aquel primer día, tan enfadado y tenso, y ahora, una imagen de relajación, era extraordinaria.

—Me da una sensación de hogar, de paz. —Le gustó reconocer ese sentimiento.

Liz asintió, pensativa.

—Ya lo veo.

—Sé que crees que huía de Chris —dijo Emma, mirando hacia el mar—. Pero no era así. En realidad, huía de algo muy distinto. —Respiró hondo y empezó la historia de Nochebuena desde el principio—. Fue el catalizador que necesitaba para renunciar a Chris y al piso, y también al trabajo.

Su madre dejó de caminar y se volvió hacia ella.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—No sabía cómo. —Escudriñó los ojos de su madre en busca de cualquier indicio de lo que sentía—. No veía el sentido de contarte algo que no podías entender. Me aterrorizaba que, si lo hacía, volvieras a caer en una depresión; quería protegerte de eso.

Liz guardó un momento de silencio.

—Lo entiendo, cariño, de verdad. Pero, ¿sabes?, mi trabajo es protegerte, no que tú me protejas a mí —dijo, y siguió caminando.

—Mamá, tengo treinta y un años, no hace falta que me protejas. —Emma aceleró el paso para alcanzarla.

—Es instinto. Lo hago a todas horas, por ti y por tu hermana.

—¿En serio? ¿Cómo? —preguntó Emma.

—Igual que con Gary. Nunca te digo lo mucho que lo quiero, lo mucho que disfruto cuidándolo, aunque sus dolencias sean un misterio. —Dirigió a Emma una mirada que le decía que era plenamente consciente de lo que esta sentía por la salud de Gary.

—No puedo fingir que lo entiendo.

—La muerte de tu padre fue tan repentina que me dejó indefensa —explicó Liz—. Con Gary soy capaz de hacer algo. Me gusta esa sensación.

—Eso sí lo entiendo —dijo Emma, sabiendo cuánto dolía no poder ayudar a un completo desconocido, y mucho menos a alguien a quien querías—. Pero ¿por qué no me lo has dicho antes?

—Porque pensaba que podría molestarte, o menoscabar el recuerdo de papá para ti.

—Mamá, nada podría menoscabar la memoria de papá —dijo Emma—. Y menos aún, que tú ames a otra persona.

Liz cogió la mano de Emma.

—Gracias, cielo. Te lo agradezco, aunque eso no impedirá que intente protegerte.

Se hizo el silencio entre ellas y la paz inundó a Emma. Sus pensamientos volaron hasta Hilda y decidió romperlo.

—Hilda me dijo que compartir me haría más fuerte.

—Creo que tenía razón. —Liz enlazó su brazo con el de su hija, ambas mirando hacia la estrella más brillante del cielo.

CAPÍTULO 26

—Solo había visto la casa por Internet cuando la compré —le dijo Emma a Kate, una antigua amiga de la escuela de Jennifer y periodista autónoma especializada en viajes.

—Has sido valiente —dijo Kate, que pasó una mano por la fina colcha de lino a rayas azules y blancas que tenía la caída justa. A Emma le había preocupado la elección de la ropa de cama en las habitaciones recién decoradas de la planta superior; había una delgada línea entre lo discreto y lo aburrido, pero, al contemplar ahora la habitación con sus frescos paneles blancos ensamblados, Emma estaba segura de haberlo conseguido. Era difícil imaginar la vieja alfombra, el techo caído y los viejos muebles maltrechos que una vez habían llenado la habitación.

—O tonta —dijo mientras Kate sentía el peso de las cortinas de lino natural y echaba un vistazo a la calle y a los tejados de más allá.

Kate pasó a la segunda habitación, en la que Emma había utilizado muebles de pino decapado, un suelo encalado y telas azules y grises para reflejar el cielo.

—¿Qué te llevó a abrir una hospedería?

—Ha sido mi sueño desde que era pequeña. —Emma volvió a colocar la bandeja de mimbre para el té sobre la cómoda.

—Pero ¿por qué ahora?

—Había trabajado durante más de una década como diseñadora de interiores, así que consideré cuál podría ser mi siguiente paso, pero, entonces... —Emma hizo una pausa, preguntándose si estaba preparada para contarle a una desconocida lo que le había ocurrido, pero decidió intentarlo —. Fui testigo de algo que me cambió la vida, y eso me dio el empujón que necesitaba.

—¿Puedo preguntar qué fue?

—El atentado de Londres, la pasada Nochebuena. —Sintió que se le humedecían un poco las palmas de las manos, pero sin experimentar ningún otro síntoma, incluso su ritmo cardíaco se mantenía estable. No recordaba ningún momento en el que sus niveles de ansiedad hubieran sido tan bajos, ni siquiera antes del atentado, y estaba agradecida por las sesiones de asesoramiento que había recibido hasta entonces—. Me dieron el valor para hacer cambios que antes no creía posibles.

—¿Dejaste tu carrera, tu casa?

—¡Y mi relación! Lo dejé todo.

—¿Por una casa y un negocio que no habías visto en persona?

—Soy consciente de que parece una locura, pero me sentí bien, como si no hubiera otra opción. He tenido la oportunidad de hacer algo con mi vida. Mucha gente de ese día no tuvo tanta suerte.

Kate garabateó algunos pensamientos en su bloc de notas antes de que Emma la condujera escaleras abajo.

—¿Has tenido algún problema imprevisto?

—¿Cuenta un incendio en el tejado?

—No lo dirás en serio... —Kate pasó por la segunda escalera y miró las fotos de los anteriores propietarios, que Jennifer había encontrado en las bóvedas del museo.

—La noche de la inauguración. —Emma ahora se reía al recordarlo—. El pequeño *pub* que

hay en esta calle tuvo que acoger a mis huéspedes.

—¡Un auténtico bautismo de fuego!

—Exacto. —Emma le mostró a Kate las habitaciones de invitados del primer piso, deleitándose con la cohesión que había creado en todas las plantas al tiempo que mantenía la individualidad de todas las habitaciones.

—¿Qué inspiró la paleta de diseño?

—Intenté utilizar colores del paisaje local: azules y grises en la planta superior para reflejar el cielo, verde pino con tojos amarillos y rosa mosqueta en el centro, y una paleta más neutra de arena y piedra en la planta baja. También he intentado utilizar muebles y materiales naturales y locales.

—Desde luego, has conseguido encapsular la belleza de la zona —dijo Kate, que garateaba a toda prisa.

—Gracias —dijo Emma, que ajustó una impresión en linóleo de un frailecillo que había comprado en la galería del pueblo—. Deja que te enseñe el comedor y el salón de invitados. — Se dirigieron escaleras abajo, donde todos se reunirían para la fiesta oficial de reapertura.

“Este es nuestro comedor —dijo Emma, encantada de ver que, mientras ella había estado arriba, Rhona y Aidan se habían ocupado de llenar las mesas con comida suficiente para un ejército.

Los platos estaban repletos de rollitos de salchichas de Phil; los puestos de pasteles, de sándwiches de salmón ahumado, deliciosos panecillos ingleses, tarta Dundee y Black Bun, y había pequeños cuencos llenos de *tablets*, *macarons* y caramelos de todos los colores del arcoíris.

—Menudo festín —dijo Kate, con los ojos clavados en el banquete—. ¿Cómo encuentras tiempo para hacer todo esto?

—Tengo mucha ayuda. Un ama de llaves, un manitas, proveedores locales... Hay todo un equipo detrás de mí.

—Corazón y comunidad en un plato.

—Gracias, Kate —dijo Emma, encantada con su valoración.

—Y resulta muy cálido y acogedor. Me imagino que algún periódico nacional querrá publicar un reportaje sobre la hospedería, sobre todo si tenemos en cuenta vuestra historia: lo malo dio paso a lo bueno —dijo Kate.

Emma estaba contentísima.

Pasaron a la sala de estar, donde todos empezaban a congregarse.

—¡Jennifer! —dijo Kate al ver a su amiga, a la que saludó con un beso.

—Jennifer, ¿puedo encargarte que le cuentes a Kate un poco de la historia del lugar? —Emma había visto llegar a Doreen, a quien recordaba del día en que casi la había atropellado con el coche.

—Hola —le dijo—. Me alegro mucho de que hayas venido. Quería pasarme por tu oficina para darte las gracias. Si no fuera porque me empujaste a ello, quizá nunca hubiera comprado la casa; no sabes cuánto ha transformado mi vida tenerla.

Una expresión de alivio inundó el rostro de Doreen.

—Me alegra oírlo, querida. Porque, la verdad, tengo que confesarte algo. Me temo que dije una mentirijilla...

—Déjame adivinar. —Los ojos de Emma brillaban de diversión—. ¿No había fecha de cierre?

—¿Cómo lo has sabido?

—Una corazonada.

—Aquel día, cuando llamaste, tuve la sensación de que la casa te pertenecía. Una premonición, un instinto, no sé qué; antes de darme cuenta, te había contado una mentirijilla piadosa.

—No podría estar más contenta de que lo hicieras —dijo Emma—. ¿Has tenido la oportunidad de echar un vistazo?

Doreen asintió.

—Está irreconocible. No sé cómo lo habéis hecho en tan poco tiempo. Es un milagro.

—Me lo he pasado muy bien —dijo Emma, recordando todos los dolores de espalda y de corazón, y las risas.

—También te gustará saber cuánto vale ahora. —Los ojos le brillaban de emoción.

—¿Sabes qué, Doreen?, creo que prefiero no saberlo. El verdadero valor es estar en casa y en un lugar lleno de amigos.

—¿Estás segura? —presionó Doreen, que tenía ganas de darle a Emma la buena noticia.

—Hilda se revolvería en su tumba si se enterara de que me interesa el dinero.

—Ah, bien, si estás segura..., pero si cambias de opinión...

—Sé dónde estás. —A Emma la alivió que Sheena hubiera llegado y quisiera hablar con Doreen—. Parece que hemos aumentado el valor de la casa —le dijo Emma a Aidan, en la cocina, donde él preparaba crudité de verduras en la nueva isla. Le pasó la mano por la espalda mientras se dirigía a la nevera para llevar frambuesas locales frescas de bienvenida a sus invitados.

—En realidad, no importa —dijo él, que le lanzó un palito de zanahoria a Wilbur, tumbado en el suelo, con una elegante pajarita verde.

—Eso es lo que he dicho. —Se detuvo para robarle un beso. Desde su regreso, Aidan apenas había estado en su casa, ya que había ayudado a Emma a preparar la pensión para la reapertura. Los dos habían pasado casi todas las noches juntos.

—¿Sabes?, he estado pensando —dijo Emma, cuando en realidad no había estado pensando en absoluto, pero un sentimiento la inundó con tal intensidad que no pudo ignorarlo—. ¿Qué te parecería mudarte y regentar este lugar conmigo?

Aidan dejó de trocear. Emma jugueteó con la uña del pulgar, esperando no haberse pasado de la raya. El silencio se le hizo eterno.

—Podría funcionar —dijo Aidan, que volvió a trocear como si acabara de aceptar cenar comida china en lugar de comprometerse con una relación, un hogar y un negocio a la vez.

Emma se lo quedó mirando, esperando a que dijera algo más. Él siguió cortando durante lo que a Emma le pareció una hora antes de que sus labios se curvaran en una sonrisa incontrolable y sus ojos bailaran de alegría.

—¡Aidan! —Lo azotó con un paño de cocina mientras él se acercaba a ella, le rodeaba la cintura con un brazo y tiraba para acercarla.

—Esperaba que me lo pidieras. —La acercó aún más—. No se me ocurre nada que desee más. Estaban a punto de besarse cuando Rhona entró corriendo en la cocina.

—Chicos, es casi la hora, ¿debería reunirlos a todos afuera?

—Claro. —Emma sintió un aleteo de excitación en el estómago.

—¿Hora de qué? —preguntó Aidan.

—De cortar la cinta. —Lo cogió de la mano y tiró de él hasta la entrada de la casa. Todos se habían reunido fuera y Rhona había atado una enorme cinta verde en la puerta principal.

—Habla —dijo Finn, con el brazo alrededor de la cintura de Rhona.

Emma rodeó a Aidan con el brazo y miró al grupo de amigos y familiares que se habían reunido, y Wilbur se abrió paso entre ellos. Al frente y en el centro estaba su madre, llena de orgullo; Phil y Jennifer, de pie junto a Rhona y Finn; y luego estaban Kate, Judy, Wendy, Doreen y Sheena, e Ian y Anne, del *pub*.

—No sé qué decir. —Emma estaba abrumada por la afluencia—. No podía imaginar, cuando llegué, que cuatro meses después estaría rodeada de tanto amor y apoyo. Sin vosotros no habría tenido la casa ni el negocio de mis sueños. —Aidan se aclaró la garganta—. Sin olvidar también al hombre de mis sueños —dijo, y todos rieron—. Lobster Bay es todo lo que esperaba y más. Gracias.

—Corta la cinta. —Rhona le dio a Emma unas tijeras.

—¡Declaro abierta esta hospedería! —Emma cortó la cinta y cruzó el umbral con Aidan y Wilbur, que ladraba alegre a su lado—. Han sido unos meses increíbles —dijo Emma, apretando la mano de Aidan.

—Y solo es el principio. —Se acercó a ella.

Wilbur saltó y ladró, reclamando atención, y los tres —Emma, Aidan y Wilbur— se abrazaron, dispuestos a embarcarse en su nueva vida juntos en la hospedería de Lobster Bay.

AGRADECIMIENTOS

La hospedería de Lobster Bay empezó como un grano de arena a principios de 2020. Convertirlo en la perla brillante que es hoy requirió el esfuerzo de muchas personas durante los años más tormentosos. Al timón, como siempre, estuvo mi increíble agente, Juliet Pickering, que me consiguió un contrato de tres libros en un año en el que pensaba que no trabajaría en absoluto. En Welbeck encontré al imperturbable Jon Elek, cuyo entusiasmo y franqueza me guiaron durante todo el proceso. Y el resto del equipo, Madeleine, Rosa, Annabel y Maddie, por nombrar solo a algunos, que hicieron su parte brillantemente para llevar el libro a buen puerto.

En Escocia, muchas gracias a Peter, que compaginó la reconversión de un negocio durante la pandemia con los deberes de papá para que yo pudiera escribir; a los Culpin, que jugaron gallardamente durante horas en el piso de abajo mientras yo tecleaba febrilmente en el de arriba; a mis padres, que acudieron en cuanto pudieron; a la Rhona de la vida real, que pujó en una subasta para que un personaje llevara su nombre en uno de mis libros, y a todas las personas maravillosas de la auténtica Lobster Bay, que me ayudan e inspiran cada día.

Y, por último, a Margo y Jerry —mis propios perros babosos—, que me hicieron compañía durante horas de escritura cuando, en realidad, habrían preferido estar en la playa.

SOBRE LA AUTORA

Annie se formó en Londres como música clásica y luego trabajó como asistente de un ganador de un Óscar, un aclamado artista, un magnate de las relaciones públicas y un Beatle. Tras varios años haciendo recados para ricos y famosos, ingresó en la Facultad de Medicina, donde, escondiendo novelas entre los libros de anatomía, descubrió su verdadera pasión por la escritura. Terminó un máster en Escritura Creativa con matrícula de honor.

Annie vive ahora en Escocia, junto al mar. Cuando no está escribiendo, disfruta de ir a nadar con su hijo, visitar mercadillos de antigüedades con su marido, comer tarta con sus amigos, tocar el piano y pasear a sus *basset hounds*.



UN BESTSELLER DEL SUNDAY TIMES

Heidi Swain

«Una delicia veraniega»
— Sarah Morgan

Escapada *secreta* a la costa

«Una lectura deliciosamente soleada con
intriga y secretos añadidos»
— Bella Osborne



JENTAS

Escapada secreta a la costa

Swain, Heidi

9788742813201

406 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Tess Tyler necesita un descanso. Agobiada por su estresante trabajo y su exigente padre, apenas le

queda tiempo para cuidar de sí misma. Pero, después de un impactante descubrimiento, huye a Wymouth, la ciudad costera de la que se enamoró de niña, para escapar de todo.

Con sus playas de arena, sus impresionantes pozas y su acogedora comunidad, Tess siente que por

fin puede volver a respirar. Y, a medida que se acerca cada vez más a Sam, el dueño del pub local,

se atreve a soñar con no regresar jamás a su vida anterior. Pero su idílica estancia se ve perturbada

cuando una persona conocida regresa al pueblo. Tess se da cuenta de que también hay secretos en

Wymouth y de que su propio pasado podría estar a punto de alcanzarla...

«Me encantó esta magnífica historia de secretos familiares y segundas oportunidades».

Rachael Lucas

«Una lectura deliciosamente soleada con intriga y secretos añadidos».

Bella Osborne

«Disfruté mucho de "Escapada secreta a la costa". Con personajes entrañables, un precioso escenario veraniego y una gran historia llena de secretos. Es la lectura perfecta para un día de relax».

Caroline Roberts

«¡Una delicia veraniega!».

Sarah Morgan

«Una lectura encantadora, dulce y veraniega».

Milly Johnson

«Sabio, cálido y maravilloso».

Heat

«¡Un rayo de sol literario!».

Laura Kemp

«Chispeante y romántico».

My Weekly

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

DE LA AUTORA BESTSELLER DEL NEW YORK TIMES

LISA
GARDNER

EL MARIDO
PERFECTO

¿QUÉ HARÍAS SI EL HOMBRE DE TUS SUEÑOS
RESULTA SER UN ASESINO?

JENTAS

El marido perfecto

Gardner, Lisa

9788742813034

430 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

¿Qué harías si el hombre de tus sueños resulta ser un asesino? El condecorado policía Jim Beckett era todo lo que Tess había soñado... Pero dos años después de que casarse con él y dar a luz a su hija, descubrió que su marido ocultaba un oscuro secreto y ayudó a meterlo entre rejas por asesinar de forma salvaje a diez mujeres. Incluso encerrado en una prisión de máxima seguridad, él juró que iría a por ella y se lo haría pagar. Ahora, Jim ha escapado, y comienza el juego más peligroso de todos... Después de toda una vida de temor, Tess hará todo para proteger a su hija y defenderse. Para ello, contratará a un exmarine hundido. A medida que la mayor cacería humana que se haya visto jamás en cuatro estados se moviliza para atrapar a Beckett, el tiempo avanza hacia el aterrador reencuentro entre marido y mujer. Y Tess sabe que, esta vez, sus únicas opciones son morir... o matar. --- «Un personaje malévolo e inolvidable y un clímax que te deja sin aliento convierten a El marido perfecto en una lectura cautivadora». Tess Gerritsen «Un oscuro y poderoso relato de suspense que te mantiene en tensión». Tami Hoag «Una escalofriante historia de venganza y traición, con uno de los criminales más espeluznantes sobre los que he leído». Iris Johansen «Una pulida y destacada incorporación a las obras de Tami Hoag, Karen Robards, Elizabeth Powell y, actualmente, incluso de Nora Roberts». Publishers Weekly «¡Me ha encantado este libro! No pude soltarlo hasta que lo terminé a las dos de la mañana». Karen Robards «Un suspense que hace que te muerdas las uñas... Una historia vertiginosa y llena de tensión que me mantuvo despierta hasta altas horas de la madrugada». Kay Hooper «Una lectura superlativa, con personajes intensos, una ejecución impecable y un malvado que te susurrará en la oscuridad cada vez que apagues la luz». Eileen Dreyer «¡Lisa Gardner es un genio! Una intensa y apasionante historia de thriller y suspense con un toque romántico... me produjo escalofríos desde el principio». Reseña de Goodreads «¡Dios mío, qué lectura tan fantástica, emocionante y sobrecogedora!». Reseña de Goodreads «¡Lisa Gardner tiene la habilidad de escribir los relatos de terror psicopático más intensos y aterradores que existen! Muy recomendable». Reseña de Goodreads

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

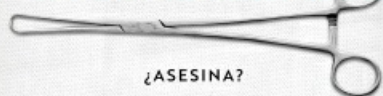
CIRUJANA DE
CONFIANZA



ESPOSA DEDICADA



LA CIRUJANA



¿ASESINA?



LESLIE WOLFE

¡UN GIRO QUE NO VI VENIR!
- GOODREADS

JENTAS

La cirujana

Wolfe, Leslie

9788742812631

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Cirujana de confianza. Esposa dedicada. ¿Asesina?

Antes de que mi mundo se derrumbara, lo tenía todo. Una exitosa carrera. Una casa de ladrillo rojo preciosa, donde podía relajarme frente a la chimenea. Un apuesto y devoto marido cuyos ojos azules y sonrisa encantadora siempre me hicieron sentir segura.

Cuando digo la hora de la muerte, mi voz es firme. Mis compañeros permanecen en silencio a mi alrededor con los ojos fijos en mí, confundidos, preocupados.

Nunca he perdido a un paciente hasta hoy.

Mis manos tiemblan dentro de los guantes de látex. Me deslizo por las frías paredes de azulejos. Mi corazón se acelera en mi pecho.

Nunca he odiado a un paciente hasta hoy.

Pero ¿qué opción tenía después de haberlo reconocido?

¿Y qué haré para protegerme si alguien se entera de la verdad?

Un apasionante thriller psicológico que te pondrá el pelo de punta y te hará contener la respiración hasta el sorprendente giro final.

Opiniones sobre "La cirujana":

«¡¡¡Guau!!!... ¡¡¡Un thriller psicológico que no podrás dejar!!!... ¡¡Te sorprenderá una y

otra vez!!... Absolutamente adictivo». – *Ratón de biblioteca*86 ★ ★ ★ ★ ★

«Me estaba aferrando a cada palabra... Suspense, intriga, acción, asesinato, misterio, traición y algunos giros inesperados... ¡Definitivamente no te pierdas este libro!». – *Reseña en NetGalley* ★ ★ ★ ★ ★

«¡¡¡Nunca he leído un thriller tan fantástico en mi vida!!! Estaba constantemente en suspenso, conteniendo la respiración y vigilando mi recuento de páginas porque no podía esperar a ver cómo terminaba el libro... **¡Si pudiera, este libro tendría 10 estrellas!».** – *Reseña en Goodreads* ★ ★ ★ ★ ★

«Un thriller fascinante y de ritmo rápido... Te engancha desde el principio, llevándote en un viaje salvaje y retorcido... Pude leer este en unas 9 horas porque me negué a hacer nada más... ¡Suspense increíble, absolutamente adictivo!». – *@rubie_reads* ★ ★ ★ ★ ★

«¡Qué lectura más emocionante! Mi corazón está acelerado... Me enganchó de principio a fin. Devoré "La cirujana" en menos de 2 días... **¡Absolutamente perfecto!».** – *Reseña en NetGalley* **«No podía dejar de leer... ¡Alucinante!».** – *Reseña en Goodreads* ★ ★ ★ ★ ★

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Angela
MARSONS

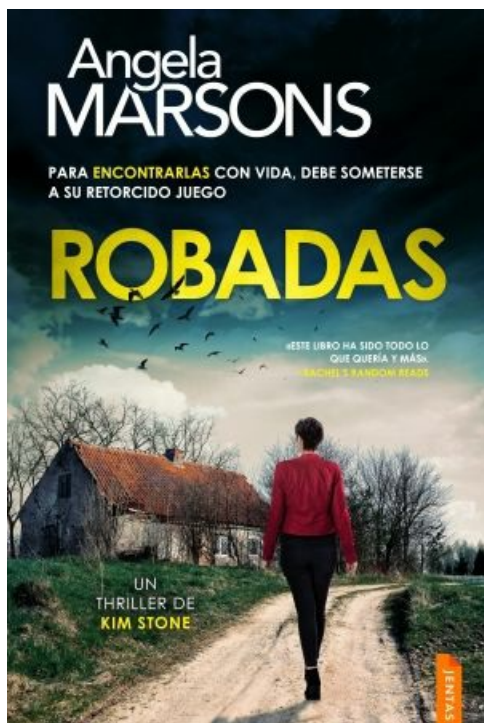
PARA **ENCONTRARLAS** CON VIDA, DEBE SOMETERSE
A SU RETORCIDO JUEGO

ROBADAS

«ESTE LIBRO HA SIDO TODO LO
QUE QUERÍA Y MÁS»
—KACHEL'S RANDOM READS

UN
THRILLER DE
KIM STONE

JENTAS



Robadas

Marsons, Angela

9788742813287

400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Grace Lennard, una niña de ocho años, desaparece del jardín de la ludoteca en una soleada tarde de agosto. **La detective Kim Stone** acude de inmediato y encuentra una prueba escalofriante: **la pulsera grabada de Melody Jones, otra niña secuestrada en un parque infantil hace veinticinco años.**

Horas antes, el millonario **Steven Harte** ha entrado por su propio pie en la comisaría de Halesowen para hablar con Kim. Dijo tener información que llevará a la detective hasta Melody, pero que ella tendrá que ocuparse de un problema más urgente antes. Si quiere encontrar a Grace con vida, Kim tendrá que jugar los tortuosos juegos de Steven Harte. Tiene veinticuatro horas, ni una más. No solo debe exprimir todo lo posible de cada segundo de los interrogatorios, sino también escudriñar el comportamiento de Steven en busca de pistas ocultas.

Pronto, Kim y su equipo lo relacionarán con el secuestro de varias niñas en situación de riesgo, dos de las cuales habían sido retenidas durante un año y, luego, liberadas ilesas. Pero ¿dónde están Melody y las demás? Cuando en un parque local aparecen unos pequeños huesos humanos, Kim teme lo peor.

Además, una escalofriante figura de su pasado ha vuelto para revelar un secreto atroz, algo que golpeará a Kim donde más le duele.

¿Podrá la detective apartar sus propios demonios para salvar a Grace y a las otras niñas robadas antes de que se pierdan más vidas inocentes?

«**Dios mío.** ¿Por dónde se supone que debería empezar? [...] Este libro ha sido todo lo que quería y más». – *Rachel's Random Reads* ★ ★ ★ ★ ★

«Angela Marsons hace un trabajo fabuloso para mantener el suspense a un nivel superior [...]»

Otro libro brillante de esta serie. Tengo ganas de ver adónde lleva sus personajes». –
Enganchado desde la primera página

«**Me quedé clavado en el primer capítulo** y he estado enganchado a lo largo de todo el libro
[...] **Apasionante**». – *Reseña en NetGalley* ★ ★ ★ ★ ★

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

MÁS DE TRES MILLONES EJEMPLARES VENDIDOS

Angela
MARSONS

GRITO DEL SILENCIO

UN THRILLER DE
KIM STONE



Grito del silencio

Marsons, Angela

9788742812167

300 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Ni siquiera los secretos más tenebrosos pueden permanecer enterrados para siempre

Cinco figuras se reúnen alrededor de una sepultura poco profunda. Se han turnado para excavar. La fosa de un adulto les habría tomado más tiempo. Una vida inocente ha caído en sus manos, pero han hecho un pacto. Sus secretos quedarán enterrados, sellados con sangre... Años más tarde, la directora de un colegio aparecerá brutalmente estrangulada, y ella será solo la primera de una serie de horribles asesinatos que conmoverán Black Country.

Después, cuando se descubren restos humanos en una antigua casa de asistencia, con ellos se desentierran, también, secretos inquietantes. La detective Kim Stone pronto se dará cuenta de que está a la caza de un individuo tortuoso cuya ola de homicidios se ha extendido por decenios. Se acumularán más muertes y Kim se verá forzada a detener al homicida antes de que vuelva a atacar. Pero, para atraparlo, ¿podrá confrontar los demonios de su propio pasado antes de que sea demasiado tarde?

«La inspectora detective Kim Stone es el personaje más cautivador que ha llegado desde que Val McDermid nos trajo a Tony Hill.»

Mark Edwards ★ ★ ★ ★ ★

«Grito del silencio (el primer libro) es brillante. Juegos del mal (el segundo) es ¡excepcional! Está claro que las calificaciones convencionales no sirven, puesto que no nos permiten acomodar libros de este calibre. Así que doy un seis sobre cinco.»

Little Bookness Lane ★ ★ ★ ★ ★

«Una vez más, Angela Marsons ha escrito una novela policiaca de cinco estrellas. Me encantó Grito del silencio ... Juegos del mal es, sin duda, tan buena como la primera, si no es que mejor, y **me encantaría calificarla con una puntuación superior a cinco sobre cinco.**»

Off the Shelf Book Reviews ★ ★ ★ ★ ★

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)